

2001



No me arrepiento de este amor

HISTORIAS Y DEVENIRES
DE LA REBELIÓN POPULAR



2001. No me arrepiento de este amor

Historias y devenires de la rebelión popular

Florencia Vespignani, Nadia Fink, Pablo Solana y Martín Azcurra

2001 : no me arrepiento de este amor : historias y devenires de la rebelión popular /

Nadia Paola Fink ... [et al.].- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial

Chirimbote, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8432-55-7

1. Historia Política Argentina. I. Fink, Nadia Paola.

CDD 306.09

© 2021, Editorial Chirimbote

www.chirimbote.com.ar

info@chirimbote.com.ar

© 2021, Editorial El Colectivo

www.editorialelcolectivo.com

contacto.elcolectivo@gmail.com

Facebook: Editorial El Colectivo

Arte y activismos: Natalia Revale

Ilustraciones: Chempes

© Esta edición se realiza bajo la licencia de uso creativo compartido o Creative Commons. Está permitida la copia, distribución, exhibición y utilización de la obra bajo las siguientes condiciones:

① Atribución: se debe mencionar la fuente (título de la obra, autor/a, editorial, año).

② No comercial: se permite la utilización de esta obra con fines no comerciales.

③ Mantener estas condiciones para obras derivadas: sólo está autorizado el uso parcial o alterado de esta obra para la creación de obras derivadas siempre que estas condiciones de licencia se mantengan para la obra resultante.

ÍNDICE

- 7 [Para que la experiencia colectiva no se pierda](#)
A modo de prólogo
- 16 **[El estallido](#)**
Un tiempo en el que todo fue posible
- 17 [La plaza es del pueblo](#)
El 19 y 20 de diciembre de 2001
- 29 [¡Que se vayan todos!](#)
La democracia directa de las asambleas populares
- 43 [“Había una sensación muy grande de sentirse parte”](#)
Susy, Marlene y el 2001 en perspectiva travesti
- 61 [“La organización salvó a mucha gente”](#)
Grillo y Pini, la rebeldía joven del conurbano
- 73 [El sueño piquetero de Darío Santillán](#)
Crónica de un militante que puso el cuerpo

- 83 **Historias**
Semillas esparcidas al viento
- 84 “Si algún día tiene hambre, va a salir a luchar también”
Norma Pla, la jubilada que sembró la resistencia
- 94 “No me extrañen”
Oso Cisneros, la militancia que siempre vuelve
- 108 Un tiempo a la sombra por protestar
Panario y Christiansen, obreros presos en Neuquén
- 114 La resistencia que nace en las rutas escarchadas
Los Cutralcazos que encendieron la mecha
- 123 “Querían trabajo digno: ese era el pecado, ese era el delito”
La osadía del pueblo en Salta
- 133 Rebelde, irrecuperable
La Negra Avendaño en Córdoba
- 147 Del feminismo intuitivo al pueblo feminista
Ruth, la Checha y el protagonismo de las mujeres en las puebladas
- 158 “Una organización popular no puede tener una religión o un partido político que la cierre”
Neka, Jorge y el “cura” Alberto
- 170 Luisa y el camino de las brujas piqueteras
- 186 Todas las militancias del Pocho Lepratti

- 194 [**Devenires**](#)
Ecos de un fuego que no se apaga
- 195 [De la fábrica al parlamento y a la fábrica otra vez](#)
Raúl Godoy, obrero de Zanon
- 205 [“Somos feminismo campesino, esa es nuestra identidad”](#)
Deolinda Carrizo, del territorio a la gestión pública
- 216 [“Kirchner nos abrió el camino a la institucionalización”](#)
Ivanna, el Gringo y el sindicato de la economía popular
- 228 [“Lo que cambió es la vocación de poder”](#)
Nahuel, Rosalía y la organización de quienes trabajan la tierra
- 241 [Un pueblo que sabe hacer bandera de su dolor](#)
Memorias y luchas por justicia
- 243 [Agradecimientos](#)
- 244 [Bibliografía y lecturas recomendadas](#)



PARA QUE LA EXPERIENCIA COLECTIVA NO SE PIERDA

A modo de prólogo

 Cómo contamos el 2001? O, mejor dicho, ¿por qué queremos hablar del 2001 veinte años después? Porque aún nos interpela. Porque creemos que aquella rebelión popular todavía tiene mucho por decir. Traemos los relatos y los devenires de la revuelta para recuperar una polifonía de voces inabarcables: las que quedaron en el viento de las rutas con olor a goma quemada, las que transcurren en forma oral o quedan grabadas como un gesto aún latente, las que siguieron construyendo autonomías y solidaridades. Somos esas voces, esas emociones. Y estas páginas, esos ríos subterráneos que corren por debajo de la historia: la toma de una plaza, los brazos que revuelven el guiso de la olla popular, la alegría ante una fábrica recuperada, la mano tímida levantada en una asamblea, un beso bajo una bandera que flamea.

La rebelión que se gestó a fuego sostenido y estalló hacia el fin de 2001 puso en jaque al sistema. Al calor de la revuelta nos permitimos soñar con otras formas de vida, con una sociedad regida por la solidaridad, el amor y la igualdad. “Soñar a condición de creer firmemente en nuestros sueños”, supo decir Lenin poco antes de su revolución. Los del 2001 fueron tiempos en los que pudimos creer en lo que soñábamos, como pocas veces sucede en la historia.

Decimos 2001 y no hablamos solo de una fecha. Es cierto que la referencia al “19 y 20”, los días del estallido, tiene la fuerza de

la síntesis, el recuerdo directo de la vez que el pueblo desobedeció el Estado de sitio, enfrentó a los opresores y como pocas veces los puso a ellos a correr (a volar en helicóptero, valga la imagen). Decir “diciembre” dispara recuerdos más amplios: las airadas protestas de ahorristas, los saqueos desesperados por el hambre y los piquetes organizados contra el mal gobierno. Sin embargo, esa panorámica tampoco es suficiente. Por un lado, es necesario ir hacia atrás, revivir los orígenes que permiten entender el estallido. Por otro, diciembre de 2001 dejó su legado: expandió hacia adelante un formidable abanico de iniciativas populares, creativas, radicales, autogestivas, que llegan hasta nuestros días. Si abrimos de ese modo la mirada, podemos comprender mejor la etapa histórica que dio marco a la rebelión.

EL ECO DE TODO UN PAÍS

¿Quiénes fueron protagonistas de esas historias? ¿Quiénes estuvieron detrás de la “gesta” del 2001? En estas páginas recorreremos los pueblos petroleros del norte, en Salta, y del sur del país, en Neuquén y el Alto Valle; oiremos voces con tonadas cordobesas, rosarinas o santiagueñas; no faltarán las menciones a las puebladas en distintos puntos del país. Relatos populares, federales y feministas, porque allí estuvieron, también, mujeres, niñas y travas poniendo el cuerpo y el trabajo cotidiano cuando poco había y todo parecía posible.

Así, en la PRIMERA PARTE buscamos comprender el 19 y 20. Narramos el estallido. Los protagonistas nos cuentan el surgimiento de las asambleas barriales y la expansión de los mecanismos horizontales de decisión. A eso sumamos relatos del conurbano insurrecto y la mirada de activistas poco referidas en las memorias de aquella época: el colectivo travesti trans.

En la SEGUNDA PARTE damos cuenta de los procesos graduales y a la vez explosivos que prepararon el terreno para la rebelión. Durante los años noventa, las jubiladas y los jubilados

marcharon por sus derechos arrebatados y miles de trabajadoras y trabajadores enfrentaron despidos y privatizaciones. Las puebladas y piquetes contra el desempleo preanunciaron lo que después sucedió. Entre las insurrecciones locales de pueblo adentro y el estallido de 2001 en la Ciudad de Buenos Aires hubo de todo. La militancia recobró fuerzas para enfrentar al menemismo primero, y a la continuidad de la barbarie neoliberal después.

Destinamos la TERCERA PARTE a contar lo que vino, con sus caminos diversos y debates aún abiertos. Tras la rebelión hubo luchas que se desplegaron con más fuerza, como las que protagonizaron los diversos feminismos populares. Supieron compenetrarse con las nuevas formas de organización popular y, con singular destreza, interpelar al conjunto de la sociedad. También las organizaciones de pequeños productores rurales hicieron similar proceso: no es posible dimensionar la resistencia post 2001 a la continuidad neoliberal expresada en el extractivismo y la concentración de la tierra, sin la irreverencia que aportaron las luchas campesinas y medioambientales. Por otro lado, la potencia explosiva del movimiento piquetero devino en el surgimiento de un sector que se delimitó con identidad propia dentro de la clase trabajadora: el de la Economía Popular, y su novedosa forma de sindicalización. En la nueva etapa política que siguió a la rebelión las instituciones se mostraron más permeables. Parte del movimiento popular vio en esa apertura la posibilidad de releer al peronismo en clave de posibilidad y pujar por hacer cambios desde el Estado. Por otro lado, la izquierda también aprendió: más allá del modesto crecimiento electoral hay experiencias emblemáticas que supieron proyectarse políticamente, como la de las obreras y los obreros de Zanon. Las voces que elegimos para dar cuenta del devenir del estallido hasta nuestros días son apenas una parte de las diversas dinámicas surgidas del 2001 que impregnaron al conjunto de la sociedad. Costumbres combativas y antiburocráticas quedaron incorporadas en el pueblo con más fuerza de lo que se percibe a primera vista.

De igual modo que nos remontamos a las puebladas y las resistencias al menemismo para establecer una suerte de inicio de la etapa 2001, también podemos establecer un cierre del ciclo de la rebelión: la llegada del kirchnerismo al gobierno en 2003, con toda su complejidad y ambigüedad, inauguró otra etapa. A partir de ahí, ya es otra historia. El estallido quedó atrás, pero, sin embargo, a la hora de evaluar las demandas y los horizontes que parió la rebelión, el 2001 es un proceso inconcluso, aún abierto.

LA VÍA ARGENTINA DE LA REBELIÓN LATINOAMERICANA

2001 fue nuestro turno, de similar modo que lo fueron otros levantamientos para los distintos países de Nuestra América. Todo el continente se vio atravesado por revueltas, insurrecciones campesinas y protestas urbanas en respuesta a los ajustes neoliberales. En Argentina, la caída de Fernando de la Rúa y la suma de cinco presidentes sin poder hacer pie en los diez días posteriores al estallido se entienden mejor en ese contexto. Como parte del mismo ciclo de resistencias, la furia popular volteó a los gobiernos de Jamil Mahuad (2000) y Lucio Gutiérrez (2005) en Ecuador, y a los de Gonzalo Sánchez de Losada (2003) y Carlos Mesa (2005) en Bolivia. De igual modo el pueblo venezolano, con el Caracazo (1989), jaqueó al régimen bipartidista que lo oprimía y la insurgencia neozapatista se levantó en armas en México (1994) al grito de ¡Ya basta! Más recientemente se dieron la formidable insurrección chilena (2019), un nuevo levantamiento indígena en Ecuador (2019), la resistencia al golpe de Estado contra Evo Morales en Bolivia (2019) y la insubordinación masiva del pueblo colombiano (2021).

Todas rebeliones similares en tanto cumplieron o cumplen, a su modo, la generalidad anti-neoliberal que anunciamos más arriba. Similares y distintas, a la vez. El capitalismo global no repara en localismos, pero las resistencias sí: cada pueblo apela a las armas que su realidad concreta, sus juventudes, sus tradiciones

y utopías les brindan. Así, nuestro 2001 expresó la vía argentina de la rebelión latinoamericana. Los estallidos más recientes en diversos países de la región dan cuenta de que la lucha por la emancipación de los pueblos sigue siendo la madre de todas las batallas, aún en la actualidad.

IDENTIDADES, MILITANCIAS Y SENTIDOS

La movilización a los 20 años del golpe, el 24 de marzo de 1996, preanunció nuevos aires; fue parte del nuevo ciclo. El amplio movimiento de derechos humanos catalizó, en esa convocatoria sorprendente por lo masiva y en los debates que maduraron entonces, sentidos fundamentales que permitieron establecer un nuevo piso de conciencia para la militancia y para sectores amplios de la sociedad. Las Madres de Plaza de Mayo habían sido, desde siempre, el puente del pasado a ese presente; nos habían permitido aproximarnos política y emotivamente a las historias de militancia que habían quedado del otro lado del genocidio. Eso necesitábamos –queríamos–: recuperar el legado revolucionario, porque nada bueno iría a surgir negando o desconociendo las experiencias de quienes nos precedieron. Fue por entonces que los desaparecidos y las desaparecidas comenzaron a reconocerse con sus identidades políticas. A los nombres propios se les sumó la reivindicación de su militancia, hecho que durante los primeros años de la posdictadura solo hacían los grupos más combativos. En aquel contexto afloraron documentales, libros, pancartas en las movilizaciones, que reivindicaban sus filiaciones ideológicas. Las desaparecidas y los desaparecidos habían sido revolucionarias y revolucionarios: de Montoneros, del PRT-ERP, peronistas, guevaristas; habían intentado la lucha armada, pero también el cine de la liberación, la organización de base en villas y fábricas, acciones culturales, el sabotaje y la clandestinidad. Aquellas lejanas historias de los setenta se tornaban más verosímiles, humanas, reales. Por supuesto que eso no habilitó traslaciones

ahistóricas: la profundización de la resistencia al menemismo no apeló a fórmulas político-militares ni mucho menos.

La naturalización de la reivindicación de las identidades políticas que se dio en el contexto de los veinte años del golpe fue un hecho destacable de por sí. En esa clave nos formamos.

Por eso, entre la diversidad de voces e historias que elegimos para dar cuenta del 2001 se expresa una reivindicación de la militancia. El tiempo transcurrido ayuda a esa valoración. En aquellos años, con el surgimiento de lo que se denominó “nuevos movimientos sociales” primero y la dinámica espontánea que se identificó con la categoría de “multitud” después, las identidades militantes quedaron desdibujadas. Todo el protagonismo se le reconoció al pueblo enardecido, sin mediaciones. Pero eso, que es característico en toda revuelta y fue una táctica justa en aquel entonces, se vuelve disfuncional a la hora de entender la rebelión con la perspectiva necesaria que brindan los años.

Allí donde hubo vecinas y vecinos autoconvocados, hubo quienes tenían experiencias políticas previas. Donde hubo obreras y trabajadores que tomaron fábricas para ponerlas a producir sin los patrones, en muchos casos hubo dirigencias formadas en el clasismo. Los nuevos movimientos sociales adquirieron nuevas formas, es cierto, pero en esa gestación hubo activistas que habían conocido en la práctica las formas anteriores. La densidad militante de la rebelión fue tal que, a la distancia, es injusto el balance que no la pondere en toda su dimensión.

¿Cómo llega el seminarista Claudio Pocho Lepratti a activar políticamente en la CTA? Diana Sacayán, emblema de las luchas por la identidad trans, ¿no tuvo su militancia ya desde mucho tiempo antes, en las barriadas de La Matanza? ¿Dónde adquirió su sólida formación marxista Raúl Godoy, dirigente sindical que encabezó la ocupación de la fábrica Zanon para ponerla a funcionar bajo control obrero? ¿Por qué las mujeres ya hablaban entre ellas sobre las violencias machistas mientras revolvían ollas al calor del fuego de los piquetes? ¿Cómo fue ese camino

de las travas en las asambleas con cada vecino por la anulación de los edictos policiales? Los liderazgos sociales, aun los que se mostraron insistentemente ajenos a la participación política como tal, tuvieron –y en algunos casos, mantienen– el peso político de su propia acción, sea esta social, sindical, ambientalista o comunitaria.

La exacerbación del espontaneísmo conlleva una crítica anti organización muchas veces entendible, aunque riesgosa si se la acepta sin matices. El “que se vayan todos” incluyó, en sus expresiones más enojosas, a la propia izquierda. Fue tan cierta la crisis de representatividad como necesaria la apelación a la democracia directa. Sin embargo, es justo reconocer que hubo interpretaciones de los hechos voluntaristas, idealizadas, y otras que directamente rozaron la antipolítica. Eso no ayudó a consolidar lo nuevo.

La interpretación del 2001 adoleció de otro desvío, también resultante de la subestimación del sentido político de la rebelión. En los años posteriores, desde las esferas del poder nos predicaron que había que dejar atrás el “caos y la anarquía” y volver a ser “un país normal”. El planteo es coherente en boca de quienes gobernaron con la idea de aplacar la movilización popular y relegitimar el viejo orden institucional. Pero resulta preocupante si es la militancia la que adopta esa mirada.

Para alentar las nuevas y necesarias rebeldías, es imprescindible la celebración de la lucha, la reivindicación del heroísmo, la vuelta al mito para verificar que sigue ahí, que aún alumbrá.

BALANCES PENDIENTES

¿Qué nos queda de ese estallido donde creímos que todo sería posible? ¿Qué rescatan los protagonistas de aquellos tiempos de radicalidad, autonomía y solidaridad a flor de piel? A 20 años, todavía no es del todo clara la reivindicación que los sectores populares hacen de la rebelión. Por eso aquí no buscamos uniformidad

en los análisis políticos de un campo popular tan diverso como el nuestro. Sin embargo, sería deseable que los balances, aun parciales, vayan más allá y más a fondo de lo que han propuesto tanto quienes idealizaron livianamente el estallido como quienes insistieron con relatos que menospreciaron su politicidad.

Estas páginas, por supuesto, no pretenden ser ese balance. Sabemos que esa tarea se corresponde con dedicaciones y decisiones colectivas, tiempos sociales y políticos que necesitan su propio proceso, que no se aceleran a gusto. Para gran parte del movimiento popular en la actualidad, 2001 aparece lejano. Su rescate parece una tarea secundaria. Su reivindicación, una formalidad de calendario. Hay motivos para que así sea, algunos sólidos y otros de emergencia. Ya reempalmará de mejor modo la memoria latente de aquella potencia insurgente con las posibilidades y necesidades del mañana.

EL FUTURO YA LLEGÓ

Gran parte de quienes militan hoy –o se comprometen de mil formas en actividades colectivas para cambiar el estado de las cosas– apenas tienen recuerdos difusos de la rebelión. Hay jóvenes y adolescentes que activan y protagonizan el presente y que, en 2001, no habían nacido. Por eso sigue siendo necesario volver sobre las formas y los sentidos de todo aquello. Valga mencionar una de las luchas populares recientes, la campaña por la legalización del aborto: allí se habló de “la rebelión de las hijas”: hijas/hijos de las mamás feministas con militancias previas, que fueron, también, de algún modo, hijas del 2001. No solo porque muchos de quienes protagonizaron las movilizaciones, vigiliadas y campañas nacieron después, sino porque en la potencia de los movimientos feministas se reflejan los destellos del atrevimiento y la desfachatez que dejó la rebelión.

Porque aquí y allá, en toda Nuestra América, hay nuevas generaciones rebeldes haciendo sus propios caminos, asumiendo

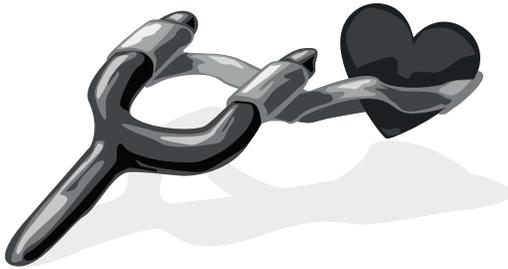
sus responsabilidades y desafíos. En esas búsquedas, esas juventudes protagonistas también se hacen preguntas, quieren saber más.

Para que cada rebelión no deba empezar de nuevo separada de las luchas anteriores, para que la experiencia colectiva no se pierda y las lecciones no se olviden, siempre será válido recuperar nuestra historia, tender puentes, cimentar caminos comunes. Para que, como propuso Rodolfo Walsh, la próxima vez sea posible que se quiebre el círculo.

He aquí un libro hecho de olas y semillas. Porque seguimos tirando de ese hilo colectivo y rebelde que nos trajo hasta acá, y que seguimos siendo. Porque veinte años después de la rebelión supimos plantar banderas de derechos que eran apenas un sueño, y hoy son una realidad. Porque nos seguimos atreviendo. Porque ya sabemos todo el poder de nuestro fuego.

EL ESTALLIDO

***Un tiempo en el que
todo fue posible***



LA PLAZA ES DEL PUEBLO

El 19 y 20 de diciembre de 2001

“Viento de libertad, sangre combativa
En los bolsillos del pueblo la vieja herida”
Matador, Los Fabulosos Cadillacs

Al amanecer del jueves todavía se podía sentir el tufo de la basura quemada. El cielo estaba despejado y el asfalto empezaba a levantar temperatura. Ese 20 de diciembre, la historia se desvió para el lado del pueblo, y la mecha, como sucedió en tantas puebladas a lo largo de la década anterior, la encendieron esas personas que nadie vio venir, madres, abuelas, señoras mayores, que apenas podían caminar, pero que portaban en su cuerpo gastado la fuerza de la indignación, esa que es capaz de doblar el acero: dos viejitas que llevaban un pañuelo blanco en sus cabezas.

Hebe de Bonafini tenía 73 años recién cumplidos. A las 9 de la mañana, estaba en su casa con Evel “Beba” Petrini, viendo por TV que un grupo se acercaba a protestar en Plaza de Mayo. Estaba cansada, la noche anterior había participado del reclamo en las escalinatas del Congreso. De pronto vieron que la policía agarraba de los pelos a una chica vestida de rojo y se la llevaban detenida. No lo dudaron, a los 10 minutos ya estaban frente a la valla policial.

–¡Ojo con lo que hagas eh! ¡Ojo con lo que hagas! –le gritó Hebe en la cara al policía, apuntándolo con un dedo.

–¡No le vayas a pegar eh! No le peguen al periodista... ¡Pero qué se creen ustedes! ¡Peeerooo! –acotaba Beba por detrás.

–¿Dónde está el comisario? –exclamaba Hebe hasta que lo encontró– ¿Usted se está burlando? Yo quiero saber dónde está la gente que se detuvo acá en esta plaza.

Pero la represión continuó, y las dos Madres se alejaron tomadas del brazo. En el camino, la policía empezó a detener a más personas.

–¡¿Por qué los están llevando?! –gritó Hebe sin ser escuchada.

En ese momento apareció la policía montada y las encerró, pero las Madres fueron rodeadas y protegidas por militantes sociales. “La reacción de todos fue proteger a las Madres, Lito trató con su cuerpo de frenar la atropellada, Rubén hizo caer al caballo con su jinete... Las Madres con su humanidad firmes en su lugar, insultando hasta desgañitarse las gargantas, con los puños crispados, seguramente recordando los tiempos de la dictadura...”, cuenta Fernando Esteche, en ese momento dirigente de Quebracho.

La imagen fue televisada y cientos de miles de personas se levantaron de sus cómodos sillones hogareños, símbolos de una década marcada por la indiferencia. Pero hoy: “Los Pañuelos no se tocan”. A poner el cuerpo.

CLAN, CLAN, CLAN

Los hormigueros empezaron a agitarse unos días antes de las fiestas. Algunos grupos autoconvocados y movimientos sociales, en todo el país, venían realizando cortes frente a los supermercados para pedir canastas navideñas. Fue la antesala de los saqueos.

Marta Korn, del Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Almirante Brown, que integraba una Coordinadora más amplia llamada Aníbal Verón –en honor al trabajador asesinado en Salta–, cuenta cómo fue creciendo el clima de guerra en el conurbano bonaerense: “Se acercaban las fiestas y organizamos un plan de cortes en las puertas de supermercados de la zona sur, donde se consiguen canastas navideñas. La tensión con la policía, el Estado y las fuerzas represivas eran cada vez mayores. Era muy importante en ese momento la cuestión de la autodefensa, donde más se organizaba la juventud en caso de

represión. Inmediatamente, a la semana, empiezan los saqueos, algo que no era nuevo, pero para nuestra generación sí”.

A medida que los saqueos a comercios se multiplicaban y se ponían más violentos (sobre todo por la reacción de las y los comerciantes), el 19 de diciembre al atardecer, el presidente Fernando de la Rúa anunció el Estado de sitio, un recurso antidemocrático que nos hizo viajar en el tiempo hasta la última dictadura militar. Un recurso vetusto cuando el pueblo está enojado, pero además no está acostumbrado a (ni tiene la intención de) cumplir órdenes de tipo militar.

Al contrario, miles de personas salieron de sus casas al grito de “Qué boludo, qué boludo, el Estado de sitio, se lo meten en el culo”, y se concentraron en torno a la Casa Rosada y el Congreso Nacional, estableciendo un corredor permanente entre uno y otro. Por otra parte, se fueron aglutinando en cada barrio de la Capital y del conurbano bonaerense, en la Quinta de Olivos y algunas casas de funcionarios. La gente encendía fogatas y volvía a hacer sonar las cacerolas, como si fueran instrumentos de guerra. Grupos de jóvenes trepados a monumentos, cantos de cancha y banderas argentinas mostraban una composición social policlasista, igual que en la tribuna. Esta vez, todas y todos habían sido estafados, y estaban unidos en un mismo grito. Según algunos informes, alrededor de 800 mil personas se amucharon y se abrazaron esa noche.

No bastó si quiera la renuncia del ministro de Economía, Domingo Cavallo, para apagar el fuego social. La policía de la ciudad intentó desalojar las plazas principales varias veces, pero se vio superada por una masividad nunca antes vista. En poco tiempo tuvieron que recurrir a gases lacrimógenos con fecha de vencimiento de 1983 por la persistencia de la gente.

Era medianoche y la gente no se iba. Una decisión política que nunca veremos en documentos, hizo que Jorge Cárdenas recibiera una bala de plomo en las escalinatas del Congreso. Finalmente, a partir de las 2 de la mañana, el grueso de la gente se empe-

zó a retirar a sus casas, pero quedó un grupo considerable, unas 30.000 personas, con mucha bronca, enfrentando a la policía con piedras, rompiendo e incendiando símbolos del neoliberalismo como bancos, locales de Mc Donalds y empresas de servicios durante toda la noche hasta las 6 de la madrugada. Todavía se escuchaban ruidos de cacerolas. Clan, clan, clan, clan...

EL ABRAZO

Le decían Petete. Era uno de esos pibes del conurbano bonaerense que desde muy joven se había empezado a hacer preguntas sobre las injusticias que veía en el barrio. En la Media 2 de Lanús ya se había juntado con otros como él para armar un centro de estudiantes que nunca salió, pero que le permitió consolidar un grupo de militancia social propio. Una de sus luchas más importantes fue contra el *gatillo fácil* de la policía bonaerense y la Gendarmería, una práctica común para barrer bajo la alfombra a las juventudes “sobrantes” de los barrios. Balas de plomo para “los pibes chorros”, la *Masacre de Budge*, el estigma de una juventud sin futuro. Todo eso venían a cambiar los movimientos piqueteros...

Ese 19 de diciembre, como tantas otras veces, Marta le había dicho a su hijo, Carlos Petete Almirón, que se cuidara mucho porque los barrios estaban picantes. Ya habían empezado los saqueos a comercios en todo el conurbano. En Villa Fiorito una persona había sido apuñalada por el dueño de un supermercado que se resistió al saqueo. En Merlo un pibe recibió un balazo. Pero en algunos lugares, la provisión de alimentos para paliar el hambre se había empezado a dar de manera organizada. Había que estar ahí.

Ella lo admiraba. Veía en sus ojos el sueño de un mundo arreglado. No sabía que su hijo partía hacia una batalla inesperada.

El 20, Petete vio por televisión a la policía montada que reprimía a las Madres de Plaza de Mayo, y sintió ese llamado que hace la historia cuando la indignación y la injusticia se unen en un

solo grito. En medio de la batalla, se cruzó con Diego, su amigo y compañero del Movimiento de Desocupados 29 de Mayo, en Monte Chingolo, Lanús. Diego recuerda: “Aquel día entré por Avenida De Mayo junto con una columna de unos 200 estatales, y veo a la policía reprimiendo una primera barricada. Atrás de ellos, en la primera línea, lo veo a Carlos. Lo distingo de lejos por la forma de moverse. Tenía un problema físico, una discapacidad. Fue muy loco porque cuando chocamos con la policía, que estaba de espaldas y se tiene que abrir, nos encontramos y nos abrazamos. En medio del abrazo levantó la mano y dijo *mirá lo que es esto*, muy emocionado. Nos despedimos. *¡Bueno cuidate, nos vemos!*... Ese *nos vemos* me dejó un vacío grande, fue la última vez que lo vi, lo vi ahí, y era el lugar donde Carlos iba a estar”.

Muy cerquita de ahí, en Bernardo de Irigoyen y Av. de Mayo, un policía de la Fuerza 2 del Cuerpo de Operaciones Federales, al mando del subcomisario Weber, descargó su arma no reglamentaria en el pecho de Petete. Fue el mismo grupo que asesinó a Gastón Riva y a Diego Lamagna ese día. El cuerpo de Petete, aún con vida, fue arrastrado por la gente hasta Hipólito Yrigoyen, donde pasaban las ambulancias, que lo trasladaron hasta el Hospital Argerich. A eso de las 19, en medio de los festejos por la victoria popular, un compañero que no se sentía con ánimos de celebrar se comunicó con Marta para avisarle que su hijo estaba internado. El cuerpo herido de Petete siguió luchando, esta vez contra su propio destino, pasó la primera operación pero no la segunda. “Él nació con una parálisis cerebral que le afectaba medio cuerpo –cuenta Marta–, tenía un problemita así en la mano, no se le notaba mucho porque no sabés lo que caminé con ese chico. Me decía: *Tengo ojos y veo, hay gente mami que no sabe lo que es un mate cocido, nosotros comemos por lo menos una vez por día, sabemos lo que es tomar un mate, estar calentitos y tener una frazada, hay gente que no tiene mami...* Lo que pasó me costó, pero me hace sentir orgullosa, me hace sentir bien, me hace sentir que mi hijo no estuvo en vano en sus 23 años de vida”.

¡A LAS BARRICADAS!

El responsable de tanto desastre estaba en la Casa Rosada, y había que sacarlo. La Plaza de Mayo era (es) de Las Madres y del Pueblo. No había gobierno ni fuerza policial por encima de esos símbolos. Había que recuperarlos.

Desde las oficinas y comercios del microcentro, miles de trabajadoras y trabajadores se fueron sumando a la contienda. Desde el conurbano, en tren, camionetas o colectivos, o desde los barrios porteños, como una procesión, miles de personas indignadas, militantes sociales, en su mayoría jóvenes, pero acompañadas por generaciones que tenían un poco más de experiencia en lucha de calles, sentían cómo el corazón se les aceleraba a medida que se acercaban a las inmediaciones de la Plaza. Las corridas, las calles rotas, el olor agrio de la pólvora y la neblina de los gases los preparaba para tomar consciencia de lo que se venía, de asumir un rol activo y especial en una acción callejera que solo habían visto en las fotos del Cordobazo.

Durante todo el día, entre las 11 y las 19, unas 150.000 personas enfrentaron a la policía, atosigándola permanentemente y reduciéndola, en un radio circular de 500 cuadras del microcentro, entre la calle Juncal por el norte, y las avenidas Leandro Alem por el este, Independencia por el sur, y Pueyrredón por el oeste.

Si bien es cierto que la revuelta porteña tuvo un fuerte carácter espontáneo, durante el día se fueron complementando acciones coordinadas de grupos piqueteros, sindicatos independientes y partidos de izquierda, con la gente que se movía entre estas iniciativas y las respuestas represivas. Como la idea común era recuperar la Plaza, todas las personas se movieron en ese sentido, y se formaron tres columnas principales que fueron las más nutridas, desde la 9 de Julio, por Diagonal Sur, Avenida de Mayo y Diagonal Norte, hacia una o dos cuadras de la plaza que estaba custodiada por el grueso de la policía. Es decir que los combates

más fuertes ocurrieron en esos recorridos, y los pasillos de conexión entre uno y otro.

El Congreso Nacional también fue un foco fuerte de enfrentamientos, lo que permitió ampliar el radio de acción de la protesta hacia zonas más despejadas y dispersar a las fuerzas policiales que tuvieron que dividirse en varios grupos para actuar.

Mientras la dirección de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) y del Frente Nacional contra la Pobreza (Frenapo) se encerraba en su local para debatir con diputadas y diputados una salida institucional a “la crisis”, sus bases y partidos más díscolos salían a las calles. Zaida Chmaruk, militante de la Federación Juvenil Comunista (La Fede) recuerda: “Cada vez que intentábamos avanzar un poco, la policía nos tiraba con de todo y había corridas. Al frente de esa columna estaba Patricio Etchegaray. Para nosotros era algo groso, porque éramos pendejos y él era nuestro jefe político y en las ideas, pero era la primera vez que estábamos en una situación de confrontación. Hay un momento en que la policía retrocede un poco, y Patricio grita: ¡Todo el partido al frente, a la plaza! Y nos metimos, y la policía retrocedió”. Esa juventud no olvidará jamás el poder de la determinación y el llamado de la lucha.

El despliegue de la Policía Federal fue enorme pero no alcanzó, se vio superado por la acción fragmentada y coordinada, por el cansancio del día anterior y por la larga duración de la protesta. Comenzó con los pelotones de la Federal avanzando por las avenidas principales, decenas de caballos, la motorizada recorriendo las calles laterales, los helicópteros patrullando a los grupos más numerosos, y la dispersión de las multitudes con gases lacrimógenos en mal estado y las balas de goma. Los patrulleros salían desde las Comisarías 2^a, 3^a y 4^a barriendo el microcentro con disparos al cuerpo. A pesar de los refuerzos que iban llegando en colectivos o escondidos en ambulancias, el personal policial empezó a agotarse, y ya no recibían ayuda de las vecinas y vecinos, quienes se negaban a darles agua y alimentos.

LA CABALLERÍA DEL PUEBLO

Los motoqueros se reunieron temprano en la sede del Sindicato Independiente de Mensajeros y Cadetes (Simeca), donde decidieron sumarse a la protesta. Se dividieron en tres frentes principales: por Diagonal Sur, por Avenida de Mayo y por Diagonal Norte. Eran más de mil, pero parecían el doble, por el estruendo de sus caños de escape, por la enorme coraza de metal y por la agilidad con que se movían por todo el microcentro. El resto se dividió en grupos menores y realizó acciones aisladas, con el elemento sorpresa a su favor, por todo el microcentro. “Capaz vos estabas en una esquina resistiendo solo y de repente caían 20 o 30 motos y se mandaban una de *cowboy*, y le iban dando fuerza a todo el conjunto. La policía nunca se esperó lo que iba a pasar con las motos”, cuenta Luciano Schillaci, por entonces referente del sindicato.

El enfrentamiento más grande que tuvieron se dio sobre Diagonal Norte, donde la columna de motoqueros se dividió en dos, cientos de motos para cada lado, en una acción premeditada, para cercar a la columna policial. Como tenían a mano una vinoteca, se metieron y consiguieron nuevas y lujosas municiones: Le tiraban a la policía con botellas de vino. *¡Le tiramos con Rutini!*, contaban después. “El motoquero unió a todo ese grupo de gente desbandada. Y se generó un espíritu de cuerpo muy grande. La participación de motos el 20 de diciembre fue mucho mayor que la convocatoria en las actividades gremiales del sindicato, superando ampliamente la capacidad organizativa del Simeca. Y ver una columna de 500 motos da miedo, el ruido solo de los motores da miedo”, cuenta Luciano, quien se desmayó sobre la moto al regresar a su casa, por una lesión en la cabeza.

Los medios de comunicación los retrataron de forma romántica: “Infantería motorizada del pueblo” (*Rebelión*); “Medio centenar de motoqueros con sus motos rugiendo, como hermosos Ángeles del Infierno” (*Página/12*); “Ayer fueron la montada del

pueblo” (*Indymedia*); “fueron nombrados por el mundo como la infantería motorizada del pueblo, patrulleros de la rebelión popular, o los caballeros del Argentinazo” (*Punto Final*). Pero nada puede ocultar el dolor por la pérdida de un entrañable compañero, Gastón Riva, un mensajero humilde de Ramallo, con tres hijos, quien recibió un disparo en el pecho mientras combatía en Avenida de Mayo.

EL DESENLACE

A eso de las 4 de la tarde, cuando los informes provenientes de los helicópteros de patrullaje mostraban que la represión no provocaba el repliegue de la gente, sino que solo la dispersaba para después volver a reagruparse y continuar la acción de manera más vehemente, comenzó la cadena de consultas para autorizar las armas de fuego letales. El secretario de Seguridad, Enrique Mathov, y el entonces jefe de la Policía Federal, Rubén Santos, impartieron órdenes a los oficiales superiores para desalojar la Plaza de Mayo “a cualquier costo”. Autos de civil de la policía se sumaron a la cacería, disparando a la multitud, en coordinación con custodios de seguridad acuartelados en los bancos. Sin embargo, el resultado no fue el esperado. Cuenta Natalia Vinelli, militante, docente y comunicadora: “Nosotras estuvimos mucho tiempo en los combates en Diagonal Sur, armamos barricadas en las calles laterales y estuvimos largo rato en 25 de Mayo, la calle que da a la Plaza, donde había una barricada muy grande. Ahí me encontré con viejos compañeros de militancia. Cada tanto, la gente desde los balcones o que nos cruzaban, nos iban diciendo cosas, y ahí nos fuimos enterando de los muertos. Eso nos indignaba más y nos empujaba a seguir. En vez de asustarnos, la cosa crecía en bronca”.

Minutos después, el presidente apareció por televisión, haciendo un llamado a la unidad nacional, y le ofreció al peronismo un esquema de coalición. El entonces titular del Senado, Ramón

Puerta, quien sería el presidente sucesor, fue el encargado de comunicar la negativa del PJ, algo así como empujarlo hacia el precipicio.

¿Qué puede hacer un dirigente sin personas para dirigir, en esos momentos, cercado por el pueblo y por la oposición? Sudar, tomarse la cara con las manos, temblar, agitarse, volcar la taza de café frío sobre papeles importantes... El canciller Rodríguez Giavarini le entregó una hoja en blanco y le pidió que escribiera la renuncia de puño y letra, tratando de no mirarlo a los ojos. Eran las 19.30. La sombra de la tarde empezaba a enfriar el asfalto, todavía ardiente y ensangrentado.

Marta Korn recuerda: “Cuando nos enteramos de que De la Rúa se estaba yendo en helicóptero, fue impresionante el grito de felicidad que se dio en esas calles, en esas barricadas. Vos estabas sacando al presidente a patadas en el culo. Aunque después, en nuestras casas, nos enteramos de la cantidad de personas que habían asesinado”.

El saldo en Capital fue de más de 100 heridos y 6 muertos, que se sumaron a otros 32 asesinados por fuerzas de seguridad en el resto del país. Unas 4.500 personas fueron detenidas en todo el territorio nacional y liberadas progresivamente hasta el 21 de diciembre. Los estallidos se repitieron, con distintos grados de violencia, en las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos, Neuquén, Chubut, Río Negro, Tucumán, Corrientes, Misiones y Mendoza.

Ese día del calendario, 20 de diciembre de 2001, fue el día D. Ese día es “El 2001”. Fue la combinación de diversos factores que van escalando hasta llegar a una sola imagen: el helicóptero blanco. Fue estallido, organización, novedad, experiencia, pero también una conspiración política deleznable.

El descontento de diversos sectores sociales tras una década de ajuste del Estado y desindustrialización del país, provocó por un lado la acción de las masas y por el otro la división interna del bloque de poder, expresada en miserias palaciegas que en vez

de resolver, agudizaron la crisis. Como lo explica Hernán López Echagüe: “La actitud de (Carlos) Ruckauf, (Eduardo) Duhalde y algunos intendentes justicialistas del conurbano, fue obscena. Un par de meses antes de la caída de De la Rúa, Duhalde anunciaba en Estados Unidos que al final del año se iba a hacer cargo del gobierno; Ruckauf se la pasaba anunciando el caos. Hugo Moyano no hacía más que amenazar con una revuelta. El intendente de Moreno, Mariano West, incitó los saqueos en su región. La lista es larga. El PJ en general tuvo una conducta por lo menos desdeñosa, le importaba un bledo la democracia, las instituciones. Tampoco podemos olvidarnos de Alfonsín. En su departamento de la avenida Santa Fe se reunían periódicamente Leopoldo Moreau, Rodolfo Daer y Armando Cavallieri; Carlos West Ocampo, secretario de prensa de la CGT; Ignacio De Mendiguren, (José Ángel) Pedraza, Ruckauf y Duhalde, para tramar el cambio de gobierno”.

La falta de respuestas de la clase política hacia las necesidades del pueblo durante toda una década, sumado al estilo patriarcal de egos y personalismos, fue generando un descreimiento social que se tradujo en la consigna “Que se vayan todos, que no quede ni uno solo”. Una herida de fondo que todavía llevamos. Es cierto, no se fue ninguno, pero quedó una desconfianza en las formas desiguales de construir, que caló hondo incluso en el conjunto de las organizaciones sociales.

Hombres de la política, barones del conurbano, de traje y corbata, con cinturones de cuero, mostraban la hilacha del estilo masculino de hacer política. Como contrapunto, las Madres de Plaza de Mayo, sostenían con sus puños arrugados las banderas de sus hijas e hijos, y le ponían el cuerpo a la resistencia. Desde los barrios, también, cientos de miles de mujeres y disidencias, invisibles pero firmes, recuperaban la dignidad del pueblo, recuperaban derechos y empezaban a cambiar la forma de hacer política.

Martín Azcurra



Homenaje a los caídos por la represión policial del 20 de diciembre, GAC (Grupo de Arte Callejero), 2001-2021

El colectivo GAC, junto a un grupo de familiares y amistades de las víctimas de la represión que tuvo lugar el 20 de diciembre de 2001, en pleno centro porteño, organizaron una serie de marchas periódicas para exigir justicia. Durante las movilizaciones se señalaron los lugares donde habían caído los asesinados por las balas policiales, en forma de placas de resina poliéster primero y luego de cerámicas. La placa que recordaba a Gustavo Benedetto, ubicada a las afueras del Banco HSBC, fue destruida por la policía que custodiaba esa sede al día siguiente de cada marcha conmemorativa. Cabe destacar que fue desde adentro del mismo banco donde se efectuaron los disparos que lo asesinaron.

¡QUE SE VAYAN TODOS!

La democracia directa de las asambleas barriales

Diciembre de 2001. Faltan pocos días para el estallido. Sergio Barrera va hasta la pizzería Coma, en la calle Ramón Falcón, a una cuadra de la avenida Rivadavia. Allí lo espera su amigo Jorge, el dueño del local, junto a un grupo de comerciantes, vecinas y vecinos. La reunión ocupa las mesas del pequeño salón vacío: la crisis hace rato espantó a los clientes. Analizan la jornada de protesta que realizaron el pasado viernes, que cayó 7. En Liniers, el barrio de San Cayetano, el 7 de cada mes se repiten ollas populares y reuniones para debatir lo que está pasando en el país. Ese día habían distribuido unos volantes con la consigna “¡Para que haya más trabajo para todos!”. A principios de diciembre de 2001, el gobierno había decretado el corralito financiero y la gente no podía disponer libremente de sus ahorros depositados en los bancos. Sergio también está en crisis: es profesor de aerografía, depende del pago de estudiantes sin dinero. Apenas puede mantener abierto su pequeño local: “La situación económica nos estrangulaba a todos, al que estaba sin trabajo y también a quien tenía un negocio, porque no había ventas ni podían usarse las tarjetas”.

Aunque no saben bien hacia dónde irá todo, deciden hacer más frecuentes los encuentros. Los bautizan: Asamblea Popular de Liniers. Es la primera que empieza a hacer actividades antes de que el estallido del 19 y 20 deje como saldo un reguero de asambleas por toda la ciudad.

Las reuniones en la pizzería de Jorge no son conspirativas como las de la jabonería de Vieytes ni allí se planea hacer una revolución como la de 1810. Pero la idea de que se está gestando algo importante sobrevuela las discusiones cada vez con más intensidad. La tensión late en cada encuentro, la bronca se respira en las calles.

Tras las marchas del 19 y 20, los cacerolazos y la puesta en práctica de las asambleas en todos los barrios porteños, Sergio recordará: “La emoción de esos días no la había sentido nunca y no la volví a tener después; fue un tiempo formidable, a todo el mundo se le ocurrían cosas y nadie pedía permiso para imaginar”.

Graciela Gurvitz, desde Villa del Parque, coincide: “Me cambió la forma de ver las cosas, la manera cómo me manejé en la vida; todo: me separé, conformé otra pareja y con él seguimos aún hoy poniendo el cuerpo, los pies en el barrio, pensando y tratando de concretar ese cambio social”. En 2001 Graciela era artesana, lo que le permitía acomodar sus horarios de trabajo y poder participar cuando hiciera falta. Villa del Parque es un típico barrio de clase media porteño, “no muy amigable con las necesidades de los otros”, como lo define. Sin embargo, también allí se dio uno de los epicentros de la explosión social que detonó la rebelión. Coparon el espacio público el 19 de diciembre desafiando la declaración del Estado de sitio. “Salimos a la calle con lo puesto”, con más indignación que idea de qué hacer, recuerda. El 20 ya todo tuvo otro color, otra intensidad: “Fue con muchísima más gente, nos juntamos en la esquina de Álvarez Jonte y Nazca con la idea clara de ir para Plaza de Mayo, ¡fuimos como mil personas!”. De ese caldo de cultivo surgió, pocos días después, también en Villa del Parque su propia asamblea barrial.

Graciela participó desde el primer día. Cuenta que llegaron a reunirse cerca de cuatrocientas personas. “En la lista de oradores cada vez se anotaban como cien; la gente quería hablar”. La necesidad rondaba cada historia, aunque a las vecinas y los vecinos

les costaba asumir públicamente la forma en que la crisis le pegaba a cada quien, en el plano personal. Hasta que un hombre pidió la palabra y dijo:

–Hablemos de lo que nos pasa, miremos un poco más a nuestro alrededor. ¿Ven allá, en aquel quinto piso? –señaló al edificio frente al parque–. ¿Ven que está oscuro, pero se ve un hilito de luz? Es la luz de una vela. Es el departamento de mi vecino. Le cortaron la electricidad porque ya no puede pagar. A él le avergüenza decirlo, no se anima a venir. Nos pasa parecido a muchos de nosotros, pero nos tenemos que ayudar.

La asamblea impulsó una colecta para darle una mano a ese vecino; iniciaron una gestión ante la empresa eléctrica para que pudiera recuperar el servicio básico y lo invitaron a participar. El caso sirvió para asumir con más naturalidad la autoorganización y la solidaridad. “Tomamos los asuntos en nuestras manos, esa frase nos acompañó y nos marcó”, recuerda Graciela. En la charla lo repite varias veces: “Tomar los asuntos en nuestras manos”. A partir de esa idea les fue más fácil acercar al barrio a las cartonearas y los cartoneros que venían del Gran Buenos Aires, ofrecerles participar también, y organizar actividades de apoyo escolar para los niños y niñas que llegaban a la Capital a cartonear con su mamá o papá.

Historias como las de Sergio, su amigo pizzero, Graciela y el vecino sin luz se repitieron por decenas de miles, en más de 150 asambleas que surgieron en la Ciudad de Buenos Aires y el conurbano. La cuenta la registró Ezequiel Adamovsky, participante de la asamblea del Cid Campeador, quien además es historiador. Para él, las asambleas barriales “demostraron una enorme vitalidad: discutieron la manera de reemplazar a los políticos profesionales por formas de democracia directa, exploraron salidas económicas para la crisis y establecieron fuertes lazos de solidaridad con otros movimientos sociales; el Estado, los políticos y el capitalismo recibieron cuestionamientos profundos y de una masividad pocas veces vista”.

TODO EL PODER A LAS ASAMBLEAS

El surgimiento de asambleas masivas autoconvocadas fue un rasgo bien argentino. En Chile la rebelión iniciada en octubre de 2019 logró mantenerse por un largo período; esa fue su originalidad. En Colombia, la capacidad de resistencia popular ante un Estado criminal le dio a las protestas de los últimos años su principal rasgo de identidad. En Ecuador, lo distintivo en todos los levantamientos populares, de los noventa a hoy, fue el protagonismo del movimiento indígena organizado. En cada rebelión las instancias horizontales de debate y decisión acompañaron de distintos modos a las barricadas, pero en ningún lado ese fenómeno logró la expansión, potencia y autonomía del movimiento de asambleas que se irradió después del 20 de diciembre en Argentina.

Hubo quienes vieron paralelos con los soviets de la Rusia pre-revolucionaria o lo sucedido durante la Comuna de París, más de dos siglos atrás. El investigador y militante Hernán Ouviña las relacionó con las asambleas de la Confederación Nacional del Trabajo en Cataluña, la CNT anarquista, durante la Guerra Civil Española, y con los consejos obreros alemanes, húngaros e italianos de 1919.

En América Latina también se pueden encontrar algunas similitudes. Durante la insurrección de 1952 en Bolivia surgieron masivas asambleas populares; esa memoria reflató durante el levantamiento de octubre de 2003, cuando los barrios del Alto, en las afueras de La Paz, se dieron sus propias instancias autogestivas de decisión. Las formas de autogobierno zapatistas en México o de los pueblos indígenas de la región andina –por ejemplo, en el sur de Colombia y Ecuador– resultan más distantes, porque en esos casos las dinámicas comunales responden a culturas milenarias. También hubo quienes forzaron una comparación con el movimiento comunal chavista en Venezuela, los Comités de Defensa sandinistas o los de Cuba; sin embargo, con el Estado a

favor como sucedió en esos casos, el sentido asambleario es otro bien distinto al que se dio a partir de nuestra rebelión.

En la historia argentina también hay experiencias de organización vecinal de base. En esa tradición se inscribe el *fomentismo* de las Sociedades de Fomento o Juntas Vecinales que surgieron a la par del crecimiento de las grandes ciudades. De igual modo podrían entenderse las Unidades Básicas peronistas a partir de mediados del siglo XX. Aunque no siempre adoptaron dinámicas horizontales, unas y otras fueron organizaciones de base fundamentales. De hecho, en 1982, hacia el fin de la dictadura, en esas entidades barriales se gestaron los *vecinazos* en el sur del conurbano bonaerense: rebeliones contra los gobiernos municipales que dejaron como saldo un clima de efervescencia social y participación que desbordó cualquier canal institucional.

Quienes sintieron el impulso de participar después de diciembre de 2001 tuvieron otro espejo donde mirarse, más cercano en el tiempo: las y los piqueteros se venían organizando a pura asamblea en las villas y barrios precarios del conurbano. Es cierto que había diferencias de clase, además de geográficas, entre quienes participaban de las asambleas en los centros urbanos y quienes lo hacían en el movimiento piquetero. Sin embargo, en muchas asambleas, por historias personales o por la crisis reciente, encontraron puentes de identidad con las barriadas suburbanas. La consigna “Piquete y cacerola, la lucha es una sola” resultó un guiño mutuo en las movilizaciones, pero también graficó el achicamiento de la distancia natural entre el piqueterismo de las y los pobres y el nuevo ímpetu asambleario del más clasemediero movimiento vecinal.

EL MAPA

Más de la mitad de las asambleas que surgieron después del estallido tuvieron lugar en la Ciudad de Buenos Aires. En los barrios donde predominan sectores medios hubo varias, separadas por

unas pocas cuadras. Así sucedió en Almagro, Flores, Caballito, Villa Crespo, Palermo, San Telmo o Belgrano. En los barrios más empobrecidos del sur como Villa Soldati, Parque Patricios o La Boca fueron menos las asambleas barriales concebidas como tal, aunque eso no significó menor ebullición social: allí las organizaciones piqueteras también hacían asambleas como parte de la dinámica interna de funcionamiento. Hacia el otro extremo de la pirámide social porteña, la cantidad de asambleas también se deshilacha: son contadas las convocatorias que se hicieron en barrios de clase media alta como Núñez o Recoleta. Estas fueron, además, las que menos duraron.

Cruzando el Riachuelo o la General Paz hacia el conurbano, hubo asambleas vecinales en el sur: Wilde, Avellaneda, Sarandí, Dock Sud, Lanús, Lomas de Zamora; en el norte: Carapachay, Vicente López, Florida, Munro y Villa Martelli; y en el Oeste: Merlo, Moreno, Haedo.

En otras regiones del país la regla se mantuvo: las asambleas cobraron vida de la mano de los sectores medios urbanos. Las hubo en La Plata, Rosario, Córdoba capital, Mendoza, Paraná, San Juan y ciudad de Santa Fe.

Si las asambleas, con su masividad y radicalidad, fueron un rasgo distintivo de la rebelión argentina, su composición social también lo fue. El protagonismo de la clase media es señalado en todos los análisis. Utilizamos el término en sintonía tanto con el sentido común como con los estudios más sesudos: nos referimos a la idea de una clase intermedia entre ricos y pobres, una “representación mental” que permite visualizar diferencias sociales, en términos de Ezequiel Adamovsky, quien dedicó más de un libro a la cuestión. Quienes se identifican con ese sector social pueden tener propiedades o depender de un alquiler, poseer alguna pequeña empresa o vivir de un magro salario, ser comerciantes o pasar largas temporadas sin conseguir trabajo. Hay quienes profesarán una cultura urbana global, híbrida; en otros casos, seguirán reivindicando sus raíces campesinas o

inmigrantes. Pero lo que les da un sentido de identidad común es la distancia social tanto con los sectores de clase más enriquecidos como con las personas más pobres de este país.

La crisis del 2001 facilitó el acercamiento de la clase media a las y los excluidos, de los que habitualmente la separan la condición social y los prejuicios. Es difícil imaginarse el estallido sin el protagonismo de esas vecinas y esos vecinos porteños que esparcieron cacerolazos y barricadas por toda la Capital.

OCUPAR, RESISTIR, DELIBERAR

El debate sobre lo público tuvo un espacio central en las asambleas. Después de una década de gobiernos promotores de privatizaciones, todo fue cuestionado: las empresas de servicios en manos de multinacionales y también el estado ruinoso de escuelas y hospitales estatales. Pero además del debate sobre las grandes cuestiones, había un plano de disputa más a mano, que invitaba a la acción: la posibilidad de recuperar predios o edificios deshabitados para reciclarlos y darles uso social.

También para esto había antecedentes cercanos. La ocupación de empresas al borde de la quiebra con el fin de ponerlas a producir bajo gestión obrera había tenido casos emblemáticos como el de la metalúrgica IMPA, en el barrio de Almagro, en manos de sus trabajadores desde 1998. En medio del estallido, el 19 de diciembre, las obreras textiles ocuparon la fábrica Brukman y por esos días también resistían adentro de la fábrica los obreros de Zanon. Los movimientos piqueteros, a la vez, venían construyendo centros comunitarios en terrenos ocupados sin pedir permiso.

El movimiento asambleario no se quedó atrás. A siete meses de iniciada la onda expansiva que siguió al estallido, el portal *Indymedia* mencionaba ocho recuperaciones de espacios públicos. Daba cuenta de la toma de dos sedes del ex Banco Mayo, una en Parque Centenario a manos de la Asamblea del Cid Campeador

y otra en Barracas a cargo de la Asamblea de Parque Lezama (allí mismo instaló sus oficinas el grupo de *Indymedia*, que fue parte del movimiento asambleario y, a la vez, por su web abierta y participativa, su principal canal de difusión). Otra sede bancaria en desuso, esta vez del Banco Provincia, había sido ocupada en Villa Crespo por la asamblea de ese barrio. También se había tomado el predio perteneciente al Gobierno de la Ciudad de la calle Cucha Cucha al 2500, por parte de la Asamblea Popular de La Paternal. En otros barrios apuntaron a locales comerciales abandonados: un lavadero de autos fue recuperado por la Asamblea de Villa Pueyrredón; un complejo de canchas de paddle en Vicente López por la asamblea de Florida Este; otro local abandonado en Medrano al 400 quedó en manos de la Asamblea de Almagro; y la ex pizzería La Ideal, también vacía, reconvertida en centro social por la Asamblea de Villa Urquiza. En ese barrio, además, derribaron un alambrado que la empresa Coto había puesto para apropiarse de un terreno baldío, acondicionaron el lugar y lo bautizaron Plaza de los Vecinos. En San Telmo, la Asamblea 20 de Diciembre recuperó un predio en la esquina de San Juan y Cochabamba, que convirtió en sede de una feria barrial. También ocuparon edificios en desuso las Asambleas de Palermo Viejo (el antiguo mercado municipal), la de Parque Avellaneda (el ex bar La Alameda); la Asamblea de Saavedra (el predio lindero al ferrocarril cerca de la estación); la Asamblea de las 7 esquinas (un antiguo mercado) y la de Corrientes y Juan B. Justo (un local sin dueño).

La crisis era tal que hasta algunos centros médicos bien montados habían quedado abandonados. En agosto de 2002 vecinas y vecinos de dos asambleas de Flores recuperaron la Clínica Portuguesa, clausurada desde antes de la rebelión. Allí encontraron instalaciones e instrumental médico en perfectas condiciones. Convocaron a profesionales de la salud sin empleo y diseñaron un proyecto de obra social para quienes trabajaban en las fábricas bajo gestión obrera, que no tenían sindicato ni

asistencia médica. La clínica El Buen Samaritano también fue recuperada, en este caso por un grupo de trabajadoras y trabajadores que se resistió al abandono; pasó a llamarse Cooperativa de Salud Medrano y recurrieron al apoyo de la asamblea de Almagro para su reactivación.

“NO ES POSIBLE GOBERNAR”

Como todo movimiento rebelde, las asambleas fueron resistidas por el poder. No faltaron atentados y amenazas. El entonces presidente Eduardo Duhalde declaró: “Con asambleas en las calles no es posible gobernar”. Tras sus palabras comenzaron a sucederse represiones y acciones violentas a manos de punteros y patotas con apoyo policial. La Asamblea Popular de Parque Avellaneda fue atacada a balazos. Un integrante de la Asamblea de Floresta fue secuestrado y torturado durante un día y medio por unos tipos que vestían de civil aunque procedían como policías. Arreciaron los desalojos de los espacios recuperados: pocos lograron quedar en pie.

Las voces contra las asambleas provenían, centralmente, de la vieja dirigencia política. El expresidente Raúl Alfonsín, en ese momento opositor, apoyó las amenazas de Duhalde. Apeló al artículo 22 de la Ley de Defensa de la Democracia para proponer “una acción política en contra de las sediciosas asambleas barriales”. El diario *La Nación* reforzó la idea: “Tales mecanismos de deliberación popular encierran un peligro, pues por su naturaleza pueden acercarse al sombrío modelo de decisión de los soviets”.

Nobleza obliga: en su ofensiva, las clases dominantes tuvieron a su favor a la mismísima Constitución Nacional. Su artículo 22 condensa una doble negación: “El Pueblo *no* delibera *ni* gobierna”, dice, y le sigue un condicionamiento determinante: “Sino por medio de sus representantes”. El grito *¡Que se vayan todos!*, acompañado de fuertes movilizaciones y de la democracia directa que se expresaba en asambleas extendidas por todo el territorio,

tenía, en efecto, una potencia subversiva respecto de nuestro orden constitucional expropiador de la voluntad popular.

¡QUE NO QUEDE NI UNO SOLO!

En octubre de 2001 el hartazgo social ya se había manifestado en las elecciones nacionales de medio término. Allí había tomado fuerza una de las principales vertientes de la rebelión: el rechazo a los partidos políticos y, en general, a toda forma de representación alejada de la voluntad popular.

Voto bronca, voto protesta, poner una imagen de Mafalda con un insulto o una feta de fiambre en el sobre, convocatorias a no ir a votar. El rechazo era no solo a un gobierno, sino al conjunto del sistema político. “Gane quien gane pierde el pueblo”, “Nadie cumple, vote a Nadie”, “Luche que se van”, eran consignas transversales que apuntaban contra toda la dirigencia política tradicional. En 1999 el peronismo había concentrado el repudio en las urnas tras la década menemista; dos años después se sumaba el enojo con el gobierno de la Unión Cívica Radical, pero también con el FrePaSo, la alianza progresista que había prometido un cambio aunque al llegar al gobierno no había hecho más que acelerar el ajuste y la represión.

“Yo venía de la izquierda, pero esa vez me abstuve”, recuerda Sergio. Reconoce que su grupo, proveniente del trotskismo, mantenía reuniones con Luis Zamora, candidato en esa elección, pero era tal el clima de rechazo al sistema que no lo fue a votar. Graciela, en Villa del Parque, eligió otra de las formas del repudio: “Yo impugné el voto, en ese momento casi todos poníamos en el sobre algo que expresara la bronca”.

En esa elección los dos partidos mayoritarios obtuvieron menos de la mitad de los votos válidos. Fue la primera vez en la historia del país que, sin proscripciones, sucedió algo así. El 56% de la población optó por alguna de las formas de expresar el rechazo. La abstención electoral fue superior al 26% y entre

quienes fueron, los votos blancos o nulos sumaron otro 21% del padrón total. La izquierda sumó el resto. Mejor dicho, las izquierdas: hubo distintas listas; el espacio fue dividido. De todos modos, también de esa forma la bronca se hizo notar, en especial en la Ciudad de Buenos Aires. Allí la suma de los votos de izquierda se acercó al 27%. Algunos de los parlamentarios combativos que asumieron en ese entonces, como Luis Zamora, cumplieron un rol importante, después, al poner el cuerpo en las luchas populares: la presencia de un legislador nacional podía contener a la policía a la hora de decidir una represión.

ASAMBLEA DE ASAMBLEAS: LA INTERBARRIAL

El domingo 13 de enero de 2002, bajo el sol intenso del verano porteño, trescientas vecinas y vecinos se reunieron en el Parque Centenario. Sus arboledas y flores, el lago, la feria y el anfiteatro eran suficiente atractivo a la hora de elegir un lugar para el encuentro. A eso se sumaba una conveniencia geográfica: el parque está en el centro casi exacto de Buenos Aires y hay variedad de transportes para llegar desde cualquier barrio de la ciudad. Así nació la Asamblea Interbarrial de Parque Centenario, la más amplia articulación ciudadana de participación directa, por fuera de las instituciones.

Las asambleas recién estaban dando sus primeros pasos en los barrios y allí había que ir con mandato de base. Graciela recuerda cómo cada asamblea hacía llegar sus planteos: “A veces los escribían en el papel de la cajita de cigarrillos, otras veces llegaban dentro de un sobre lacrado; era todo muy espontáneo”.

Un domingo después, el 20 de enero, la participación se multiplicó por diez: llegaron más de tres mil personas. Graciela fue elegida para hacer los resúmenes de las propuestas que llevaba cada delegado o delegada. Aún mantiene los apuntes de aquellos días: llegaron delegaciones de 81 asambleas barriales y la participación fue multitudinaria porque, como cuenta Sergio,

“iban los dos o tres delegados, pero también otros vecinos de la asamblea, un poco para conocer y otro poco para controlar que lo que se dijera en nombre del barrio fuera lo que se había discutido y no otra cosa”. Sergio, consciente de esa sana presión sobre su rol de delegado, dijo ante la multitud: “Que las asambleas populares sean soberanas, que aquí se discutan propuestas, pero que sean votadas previamente en las asambleas de los barrios”. Su arenga quedó grabada en la película *La dignidad de los Nadies*, de Pino Solanas, que participó de aquella Interbarrial como tantas y tantos comunicadores populares: registrando el momento con su cámara de mano, sin asistentes, siendo parte de la multitud.

Pino era, sin embargo, un político en acción. Su punto de vista expone una de las grietas que no tardaría en aparecer. Había una distancia que con el tiempo se volvió creciente entre quienes compartían la agenda de reclamos de las y los vecinos pero disentían sobre las formas asamblearias. Por aquellos años el cineasta intentaba poner en pie Proyecto Sur, una plataforma política progresista que sintonizaba bien con las demandas de la rebelión, pero que seguía aferrada a las formas tradicionales de representación. Al igual que sucedía con la figura de Luis Zamora, activistas y grupos del movimiento asambleario tejieron lazos de afinidad con él, que fue candidato un año después. Pero Pino Solanas tenía una mirada crítica hacia la radicalidad asamblearia. En su película, después de mostrar la vitalidad de las asambleas concluye: “Saben lo que quieren, pero no cómo lograrlo. Han derrumbado un gobierno, pero no están preparados para reemplazarlo. Su extrema desconfianza hacia el sistema de partidos políticos retrasa la construcción de alternativas con nuevas representaciones”. Pino pone el dedo en la llaga: si no surgen nuevas representaciones, más democráticas, participativas y controladas desde las bases, pero representaciones al fin, ¿entonces qué?

“FUE UN TIEMPO EN EL QUE PUDIMOS”

Los motivos del agotamiento de la Interbarrial –y de muchas asambleas– tuvieron que ver con rispideces internas y choques con la izquierda partidaria, más que con la crítica que expresaba Pino Solanas. Aunque, con los años, una parte del activismo asambleario efectivamente terminó volcándose a distintas formas de participación en el marco de la política institucional. Otras personas, en cambio, decidieron insistir con proyectos sociales de base que mantuvieran viva la llama de la horizontalidad. Graciela participa de una radio autogestiva: FM La Colectiva. El proyecto nació en el edificio tomado que fue sede de la Asamblea del Cid y que después se mudó a la Mutual Sentimiento. “Nos sentimos sujetos de nuestro propio destino, nos organizamos en forma autónoma y autogestionada. Nuestras decisiones las tomamos de forma horizontal, en asamblea”, reafirma.

Sergio agrega: “Hay que analizar bien lo que pasó en aquel momento. Yo ya tenía muchos años de militancia: milité en la dictadura, milité después, pero esa emoción... Esos seis meses... ¿Viste cuando sentís que se desborda todo? Yo siempre charlo con los compañeros, les digo que un momento así no lo hubo jamás. Nunca a la burguesía se le fue de las manos el control ideológico, el control del régimen político, nunca pasó que la gente se atreviera a soñar, se atreviera a pensar otro mundo como pasó en esos meses del 2001 y 2002. Después lograron...”

Duda si seguir hablando del después, de lo que *los otros* lograron, de lo que no logró ser. Pero retoma el hilo. Su voz vuelve a sonar nostálgica, contundente.

“Fue extraordinario. Fue un tiempo en el que pudimos”.

Pablo Solana



El Mierdazo, Etcétera, 2003

El Mierdazo convocaba a toda la sociedad disconforme con la situación social, política y económica, a guardar, llevar y arrojar su propio excremento o el de alguien más, familiar o mascota, a las puertas del Congreso Nacional en el mismo momento en que adentro las diputadas y los diputados debatían el presupuesto económico para el año en curso.

Bajo la consigna: “No se suspende por lluvia, ni por diarrea”, se realizó una instalación y una performance en la que un actor disfrazado de oveja, sentado en un inodoro ubicado sobre una alfombra roja, cagaba en público. Luego fue imitado por otros manifestantes que sintieron la necesidad.

“HABÍA UNA SENSACIÓN MUY GRANDE DE SENTIRSE PARTE”

Susy, Marlene y el 2001 en perspectiva travesti

Susy Shock y Marlene Wayar son travas, políticamente travas, y artistas y pensadoras afiladas. Y cada una en su recorrido es una pieza fuerte y determinante para el avance en la visibilización, en la conquista de derechos y palabras a la hora de analizar el panorama político. Marlene comenzó aquellas primeras militancias que Lohana Berkins establece en 1991, con la creación de Asociación de Travestis Argentinas (ATA) y, unos años después, la Asociación Lucha por la Identidad Travesti (ALIT). Corría 2002 cuando le otorgaron la personería jurídica a la ALIT y preparaban un agasajo; Susy dirigía la obra de teatro que iban a presentar y así se conocieron: “Quiero que la maestra de ceremonia sea una amiga mía, que se llama Marlene Wayar”, me dijo Lohana y, entonces, Marlene llegó a uno de los ensayos, tarde, para variar... Y, para variar, había perdido la billetera. Llega y dice: ‘Ay, ¿tienen plata? Tengo un taxi abajo y perdí la billetera’. Y Lohana me dice: ‘Ella es Marlene’”. Y luego le dice a ella: “Te estábamos esperando”. Lo cuentan y se ríen, pero así empezó esta amistad y compañerismo que lleva tantos años de abrazos amorosos y lengua filosa para leer la realidad.

Por eso la charla sobre 2001 es un diálogo de amigas, pero también un manifiesto político hecho cuerpo; la manera en la que las travas hacen todo. Y lo hicieron el 19 y 20 en la Plaza de Mayo o en Morón. Y lo dejó escrito Lohana, también, en “Un itinerario político del travestismo”: “El 19 y el 20 de diciembre

significó para las travestis que por primera vez nos sentimos unidas a un reclamo en común: el no rotundo a la imposición del Estado de sitio. Vale ahora plantear una diferencia: para las travestis, el Estado de sitio es a diario. La rutinaria persecución policial, las acostumbradas restricciones a circular libremente por las calles portando una identidad subversiva, los permanentes obstáculos para acceder a derechos consagrados para todos/as los/as ciudadanos/as del país, entre otros, hacen de la vida travesti una vida en Estado de sitio”.

Este es un diálogo de ida y vuelta, de risas y llantos, de recuerdos y anhelos futuros. Así, suelto y profundo a la vez, porque es una historia que hay que contar nuevamente; una historia en la que, de verdad, quepan todas las historias.

“¡VAMOS TODAS, COMPAÑERAS!”

–¿Cómo vivieron el 19 y 20 de 2001?

Susy: –Unos meses antes del 19 y 20 empezó a funcionar “La casita de Giribone”, una casa cultural de amigos en Chacarita para tener un espacio para tocar. Yo estaba viviendo en el Oeste y estaba empezando a mudarme para Capital porque mi hija, Anahí, empezaba el secundario en una escuela de arte.

Mientras, fui parte del proceso fundacional de ACTÚO, la Asociación de Teatros del Oeste, por eso el 19 y 20 los pasé en el oeste, en Morón. ¡En las plazas de Morón! Siempre hay una idea macro de que el 2001 es esas postales que tenemos de la Plaza de Mayo, toda esa épica de la toma de ese espacio tan simbólico –políticamente tan simbólico– y, en realidad, eso se replicó en todas las plazas. Yo vivía en Villa Tesei y hacía, sobre todo, teatro en el oeste. Entonces, mi referencia era ahí. Mi crisis fue ahí. Ya vivía con Edu, teníamos el Fiat Spazio y nos fuimos a la plaza de Morón, que estaba llena; no vinimos a Plaza de Mayo.

Marlene: –¡Cobardes!

Susy: –(Risas) Había todo un agite, algo muy local en el conurbano oeste: ibas a Moreno y había una gran movida teatral. Y con “La casita de Giribone” estuvimos mucho en la movida de la fábrica recuperada Grissinopoli, que después fue la cooperativa Nueva Esperanza. Prestábamos el sonido para las movidas, y también estuvimos en el momento de la toma, de la resistencia. Había muchas obreras, muchas tías. Por eso, en ese 2001, Giribone empezó siendo un espacio de cita para hacer teatro y terminó siendo con esta urgencia. Y en ese 2001 la gente, no sé por qué, traía sillas siempre que abrías un espacio. Por eso, en Giribone, había tantas sillas distintas.

Marlene: –Yo estaba en El Gondolín en el 2001. Yo me estaba montando como para salir temprano porque no sé qué había que hacer al otro día. Y empecé a escuchar el escándalo, y vi por la tele que estaba todo el mundo en la calle. Y, entonces, salí a buscar a las chicas, a Valeria Bravo, a Moira, las que estaban más enganchadas en la movida, porque era re difícil. Me puse ropa de civil y, yo era de las que tenían ventana a la calle, y ya vi la fogata en la esquina, en Aráoz y Jufré. Así que, ya lista para salir, les digo: “¿Quiénes vamos? Declararon Estado de sitio y la gente es la última falta de respeto que parece que ha decidido soportar. Con Estado de sitio no vamos a poder trabajar”, dije, corriendo el plano. Porque la verdad es que nosotras no estábamos mal. Todavía éramos un objeto de lujo, cobrábamos caro, cobrábamos a precio... no sé si internacional, pero nuestra plata nos había quedado estipulada del 1 a 1. O sea que nosotras éramos setenta dólares y cien dólares mínimo.

Pero sí se empezaba a sentir y las noches ya no eran como antes, todo nos llegaba: “no pudimos ir al hotel, porque no le querían cambiar dólares, querían darle dos pesos”, “no pude ir porque se le quedó el auto porque no tenía nafta, porque eran dos horas de cola”, “estuve toda la noche sentada en el auto con él, esperando que le cargaran nafta”.

Entraron en frecuencia y nos fuimos a esa esquina de Palermo. Y ahí empezó la rosca de que había que ir para Plaza de

Mayo y quiénes sí, quiénes no, quiénes se animaban, quiénes no se animaban. Y empezamos a ir por Corrientes, y la marea de gente... Había como una sensación muy grande de sentirse parte: que se acercara alguien y te ofrecieran agua en el camino, que te dijieran “vamos todas, compañeras” y que te abrazaran. Y las chicas decíamos “guau”. Los viejos y las viejas abajo de los edificios, nos decían: “vayan por nosotras, que no podemos ir”. Muy fuerte, muy lindo. (Esa emoción con la que cuenta Marlene esa sensación de que las travas eran parte por primera vez de una movida tan popular, también la describió Lohana: “Al lado de nuestros vecinos y vecinas, nuestro primer motivo de asombro fue no escuchar aquellos acostumbrados insultos con que muchos nos identificaban: negritas, viciosas, sidosas. Fue una sorpresa advertir que por una vez las exageradas siliconas, los pudorosos genitales, las indecorosas pinturas y corpiños se desvanecían tras la protesta social, se ocultaban en ella. Curiosamente, o no tan curiosamente, cuando no nos miraban fue cuando mejor miradas nos sentimos. Allí éramos una vecina más”).

Y entonces vamos llegando al Congreso, después nos vamos a Plaza de Mayo. Y tengo dos imágenes fuertes de llegar frente a la Rosada: una, que la calle era como una energía muy oscura, todas estábamos histéricas y enojadas y qué sé yo, pero eso eran solo varones con la misma energía oscura de que “pase lo que pase, matamos”. Era una cosa, un movimiento, el vaho de sus cuerpos, sus cánticos, eran muy machos, muy machos, y daban miedo.

Entonces, nos retiramos. “Vamos hacia la Pirámide, vamos lejos”, digo y veo que una palmera se estaba incendiando... y a mí me dio lástima. En esa sensación se me cruzaron dos cosas: el bombardeo de la Plaza y Grecia, el Partenón bombardeado, porque me encanta lo que cuentan los edificios, las particularidades de las historias de una ciudad y la palmera era, encima, un ser vivo. Me daba lástima. ¿Será que quedamos sin palmeras? ¿La Plaza de Mayo se quedará sin palmeras? Pero no sé, sobrevivió...

Después de eso ya fueron todas corridas: que los corrieran de ahí, que terminamos en Congreso, que corrida, gaseada. Y yo terminé sola, volviendo para casa a buscar las noticias y me fui con un pibe que terminamos en mi casa curtiendo. Creo que los dos teníamos como una fantasía de que yo era Juana Azurduy y, para mí, él era San Martín, no sé quién sería. Creo que, en ese momento, sabíamos que habíamos participado de algo único. Y, eso, coger en ese momento; yo me cogía a toda Argentina. Era como un acto de amor que nos trascendía.

Susy: –Sí, recuerdo que por esos días teníamos una obra y habíamos programado presentarla el 19 y 20 en Villa Ballester. Y pienso en eso de que “se veía venir” lo del estallido y decíamos: ¿Qué pasa? ¿Se sigue? ¿Se hace? Por eso me quedé, yo vivía en Villa Tesei, estaba más cerca de Morón, obvio, y la idea fue tomar el barrio. Yo no me cogí Morón como ella, que se cogía la Argentina...

Marlene: –“¡Ay yo nunca me cogí una trava!”, dijo él. Y para mí era un chico lindo, pero no era ni más lindo que otros mil que andaban por ahí. A ver qué alucinamos cada quien, porque realmente no nos importaba. Sentíamos eso: nos lo merecíamos porque habíamos sido heroínas.

Susy: –Era una pulsión... coger todavía era pulsión de vida.

“FUE UN MOMENTO MUY CONVULSIONADO DONDE HABÍA QUE ESTAR EN TODO”

El arte fue el lugar donde Susy siempre encontró su lugar de acción. Como ella misma dice, una rareza para los mundos militantes previos a 2001. Marlene, además de por la identidad trava trans, militaba con otras compañeras contra los edictos policiales que habilitaban que la policía se ensañara contra las travestis. En 1998, lograron que se derogaran los edictos y surgió el primer Código Contravencional de la Ciudad de Buenos Aires, donde se eliminaban las figuras de “prostitución” o “Llevar prendas del sexo contrario”, lo que generó un clima más libre para travestis y

mujeres en situación de prostitución. Es ahí donde aparecieron “los vecinos de Palermo” para contrarrestar esas libertades. Pocos meses después, algunos puntos del Código fueron reformados porque los sectores conservadores de la Ciudad lo consideraban demasiado “permisivo”.

–Previo a 2001 venían de militancias diferentes, ¿cómo fueron esos caminos anteriores para cada una?

Susy: –Los años anteriores fueron con Los Desconocidos, un grupo de teatro que llevábamos funciones a las escuelitas de Moreno y de Merlo. Siento que algo de esa reorganización de 2001, en los noventa el teatrero, la teatrera, lo tuvo con el tema de la lucha por la Ley Nacional del Teatro. El Instituto Nacional de Teatro, en pleno menemismo, hizo una cosa muy de habitar la calle, y se armó el Movimiento de Artistas de Teatro... Y entonces, ahí, fue como toda una épica, aparte, contra el menemismo, en ese momento ¿quién te iba a dar bola si decís que es importante hacer teatro? Yo sentía que remábamos. Y hacíamos funciones de cuatro espectadores en nuestros espacios. Después del 2001, eso cambió. Nunca más dejamos de tener gente, dejamos de hacer funciones solitas. Hay algo que estalló.

Y antes yo venía de una militancia partidaria en la adolescencia, muy pequeña y muy problemática con ser marica y con ser artista. Esas dos cosas que, por lo menos, eran diletantes para el mundo: “la revolución ya empezaba mañana e ibas a estar perdiendo el tiempo ensayando una obra de teatro, pensando en poesía”. Y yo siento que hay gente visionaria que estuvo ahí. Lohana ha sido una y Lorena, referenta del asentamiento 8 de Mayo, en José León Suárez. Son las dos personas que entonces, en esa urgencia, a mí me llamaron para cantar. En una movida, creo que era por Cuba, cerramos copleando. Lorena estaba entre el público y me dijo: “Yo quiero eso que hiciste, quiero que lo traigas a los pibes”. Bueno, los pibes, en ese momento no habíamos con e. Y, entonces, yo estaba ahí, en el asentamiento 8 de Mayo, que recién se había hecho la toma. En ese momento

no estaban ni las divisiones de tierras ni nada, estaban en la resistencia, en el momento en que la policía los sacaba, y yo decía “¿me voy a ir a cantarles a los pibes?”, si están viendo quién cruza la calle de tierra para llegar a la ruta, para ir a los negocios a pedir comida... Y me dijo: “vos vas a cantarles, nosotros nos ocupamos de eso, les pibes tienen que escuchar las coplas”.

Eso, y lo mismo Lohana y Marlene, que me conocieron y dijeron: “vos cantá”. Y yo siento que hay algo, de ese tipo de liderazgo de entonces, que muy hermosamente entendió que era desde el arte también. Inclusive creo que todo lo otro se desacomodó, se achicó, perdió peso... y hay algo que creció desde el arte. No digo que sea superior, pero es otra cosa. Me parece que muchas cosas consistentes, como estos vínculos, están claramente sellados porque nos traspasó el arte.

Marlene: –Yo me di cuenta en 2001 de cómo había sido todo ese trabajo previo que tuvimos las travas, de levantarte a la mañana para ir a una reunión para confrontar a los “Vecinos de Palermo”, que eran dos o tres, entre policías, inmobiliarias y la nada misma. El resto éramos personas.

–Porque en ese entonces la lucha de ustedes era contra los edictos policiales en la Ciudad de Buenos Aires, ¿no?

Marlene: –Sí, y posteriormente para que no derogaran el código contravencional por el que protestaban “Los vecinos”. En realidad, era un movimiento inmobiliario y la policía estaba, ahí, entongadísima... de derecho que es nuestro país. Entonces, veníamos haciendo esto de ir asamblea por asamblea, ir conveniendo, prendernos. Estaba Cristina, que había estado cocinando en un hogar de niños en Salta y había aprendido de todo: panadería, cocina. También íbamos a cocinar pan, pastafrola, todo lo que necesitaban los chicos de un hogar puertas abiertas. Y todo eso hizo que los vecinos nos conocieran, que supieran lo que reclamábamos y lo que no, que pusieran su propia experiencia, que dijeran “la verdad, cuando yo llego de noche, o si está el auto ahí en la calle y están las chicas, yo estoy tranquila”.

En ese entonces en El Gondolín éramos unas sesenta, pero quince más o menos estables. Estaba Nadia (Echazú) con Andrea en una casa y estaba Lohana, que vivía en Constitución y trabajaba en Flores. Con el grupete de la Comunidad Homosexual Argentina (CHA) y otras agrupaciones, ella coordinaba una interasamblea, que luego generó la asamblea de asambleas, donde terminaron votándose todas las exigencias que realizamos desde el grupo LGBTQI a mano alzada por mayoría absoluta y sin explicar casi nada, porque nos habíamos paseado por todos lados.

Mi contradicción era esa en 2001: ustedes son los que manejan la torta, digamos. Si lo llevamos hacia atrás y nos vamos al 25 de mayo de 1810, ustedes son los que entraban al Cabildo. Nosotras estábamos vendiendo empanadas y velas afuera, con más a o menos ganas de participar. Pero ustedes son los ciudadanos, ¿no?: propietarios, pagan impuestos; sostienen toda la estructura formalmente, por más que todos pagamos impuesto, pero son quienes están habilitados... Entonces, ¿por qué hemos llegado a este lugar? ¿Recién ahora se duelen porque les tocan la plata? ¿Pero el hambre nosotros lo venimos sosteniendo hace cuánto? Vos ibas a hablar de tus derechos y terminabas hablando de los derechos de cartoneros, de las putas, de todos. Porque teníamos que ir re armadas para explicar y contrarrestar los argumentos más fascistas y hasta progresistas. Ir logrando esas alianzas que hacían que, primero, los cartoneros o las artistas callejeras te votaran al toque y empezaran a hablar con la persona de al lado para convencerla. Porque, sí, en una asamblea pasan cosas, pero más pasan cuando te vas a sentar a comer el guiso o el choripán entre vecinos, y nosotras éramos solo tres o cuatro cuerpos. Entonces, ir consiguiendo esas alianzas que reprodujeran nuestra voz fue fundamental.

Así que para cuando llegamos a esa noche, ahí, en Aráoz y Jufre, con los vecinos, con los niños, alrededor de la barricada, del fogón, ya estaba el camino súper allanado.

–¿Y cómo era la relación con la institucionalidad en ese momento?

Marlene: –La articulación con la institución era... demasiado humana. Era una persona que quería hacer algo con nosotras, porque conocía a una feminista y trabajaba en la Procuraduría o la Penitenciaria y estaban tratando de refundarlas. Porque había muchas, como el INADI, fundadas en el menemismo, que eran cáscaras vacías. Y, bueno, tanto ver, tanto hablar fuerte, que empiezan a tener ganas de actuar. La Defensoría del Pueblo de la Ciudad, que estaba Diana Maffía, la Defensoría del Pueblo de Nación, la de Provincia, juntar pequeñas instituciones orientadas o más encuadradas en los derechos humanos que, entre varios sellos, se hacía algo importante que la prensa podía mirar porque la verdad es que nos habíamos cansado de hablar.

Habíamos pasado de hablar con esta sociedad, con la policía de interlocutora, a hablar con esta sociedad a través de la prensa, porque les pagaba el escándalo. Entonces tenías que decirle que íbamos a incendiar la comisaría o que habían descuartizado a una y, entonces llegaban y después les decíamos lo que realmente pasaba. Y se la tenían que fumar, pero mientras con la cámara te tomaban la teta, el culo, que la barba. Y en ese momento ya empezó a ser la posibilidad de articular con estas instituciones, con grupos de estudiantes de universidades de Psicología, Periodismo, Trabajo Social y ya ibas armando una caja en donde estabas respaldada por varias instituciones. Madres de Plaza de Mayo, por supuesto.

Fue un momento muy convulsionado donde había que estar en todo y, por eso, es tan importante que Lohana haya tenido trabajo y haya podido salir de la prostitución; porque yo y Nadia seguíamos cayendo presas. Y eran, también, nuestros cuerpos rotos. Sin ganas de levantarte, bañarte, vestirte y salir a no sé qué reunión... Y Lohana te decía: “Es importante, va a estar la liga de los derechos del hombre”. Y era todo una fuerza descomunal, pero sabíamos que tenía frutos, que ya Lohana había visto

el panorama. Por eso era importantísimo que ella durmiera de noche, por lo menos, y tuviera la cabeza despejada para poder enfrentar todo esto.

–Hablaste de Lohana, de Nadia... ¿Y Diana Sacayán? Sumamos que estaba en La Matanza, en los piquetes...

Marlene: –Sí, todavía estaba en La Matanza y era muy chiquita. Ella iba a trabajar a Flores y aprendió mucho con el Partido Comunista (PC), hacía relaciones y ponía el cuerpo; estaba en la lucha diaria. Después de todo esto, ella pudo llevar su experiencia a su propia situación y a la de las compañeras, donde la policía las estaba corriendo de la ruta, y ella y su hermana se plantaron. Y terminaron sacando el prostíbulo, y ella terminó presa. Para ellas fue más de aprendizaje, poniendo el cuerpo y poniendo la voz. Pero estaba todavía muy en La Matanza y eso rindió muchos frutos para después, en todas las movidas contra el Ceamse (la empresa Coordinación Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado, creada para gestionar los residuos, que se realizaban en los basureros a cielo abierto que contaminaban a la población y al ambiente), donde Diana ya no es una voz más: las mujeres la eligen, quieren que hable, la escuchan como a Maite en Córdoba, porque las ven que entienden qué se está discutiendo estructuralmente, porque no se callan nada y porque complejizan bajando a tierra: “necesitamos la olla”, “necesitamos que los pibes coman”, “necesitamos la seguridad”, “no se puede ir a la escuela con este aire, con esta mugre”. Pueden hacer esa síntesis y, más que, como hijas de mujeres maltratadas, con esa rabia y con esa impotencia de no haber podido defender a sus mamás de niñas; ahora con toda esa furia.

“NUNCA MÁS SENTÍ SOLEDAD DESPUÉS DEL 2001”

–¿Qué sienten que deja ese estallido, mirando desde hoy?

Marlene: –Yo ahora estoy muy enojada. Me pasé los dos últimos años del macrismo escuchando: “se va a venir”, “ahora

cuando se les vengán los del conurbano” y “el conurbano tiene que pararse”. Como que los que tienen que venir a salvar los trapos son los negros. Porque, claro, yo estoy mal, pero puedo aguantar. Yo estoy mal, pero soy cagona. Yo estoy mal, pero tengo una fiesta el sábado... Siempre la misma historia, los negros en primera fila y, por eso, Argentina no tiene negros.

Y, mientras tanto, si cualquier pobre infeliz se sale de ciertos parámetros, es un violento. Cuando siempre, o la inmensa mayoría de las veces, son reacciones ante la violencia persistente. La violencia que cometen nuestras instituciones y quienes gestionan esas instituciones es violencia pasiva. Es decir: “no se puede” “no, así no” o no recibirme. Y vas a uno, vas al otro. Y, bueno, finalmente terminan las personas sacadas reaccionando ante la inacción y es terrible que la única estrategia que te plantean es la resiliencia. Y cada vez tiene mejor propaganda la resiliencia. La resiliencia frente a la naturaleza es una cosa: estalla un volcán, se viene un maremoto, te quedás sin media familia... a la naturaleza estamos expuestos todes. Ahora, cuando hay un plan sistemático para mandar gente al basurero humano y tenerles ahí como el recordatorio de que si no obedecés y agachás la cabeza y hacés lo que se te manda, vas a terminar en un basurero... Son un recordatorio del infierno para controlar a angelitos que no queremos caer de la línea de pobreza. La falta de memoria y la falta de agradecimiento del pueblo es dura muchas veces.

Y en particular nosotras no tenemos un movimiento travesti realmente fuerte, unido y que haya crecido, por eso se nota tanto la ausencia de Nadia, de Lohana, de Maite, de Diana. Porque era parte común en crecimiento de un movimiento que se piensa articulado, que se tiene confianza, que se sabe defender, que está mirando desconfiado las comodidades que te plantea el sistema y demás. Pero, después, todo lo que tenemos es eso: gente embaucada con los discursos de lo posible, de lo alcanzable. Y un poco estamos acostumbradas a que, por ejemplo, la mayoría de las cosas en nuestro caso es que queremos educación sexual

integral que nos contemple; pero tiene que ser más articulado todo: ¿Cuánto es el presupuesto? ¿Cómo impacta eso? ¿Queremos una buena formación docente? ¿Queremos que nos registre un Estado? Queremos que nos registre como son nuestras identidades, no como otras. ¿Eso en qué difiere económicamente?

La verdad que, siempre, para los pobres: lo pobre, lo escaso, lo frío, la falta de gas, la falta de la belleza, de qué ponerle al guiso. En toda la olla, un sancocho, y un par de fetas de fiambre del orto.

No puede ser que nosotras no entendamos profundamente que el ejercicio de memoria es ese insumo pedagógico primero. Podemos volver a ser esos nazis en cualquier momento. Como si fuésemos un elástico que estirás y estirás y, de la nada, vuelve al punto cero. Entonces, eso hay que fortalecerlo y observarlo permanentemente. Porque esos pequeños actos fascistas están en la red, están en la escuela, están entre les niñes. Nos van educando para eso, para diferenciar y, después de eso, toda la diversidad de fascismos. Pero, digamos, la genealogía es el ejercicio de diferenciación. Yo soy más alta, yo soy más gorda, soy más chica, soy más blanca, más esto, más lo otro. No importa, después sos la frutilla de la torta. No podemos no entender que del vamos, vamos a ser diferentes y esa diferencia tiene que ser apreciada y no demonizada, no criminalizada, no patologizada.

Susy: –Creo que esa bronca viene también de la sensación de que, en un momento, en el 2001, quisimos que sucedieran o imaginamos que sucedían algunas cosas. Eso de que vos sos parte, todo el mundo es parte, y se suspendió todo eso que nos dividía, que fue como muy ilusorio y también se fue como reacomodando. Fue ese momento interesante y confuso también. Muchas, de este lado, creímos que éramos más, que había gente que estaba soñando lo mismo. Y había gente que estaba, inclusive, legítimamente desesperada por sobrevivir, y también mezquinamente desesperada por sobrevivir, y todo eso hizo una ensalada que veíamos como simplemente más gente amorosa, sumada a la causa de cambiar, refundar este país, etcétera, etcétera... y no era tan así.

Pero a la vez está bueno visibilizar, no hablo de lo subte, me gusta más hablar de los bordes. Sí hay otros bordes de todo este centro, que funcionaba antes, que funcionó durante y que sigue funcionando ahora. El tema es replantear eso primero, que era esta idea de discutir qué sería el éxito, a grandes rasgos. El éxito social, el éxito político, el éxito de las movidas, el éxito de las revoluciones. Porque ahí está toda esta idea de lo masivo y a mí me gusta pensar, veinte años después, en lo mínimo que ha sucedido, lo pequeño, lo más cercano que ha sucedido. Y no tanto en la postal de tanta gente... porque eso, después, no fue así. No era clase media y piqueteros todos juntos, no era así. Se resolvió el tema de los bancos y la gente volvió a pensar en las vacaciones y listo. Pudieron cambiar eso y a otra historia, a seguir votando mal, a seguir no pensando en el resto. Entonces, me parece que el éxito es cómo hacer crecer y sostener eso pequeño, esas tribus porque, aparte, esto masivo, claramente, nos está llevando a la explosión del planeta; es el fracaso del planeta, finalmente. No del planeta, es el fracaso del sistema y de la humanidad adentro del planeta, que se hace insostenible. Volver a las micro aldeas, a reconocerse, me parece que es el camino. Algo de eso estaba en el 2001. Eso, sobre todo, creo que fue el éxito del 2001, más que lo masivo del 2001, porque lo masivo dejó de estar rápidamente.

Marlene: –Sí, es eso. El planeta te está diciendo que eso no es bueno, no nos podemos juntar 300.000 personas en ningún lugar. Desde mi experiencia personal, es muy frívolo todo lo que escucho, respecto de activistas. ¿Por qué es activista? Porque ponen me gusta y porque su fotito en Instagram tiene el fondo X que no sé qué organización hizo muy prolija para que todos tengamos el mismo fondo “yo aborté” o el arcoiris o no sé qué. Y la verdad es que no hay nada con la raíz. Nosotras tuvimos muy en claro, aun en las primeras marchas, que marchamos todos los días. Una va al supermercado y es toda una marcha, porque está el cuerpo en escena y produce un montón de cosas. Entonces, la verdad que seguir pensando que es muy simbólico decirle al

Congreso o a la Casa Rosada esto o aquello... la verdad es que ya está desgastado, se transforma inmediatamente en folklore. Hay que ir a cada plaza, a tu plaza, y hacer una gran movida ahí. De 50, de 100 personas, pero te aseguras que se sepa que estamos en la ciudad y que existimos y vamos; y es importantísimo que vengan de las provincias y qué sé yo. Pero que termine siendo un Viña del Mar, la verdad que no suma mucho.

Y después, por supuesto, no borrar las particularidades de cada quien, eso es en todo. Por eso, no podemos ser una equis nosotras. Más allá de que es una brutalidad porque, justamente, la equis no es una identidad. Y esto fue inmediatamente posterior al logro que es que la Ley de Cupo Travesti Trans tome la palabra travesti y la deje impresa, y esté ahí reconociéndola. De nuevo, esa cosa tibia de querer higienizarnos, masificarnos, industrializarnos. Somos personalísimas... y siempre va a haber una tensión entre la verticalidad y la horizontalidad en la que nos ponemos. Cada quien tiene que ser consciente de que “soy yo” y “soy única e irrepitable” y ta ta ta, pero soy yo en comunidad, soy yo y mi comunidad. Y esas formas de relacionarnos son las que hacen que podamos trabajar en esas formas de vinculación.

Susy: –Sí creo que algunas de las cosas que brotaron las seguimos viviendo, creo que, sobre todo, un modo de autogestión; en mi caso, un modo de gestar cultura. Si bien yo la aprendí de pendeja, digamos, pero sí ahí tuvo como una razón de ser. En el 2001 se sellaron muchas cosas, que creo que nos fortalecieron para todo lo siguiente. Yo no me sentí sola nunca más a partir de ahí. Pero sí, por ahí, sentí mucha soledad en los noventa, estar muy a contramano del mundo, del país, del shopping, del 1 a 1; o sea, de un montón de lógicas, de que no les interesáramos, de que la poesía para qué. En cambio, nunca más sentí soledad después del 2001, con todos los avatares...

Inclusive en este contexto de Covid, siento que hay tribu construida, consistentemente. Está bueno que no hayamos perdido

cosas valiosas como los modos solidarios de construcción económica, la autogestión.

Es el final de la charla y son todas esas ausencias, esos reclamos de que travestizar el mundo es sacarlo de las lógicas con las que habitamos este tiempo cotidiano. Por eso vienen bien algunas palabras más de Lohana, que decía sobre 2001: “Las jornadas del 19 y el 20 de diciembre se sumarán a nuestra ya larga lucha. Desde las oscuras calles de la prostitución, desde las villas más devastadas, desde el movimiento piquetero, desde la protesta estudiantil, desde el campo de los derechos humanos, desde los partidos políticos, las travestis seguiremos tejiendo nuestra rebeldía para conseguir un mundo gobernado por la paz, la equidad y la justicia, sin opresiones de ningún tipo”.

Nadia Fink





DARIO SANTILLAN EN CADA LUCHA
MAXIMILIANO KOSTEKI ELLOS ESTAN



26 de JUNIO 1987

**SACAYAN
KOSTEKI
SANTILLAN**



Nuevas viejas banderas

“Si las travestis hemos levantado como bandera la lucha por el esclarecimiento y el repudio de los asesinatos de Kosteki y Santillán y de todos aquellos que fueron víctimas de la represión de diciembre, quiere decir que las banderas de los/as piqueteros/as son las nuestras y las de los 18 millones de pobres también: ¿cuándo, entonces, nuestras demandas serán encaradas por todos estos grupos rebeldes a cuyas voces unimos las nuestras?”.

Estas palabras son parte de las reflexiones que Lohana Berkins escribió en 2003 en “Un itinerario político del travestismo”.

El 24 de febrero de 2016, Susy Shock marchó en una convocatoria de ATE al paro nacional con movilización junto a la colectiva Lohana Berkins con un cartel que decía: “Querido Compañera, si Kosteki, Santillán y Mariano Ferreyra son mis muertos, ¿por qué Diana Sacayán no es la tuya?”.

Poco tiempo después del asesinato de Diana Sacayán, Susy retomó este delicado interrogante, enunciado por Lohana tiempo atrás, donde cuestionó la visibilización del activismo trans y las operatorias de la memoria atravesadas por el patriarcado. El cartel, propuesto por Susy en la comisión de Creatividad de la Colectiva Lohana Berkins y pintado por su hija Anahí Bazán Jara, fue parte de las acciones artísticas que se desplegaron también en la marcha del 24 de marzo. Allí, se sumó a una serie de gráficas realizadas por Serigrafistas Queer en la misma comisión, con la frase SACAYÁN KOSTEKI SANTILLÁN.

Aquí, dos imágenes se ponen en diálogo con una materialidad de gráfica callejera: una de Diana Sacayán que enfrenta a la policía, foto que tomó Agustina Guimaraes García en noviembre de 2014 cuando se trataba la Ley por la legalización del aborto; la otra, una foto de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán tomada en la base del Puente Pueyrredón un momento antes de sus asesinatos. La imagen es de la matriz realizada en 2005 por el Taller Popular de Serigrafía, quienes en ese entonces la imprimían en remeras durante las marchas por Darío y Maxi en 2005.

La imagen vuelve, se reproduce y resignifica. Sumamos, visibilizamos y la imprimimos más cerca de nuestros corazones.

“LA ORGANIZACIÓN SALVÓ A MUCHA GENTE”

Grillo y Pini, la rebeldía joven del conurbano

Griselda Cugliatti, Grillo, y Marianela Navarro, la Pini, llegaron a las barricadas del 20 de diciembre desde el sur del conurbano bonaerense. Eran pibas: 18 años Grillo, 20 la Pini, pero ambas traían media década de militancia en sus espaldas. Primero activaron en el colegio, luego en el barrio; en cada lugar con claras ideas de revolución. Grillo empezó a participar en la Agrupación 11 de Julio, que reivindicaba a Montoneros, y la Pini se sumó a un grupo guevarista que pretendía continuar el legado del Partido Revolucionario de los Trabajadores, el PRT. ¿Eran habituales esos compromisos juveniles durante la década del noventa?

Por aquellos años otra piba, María Soledad Rosas, la Sole, estaba a punto de convertirse en un símbolo de rebeldía global. Era de la misma generación que Grillo y la Pini, apenas un par de años mayor. En 1997 decidió irse de Buenos Aires con destino a Turín. En Italia se sumó al movimiento okupa. Fue acusada, acaso injustamente, por la realización de unos sabotajes contra el tren de alta velocidad y se suicidó estando presa. Su adhesión al movimiento anarquista italiano y sus gestos rebeldes la hicieron mundialmente conocida. Pero, a pesar de ello, mientras estuvo en Argentina la Sole no militó. Cuentan quienes la conocieron que para una piba como ella, en esos años de cultura menemista, la política no era una opción. La Sole había vivido en el Barrio Norte de Buenos Aires. ¿Tan distinto se veía todo a un lado y

otro del Riachuelo? En el conurbano, los noventa pegaron más duro que en algunos barrios porteños.

Grillo: –En el 94 o 95 las vueltas de la vida me llevaron a mudarme a San Francisco Solano, a uno de los barrios más pobres de Quilmes. Eso me marcó mucho: calle de tierra, frente a una placita donde pasaban un montón de cosas de día y de noche, cerca de un asentamiento. Ya se sentía el menemismo, el hambre, la desocupación. Eso me empezó a mover. Yo antes vivía en Bernal, de familia laburante, madre docente y padre borrado, para ser sintética. Antes alquilábamos, pero era una odisea llegar a pagarlo. Mi vieja, con un sueldo de docente de ese momento... no tirábamos manteca al techo, claramente. A veces había zapatillas, a veces no había. Mi vieja conoció a Marcelo, que fue su pareja durante 12 años, y nos mudamos con ella y mi abuela a la casa del padre de Marcelo. Tampoco era una vivienda propia, pero, bueno, dejamos de pagar el alquiler. Por ende, hubo alguna zapatilla nueva más.

Pini: –En mi caso, mi familia era laburante. Mi viejo tenía una herrería, que había sido de mi abuelo. Ahora mi hermano es herrero; son esos oficios familiares que se van pasando. Era obligación familiar que todo el mundo aportara algo al laburo de mi viejo. Mi vieja también laburaba ahí. Yo aprendí a manejar el torno, con mi hermana hacíamos las puntas de las rejas. Para mí era hacer trabajo de hombre. Ahora todo se pone en cuestión gracias a la lucha feminista, pero en ese momento a mí me daba un poco de vergüenza, porque iba con las manos con pintura sintética al secundario. Fue un periodo muy difícil. Yo me fui de mi casa a los 17. Un día no sé qué me prohibió mi viejo, de tantas cosas que quería prohibirme, pobre, y le dije: “Mirá, yo me voy”. Agarré una riñonera y me fui. Me paré en la esquina de mi casa, tampoco es que me había ido tan lejos... Vino mi vieja, me quería convencer. Y yo: “No, yo ya no vuelvo más”, y no volví más. Estuve en la casa de un amigo hasta que me fui a alquilar a Villa Argentina, acá en Florencio Varela, kilómetro 26. Era un local de

verdulería. Para entrar tenías que abrir la puerta de la cortina, era un *bolonqui*. Porque, aparte, como en todo barrio popular en medio de esa crisis, la gente discutía, había tiroteos. Yo tenía la autorresponsabilidad de estudiar. No quería decir: “Ah, bueno, me voy de mi casa y dejo las cosas a la mitad”, así que me banqué terminar de estudiar.

Grillo: –Durante 1999 o 2000, yo también me fui de mi casa, a los 17. Viví en algunos barrios donde militaba, con compañeros. Precisamente, uno de los departamentitos que alquilamos en Don Orión había sido un almacén. Teníamos una habitación, una pileta que tenía la bacha, pero no tenía el desagüe. Entonces, poníamos un balde abajo y usábamos esa misma agua para el inodoro. Después vivimos en el barrio Cerrito, justo en frente de un descampado, donde ahora hay un espacio comunitario, con un grupo de compañeros con quienes construimos mucho. Teníamos un calefoncito eléctrico, pero el lugar no tenía ventanas. Tenía agujeros y cuando hacía frío, en invierno, nos congelábamos, nos quedaban las manos azules y duras, tardábamos mucho en empezar a mover las articulaciones. A veces la comida vencía, pero no importaba, la comíamos igual.

Pini: –Así era... Pero, ¿sabés qué?, yo no tengo un recuerdo sufriente de todo eso.

–Porque eran muy jóvenes, ¿no? A los 17, 18 años, aunque sea todo muy difícil hay algo épico ahí. Si eso mismo les pasara ahora tal vez lo sufrirían un poco más.

Grillo: –Claro...

“TODOS LOS MAPAS, TODAS LAS CICATRICES”

Pini: –Y en medio de todo eso se mezclan las tribus que había en ese momento. Escuchábamos heavy metal. Estaban los punks también. Cuando veo las fotos de Darío Santillán con la remera de Hermética, digo: “claro, éramos todos calcados”; esos eran los espacios de resistencia que encontraba la juventud. Habíamos

inventado un espacio que se llamaba *Atravesando todo límite*, en honor a una canción de Hermética. Eran recitales que organizábamos en Varela, contra el gatillo fácil. Toda la juventud buscaba distintas formas de resistencia, la situación económica era muy adversa. Aparte de la política y la sensibilidad social, ese era nuestro mensaje de resistencia también. Hasta que un día empezaron a pelearse entre dos bandas y terminaron con un tiroteo. Pero hicimos muchos recitales, me acuerdo de que estaba la Correpi [Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional]. Hicimos un evento muy grande en el Playón de Varela, donde vinieron Malón y Actitud María Marta. El público era absolutamente machista, se la pasaron bardeándolas a las pibas.

Grillo: –No había espacios para los pibes más chicos tampoco. Los padres sin laburo, mucha ronda en la plaza, mucho estar sin nada que hacer. Después se armó el club de fútbol y los más chiquitos empezaron a participar, pero antes eso no existía. Yo estaba en el barrio Los Eucaliptus, de casas de chapa, mucho rancho, los pibes *fumanchaban* en la esquina. Venía la policía, los sacaba y los pibes, que se iban quedando cada vez más sin lugar, terminaron en la puerta de casa. Salíamos con mi vieja a defenderlos, a pelearnos con la cana, que venía con armas. Los hacían pararse, los palpaban, les sacaban lo que tenían y se los llevaban. Una vez los metimos adentro. Los queríamos mucho a los pibes y los pibes nos querían mucho. Venía el Topo con la maquinita y me decía: “¿Me cortás el pelo, Griselda? Porque no tengo quién me corte”. Le cortaba el pelo y empezaban a aparecer todos los mapas, todas las cicatrices que tenía. Y me empezaba a contar: “Esta es de cuando...” y así. Había estado preso, se había mandado unas cagadas, me contaba todo. Yo era chica en ese momento. Después sí se fue armando la movida más comunitaria, además de las organizaciones que nosotras integrábamos. Eso ayudó, contuvo bastante y a algunos pibes les debe haber salvado la vida. Porque no había

mucha opción: para ellos era salir a chorear, pelearse fiero con la gorra o inscribirte en algo con un poco más de perspectiva para adelante.

LAS COMPAÑERAS

En el diálogo que sigue Grillo menciona a distintos compañeros, todos referentes del Movimiento de Trabajadores Desocupados de la zona sur. A su vez la Pini menciona a Marcos, su compañero, y a Petete Almirón, de quien contamos en la crónica sobre el 20 de diciembre. ¿Era así de mayoritaria la participación de los varones como deja entrever esta enumeración? Hace 20 años la marea de los feminismos populares aún no había interpelado de manera suficiente a las organizaciones sociales y políticas. Sin embargo, a la par de esos muchachos, aunque menos visibilizadas, estaban las compañeras.

Pini: –Yo empecé a militar en el 95, tenía 14 años. Mi padre estuvo detenido en la dictadura, así que de política siempre se habló en casa. Mi viejo fue activista de Vanguardia Comunista hasta que lo detuvieron. Mi vieja fue el pilar de mi viejo, en todas esas situaciones, y de toda la familia. Él venía de laburar, entonces lo esperó un vecino, Fermín, en la parada y le dijo: “Mire, Navarro, váyase, que está el Ejército en su casa”, y esa vez zafó. Pero después, a los pocos días, llegó el Ejército a lo de mi abuela y rodearon la casa. Estuvo detenido ilegal bastante tiempo hasta que lo pasaron al Poder Ejecutivo Nacional. Esas historias las sabemos más por mi madre, porque mi padre, en realidad, no cuenta. Entre ellos tienen sus códigos. Dicen: “¿Te acordás cuando te fuiste de viaje?”. Ahora, con el tiempo, digo que yo tenía que honrar a mi padre. Cuento la historia de mi viejo porque es mi historia también. Sentía que tenía que honrar, de alguna manera, todo lo que él había luchado y lo que había sufrido. Ahora lo digo así, él nunca lo escuchó. Igual se lo agradecí. Porque nunca hablábamos de esto, es de esas cosas que se saben por la familia.

Un día, hace poco, un 25 de mayo, me dijo: “¡Feliz día de la patria, luchadora!”. Fue la primera vez que me dijo una cosa así.

Grillo: –En el colegio yo llevaba pintada la bandera de Cuba en el guardapolvo, tenía frases de canciones, una mezcla que no conducía mucho a ningún lado. Pero, bueno, era una forma de manifestarme. Noelia, que cursaba conmigo, me dijo: “Mi hermano Darío [Santillán] piensa las mismas cosas que vos, tendrían que conocerse un día”. Y así empezamos a mandarnos unas cartas muy lindas. Empezamos con él y con los que se iban copando con la idea de hacer algo. Estábamos indignados con lo que veíamos alrededor. A través de una profe de historia nos contactamos con Mariano [Pacheco]. Fuimos a una actividad a la plaza de Quilmes, ahí conocimos a Pablo [Solana] y empezamos a tener nuestros primeros vínculos con compañeros militantes. Ese día hicimos una olla popular que no tenía comida adentro; era una cosa muy simbólica. Me acuerdo que nos comimos unos sanguchitos de tomate, porque tomate había, y alguien consiguió pan. Era una excusa, ¿no?, para encontrarnos, para repartir unos volantes por el 16 de septiembre, la Noche de los Lápices. Con esas cosas nos formamos, tomando conciencia de que no habíamos salido de un repollo; que tenemos historia, que había habido organizaciones en la Argentina que habían combatido de lo lindo y tenían muchas aspiraciones políticas. Hubo muchas marchas esos años. Con mi vieja nos íbamos a la Marcha Federal, los docentes estaban bastante movilizadas, estaba la Carpa Blanca. Pudimos formar parte de esas expresiones de resistencia.

Pini: –Yo arranqué primero en el secundario, como todo joven que cree en la rebeldía. También arrancamos haciendo actividades por la Noche de los Lápices. Y, ahí, en el secundario, mi hermana mayor conoció a una compañera que era de un grupo que se llamaba Agrupación Juvenil 8 de Octubre, que era del Centro de Estudios de Trabajo Social. Nos veían activistas, no sé, nosotras éramos pibitas y nos invitaron a un acto. Yo ni hablaba en ese momento. La invitación era: “Invitación al acto del 8

de octubre: Mabel y hermana”. O sea, “hermana” era yo, ¡ni me junaban! Fuimos a ese acto que era acá, en Villa Mónica. Yo dije: “Me voy a sumar”. Me parecía que eran distintos. En ese momento, por un caso de gatillo fácil habían matado a un pibe en Florencio Varela, Fernando Gómez se llamaba. Este grupo, que era combativo, fue y apedreó la comisaría, hizo un acto de justicia popular en la comisaría Tercera de Varela. A mí me llamaba la atención, eran todos jóvenes y dije: “Ah, estos van en serio”. Yo traía la idea de que, cuando fuera grande, tenía que honrar a mi padre, y dije: “Bueno, estos son”. Estaba la foto del Che, además, entonces me integré rápidamente, sin mucho debate. Mi vieja me puso un par de condiciones: “Vos hacé lo que quieras, pero estudiá”. Ahora se lo agradezco. Porque muchos militantes, en ese momento, dijeron: “No, no estudiamos porque la revolución está a la vuelta de la esquina, ¿qué vamos a estudiar? Tenemos que meterle pata”. Nosotros pensábamos que en ese momento dábamos vuelta la tortilla. Yo creo que toda aquella camada creía eso, a diferencia de lo que pasó de 2003 en adelante.

“SENTÍAMOS QUE ESTÁBAMOS HACIENDO ALGO MUY GROSO”

Grillo: –Estábamos en lucha, resistiendo, intentando construir algo nuevo, una nueva forma de hacer política. Quizás nos faltó un proyecto de país. Teníamos la voluntad, muy precaria, de ir construyéndolo. Es como dice Pini, sentíamos que estábamos haciendo algo muy groso. Y creo que lo estábamos haciendo. Pero, quizás, el vecino o la vecina que venía con los siete pibes, con el marido desocupado hacía cuatro años, cagándose de frío, sin poder llevar a los pibes a la escuela... la estaban pasando como el orto. Yo hablo con mucha gente que vivió esa época y la recuerda como el peor momento de su vida. Pasan los años y se pueden ver las cosas con otra perspectiva, pero hubo mucha gente que la pasó muy mal, que comía de la basura. La organización salvó a mucha gente en este sentido. También a nosotras mismas como

militantes y como gente con inquietudes. Creo que fue algo de donde aferrarse para poder pensar, desde la precariedad en la que estábamos; una posibilidad de salir adelante, que había otras opciones posibles más que quedarte en casa angustiada. Que se podía luchar, encontrar otras personas que estén en la misma, estrechar vínculos. Fue muy importante todo eso.

Pini: –La generación de la que fuimos parte vivió los peores años de la Argentina. Años después, en el 96, 97, ya empezamos a armar lo que fue el MTD [Movimiento de Trabajadores Desocupados] Teresa Rodríguez. Yo hacía apoyo escolar en los barrios. El primer barrio al que fui se llama La Esperanza y fue la primera vez que participé de una asamblea. Ahí se trataba de compartir las cosas, compartir la nada que había en ese momento. Pero la gente se juntaba y estaba ese espíritu de resistencia. Eso nos llevó al primer corte de ruta. Participé ahí junto con quien era mi compañero de ese momento, Marcos. Éramos pibes, adolescentes, pero estábamos ahí, eufóricos, viendo en qué colaborábamos. Nos metíamos en la línea de autodefensa o ayudábamos en la olla. Sentíamos que estábamos resistiendo con una dignidad que nadie tenía. Nos poníamos el pañuelo de la organización y sentíamos que éramos diferentes. Los primeros piquetes fueron esa fuerza... casi corporal. ¿Viste que ahora, en esta época, se dice: “Hay que hacer mística para un evento”? En ese entonces eso salía de la sangre de la gente. La mística era ese mismo ejercicio de la resistencia, de que estábamos juntos, de que éramos capaces de sostener por días un corte de ruta. Teníamos como ejemplo las puebladas de Cutral Co y Mosconi, que mirábamos por la tele. También veíamos a los zapatistas, a las FARC en Colombia... Pensábamos que estábamos cambiando los destinos del país. Parecía que todo estaba a la vuelta de la esquina. En la teoría una dice: “Bueno, no, estos son procesos de acumulación y bla bla”, pero nosotros decíamos: “Sí, estamos acumulando, está bien, pero vamos vamos vamos”, y le metíamos pata. Eso es algo importante de nuestra generación y tiene que ver con

la convulsión que había en el país. En julio de 2001 habíamos tenido 86 presos del Movimiento, en el penal de Magdalena y en el de Los Hornos. En esa ocasión metieron en cana a toda la dirigencia y, por casualidad de la vida o del destino, quedé yo sola afuera. Logramos la libertad con el apoyo de todas las organizaciones, pero eso para mí fue un punto de crecimiento.

“LO TIRÁS Y EXPLOTA”

Entre el centro porteño y la periferia bonaerense puede haber una hora de viaje o un abismo a otro mundo. La frontera es nítida en los mapas: la Capital aparece protegida por la traza del sinuoso Riachuelo o la rectilínea avenida General Paz. Desde el territorio provincial hay compuertas que funcionan como pasos obligados: en el sur, el Puente Pueyrredón o la estación Constitución. Por allí llegaron miles de personas cargadas de bronca aquel 20 de diciembre.

Pini: –Fuimos un grupo del MTR [Movimiento Teresa Rodríguez], éramos unos cien, viajamos desde el Playón de Varela en el Roca. El tren estaba lleno de cartoneros que iban y venían del conurbano a la Capital, así que llegamos todos juntos a Constitución.

Grillo: –Yo estaba en el MTD de Almirante Brown. A la madrugada nos pusimos a armar unas molotov caseras. El único que sabía algo era un compañero, aunque en realidad no sabíamos si sabía. Él decía: “tenemos que juntar las botellitas, poner hasta acá de nafta, ponemos el pañito y eso se conecta con la nafta y, bueno, se prende así; lo tirás y explota”. Pero, aunque estábamos todos locos de contentos con eso, no fue tan así. Llegamos a la Capital y estaban unos chabones rompiendo las calles y tirando piedras, había barricadas, gente por todos lados. Nosotros teníamos nuestras bombitas molotov. Las tiramos pero no prendieron, estaban mal hechas. Por lo menos nos sirvió para aprender que las mechas también tienen que estar mojadas en nafta, queríamos prenderlas y estaban secas.

Pini: –Ahí tuve conciencia de la muerte. Estábamos en Avenida de Mayo y nos dijeron que había muertos, y no podíamos entender. Yo, por lo menos, tenía la idea de que el Estado te mataba con la dictadura, no en una movilización... Yo había estado charlando antes con Petete Almirón, tenía mi edad. A partir de entonces aprendí que el Estado te puede matar también en democracia.

“ENORMES RESERVAS DE LUCHA Y RESISTENCIA”

En aquel diciembre ardiente, un par de días antes del estallido, la Pini se había recibido de maestra de arte. “En vez de tirarte arroz te tiraron gases lacrimógenos”, bromeamos durante la charla. Por estos días está cumpliendo, al igual que la rebelión del 2001, 20 años de ejercicio de la docencia en una escuela “acá, en el fondo de Florencio Varela”. Hoy su militancia sigue siendo igual de comprometida, ahora en el Frente de Organizaciones en Lucha, el FOL. Es una de las principales referentes de los movimientos barriales en todo el país.

Grillo se dedica “70% a maternar, con mis dos hijites, Inti de 2 y Tania de 4; eso me lleva mucho tiempo y esfuerzo”. También trabaja en el hospital neuropsiquiátrico Colonia Cabred, cerca de Luján. A esa ciudad, ubicada a 70 km. al oeste de la Capital, se mudó con su familia para hacer realidad el derecho a la casa propia. Su militancia continúa en el Frente Patria Grande, con parte de compañeras y compañeros con quienes integró el movimiento de desocupados años atrás. “Estoy más grande, así que ya no estoy tanto, pero sigo dando una mano en actividades de formación”.

–¿Qué rescatan, hoy, de aquellos años?

Grillo: –Que tenemos un pueblo muy rebelde, que se enfrenta a las injusticias. A mí me queda eso: que hay varios nervios sensibles en nuestro pueblo que a veces estallan. Y la sensación de las cuestiones pendientes. Porque todo lo que se vivió después del 19 y 20 fue también en un clima de mucha discusión, muchas

asambleas. Recuerdo que empezábamos a prefigurar otros modelos... Pero el sistema de dominación se fue reacomodando. Si bien cuestionábamos y criticábamos mucho al Estado, después se puso fuerte. Rescato la vocación de que es posible empujar para que haya transformaciones profundas y estructurales del sistema. Por lo menos yo, y el colectivo de compañeras y compañeros del cual soy parte, creemos que el Estado... es una cagada, porque es el Estado que oprime, que se reacomoda, que se lava la cara... Pero también es cierto que en Latinoamérica fueron apreciando personas de los sectores populares que tomaron lugares importantes dentro del Estado y eso nos llevó a una reflexión: muchas veces esos lugares pueden ser tomados para empujar mejoras. Yo creo que por eso luchamos, para que la gente, los pibes que la están pasando mal, estén mejor. Pero sin olvidarnos de que no hay que conformarse con eso, hay que buscar transformaciones de fondo.

Pini: –Por un lado, yo rescato que el pueblo argentino tiene enormes reservas de lucha y de resistencia que no pueden ser desconocidas por ningún sector dominante. Esa resistencia, sin duda, condicionó al Estado no solo en Argentina, sino en otros países que también sacaron lecciones. Hemos pasado por procesos de institucionalización. Sin embargo, todo lo que hemos luchado queda acumulado. Desde los movimientos sociales, o la batalla que dio el movimiento feminista en la Argentina, de la cual nosotras, como mujeres y militantes, hemos aprendido. Después, también, ves el continente: el último periodo de la resistencia en Chile, la resistencia en Ecuador, en Colombia... En los últimos años nosotros también resistimos con absoluta dignidad a Macri, ¿no? En la calle. Todo eso va marcando que la calle es el reaseguro. Eso es lo que yo conservo del 2001: el reaseguro. Porque es la fuerza de la clase trabajadora y de los sectores populares en general la que va a marcar la agenda. O la vamos a marcar nosotros o la marcan los de arriba. Entonces, de arriba te quieren explicar que la pobreza, que no sé qué... pero no hay que

perder la vocación de cambios radicales. A pesar de que la época es adversa. Siempre te invitan a lo posible, ¿viste la canción de Silvio Rodríguez que dice: “La silla que te invita a descansar”? Siempre está esa tentación. Pero tenemos que resistir y tenemos que ir por más, porque merecemos más. Merecemos cambios radicales y el reaseguro está en la calle. Yo creo que esa lección la tenemos del 2001.

Grillo: –Sí, hay que empujar ese espíritu y hablar de transformaciones profundas. Y para eso, las calles son fundamentales...

Nadia Fink y Pablo Solana

EL SUEÑO PIQUETERO DE DARÍO SANTILLÁN

Crónica de un militante que puso el cuerpo

Nunca nos vamos a olvidar de junio de 2002. Fue cuando todos los movimientos sociales se pusieron de acuerdo para decirle al país: “acá estamos, existimos, tenemos urgencias”. Esta vez, la pueblada ya no iba a ser espontánea, se pensó la seguridad, la prensa, la negociación y se puso un día y una hora. Miles de vecinos y vecinas de barrios pobres del conurbano y la ciudad iban a tomar los puentes de acceso a la Capital para frenar todas las actividades. Nadie pasaría. El piquete se convirtió en la huelga de quienes no tienen nada. Y como era de esperar, algunos gobernadores y funcionarios del gobierno pidieron mano dura abiertamente.

Así, ese 26 de junio de 2002 se transformó en una fecha dolorosa para la historia de Argentina, pero que cambiaría el rumbo político del país. Ese día, por primera vez desde el regreso de la democracia, las cuatro fuerzas de seguridad –Gendarmería, Prefectura, policías Bonaerense y Federal– actuaron de forma conjunta para despejar el corte que tuvo lugar en Puente Pueyrredón. Fue una cacería, que se conoció como “La Masacre de Avellaneda”. Por la noche, contamos más de noventa personas heridas (un tercio con balas de plomo) y más de doscientas detenidas. Unos años después, la estación de trenes se dejó de llamar Avellaneda, ahora es “Darío Santillán y Maximiliano Kosteki”, en honor a los dos compañeros que pusieron el cuerpo para resistir la avanzada feroz de la policía. Esta es

la historia de uno de ellos, que hoy es bandera de la juventud solidaria y comprometida.

EL LEGADO DE LOS 70

Darío no paraba de pensar “el cómo”. Mientras escribía “Hermética” en su pupitre con una birome azul, su mente maquinaba cómo sumar a más compañeras y compañeros a la defensa de los derechos estudiantiles. Habían armado la Lista Roja, pero nunca pudieron ganar el Centro de Estudiantes. Su madre, enfermera de una enorme vocación de servicio, había fallecido hacía poco, y no tenía ganas de ponerle tanta energía a las discusiones con la directora de la escuela. Pero además, en ese momento, una nueva forma de lucha atrajo toda su atención.

Otra pueblada había hecho temblar el país. En medio de una protesta en la ruta nacional 34, un policía uniformado se acercó al piquete, se corrió el protector del casco y disparó en el rostro de Aníbal, un obrero padre de cinco hijos. Las y los pobladores de Mosconi y Tartagal no lo podían creer, ni tolerar. Tomaron la comisaría, la empresa de luz, la municipalidad y el diario local. Vacías y con las puertas abiertas, las casas evidenciaban bronca e indignación. El pueblo entero subía, pisando fuerte por el valle, hacia las rutas ensangrentadas. Los ecos de su paso indignado llegaron hasta el corazón de Buenos Aires y le dieron identidad a una nueva fuerza social de la que Darío no quiso estar al margen. La Coordinadora Aníbal Verón, que nucleaba a los Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) del conurbano bonaerense, crecía al calor de los piquetes, las asambleas barriales y las tomas de tierras.

Marta Korn lo conoció en Don Orione, mientras daban sus primeros pasos de militancia social: “Fue fundador del MTD Almirante Brown, desde marzo del 2000, hasta fines de 2001, cuando se va al MTD de Lanús. Fueron procesos de mucha experiencia y mucho aprendizaje permanente. Si bien era un pibe

joven, parecía más grande, no solo por su aspecto, tenía barba y era grandote, sino porque estaba muy comprometido, no era común que un pibe tan joven esté tan atento a lo político. Pero también era muy humano, muy sociable y por eso lo quería todo el mundo, gente joven y gente grande. Las mujeres grandes lo querían como un hijo. Mi vieja lo quería un montón. Era un compañero que te iba a visitar a tu casa si un día no te veía. Él atendía esas cuestiones que a veces no se tienen en cuenta”.

Un barrio de trabajadoras y trabajadores humildes forjó sus códigos y su solidaridad de clase, que poco a poco fueron mutando en acción revolucionaria. El motor fue el mismo de todos, la crueldad cotidiana a la vuelta de la esquina. En su pieza de sueños infantiles, circulaban ya libros sobre luchas latinoamericanas y voces de fantasmas. Y mientras, pienso que un gran error de los milicos fue no permitir la sepultura de las víctimas, porque todavía siguen dando vueltas entre nosotras y nosotros, desvelándonos con un gran sentimiento de injusticia. Una noche, en una peña, Darío recibió el traspaso de mando. Con un vino de por medio, como agua bendita, el viejo militante le había depositado su herencia, con la energía reparadora que se traga en el exilio.

“Nos pesa mucho la valoración de todos aquellos que dieron la vida, más de 30.000 compañeros que pelearon por lo mismo que estamos peleando hoy. Lo que sentimos en carne propia es que somos los mismos que pelearon en aquellos años. Somos la continuidad de esa historia”, contó Darío en una de las últimas marchas de la Resistencia que hacían las Madres de Plaza de Mayo a la que asistió.

No bastaron las comodidades para quedarse en casa; Darío dejó todo por el MTD de Lanús y se sumó a la toma de seis hectáreas abandonadas del barrio La Fe, en Monte Chingolo. Pensaba instalarse junto con su hermano Leo y contribuir desde allí al fantasma de la rebelión que se acercaba presuroso desde las provincias. Noche y día aguantó tormentas, calor agobiante, chapas que se volaban a mitad de la noche, riñas por el pan y la leche y,

sobre todo, la espesa tensión por el desalojo inminente. Por todo lo que era Darío, fue el vocero de las y los pobladores, el primero en contener a la policía del intendente municipal “Manolo” Quindimil cada vez que les rodeaba amenazante. Desde un principio, en la toma y en las rutas, tuvo que vérselas cara a cara con las fuerzas de seguridad.

Fue así que, a la par de su conciencia, Darío fue formando su cuerpo como un guerrero. Conciencia y cuerpo se fusionaron en la lucha. Eso lo hizo un militante integral, como he visto pocos en mi recorrida por las organizaciones populares. Darío no se quedaba en los libros ni se escondía en lo social, sino que su fuerza, su acción, estaba dirigida hacia un norte que si bien no estaba claramente definido se iba dibujando a medida que avanzaba. Hubiera construido un partido o un ejército si eso favorecía la lucha. Su principal desconfianza era con los charlatanes de la política. Para Darío, un militante formado al calor de la lucha, cada avance personal significaba un avance colectivo.

Muchas pibas y pibes como él se formaron igual, al frente de los primeros piquetes, esos en los que se corría peligro de verdad, en medio de una autopista alejada de la ciudad, rodeados de cientos de policías preparados, sin cámaras de televisión, con la bruma de la mañana confundiendo los rostros. Y al día siguiente, temprano, de nuevo a laburar en la Bloquera. Porque la lucha era todos los días.

Mariano Pacheco, compañero de Darío, cuenta que “la Bloquera en ese momento era como un mega proyecto. Antes los proyectos eran una huerta, hacer pan casero, un roperito. Los vecinos tenían que aprender a manejar las máquinas, ver dónde colocar los productos, tener una política en ese sentido, sobre todo en medio de una gran crisis. Y era muy importante políticamente para nosotros todo lo que se generaba a partir del proyecto productivo. La conciencia del trabajo, las relaciones solidarias, tener iniciativa y no esperar tanto de los de arriba. Otros grupos hacían hincapié en la movilización y nada más”.

Darío aportó un ingrediente fundamental para la visión transformadora de los movimientos de nuevo tipo, que se diferenciaban de las prácticas clientelares de otras organizaciones de base, en el rol pedagógico de la lucha. Las noches interminables en el asentamiento leyendo al Che a la luz del fogón no fueron en vano. Darío comprendió que la fuerza, el valor, el aguante, provenían de la conciencia, que se formaba caminando sobre terreno firme. De nada sirve luchar si no sabemos contra quién. De nada sirve destruir si no sabemos qué construir. Darío estaba en todos los espacios donde esa conciencia se moldeaba: en la toma, en la bloquera, en las asambleas, en el frente.

Su presencia completa en el MTD fortaleció su perspectiva de construcción, contra el *piqueterismo* que tenían muchos otros movimientos. “Nosotros somos un movimiento de trabajadores desocupados y hay una construcción de todos los días de la organización del trabajo y del movimiento: las distintas instancias y áreas, los grupos de prensa, las finanzas, las relaciones con otros sectores, etc. Necesitamos que esto se difunda, que se sepa que no solo tiramos gomas en la ruta, sino que tenemos un trabajo real. Hasta ahora hemos tratado de reflejar eso más que nada, aunque a veces están más interesados en el fuego de las gomas que en la construcción real de la organización, que es lo que más cuesta todos los días”, había dicho en una entrevista a *Indymedia*.

Sin embargo su claridad se mezclaba a veces con una ansiedad atolondrada, propia de una persona con apenas 21 años, un arrojo constante que no le permitía parar la pelota para ver más allá. Darío había abarcado el espacio con sus anchos brazos, pero no había podido abarcar el tiempo, que es otra de las condiciones fundamentales para la formación de la conciencia. Joven, muy joven, daba saltos por tierras poco conocidas. La historia se repetía en él. La corta y abrupta experiencia de las organizaciones de los años sesenta y setenta no había bastado para que los movimientos piqueteros de hoy tomaran nuevos recaudos. Consolidar y golpear. Crecer y aprender. Parar. Ver. Y después seguir.

LA FUERZA DEL PAÑUELO

Cuenta Alberto Santillán, su padre orgulloso: “Cuando se inundaba una parte de Solano y de Quilmes, Darío era de los primeros en ir a ayudar, golpear las puertas de las iglesias y los colegios para la gente que se le había inundado la casa. Era de los primeros que recorría los almacenes y los supermercados para conseguir comida para la olla popular... Y después, en el colegio, tuvo mucha actividad en el Centro de Estudiantes. Había empezado a ver que la historia no era como se la contaron, que había otra historia, que había caídos, desigualdad, injusticia social.”

Darío ponía a prueba sus ideas en la acción solidaria y protectora de las demás personas. Quizás por eso estaba muy preocupado por la seguridad de las compañeras y compañeros, no solo en el piquete, sino en el barrio mismo, donde la policía y las patotas municipales atormentaban a quienes habían sido vistos colaborando con el MTD. Así lo conocí. Nos juntamos para mejorar la comunicación interna del movimiento y la prensa durante los cortes. Lo que aprendimos juntos fue que una organización aislada de la sociedad, vapuleada por los medios masivos, está regalada a los palos.

Así fue que empezamos a pensar cómo organizar un grupo de prensa, sumar algunos pibes del barrio con ganas de ayudar y algunas doñas que querían aportar lo suyo. Por momentos andaba todo bien, pero la mayoría de las veces teníamos que remar contra la corriente. La experiencia fue frustrante. En las zonas castigadas por el abandono, se hace difícil lograr una participación regular. Más de una vez tuvimos que recorrer el barrio, atravesar terrenos baldíos, golpear puertas de cartón o aplaudir frente a una reja amenazados por perros patovicas para recordar la hora de reunión. De tanto en tanto hacíamos algún material de difusión o una nota que luego publicábamos en la agencia de noticias o recopilábamos artículos de diarios que les servían a los compañeros para analizar la situación que se venía. Darío era

un gran caminador, incluso políticamente. Su paso errante por las calles de tierra, su hombro siempre dispuesto para levantar casillas de chapa, sus intentos fallidos de tener un rancho propio son signos de una generación que no se resignaba a que le arrebataran los espacios. Mirando para atrás, creo que él, como otras personas de su edad, todavía no se había encontrado, pero estaba en la búsqueda. Ladrillo por ladrillo levantaba las paredes de su casa interna.

Una vuelta estábamos en la biblioteca archivando los materiales de difusión del movimiento, con Valeria, una estudiante universitaria que se había ofrecido a colaborar, cuando un llamado telefónico nos interrumpió abruptamente. “¡Estamos en el Banco Nación y la poli nos quiere hacer cagar!”, se escuchó. Un grupo de desocupados estaba protestando porque hacía dos meses que no cobraban. No había tiempo de tomarse un colectivo, así que llamamos un remis, un auto medio destartado de un vecino del barrio. Con su mano enorme, Darío tomó una madera que yo no podría haber sostenido con mis dos manos juntas. Tan grande era que no entraba en el auto, así que lo llevó todo el camino afuera de la ventanilla. Yo miraba la cara del remisero, que para mi sorpresa manejaba despreocupado, como acostumbrado a la escena. Cuando llegamos, Darío se puso al frente para organizar la defensa. Por suerte no pasó nada. Después del susto, cotidiano en los MTD, yo pensé que Valeria no iba a volver más. Otro prejuicio estúpido.

Por su firmeza, Darío se había ganado un lugar. En los bordes de la sociedad, les pibes del barrio se habían hecho legión. Ellas y ellos llevaban en sus espaldas el costo de la crisis de los años noventa, bajo una sombra que no dejaba ver una mísera luz al final de ningún camino. Hijas e hijos de padres deprimidos por la destrucción del empleo, de madres que se habían puesto la familia sobre sus espaldas y de una democracia mal parida. Sin embargo, mientras el viejo estaba en casa durmiendo o afuera haciendo una changa, ellos sostenían con su fuerza joven la construcción

del movimiento y el piquete, protegiendo a las doñas y las niñeces. Con sus caras cubiertas descubrieron en la primera línea de combate la dignidad perdida. Gorro y bufanda, capucha zapatisa, remera atada en la nuca, pañuelo palestino, ojos preparados para aguantar: protección y símbolo.

Ya en junio de 2002 la unidad de los movimientos piqueteros era un hecho. La reunión de “interprensa” de la Coordinadora Aníbal Verón, cinco días antes del corte al Puente Pueyrredón, tuvo lugar en Monte Chingolo. Llegué temprano y no había nadie en el local. Un vecino me dijo que Darío estaba en la casa de la novia, al lado de la biblioteca. Me atendió en calzoncillos con una campera de cuero negra. “¿Viste la campera que pegué?”. Pusimos la pava para el mate arriba de una garrafita. Un nene salió de la habitación y se le sentó encima, mientras conversábamos de lo que se venía. Tres días antes, el secretario de Seguridad del gobierno nacional, Juan José Álvarez, había sentenciado: “los intentos de aislar totalmente la Capital serán considerados una acción bélica”.

Mientras organizábamos la prensa durante el corte, Darío se reunía con las áreas de seguridad de los movimientos. Sabían lo que tenían que hacer: cuando las papas quemen, aguantar al frente lo más posible para que las personas de más atrás, viejitos y doñas con sus crías, pudieran retirarse en orden. Así fue siempre y así tenía que ser ahora. Aunque Darío había empezado a repensar las formas de hacer los piquetes. Un mes antes había hecho unos apuntes en su cuaderno: “De nada sirve tomar posición en 2 o 3 filas cuando ni siquiera se sabe utilizar un palo (cuestión que ya no sirve porque los represores conocen bien nuestras capacidades y limitaciones): Políticamente, creo que es incorrecto: hacia adentro los compañeros de los piquetes se sobreestiman al verse muchos encapuchados y con palos y a veces se ceban muy mal, sea frente a los transeúntes o a la policía. Hacia fuera, aunque prácticamente no existe un rechazo hacia los piqueteros, lo que genera una formación de ‘encapuchados con palos’ es una

especie de temor en la gente que se encuentra en las inmediaciones. Además, siempre es funcional al manejo despectivo de los medios masivos de comunicación”.

La noche previa al 26 Darío no pudo pegar un ojo. Fue el primero en llegar al local del barrio La Fe. A las 9 se repasaron los motivos del reclamo y los criterios generales de seguridad, y los 200 compañeros y compañeras fueron saliendo, por grupos, en el colectivo 17 hacia la estación Avellaneda. Darío no llevaba capucha, pero sentía que su campera “nueva” era su armadura. Solo después, cuando su mirada de combatiente alcanzó a ver las maniobras del enemigo apostado en los dos puentes y la avenida principal, con las cuatro fuerzas de seguridad actuando en bloque como nunca antes se había visto en democracia, pidió prestado un gorro, una bufanda y un palo. El monstruo estaba justo enfrente, con los ojos desorbitados y los colmillos sedientos.

Martín Azcurra



La Bola Bala, Colectivo Arde!, 2005

El 26 de junio de 2005, cuando se cumplían tres años de la Masacre de Avellaneda, se llevó a cabo una jornada cultural y una marcha conmemorativa en la base del Puente Pueyrredón. El Colectivo Arde! propuso una acción participativa que se convirtió en la cabeza de la marcha: una escultura realizada en alambre tejido de más de un metro de diámetro, que representaba una bola metálica recubierta de casquillos de balas y cartuchos de escopeta vacíos. En el piso, la bola fue llevada rodando por decenas de jóvenes y niños durante todo el trayecto de la movilización.

Foto: Darío de los Santos, "Polaco".

HISTORIAS

Semillas esparcidas al viento



“SI ALGÚN DÍA TIENE HAMBRE, VA A SALIR A LUCHAR TAMBIÉN”

Norma Pla, la jubilada que sembró la resistencia

Es vísperas de Navidad. Jésica Pla enciende la tele y ve a su abuela en el noticiero.

–Si el aumento no llega a venir para el 25 de diciembre, yo personalmente, mi vida no es nada, me voy a ahorcar en Plaza de Mayo.

–¿Por qué tan extrema? –se asusta el periodista.

–Porque no le quiero dejar a mis hijos y a los compañeros de los jubilados, a los hijos de los jubilados y a los nietos de los jubilados, lo que fomentamos nosotros. Porque eso lo fomentamos nosotros, los dejamos avanzar y avanzar, y acá están las circunstancias.

–¿Está cansada de luchar?

–No, no estoy cansada. Pero para que vea que tenemos galla, los jubilados vamos a hacer lo que voy a hacer.

Jésica se asustó y corrió a verla. Sabía que Norma, su abuela, era capaz de todo.

La década de 1980 terminaba con una inflación inédita, que no paraba de crecer, un récord de paros generales de la CGT y docentes que marchaban y paraban por todo el país. En los barrios, también se estaba viviendo otra realidad. Y en medio de ese panorama, surgió una figura inesperada que iba a cambiar el tono de las luchas, salida de un sujeto político negado por la sociedad y la historia: una jubilada.

Norma Pla aparece en escena en 1991, una viejita enojada que condensa el paso de la resistencia moderada a la acción directa,

o al menos una combinación de ambas, un signo que se irá repitiendo a lo largo de la década de 1990, con acciones cada vez más colectivas, y que va a concluir 10 años después en un gran estallido del pueblo indignado.

“NO HAY PLATA PARA NOSOTROS, PERO SÍ PARA CANCHAS DE TENIS EN OLIVOS”

En esa época, el flamante presidente, Carlos Menem, y su ministro de Economía, Domingo Cavallo –a quien más tarde recordaremos, también, como el que estableció el “corralito” que llevó a las clases medias a las calles en 2001–, congelaron la jubilación en 150 pesos. ¡Casi un insulto! Una tímida peregrinación de jubiladas y jubilados empieza a llegar al Congreso. Se juntan los miércoles y piden aumento del mínimo a 450.

Oriunda del barrio obrero San José de Temperley, a Norma Beatriz Guimil de Pla nadie tiene que venir a decirle que la plata no alcanza. Nunca se pudo jubilar a pesar de haber trabajado durante 50 años. Cobra una mísera pensión, de 150 pesos, porque su marido falleció luego de quedar desocupado en los años ochenta. Sus cuatro hijas e hijos tienen un tallercito que apenas les alcanza para ayudarla.

Pero también sabía lo que era el trabajo por monedas. De chiquita, había tenido que dejar la escuela para entrar a la fábrica. Hacía tareas de limpieza y maestranza, y nunca fue registrada. Su padre era Guarda del Tranvía 20, y su madre, empleada doméstica de los Martínez de Hoz. Y aun así no alcanzaba.

Norma empezó a encarnar el sentido común, la perspectiva simple y la palabra directa ante un Gobierno que hacía estragos en la economía de su gente sin que se le alterara el buen semblante. En 1992, Cavallo dijo por televisión que necesitaba 10.000 pesos por mes para vivir y que no todos los argentinos podían pretender ganar lo mismo que un alto funcionario del Estado. Así, en horario central. La jubilada interpeló con sencillez: “Yo gano 150 pesos, me arreglo porque me ayudan mis hijos, pero

hay otros que están todavía peor que yo. Pedimos 450 pesos de jubilación, ¿es mucho? Si el ministro Cavallo dice que 10 mil no le alcanzan ¿Que no hay plata?... No habrá para nosotros, pero sí para aviones o canchas de tenis en Olivos. Yo aporté toda mi vida, quiero que me devuelvan ese dinero”.

Y es ahí, en la calle, donde empezó a sentirse viva: megáfono en mano, pancartas al agite, cantitos liberadores, gritos de enojo, charlas con nuevas y nuevos amigos. Tramaban acciones al poder concentrado: movilizaciones al Congreso, al Banco Hipotecario, a la DGI, al Ministerio de Economía... Porque en esa época todavía no quedaba claro dónde estaba el poder real. Se movía de un lado para otro. Una vez llegaron a hacer una choripaneada frente a la embajada de Gran Bretaña, en repudio a la visita del príncipe Andrés.

En Norma, la indignación se volvía rebeldía. Ella rompía todos los moldes. ¡Una viejita que incomodaba al sistema! Su boca casi sin dientes no se callaba nada. Su pensamiento era impecable. En cada comentario o pregunta, interpelaba la incoherencia del neoliberalismo (mucho riqueza en pocas manos), desde la humildad y la ternura. Una especie de Greta Thunberg jubilada. Su discurso tenía la fuerza de la sencillez y de la pobreza digna.

“El legado de mi madre es la lealtad y la empatía con las personas. Ella siempre participaba en cosas políticas pero sociales, como de tesorera de la ENET N° 2, tesorera en una agrupación Scout, y fue una de las fundadoras del club 9 de Julio de San José. Y por eso nosotros, mis tres hermanos y yo, seguimos sus pasos. Y la importancia de luchar por el otro, de ponerse en el lugar de otra persona que está pasando una situación mala, y salir a luchar por eso”, resalta la menor de sus hijas, María Cristina Pla.

Pero había algo más potente todavía. Norma rompía el molde del viejismo, como lo habían hecho las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo; mujeres al frente para recuperar derechos. Con su salud tambaleante a cuestas, saltaba vallas, trepaba puertas,

hacía huelgas de hambre, tiraba huevos. Las voces más conservadoras estallaban en cada pregunta: ¿Cómo podía ser que una abuelita indefensa estuviera haciendo semejante lío? ¿No tendría que estar en su casa, tejiendo bufandas, rodeada de sus nietos? ¿Cómo podían permitirle caminar bajo la lluvia agitando las pancartas? ¡No era tan indefensa entonces! Algo se rompió y las jubiladas y los jubilados empezaron a ser, entre tanta desigualdad televisada, sujetas y sujetos políticos que incomodaban con sus cuerpos arrugados y sus acciones directas. “Estamos en una sociedad en la que al viejo se lo descarta de todos los ámbitos, pero son lo más valioso: ellos ya pasaron por donde ahora nosotros tenemos que pasar”, reflexiona María Cristina.

El discurso neoliberal mostraba su verdadera naturaleza: no le importa el ser humano. Toda una vida de aportes... había sido una estafa gigante. Porque la privatización de la caja de les jubilados no fue una simple estafa, fue el robo a la vida entera de las personas, en el período de desarrollo económico más importante del país. Cada vez que Norma entregaba su frágil cuerpo a la lucha, el discurso dominante se caía, la serpiente se retorció.

En esa época, el ministro del interior, Carlos Corach, no tenía ningún inconveniente en mandar a reprimir todos los miércoles en el Congreso. Así que, cada tanto, Norma iba presa por protestar. “Siempre estoy detenida, pero no por ladrona ni por corrupta, sino por decirle la verdad a estos señores que nos están apaleando constantemente, pero la vamos a seguir. Somos más pueblo que milicos, que no se olviden de eso”. Tuvo más de 23 procesos judiciales por tirar huevos y harina al Congreso. Sin embargo, la gestión menemista nunca le habilitó un interlocutor. Ante el silencio, tan violento como una represión, la voz de Norma irrumpe por donde puede. Y en ese hacerse oír, inaugura el método de los escraches, que cinco años después retomará el grupo de H.I.J.O.S de desaparecidas y desaparecidos, contra Bussi, Videla y Galtieri, entre muchos otros. El grupo de acción de Norma realizó innumerables escraches,

a diputados, al príncipe Andrés, a Domingo Cavallo y, por supuesto, a Carlos Menem. Una de sus acciones más notorias fue cuando se subió al escenario del Mercado de Abasto y le pidió a Mijail Gorbachov que le dijera al mundo que estaban “cagados de hambre”.

Como otras resistencias de esa época, la memoria de los años noventa se empezó a escribir con ella. Su momento más activo fue cuando permaneció 80 días en el acampe de Plaza Lavalle, por el aumento de las jubilaciones, allá por 1992; una forma de lucha que se iba a repetir en toda la década de resistencia neoliberal, pero que sigue hasta hoy. Cinco años después, las y los docentes iban a realizar una de sus luchas más contundentes e históricas: La Carpa Blanca, que duró 1003 días y contó con la presencia de figuras emblemáticas como León Gieco, Luis Alberto Spinetta, Mercedes Sosa, Diego Maradona, Ernesto Sabato, Alfredo Alcón, Joan Manuel Serrat, Imanol Arias, y jugadores de la Selección que organizaron un picadito.

Pero a ese acampe de Plaza Lavalle, se acercaban todos los días jubiladas y jubilados de todo el país; al fin tenían un foco donde concentrar toda la atención. Norma le puso todo el corazón a esa acción. “Más de una vez ha traído a dormir a casa a algún jubilado de la Plaza Lavalle... y se ha quedado a vivir durante meses. Me acuerdo del abuelo José, que agujereaba el colchón para guardar panes, por si después no había para comer. Imaginate el hambre que tendría”, recuerda María Cristina.

“NO LLORE, SEÑOR MINISTRO”

Corría 1994. Fue uno de esos días en los que Norma ingresó al Congreso con sus compañeras y compañeros, para exigirle una explicación al ministro Cavallo. Allí tuvo lugar una conversación histórica, que se transmitió por televisión.

–Mi padre también es jubilado. Yo me acuerdo, cuando era un niño. Él aportaba como aportó su esposo... –le dice Cavallo,

y se queda en silencio mirando hacia abajo, con esa postura que evidencia la vergüenza.

–No llore, señor ministro, no llore. Tenga fuerza para defender a su padre y todo –le responde Norma con respeto y empatía, con la humanidad que el mismo sistema no tenía con ella ni sus compañeres.

–Estoy emocionado. Primero porque lo que ustedes dicen es la verdad. Estoy convencido como ustedes. Pero también sé cuál es la realidad sobre la que tenemos que actuar. A pesar de que mi familia no es de muchos recursos –silencio y lágrimas–, yo pude estudiar. Y creo conocer cómo funciona la economía. La economía de un país es como la economía de una familia. Uno puede gastar lo que tiene para gastar –sigue mirando hacia abajo –. Nuestro país es como esas familias ricas que en su momento dilapidaron los recursos que los padres o abuelos habían acumulado. Y llega un momento en que se está muy mal, porque se tienen deudas externas, internas, de todo tipo. A punto tal que no se llega a conocer cuánto se debe. Y no se tiene con qué afrontarlas. Para colmo, todos los mecanismos que se utilizaron para tirar los problemas hacia adelante y que los tenga que resolver algún otro, ya no se pueden seguir utilizando. Es más, sería estafar a todo el mundo, a ustedes, a sus hijos y nietos (...). Se necesitan recursos. Mucha gente dice que no los tenemos porque estamos pagando al exterior. Les aseguro que lo que estamos pagando al exterior es mínimo (y siguen las excusas).

–Usted tiene madre... pero seguro que no está en la Plaza Lavalle con nosotros. Debe estar mejor. Si no tiene que pagar la deuda externa, no lo haga, pero págueles a los jubilados. Piense en su Patria. Si lo presionan de afuera salga al balcón y dígalos, que el pueblo lo va a ayudar...–No, la respuesta de Norma no es la respuesta vacía de un político acostumbrado a deshacerse en excusas. No. Lo de ella es una propuesta concreta, la de una vecina que multiplica panes para que coman todas y todos en el barrio, la de una ancestra sabia, y concreta.

Así como el reclamo de una jubilación digna, otro de los pedidos urgentes era la recuperación del PAMI, la obra social más grande de Argentina y Latinoamérica, orientada principalmente a personas jubiladas y pensionadas, la población más vulnerable de la sociedad. En varias oportunidades Norma tomó el edificio de la calle Chacabuco, en conjunto con sus compañeras y compañeros.

Desde 1992, la gestión de Matilde Menéndez inauguró la etapa del PAMI corrupto. Se retiró en 1994 dejando una deuda de 148 millones de dólares. Luego de su salida, fue intervenido por el gobierno, en manos de Carlos Alderete, y posteriormente en una sucesión de autoridades cada una más corrupta que la otra. Cada gestión fue funcional al plan de ajuste menemista que apuntaba a resolver el déficit mediante la inclusión de empresas privadas en la administración y la reducción de personal, a pesar que los gastos de personal fuesen marginales: el 84% del desequilibrio se explicaba por pagos de prestaciones médicas y solo 6% por gastos de personal.

Se emitía Polémica en el bar, conducido por Gerardo Sofovich, y Norma Pla fue como invitada. La única mujer en esa mesa donde el machismo estaba a la orden del día.

-Yo quiero que me escuche el ministro de Economía y el señor presidente también, porque nunca pudimos llegar a un diálogo con él -arranca Norma luego de las presentaciones y saludos, y dice en algún pasaje de la charla al conductor-: Yo salí a luchar cuando tuve hambre. Usted cuando tenga hambre, si algún día tiene hambre, va a salir a luchar también.

-Está bien, pero... ¿usted está segura de que lleva el diálogo para poder acceder al presidente? Hoy, por ejemplo, en la entrevista que usted tuvo en la radio con el señor (Carlos) Alderete, porque después me quedé conversando con él, dijo que alguno de los diez puntos que usted le entregó son razonables.

-Los diez puntos son razonables.

-Está bien. Usted dice que los diez puntos son razonables, yo le digo que Alderete dice que alguno de esos puntos tendría

factibilidad. Pero, al mismo tiempo, usted cuestiona la capacidad del presidente de designar a quien a él le parece como interventor en el PAMI...

–Escúcheme... el presidente de la Nación está acostumbrado a mandar decretos o a gobernar por dedo. Vos acá y vos acá, y nosotros no lo vamos a permitir eso, porque PAMI es de los jubilados y de los trabajadores.

–¿Quién es nosotros, Norma? –la interrumpe Luis Beldi.

–Nosotros... usted también, yo también, y la gente que nos está mirando también.

–¿El PAMI funciona mal?

–Escúcheme, ¿por qué renunció la señora Matilde (Menéndez) si no andaba mal el PAMI? ¿Usted me puede dar pruebas de que el PAMI anda bien?

Norma tenía razón: el PAMI funcionaba mal. Para 1996, la deuda se estimaba en 1.000 millones. En 1997, la intervención de Víctor Alderete se hizo cargo de la “normalización”, reduciendo el personal, de 13.700 empleados a 2.800, y de la transferencia al Estado de las deudas del organismo.

Ella sabía cómo funcionaba el PAMI: era una paciente asidua porque padecía cáncer de mama. Una peluca cubría su cabeza calva, debido a la quimioterapia. Incluso, varias veces interrumpió sus tratamientos para asistir a una marcha. En uno de los escraches al presidente, en el predio de la Rural, la policía la golpeó y le quitó la peluca. Ella apareció frente a las cámaras de TN, gritando “jubiladoooooos”, mientras sus compañeros le daban besos en el cachete y le acariciaban la cabeza desnuda.

Por sus métodos de acción directa, escrache y boicot, que inauguraron la época que se avecinaba, se convirtió en una referente social, sobre todo para los grupos que empezaban a realizar piquetes en las provincias.

En 1995, la democracia tiene su primer muerto político durante una pueblada. En Tierra del Fuego, la gendarmería asesina al trabajador Víctor Choque con un disparo en su rostro. Norma

se entera, pero se encuentra en pleno tratamiento oncológico. Su corazón se indigna. Pudo haber sido ella, o cualquiera de sus compañeras y compañeros. Su cuerpo le pide estar presente. Porque a esa altura, su presencia es un fósforo que enciende cualquier hoguera. Le pide a su hijo que firme un documento donde se hace responsable de su salud, se arregla un poco frente al espejo y parte rumbo a la protesta en la Casa de la Provincia. Pero ese día su cuerpo no aguantó más y se desmayó. Volvió en ambulancia. Su compromiso era enorme, y aun así los medios la seguían tratando como una vieja loca.

Unos meses más tarde, su cuerpo dijo basta. Había pedido que sus cenizas fueran esparcidas en Plaza Lavalle, el lugar donde permaneció el acampe que quedó en la historia. Hoy una parte de sus restos duermen allí, bajo una placa y una magnolia. Hoy, que se sigue pidiendo vivir con dignidad la época de “jubileo”, hoy que el trabajo del cuidado está siendo cada vez más reconocido, hoy que las mujeres se rescatan de cada lugar que ocuparon en la historia de nuestras luchas; hoy Norma Pla es un nombre y un apellido que se siguen asociando con la dignidad y con el futuro.

Nadia Fink y Martín Azcurra



Marcha de jubilados, Grupo La Piedra, 1993

El grupo La Piedra funcionó entre 1992 y 1993. En esta acción performática callejera, el colectivo confeccionó tenedores, cucharas y cuchillos gigantes para repartir y acompañar una de las marchas de jubilados. En su andar, peregrinaban con una gran piedra durante todo el trayecto.

Foto: Ignacio Sourrouille



“NO ME EXTRAÑEN”

Oso Cisneros, la militancia que siempre vuelve

Había pasado el 20 de diciembre y Martín Cisneros, el Oso, estaba desesperado por volver a militar. Le brotaba por los poros el deseo. Respiraba en el aire la necesidad. La crisis se le brindaba, a él más que a nadie, como oportunidad. Pero estaba solo. Tenía 41 años, hacía casi un cuarto de siglo que había aprendido a militar organizado y ahora, por más que ardieran las calles, sin *orga* no sabía cómo proceder, por dónde retomar.

Seis meses después del estallido finalmente se decidió. La mañana del miércoles 26 de junio salió temprano. Era pleno invierno. Tomó el camperón verde gastado en tantas batallas anteriores y fue directo al Puente Pueyrredón. Intuía que aquella no sería una protesta más. Pensó que allí podría encontrar a algún otro compañero conocido. Pero no fue así. Fue solo, padeció la trágica represión de ese día, logró salir ileso e igual de solo se volvió.

¿Cómo habrá vivido la sobredosis de angustia, bronca e impotencia que le provocaron las muertes de esa tarde fatídica? ¿Cómo habrá procesado el hecho de haberse sentido tan cerca, después de tanto tiempo inactivo, de aquella situación destinada a quedar en la historia, en la que cayeron abatidos por la represión dos pibes militantes, Maximiliano Kosteki y Darío Santillán?

–Estaba desorientado, me impactó verlo así –recuerda Mariana, una vieja amiga con quien el Oso se encontró días después–. Nos vimos en la movilización que se hizo para exigir justicia por Darío y Maxi. Él estaba igual, con su campera de siempre.

Charlamos un rato largo. Me preguntó dónde podía verlo a Lito; estaba desesperado por volver a militar.

Mariana le dijo lo que sabía: que Lito Borello, antiguo compañero de militancia del Oso, había armado el Comedor Los Pibes en el barrio de La Boca. Que preguntara por ahí, que seguro lo iba a encontrar.

Mariana y el Oso habían dejado de verse ocho años atrás, en 1994, en el viejo edificio de las Bodegas Giol donde militaban junto a más de 200 familias sin techo. La lucha de quienes ocuparon las Bodegas Giol merece un capítulo tan destacado como la trayectoria militante del Oso. De ambas historias se sabe poco.

UNA COMISARÍA TOMADA

De Martín Cisneros, el Oso, se supo públicamente después de su asesinato la noche del 25 de junio de 2004 a manos de un *dealer* narco, protegido de la Policía Federal. Más precisamente, por la toma de la comisaría 24 de La Boca que se desencadenó al confirmarse su muerte. La reacción popular dio lugar a un hecho extremadamente audaz, de consecuencias impensadas y desenlace milagrosamente pacífico: tras horas de ocupación de la sede policial que tuvo en vilo al barrio y a la primera plana del gobierno nacional, vecinas, vecinos y militantes devolvieron el lugar. La toma implicó la expulsión de los agentes policiales y el bloqueo de puertas y ventanas. Afuera, las fuerzas de seguridad dispusieron, en las terrazas vecinas, francotiradores que apuntaban a los rebeldes. Todo finalizó recién a las 9 de la mañana del día siguiente, cuando desde el gobierno confirmaron la detención del asesino. Lo primero que hizo la policía fue verificar que no hubieran robado el arsenal que se encontraba en la comisaría. El grupo de militantes planificó la retirada exigiendo garantías y logró irse sin que hubiera enfrentamientos ni nuevas víctimas fatales. No se conocen antecedentes de un hecho así. El juicio posterior mantuvo el tema en agenda y quienes encabezaron la toma debieron

defenderse ante un tribunal. Lito Borello y Luis Bordón zafaron. Luis D'Elía pagó su participación con tres años y medio de cárcel; recién durante estos días, agosto de 2021, recuperó la libertad. Tal vez por las acusaciones y sospechas sobre un hecho que hizo pensar en un tipo de militancia extemporánea, violenta, la reivindicación del Oso se limitó a su activismo social.

Los testimonios más conocidos dan cuenta de su última participación en el comedor popular y en las cooperativas que impulsaba la organización Los Pibes de La Boca. Más de una década y media después de su muerte, sus compañeras y compañeros coinciden: es necesario volver a hablar del Oso, de su dimensión integral.

Su historia muestra una de las derivas de la rebelión: además de desatar un formidable protagonismo juvenil, el 2001 reactivó la pasión por la militancia en cuadros políticos de vieja escuela que, a fuerza de frustraciones, habían perdido el entusiasmo.

Había mucha trayectoria, mucha idea estratégica de revolución social en aquel muchachote sensible que, tras el estallido, decidió volver a militar.

SAN MARTÍN: EL BARRIO, LA BRIGADA

Martín Cisneros nació el 22 de marzo de 1960 en Villa Maipú, un barrio popular del partido de San Martín, al norte del conurbano bonaerense. Su casa estaba frente a una de las entradas del Batallón 601 del Ejército, donde en 1990 tuvo foco el último alzamiento militar y en 2011 se fundó Tecnópolis. Él esquivaba las charlas sobre su familia. Apenas compartía algún recuerdo cariñoso de su madre, muy de vez en cuando. Reivindicaba, eso sí, la identidad futbolera que mantenía desde la infancia: era hincha de Chacarita, la cancha estaba a unas pocas cuadras de su hogar. En su adolescencia empezó a fumar cigarrillos negros, costumbre que mantendría de ahí en más.

Mariana recuerda una anécdota que lo pinta en su costado más introspectivo, menos conocido:

–Una vez, mientras charlábamos de nada en especial, cosas de la vida, me preguntó: “Vos que estudiás ciencias sociales, ¿me podés decir si la humanidad en esencia es buena o mala?”

–Mariana piensa un instante, e interpreta–: Eso de la bondad y la maldad es una cuestión filosófica, que por ahí yo ponía en otros términos. Para mí era preguntarme, no sé, si somos sujetos del capital o el capital es el sujeto, qué podemos transformar en esta sociedad... Él, tal vez con una expresión más infantil, se hacía sin embargo esas mismas preguntas: quería entender para qué hacemos lo que hacemos, saber si apostar o no a la humanidad.

Lito Borello, a quien el Oso buscó después del 2001 y con quien militó hasta el último día, fue quien le habló de política antes que nadie, durante los últimos años de la dictadura. Habían sido amigos desde la infancia. Sus casas quedaban a seis cuadras, en el mismo barrio. Con él, el Oso empezó a militar.

–Fue en 1982, cuando todas las organizaciones empezaban a crecer de nuevo. Él se incorpora conmigo a la Fede, la juventud comunista, en Villa Maipú, como parte del Regional Norte; ahí militamos juntos toda esa primera etapa –recuerda.

Lito, apenas seis meses mayor que el Oso, tenía un vínculo de más tiempo con la política. Había empezado a participar en una agrupación peronista durante su adolescencia, en el colegio Pio XII, a mediados de los setenta. La dictadura lo obligó, como a tantas y tantos, a desarrollar “una cultura de ocultar tu vida anterior”, cuenta. A la hora de retomar la militancia lo hizo bajo otras banderas: ya no en el peronismo, sino en el Partido Comunista, el PC. Sin embargo, aquella identidad de origen, con el tiempo, tendría una influencia determinante en su militancia, y en la del Oso también.

Juntos transitaron aquellos años intensos para una juventud que encontraba por primera vez espacios de libertad. En San Martín hicieron una brigada de agitación y propaganda a la que llamaron “Doctor Ernesto Guevara”. De ese modo se empezaron

a curtir en un tipo de actividades que desafiaban la corrección política que cultivaban los partidos tradicionales.

En mayo de 1985 se organizaron para dar una particular respuesta a las familias inundadas de su municipio. Ese otoño llovió en Buenos Aires como no había llovido en un siglo. Catorce personas muertas, noventa mil evacuadas. Apenas bajaron las aguas, la prioridad era la asistencia social. Pero la municipalidad de San Martín no reaccionaba. Fue entonces que el grupo de la Fede donde estaba el Oso decidió tomar unos colectivos, intimidar a los choferes, desviarlos y tomar también por la fuerza el edificio municipal. Las cajas PAN, del Programa Alimentario Nacional, estaban allí sin ser entregadas a las familias damnificadas. El Oso y los demás salieron a repartirlas de prepo, desafiando la autoridad del intendente y el control policial. No faltó quien calificó el hecho como un “asalto”: por aquel entonces esas eran prácticas *setentistas*, mal vistas. Un ejercicio de acción directa que chocaba con los modos prolijos que proponía la vida institucional posdictatorial.

Otro hecho que el Oso siempre recordaría con cariño, y cierto orgullo: en 1988, el 9 de septiembre, la Fede estuvo en la movilización que acompañó a la huelga general de la CGT contra el plan económico de Alfonsín. La concentración en Plaza de Mayo fue masiva; los ánimos se caldearon, hubo represión. Al terminar la jornada, en algunos medios se dijo que habían sido los jóvenes del PC los que más decididamente habían enfrentado a la policía. Quienes conocían el paño comentaban sobre la combatividad del grupo de zona norte del que venía el Oso. Regional “Patria o Muerte”, los llamaban, replicando la consigna de la Revolución Cubana.

La Fede, aunque sin ostentar, se hacía cargo de esa fama. En marzo de 1990, durante la visita al país del vicepresidente norteamericano Dan Quayle, el Oso y su regional protagonizaron otro hecho de esos que requieren una fina planificación. Poco tiempo antes, Menem, recién asumido, le había ofrecido “relaciones

carnales” al entonces jefe de la Casa Blanca, George Bush. La juventud comunista se las ingenió para hacer una acción de repudio frente al Palace Hotel donde se alojaba Quayle: llegaron de manera dispersa y en pocos segundos se agruparon, desplegaron una bandera norteamericana y la prendieron fuego al son de consignas antiimperialistas. La acción fue breve, debían irse antes de que la policía lograra reaccionar. Consiguieron lo que se habían propuesto: las imágenes del fuego que devoraba la bandera yanqui fueron captadas por la prensa y llegaron a la televisión. El diario *Sur* puso fotos en su portada. En la tele Bernardo Neustadt compartió su indignación con el propio presidente Menem y pidió castigo para esos bandidos. Se preguntó al aire si volvía la subversión. Aunque tenía los volantes que habían repartido en la actividad con consignas contra el imperialismo norteamericano, no pudo identificar a los militantes de la Fede porque habían decidido no firmarlos; esa vez, lo más prudente era no darse a conocer.

Pocos días después de esa acción, el Oso cumplió 30 años. Le esperaban nuevas responsabilidades. Pero de todas las experiencias de militancia combativa que lo marcaron, la más importante había ocurrido en 1987. Ese año el Oso había sido elegido por el PC para integrar la tercera Brigada del Café a Nicaragua, donde el Frente Sandinista de Liberación Nacional había tomado el poder ocho años atrás. La revolución tenía dificultades de producción, por eso las brigadas iban a colaborar con las cosechas. También había enfrentamientos con los grupos contrarrevolucionarios promovidos por mercenarios estadounidenses. En el año en que viajó el Oso, además, la guerrilla salvadoreña, a pocas horas de Managua, pretendía lanzar su propia ofensiva hacia la toma del poder. El acercamiento a las guerrillas centroamericanas era parte del viraje político que el PC argentino había adoptado en su Dieciséis Congreso realizado en 1986.

El Movimiento de Brigadistas Libertador General San Martín, conocido como las Brigadas del Café, fue la movida emblemática de este intento de reorientación estratégica del comunismo

argentino. El desafío para la Fede era importante porque implicaba torcer la política sinuosa, claudicante, que el Partido había tenido con la dictadura. La autocrítica implicaba una revalorización de las organizaciones revolucionarias en Argentina (las de los años setenta) y en América Latina (las que en ese mismo momento estaban combatiendo contra dictaduras apoyadas por los Estados Unidos). La militancia de la Fede se entusiasmó con el viraje. Cantaban: “Somos la patota de Fidel / y el Che Guevara / larguen todo y vengan volando / que estamos gestando la Revolución”. Hubo un grupo selecto que, después de pasar por Nicaragua, fue enviado a combatir a El Salvador, pero al Oso no le tocó. Sí a su amigo Marcelo Feito, también de la Regional Norte, quien cayó allí en un enfrentamiento con el Ejército. Cacho, otro partícipe de aquella experiencia, cuenta que le oyó decir al dirigente comunista salvadoreño Shafik Hándal que las brigadas habían sido creadas para sumar al PC argentino a la mesa de la izquierda latinoamericana coordinada por los cubanos. Aquella juventud comunista estaba convencida de que sería parte de la revolución continental.

A su regreso de Nicaragua, al Oso le ofrecieron quedar al frente de la Fede en su zona, y fue designado secretario político de Villa Maipú. Pero en el partido las cosas no avanzaban en el sentido que la juventud esperaba. La muerte de Marcelo Feito en la guerrilla centroamericana aceleró la reacción del sector más conservador del partido, que no quería ver al PC relacionado con aventuras que lo desviarán de la cómoda senda legal. Una cantidad importante de militantes de la Fede entendieron ese freno como una claudicación a los mandatos revolucionarios del Dieciséis Congreso. “Una traición”, decía el Oso. Diversos grupos se alejaron del partido.

El Oso se fue con Lito y Daniel, el Cabezón, un compañero de Zárate. Se reunieron en San Martín, en el patio de la casa del padre de Lito, alrededor de una de esas mesas redondas con pedacitos de azulejos, tradicionales en muchas casas de familias de

laburantes. Estaban ansiosos por retomar la militancia. Acelerados, necesitados de reafirmar definiciones estratégicas, hablaban y hablaban, y parecía que la revolución estaba en sus manos, a la vuelta de la esquina. Aunque pensaban desarrollar una política de cuadros, es decir, fomentar militantes con capacidad de multiplicar voluntades, eran un puñado mínimo en torno a la mesa de un patio suburbano. “Delirábamos”, reconoce Lito. Fue el Oso el que cayó en la cuenta y alertó:

–Che, esperen... ¿No será mucho todo esto que estamos planificando? ¿No nos estaremos yendo demasiado a la mierda? Tu viejo nos escucha, nos mira... debe pensar que estamos fumados.

Se hizo un silencio incómodo. Intercambiaron miradas adustas. Hasta que alguno soltó la primera risa. La reunión terminó así: políticamente desorientados, pero distendidos. Pretendían ser un núcleo militante pero, por el momento, parecían más un grupo de amigos.

Fueron un par de años de reacomodo, durante los que decidieron resolver colectivamente no solo la búsqueda política, sino también la supervivencia. La crisis económica empezaba a hacer estragos. Al Oso y a Lito les pareció que sería más fácil rebuscárselas juntos: primero intentaron con un quiosco en Floresta. Después con un taxi. Eso les permitió andar más por la Capital. Generar ingresos juntos les daba un respaldo para ponerse a militar.

En 1992 otro viejo compañero de la Fede los contactó y les pasó un dato que les cambiaría la vida: no porque los fuera a sacar de la malaria económica, sino porque les iba a brindar un nuevo escenario en el que poner a prueba las nuevas orientaciones militantes que acababan de delinear.

BODEGAS GIOL: LA DEFENSA DEL TECHO

Aquel compañero los puso en contacto con Delia, una mujer de 38 años que había frecuentado la Fede de manera periférica, lo suficiente como para confiar en los militantes que vinieran de

ese espacio. Ella venía haciendo malabares desde hacía rato: para sostener el hogar con su sueldo mínimo de enfermera cuando su marido enfermó de gravedad; para que las dos nenas y el niño, sus tres hijos, no perdieran la escolaridad por la crisis familiar; para conseguir una nueva casa, departamento, hotel, lo que fuera, que les evitara a la familia quedar en la calle. Le pedían más de lo que cobraba para renovar el alquiler y no tenía para pagar. Una amiga le habló del edificio ocupado de las bodegas Giol, cuando la toma todavía no era conocida. Delia resolvió que se mudarían allí. Una vez instalada con su familia, sumó un malabar más: aceptó ser vocera y se convirtió en presidenta de la comisión vecinal.

“Somos gente que venimos de la clase media y poco a poco lo perdimos todo”, solía decir Delia en nombre de la comisión, hablando a la vez de su historia personal. Al igual que ella, Mirta, Edith, María Ester, Hilda, todas jefas de hogar, se habían puesto al frente de la organización. “Son las mujeres de ese consorcio de 228 familias y casi 1500 almas quienes han tomado la posta en la defensa del techo”, escribió la periodista Susana Viau en *Página/12* el 1 de agosto de 1993, después de visitar a la comisión vecinal.

Junto al Oso y Lito, y a un par de varones más que las secundaron, ese grupo de mujeres lideró una lucha que puso en aprietos al gobierno de Menem en su momento de mayor esplendor, apenas un año antes de su holgada reelección.

El edificio que se conoció como Bodegas Giol estaba en el porteñísimo barrio de Palermo, a tres cuadras de Puente Pacífico, al lado de las vías del ferrocarril San Martín. Eran dos bloques de hormigón contruidos a fines de la década del treinta, de más de media cuadra de frente y tres plantas de alto. Gris por fuera y, por la tarea de almacenar bebidas que debían cumplir, con pocas pretensiones estéticas. En el interior, el sector de las cubas tenía espacios sin ventanas y brea o pintura negra en las paredes para garantizar la oscuridad que el vino necesitaba. Eso

convertía al espacio en un ambiente poco agradable para vivir. Sin embargo, ese edificio fue la más grande *casa tomada* de la ciudad de Buenos Aires.

La empresa había quebrado en 1989 y el edificio que tenía en Buenos Aires volvió a quedar bajo control de quien le alquilaba el lugar, Ferrocarriles Argentinos. Es decir, el Estado argentino. Pero el gobierno estaba a punto de concesionar el predio al grupo empresarial Pescarmona, a tono con aquel furcio del ministro Dromi que se pareció demasiado a una confesión cínica: “Nada de lo que deba ser estatal permanecerá en manos del Estado”. Sin embargo, las familias sin techo tenían esperanzas de que la propiedad estatal del lugar jugara a su favor: una concesión podía ser reversible. Era razonable pedir que se rediseñara un edificio en desuso para resolver el problema de más de doscientas familias que no tenían un lugar donde vivir. Después de todo, es el Estado quien debe velar por el derecho constitucional a tener una vivienda digna. Pero la violencia con la que se les respondió fue brutal. Empezando por el propio presidente de la Nación.

–¿Usted sabe lo que demora el proceso judicial? Mientras tanto, se pueden meter en cualquier casa, en su vivienda incluso. ¿Y cómo los saca? Si es así, vamos a estar dos o tres años y a lo último, hasta las plazas van a estar ocupadas –respondió Menem a la pregunta de un periodista sobre las familias de las Bodegas Giol.

–¿Qué va a hacer, entonces?

–Hay que desocupar compulsivamente, sin esperar el pronunciamiento de la Justicia.

La palabra presidencial alentaba la ilegalidad de las fuerzas de seguridad o de grupos parapoliciales. Aunque varios organismos de derechos humanos lo cuestionaron, el discurso tuvo efecto: la policía y bandas de civiles armados, en ambos casos fuera de la ley, actuaron para forzar el desalojo.

Los relevamientos oficiales daban cuenta de un déficit de 3.200.000 viviendas y la ocupación de inmuebles deshabitados era un problema real. Con las privatizaciones y el ajuste, crecían

la desocupación y la exclusión, y era lógico que se agravaran las consecuencias de la crisis social. Entre la oleada de amenazas de desalojos sobresalió la de Giol, porque ya se había convertido en un símbolo. Las familias sin techo habían sabido defenderse, hacerse notar. El Oso y Lito, junto a Delia y el resto de las y los ocupantes, llevaron adelante una militancia sin descanso para fortalecer la organización vecinal. Hubo una comisión interna con delgadas y delegados por sector para que todas las familias se enteraran de la situación y participaran de las decisiones. En alianza con el cura del barrio, construyeron una capilla en el edificio. De la mano de estudiantes de distintos colegios y universidades, se montaron un centro de salud, una asesoría jurídica permanente y se dieron clases de apoyo escolar. La ventaja de estar en un barrio con cercanía a distintas facultades de la Universidad de Buenos Aires facilitó la solidaridad.

La comisión vecinal, dotada de la visión política que aportaban el Oso y Lito, fue protagonista de coordinadoras de luchas por la vivienda junto a la Unión de los Sin Techo, el Movimiento de Ocupantes e Inquilinos y la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA). Se estaba poniendo de pie uno de los sujetos sociales que cobraría protagonismo en la resistencia: las excluidas y los excluidos que tomaban como base de organización el barrio. El mismo proceso que, con los años, dio forma a los movimientos de trabajadores desocupados que alimentaron los piquetes y las puebladas en todo el país. Por eso Giol terminó en el foco de la nueva política represiva del menemismo.

Desde la noche anterior al 4 de octubre de 1994, hubo dos helicópteros que sobrevolaban el barrio de Palermo, con reflectores que apuntaban al edificio por desalojar. Durante la madrugada se desplegaron tanquetas y carros hidrantes; camiones de bomberos; y un cerco a medio barrio que incluyó a 400 miembros de la Guardia de Infantería, División Perros y Policía Montada, para que un eventual conflicto no se expandiera más allá. “Había que poner en juego cientos de efectivos, como para asustar a los

ocupantes de la ex bodega y disuadirlos de presentar batalla”, analizó el periodista Martín Granovsky en el diario *Página/12* un día después del desalojo. Otro periodista, Daniel Enzeti, escribió en la revista *Noticias*: “Fue el primer desalojo masivo de viviendas en democracia”.

La línea de avance para expulsar a las familias pobres de la Ciudad de Buenos Aires estaba marcada: además del desalojo violento, el de Bodegas Giol fue el primer caso en el que el Estado inició un juicio por usurpación no ante la justicia civil, sino en el fuero penal.

El Oso alternó, entre 1992 y aquel 4 octubre de 1994 cuando se produjo el desalojo, su trabajo con el taxi y la militancia en Giol. Su compañero Lito había quedado formalmente integrado a la comisión vecinal pero el Oso, que militaba a su par, prefería el perfil bajo. Sus tareas eran diversas, aunque dos factores lo identificaban con las labores de defensa del lugar: por un lado, su corpulencia y por el otro, las agresiones que padecían las familias, que requerían una buena planificación de seguridad.

Lito recuerda momentos de tensión que, sin embargo, con el Oso se volvían más llevaderos:

–Cuando Giol empezó a tomar cierto vuelo político, mandaron a atacarnos a un grupo de unos 20 sátrapas, delincuentes. La cana les liberó la zona. Planearon ir a quemarle la casa a Delia para que tuviera que irse del lugar. En un momento de la confrontación le tiran al Oso una *molo* muy casera, hecha con un frasco de mermelada, más chica que las comunes. No hizo mucho fuego, pero le prendió fuego las patas. Yo me saco la campera y lo tapo, le abrazo las patas. Se me hizo mierda la campera. En un momento nos miramos, yo seguía abrazado ahí... y nos entramos a cagar de risa. Mirá que en medio de toda esa tensión, toda la situación la verdad muy de risa no era, pero bueno, los otros ya habían salido cagando y en un momento así, terrible quilombo, en algún momento te aflojás... –Al recordar todo aquello Lito vuelve a reír como entonces; hace una pausa, su mirada parece

irse tras otros recuerdos—. Por eso a mí me dolió mucho, me costó mucho tiempo el duelo, jamás voy a volver a tener otro amigo con el nivel de empatía que tenía con él.

Durante los dos años que duró la ocupación de las Bodegas Giol, el Oso y Lito fueron madurando la nueva política de la etapa post PC. Mantuvieron el vínculo con el Cabezón, el zarateño que había estado con ellos en la charla fundacional después de la ida del partido, aquella en el patio de la casa del padre de Lito que terminaría a las risas, sin mucha claridad. En el transcurso de la lucha sumaron definiciones más ajustadas y nuevas voluntades: viejos contactos a quienes invitaron a militar, estudiantes universitarios que se habían acercado a Giol a colaborar. El núcleo inicial se había ampliado, ya tenía dimensión suficiente para tener un nombre a tono con la política que iría a desarrollar: Agrupación Resistencia. En la firma montaban las letras al pie del símbolo tradicional de Perón Vuelve, la P sobre la V. “El Oso se hizo peronista contra el menemismo”, explica Lito. Aquella identidad nacionalista de su adolescencia volvía a aflorar, ahora en los noventa, justo cuando el peronismo parecía desbarrancar. Agrupación Resistencia priorizaría el trabajo de base, lejos de los partidos tradicionales, incluso los de la izquierda; se acercaría a sindicatos combativos; mantendría al grupo militante unido, dotado de una política que se seguía consolidando al calor de la lucha social. Pero el Oso, después del desalojo de Giol, se alejó. No volvió a tener contacto con sus compañeros hasta que los re-encontró en La Boca, ocho años más tarde.

LOS PIBES: EMPRENDER Y PRODUCIR

Entre Giol y La Boca, el Oso se mantuvo alejado de la militancia. Formó una pareja y se mudó a Barracas. Montó una pequeña imprenta que duró hasta fines de 2001, justo cuando la crisis estalló.

Con la orientación que le dio Mariana para que buscara a Lito en el comedor Los Pibes, después del 26 de junio de 2002, el Oso

se movió por La Boca hasta que encontró a su viejo amigo en la Plaza Matheu, organizando una actividad social.

“Al otro día que nos vimos, el Oso ya era el de siempre”, recuerda Lito. Se sumó a Los Pibes, que para aquel entonces ya había cambiado de nombre: no era solo un comedor, ahora se llamaba Unidad de Producción Social. A poco andar se convirtió en un nuevo referente de la organización; todas y todos destacaban su dedicación permanente, su entereza y su bondad.

En los videos de homenaje que le dedicaron tras su asesinato, hay una grabación en la que el Oso cuenta sobre las tareas de Los Pibes en esos años post 2001:

–Este proceso empieza desde el año pasado, haciendo algunas prácticas de emprendimientos productivos. Hoy hay un Estado que no existe, que no atiende el hambre, no atiende la necesidad de salud, de empleo. La organización se mete de lleno a trabajar en proyectos productivos que tengan que ver con el rubro alimentario. Una de las áreas que abordamos es la de empleo, trabajo genuino, experiencias con compañeros que no trabajaron nunca: ninguno es panadero, ninguno fue fabricante de galletitas o fabricante de pastas, por eso estamos haciendo escuela de todos estos proyectos.

El video lleva como título una frase que el Oso solía repetir cada vez que se despedía de sus compañeros hasta el próximo día: “No me extrañen”.

Hoy su imagen, además de abundar en centros sociales y murales del barrio de La Boca, es uno de los símbolos de la UTEP, la Unión de Trabajadores y Trabajadoras de la Economía Popular. Allí están organizados los emprendimientos productivos que él ayudó a crear.

Pablo Solana

UN TIEMPO A LA SOMBRA POR PROTESTAR

Panario y Christiansen, obreros presos en Neuquén

Horacio Panario relejó las hojas ya escritas. Los recuerdos lo sacaron de la celda para remontarlo a aquel día de excitación y furia. Llevaba casi dos meses encerrado en la cárcel de Zapala, aislado. Lo habían trasladado a 200 kilómetros de sus compañeros y su familia, que insistían desde Neuquén capital por su libertad. Promediaba el mes de noviembre de 1995. Las mañanas no eran tan frías cuando el sol alumbraba esa franja norte de la Patagonia.

Siguió escribiendo con su lapicera en el puñado de hojas tamaño oficio que el abogado le había hecho llegar. Solo le faltaba terminar el balance de la toma de la gobernación. Cuanto más escribía, con más nitidez notaba los errores de aquella medida de lucha tan audaz. Tras la represión habían quedado aislados, huérfanos de apoyo, expuestos a la cacería. Veía esa falta de alianzas con otros sectores sociales como una falla. En su círculo militante había aprendido que un obrero revolucionario debía reconocer los errores para mejorar la experiencia de lucha de su clase.

A pesar de la mirada exigente sobre los hechos que lo habían llevado a la cárcel, su ánimo estaba bien arriba. Escribía con orgullo, tal vez con la pretensión inconsciente de emular los textos de su admirado Trotsky. El líder soviético había escrito, preso como él pero en la cárcel de San Petersburgo, en 1906, los bocetos de lo que sería su famosa *Teoría de la revolución permanente*: “Sin una organización dirigente, la energía de las masas se disipa, como

se disipa el vapor no contenido en una caldera”. Recordaba vagamente pasajes de aquella obra clásica que había estudiado en los cursos de formación ideológica. Sus apuntes, sin embargo, terminarían siendo más humildes. “Minuta al partido”, tituló, por fin, cuando el texto estuvo completo. Solo faltaba hacer llegar las 15 hojas finales a los camaradas de la conducción del Movimiento al Socialismo, el viejo MAS.

UN HILO ROJO SUBTERRÁNEO

La asamblea como instancia máxima de decisión fue uno de los más saludables síntomas del 2001; la acción directa, marca registrada del estallido. Una y otra tienen antecedentes en la prolífica historia de las luchas del movimiento obrero, y antes también, si queremos hurgar más. Pero volvamos al tiempo que nos toca. Fue en la provincia de Neuquén, promediando los años noventa, donde movilizaciones, tomas de edificios públicos, piquetes, cortes de ruta, asambleas y elección de delegados de base se amalgamaron con tal efectividad que, de ahí en más, gran parte de las protestas en el país quedaron signadas por esas prácticas. Las puebladas de Cutral Co son señaladas como el inicio del movimiento piquetero, pero todo ese período dio mucho más que una proyección sectorial.

Si en aquellos hechos encontramos un antecedente directo del 2001, ese punto de partida tiene a la vez sus gérmenes en conflictos anteriores. Desde principios de los noventa la militancia obrera del viejo MAS venía protagonizando luchas gremiales y disputas políticas en sindicatos. El caso más destacado fue el triunfo de la izquierda en la Unión Obrera de la Construcción, la Uocra; lograron dar a ese poderoso sindicato una fuerte impronta clasista y combativa. Aquel temprano activismo sindical había sembrado la semilla: de allí saldrían muchos de los referentes de los nuevos movimientos de desocupados y los activistas sindicales de distintos gremios. También hubo figuras destacadas en el

conflicto surgidas de la lucha, sin participación política previa; pero en el caso de Neuquén, la impronta a todo el ciclo de protestas y rebeliones se lo dio la militancia de izquierda. Un hilo rojo subterráneo hilvana la gestación de la primera Coordinadora de Trabajadores Desocupados, la recuperación de la fábrica Zanon y la militancia del maestro Carlos Fuentealba, asesinado en la represión de 2007, por mencionar los casos más emblemáticos.

LA MEJOR DEFENSA, UN BUEN ATAQUE

Horacio Panario, obrero de la construcción despedido, militante de izquierda y referente de la primera Coordinadora de Trabajadores Desocupados del país, fue arrestado el 2 de octubre de 1995 tras la represión a la toma de la gobernación de Neuquén. Un mes antes habían ocupado la municipalidad, con el intendente adentro. Los medios locales hablaron de toma de rehenes. Los modos no habían sido sutiles, pero sí efectivos: como resultado de la protesta varios miles de desocupados y desocupadas habían logrado el subsidio de desempleo que se les venía negando. Así, en un mes, la coordinadora se expandió de cuatro barrios a diecisiete. La primera victoria funcionó como un imán: cada vez más gente se acercaba para obtener algún tipo de respuesta ante la creciente desocupación. Estaban obligados a ir por más.

El edificio de la gobernación neuquina es un palacete de más de un siglo, declarado de interés patrimonial. Los políticos que lo habitan suelen creerse la ilusión aristócrata, pero ese día la realidad social irrumpió de prepo. Centenares de muchachos de ropas gastadas y mujeres con sus hijas e hijos a cuestas entraron por la fuerza y acamparon en los patios internos del edificio. Cercaron, además, las oficinas de los funcionarios y la del propio gobernador, Jorge Sobisch, que, asustado, huyó por una ventana lateral.

La represión fue contundente. Hubo gases, balas de goma y palazos. Del otro lado, lo esperable: piedrazos defensivos contra

la policía, fuego en las esquinas, roturas al edificio símbolo de ese poder ensañado con las y los manifestantes que no tenían más defensa que la razón. Las detenciones y persecuciones se prolongaron hasta los barrios de la periferia. Durante los meses posteriores, quienes habían sido identificados como líderes de la toma recibieron golpes y amenazas. Se emitieron órdenes de captura contra exsindicalistas, convertidos en activistas del movimiento de desocupados, que debieron mantenerse prófugos. Fue el caso de Alcides Christiansen, exdirigente de la Uocra, quien finalmente se presentó a un juzgado meses después, en abril de 1996, y quedó detenido al igual que Panario. También tenían órdenes de captura Héctor Etchebaster, Jorge Chiguay, Verónica Barriga y Gustavo Sandoval, militantes o simpatizantes del MAS. El gobierno golpeaba a la protesta social, y a la izquierda en particular.

Horacio Panario y Alcides Christiansen fueron los presos emblemáticos de aquel conflicto. Les imputaron el delito de coacción agravada, una figura que tiene su origen en la dictadura de Onganía y que, a partir de entonces, se usó para perseguir a quienes encabezaron tomas o bloqueos en todo el país.

Christiansen sabía de persecuciones. A principios de los noventa había ganado la regional neuquina del sindicato de la construcción y era el dirigente más querido por las bases. Aun así, no pudo evitar las maniobras del sindicato nacional, conducido por Gerardo Martínez, colaborador de la última dictadura de 1976. Lo sacaron del gremio y muchos de los trabajadores más cercanos fueron despedidos. Alcides, además, fue sancionado con una suspensión que le impedía volver a ser sindicalista durante noventa y nueve años, por desacato a la autoridad gremial. Pero la privación de la libertad siempre es tortuosa, aun para el más experimentado militante revolucionario. Christiansen, el activista obrero más curtido de la izquierda neuquina, no les perdona a sus verdugos no haber podido despedirse de su padre. “Mi viejo pensaba que me habían matado, murió pensando eso”, cuenta

hoy, un cuarto de siglo después, aún con la voz quebrada. Panario, tras ese año preso, no volvió a militar.

La campaña por la libertad de los desocupados neuquinos se expandió con rapidez. Por los vínculos del Movimiento al Socialismo, se amplificó incluso en otros países. Hasta Maradona tuvo la oportunidad de mostrar su solidaridad. Un militante se lo cruzó, le pidió el apoyo a la causa y Diego se sumó: “Con cariño”, puso, al lado del rostro de Panario en un volante, y estampó su firma. El Chino Hebbberling, delegado ferroviario que enfrentó las privatizaciones menemistas, aún guarda el panfleto como un tesoro.

Alcides y Horacio recuperaron la libertad el 25 de octubre de 1996, más de un año después de la protesta. El ministro de gobierno de Neuquén, que los había denunciado, cambió su testimonio. Finalmente declaró que no se había sentido tan amenazado por la acción de los desocupados como había dicho al principio. Algo había pasado para que el funcionario alterara su declaración. En abril de 1996, en Cutral Co y Plaza Huincul la policía había pretendido reprimir la pueblada pero la resistencia se había impuesto. Como cada hecho histórico destinado a perdurar, aquel estallido cobró nombre propio: *Cutralcazo*. El gobierno provincial entendió que, en ese contexto, mantener a dirigentes sociales encarcelados era una jugada riesgosa: enardecía los ánimos de las y los manifestantes y ampliaba las miradas condenatorias que se posaban sobre la provincia. Por eso dieron marcha atrás con las causas que habían llevado a la cárcel a Panario y Christiansen, y antes de llegar a juicio recobraron la libertad.

También en la lucha social, como alguna vez dijo el Diego refiriéndose al fútbol, la mejor defensa puede ser un buen ataque.

Pablo Solana



Privatizado, Costuras Urbanas, 1997

La acción en la ciudad de Córdoba fue la primera de la colectiva Costuras Urbanas. La performance gráfica consistió en un grupo de once mujeres que vestían bolsas negras con las cabezas enfundadas en medias veladas del mismo color. Sobre sus espaldas cada una sostenía una letra. El sonido de un redoblante fue la señal para que se ordenaran: entre todas formaron la palabra “Privatizado”. Era la denuncia del robo del patrimonio público, bajo el segundo gobierno de Carlos Menem, en el cual la Argentina vivía un proceso de vaciamiento del Estado y de privatización de empresas y servicios públicos.

LA RESISTENCIA QUE NACE EN LAS RUTAS ESCARCHADAS

Los Cutralcazos que encendieron la mecha

Los rostros de la multitud no se pueden distinguir, están cubiertos de bufandas, gorros de lana y pañuelos palestinos. Las manos entumecidas por el frío apenas pueden sostener los palos. Son montoncitos de personas alrededor de las gomas encendidas. No es casual que la resistencia haya comenzado en las rutas escarchadas del sur del país, donde confluyen docentes, laburantes y personas desocupadas. Ese hito abre una nueva etapa y, por supuesto, nuevas preguntas.

Los piquetes y las asambleas forman parte de la historia de la clase trabajadora, pero en esta ocasión se dará una pueblada de impacto nacional: el Cutralcazo, y nacerá el término que definirá a los nuevos sujetos protagonistas de las luchas que vendrán: los piqueteros.

La dictadura no pasó por nada, nos dejó un país entregado al poder económico del norte y un pueblo con los temores lógicos de tantos años. Pero a medida que tomaba forma un modelo de desindustrialización a favor del capital financiero, así también el pueblo empezaba a despertarse y sacudirse las cadenas del miedo. Después de la inflación de 1989 y el Pacto de Olivos, comenzaron las revueltas contra el hambre y saqueos a supermercados y grandes depósitos de alimentos. Y en 1993 encontró su pico más alto con el ataque a los edificios públicos y casas de funcionarios sospechados de corrupción en Santiago del Estero.

La receta del Consenso de Washington, el FMI y el Banco Mundial incluía ajuste del gasto público y achicamiento del Estado (privatizaciones mediante), lo que impedía generar políticas de contención social. Los sectores obreros, ahora organizados en torno al barrio, un espacio más heterogéneo, tomaron un carácter multisectorial, diferente de las luchas de los años setenta, lo que derivó en movimientos amplios pero desorientados, que desbordaron todo tipo de estructuras partidarias y sindicales. La plaza volvió a ser el ámbito de deliberación popular, en contraposición con un parlamento viciado de oportunistas. Y de a poco, la gente ya sin futuro a la vista, se fue animando a tomar las calles. En 1995, la resistencia tuvo su primer muerto con Víctor Choque, en una represión a trabajadores del transporte en Ushuaia, Tierra del Fuego. El frío paisaje del sur argentino comenzaba a levantar la temperatura del pueblo.

JUNIO DE 1996: EL CIELO A SU FAVOR

El humo de los fogones en medio de la ruta se había vuelto importante para ellas y ellos. Expresaba algo grande. Decía muchas cosas. El pueblo ahora estaba encendido y concentrado en un lugar. Por eso cuando hubo que tomar la decisión de apagar los fogones durante el día porque los neumáticos se estaban acabando, quienes estaban allí se miraron, temiendo que el valor cediera al frío cada vez más intenso del invierno neuquino. Pero la bronca era muy grande: el primer día eran 500, y ahora más de 5.000. Las y los jóvenes probaban su nueva adultez en el aguante nocturno. Tres tuvieron que ser trasladados al hospital por principio de intoxicación. Mucho humo. El frío los mantenía toda la noche cerca de la hoguera. El personal médico, preocupado, empezó a repartir barbijos y aconsejó no exponerse demasiado al humo de las gomas. Pero todo el pueblo estaba ahí. “Cualquier trapo viene bien, lo importante es cubrir nariz y boca”. Las personas “más duras” cedieron sus barbijos a las mayores, y se cubrieron con pañuelos

y remeras. Ahora ese era el símbolo de la resistencia, de quienes montaban guardia toda la noche, quienes entregaban su salud en defensa de todo un pueblo, quienes se mantenían despiertos esperando la irrupción de las fuerzas del orden. No era solo un rumor. La radio anunciaba la llegada de tres aviones Hércules con 300 gendarmes antimotines cargados de armas de guerra, un tanque hidrante y de 100 efectivos más provenientes de General Acha, La Pampa, al mando de una jueza de doble apellido.

Los piquetes bloqueaban las salidas de todas las destilerías. Decenas de camiones cargados de combustible formaban una fila interminable en la estepa patagónica. Los comercios y los edificios públicos estaban cerrados. El aeropuerto estaba bloqueado y los ómnibus tampoco funcionaban. Los federales no dejaban de redactar informes de supuestas conspiraciones subversivas, mencionaban a personas armadas y planes de hacer volar la destilería. Por esta razón, personal camuflado de Gendarmería se ubicó en las instalaciones de YPF. El gobernador de Neuquén, Felipe Sapag, se negaba a negociar con la asamblea de Cutral Co, la que suponía una maniobra de sus opositores partidarios. “No puedo ir a un lugar donde hay insubordinación”, alegaba y les pedía que se presentaran ellos en la gobernación. En realidad, el sector blanco del Movimiento Popular Neuquino, opositor interno de su gobierno, sí había encendido la chispa, pero la bronca popular lo había desbordado. “Nadie viaja, que venga Sapag”, decía la población. Lo que había comenzado como una protesta por la ruptura del trato del gobierno con la empresa de fertilizantes Agrium, una de las pocas esperanzas para los ex petroleros, se había extendido a otros reclamos como puestos de trabajo, moratoria de impuestos y servicios, subsidios a comercios y ayuda para las y los desocupados. Y lo más importante, empezaban a sentir que la dirigencia política no podía resolver el conflicto, porque era parte del problema. “Nadie viaja”, repetían. En contraposición con la asamblea hegemónizada por los intendentes locales, se formó la Comisión de Representantes de los 21 Piquetes, que

se transformó en la voz y el poder real de la pueblada. De a poco, la asamblea también se fue volcando en contra de los mismos funcionarios locales que la integraban y exigió la presencia del gobernador Sapag en el piquete de la Torre Uno. Rápidamente, los intendentes formaron una Comisión de Notables en la Cruz Roja, junto a concejales, comerciantes y profesionales, con la intención de negociar una tregua con el gobernador. Pero los piqueteros cercaron el edificio, quemaron un vehículo en señal de advertencia y les impidieron salir. Desde adentro, los notables pidieron al pueblo que no respondiera a la agresión de la gendarmería, pronta a arribar. Pero el pedido fue en vano.

Seis grados bajo cero. Los 400 gendarmes provistos con armas, balas de goma, un camión hidrante, 33 vehículos, cañones lanza granadas y perros entrenados lograron amedrentar a la primera barricada ubicada en la ruta nacional 22, a pesar de la entrega de la primera línea de la juventud piquetera. La jueza Margarita Gudiño de Argüelles se subió a un automóvil de la Policía Federal y avanzó en primer lugar con un altavoz en la mano. A media velocidad, iba sorteando autos incendiados, troncos atravesados y alambres de púa. La represión comenzó contra un grupo de personas encapuchadas que apedreó a los gendarmes. Pero el fuerte viento del sur les jugó en contra a las fuerzas de seguridad. El agua helada del hidrante volvía hacia las propias filas militares. Lo mismo sucedió con los gases lacrimógenos. Ese detalle fue importante para la moral de las y los pobladores, que creyeron que el cielo estaba a su favor.

Una hermosa combinación de deudas pendientes se jugó en aquellos primeros piedrazos. Las y los jóvenes encapuchados sentían que el momento tan esperado y tan temido había llegado, que era la hora de demostrar el valor de la primera línea de la autodefensa. La primera retirada fue estratégica, casi planeada. Durante kilómetros corrieron hasta reagruparse en el segundo retén, ya con el pueblo a sus espaldas, unas 20 mil personas. El vapor de la respiración agitada atravesaba el pañuelo que cubría

sus rostros. La nariz roja y los nudillos helados. El pecho nunca había recibido tanto oxígeno. Los gigantes perros querían librarse de sus cadenas para comenzar la cacería. Los cuerpos cansados de tantas horas de guardia ahora parecían renacidos. Toda la atención nacional estaba allí, en ese lugar. Por fin la propia familia, que había intentado persuadirlos de abandonar la lucha, iba a entender la importancia histórica de ese instante, que parecía transcurrir en cámara lenta. Así son los pequeños actos, segundos insignificantes, que tuercen el rumbo de un país.

La jueza contó a los medios: “Después de un trecho miré y vi que alrededor mío ya no había encapuchados, sino gente a cara descubierta que empezaba a correr y que no tiraba piedras. Entonces le dije al comandante: ‘Dígame lo que está pasando’ y él me contestó: ‘Dejamos atrás los grupos de choque y esta gente que está acá es gente del pueblo’”. Esa gente cada vez estaba más furiosa. La jueza se tuvo que subir a una camioneta de Radio Victoria para poder avanzar. “Entonces pensé, ‘acá no es un grupo, no es una fracción de un partido político, no es un gremio, acá hay un pueblo... No tienen representantes, están actuando por aquellos que eligieron, por ellos mismos’. Me acordé de la Facultad de Derecho, de una figura penal que está dentro del título de sedición, que es el motín, y que habla de la asamblea de los pueblos, aquel que se constituye en asamblea sin reconocer a sus representantes y pide o actúa por él. Y ahí fue cuando pensé que estaba frente a una figura penal mayor y que no podía, a través de un desalojo de una ruta, entrar jurídicamente en otra situación. Ahí fue que les dije que, ante lo que veía, era incompetente y me retiré...”.

El silencio expectante estalló en júbilo. Los gendarmes debieron marcharse bajo una lluvia de piedras. Un murmullo se transformó en himno nacional, entonado por miles de voces, con el fuerte soplo del viento matinal como música de fondo. Un último enfrentamiento, que duró 10 minutos, dejó varias personas heridas y un detenido.

Cuando el gobernador, que estaba almorzando con sus colegas patagónicos en la ciudad de Santa Rosa, La Pampa, se enteró de lo ocurrido, se tuvo que golpear el pecho para no atorarse. En silencio, se fue hacia Cutral Co, instaló su gabinete en el municipio local y reconoció la legitimidad de la pueblada en un exceso de demagogia. “Esto no es un motín, el pueblo se ha puesto de pie”. Al día siguiente se juntó con los piqueteros y firmó un acta con el pliego de reclamos.

Sin embargo, el resultado posterior tuvo un sabor a derrota y algunos se animaron a hablar de traición. La asistencia social otorgada por los gobiernos provincial y nacional fue escasa y algunos piqueteros responsables de su distribución se fueron transformando en funcionarios de las migajas del Estado, y más tarde cooptados por el poder institucional. Con la moral golpeada, creció el escepticismo. La desconfianza hacia cualquier forma de poder les traería serios problemas organizativos en la violenta pueblada del año siguiente.

ABRIL DE 1997: SALTAR DE LOS MÁRGENES

Si bien se diferenciaban de los piqueteros, que habían “traicionado” al pueblo neuquino, los fogoneros también tenían el rostro cubierto. Eran jóvenes de origen más humilde, marginales, víctimas forzadas del sistema, desconocedores absolutos de esa cosa extraña llamada “salario”. Algunos no tenían más de 12 años. No es casual que se hayan transformado en el grupo de choque de la segunda pueblada de Cutral Co y Plaza Huinul. Detrás se sumaron comerciantes, docentes, madres y padres de estudiantes, personas desocupadas, organizadas en asamblea permanente.

Las y los docentes, nucleados en su sindicato regional ATEN, si bien iniciaron el segundo estallido, se fueron apartando por diferencias con los métodos del sector “duro”. Según el profesor Ariel Petrucelli, “mientras que para la mayoría de los dirigentes (sindicales docentes) los cortes de ruta constituían una acción

aislada, llevada a cabo por grupos ‘marginales’ y de ‘lúmpenes’ descontrolados en un marco de ‘anarquía’; para una minoría de los miembros de las comisiones directivas y para un buen número de militantes de base los fogoneros eran parte de la comunidad, su forma de organización era heterodoxa pero no ‘anárquica’, y algunos pensaban que podían ser la punta de un iceberg, por lo que su acción, vanguardista sin lugar a dudas, no estaba precisamente aislada”.

Lo cierto es que la pueblada fue generada y sostenida por estos sectores marginales. En dos grupos de 30, marcharon hacia la entrada de YPF para formar los primeros dos piquetes. Detrás, la población portaba como única arma una gran bandera argentina. La sirena de bomberos anunció la llegada de la Gendarmería. Todavía no había amanecido. El pueblo se acercaba a la ruta con la idea de provocar la retirada militar como en la primera pueblada neuquina. Sin embargo, los 400 efectivos con sus topadoras y carros hidrantes avanzaron a paso firme. Los fogoneros resistieron durante horas, arrojando piedras con gomera y hondas gallegas, bombas molotov y piedras empetroladas encendidas, pero fueron desalojados tras 45 minutos de escaramuzas. Esta vez el juez, desde un vehículo blindado, estaba decidido a cruzar todos los límites judiciales que fueran necesarios para acabar con la insurrección. Las y los fogoneros se reagruparon en la zona urbana de Plaza Huincul y comenzaron una batalla cuerpo a cuerpo. Se oyeron tiros. La Gendarmería cruzó sus primeras fronteras legales: avanzó sobre la ruta provincial 17 y se metió en los barrios en busca de los rebeldes, mientras arrojaba gases lacrimógenos incluso dentro de las casas. Entró en escena la policía provincial, que desplegó una furia mayor. La gente que estaba ajena se sumó al combate. Todo el pueblo defendía ahora a los fogoneros contra esa jauría color verde y negro. El objetivo de las fuerzas del orden era evitar el reagrupamiento en torno a la ruta, pero la gente empezó a tomar la posta de las y los fogoneros y armaba nuevas barricadas cada 50 metros. “Cuando los gendarmes pasaban,

nosotros le hacíamos un fogón atrás. Y cuando ya el pueblo se sumó, los seguimos de atrás: ya no era un fogón, eran cien...”.

La policía local actuó con saña. Una camioneta atravesó la ruta 22 y se detuvo en la ruta 17, a la entrada del barrio Otaño, en horas de la mañana. Efectivos uniformados, preparados para la guerra, y otros de civil bajaron del vehículo enfurecidos. Avanzaban con la mirada fija en el frente, sin inmutarse por la lluvia de piedras que les caía. Vecinas y vecinos se metieron en sus casas, otros corrían en dirección opuesta, y otro grupo se aprovisionaba de más piedras para enfrentar lo que se venía. Uno de los policías apuntó su rifle hacia la gente y comenzó a tirar. Otro disparaba al aire. La escena se repetía en varios lugares. Se oían sirenas y disparos. Una empleada doméstica de 25 años, Teresa Rodríguez, 3 hijos, quedó tendida en el pavimento, luego de ser atravesada en el cuello por una bala perdida. El auxilio llegó pronto. La sangre tiñó sus ropas. La levantaron entre varios y la subieron a la ambulancia, pero su frágil vida de amor interrumpido permaneció sobrevolando el pueblo, que a partir de ese momento redobló su lucha.

La formación compacta de la Gendarmería no pudo enfrentar a un enemigo que actuaba en grupos, que se dispersaba y se reagrupaba, y atacaba desde todas las posiciones. El error de los efectivos fue entrar en las viviendas y caer así en una trampa de golpes aislados. Perdido y separado de su grupo, un gendarme fue desarmado y brutalmente golpeado por los fogoneros indignados. “La gente de arriba de los monblocks les tiraba con todo”. El comandante dio la orden de retroceder y un gendarme preguntó: “pero ¿para dónde?”. Estaban agotados, venían de caminar varios kilómetros con equipo pesado y de perseguir manifestantes durante siete horas, en un laberinto de acoso permanente. En la retirada, por dentro y fuera de la ruta, le pegaban a todo lo que encontraban. La furia se debía simplemente a que habían sido derrotados. Unas 10 mil personas festejaban en la ruta la resolución favorable de lo que fue una verdadera intifada neuquina.

Durante la noche, la asamblea nombró una comisión de 12 representantes para negociar con el gobernador. Las y los fogoneros no tenían capacidad política dentro de la asamblea para imponer una posición. Uno de ellos atinó a decir: “Les pido que cada vez que se sienten a negociar con el gobierno se acuerden de los palos que nos dieron en la ruta 22, así no van a aflojar...”. Días después, el gobierno provincial les concedió la mitad de los reclamos y dividió la asamblea en duros y blandos. Fue mucho lo que se logró, pero otra vez quedó el sabor amargo de haber desperdiciado un gran potencial de lucha, una verdadera demostración de poder popular, capaz de intervenir activamente en cuestiones de fondo. Finalmente, el fuego se fue apagando, las barricadas se levantaron y las incipientes formas organizativas se disolvieron producto de las contradicciones insalvables entre grupos de diferente origen.

Ante semejante puñetazo a las fauces del renovado capitalismo argentino, otros pueblos castigados por el vaciamiento del Estado despertaron, como un eco, en otras puntas del país. En Jujuy estallaban los hormigueros al mando de un trabajador estatal apodado “el Perro” y en Salta los templados ex petroleros se aferraban a las cercas de las destilerías para exigir aquello que sus padres y abuelos les habían estampado a fuego en la memoria: trabajo genuino.

Martín Azcurra

“QUERÍAN TRABAJO DIGNO: ESE ERA EL PECADO, ESE ERA EL DELITO”

La osadía del pueblo en Salta

Como suele pasar en todo el mundo, allá donde hay más riqueza debajo del suelo, hay más pobreza y explotación por encima. En las regiones áridas de Salta, el petróleo crudo brota entre los yuyales. Aquí también, el menemismo arrasó con todo. Para 1991, ya se había privatizado YPF y tres mil quinientas personas se habían quedado sin trabajo; principalmente en los departamentos de Campamento Vespucio, General Mosconi, Tartagal, Aguaray y Salvador Mazza, en la provincia de Salta. Cada uno y cada una habían recibido una suma de dinero importante, aunque no justa, en concepto de indemnización. ¿Cómo decir que no? Lo habían invertido en un comercio local, unos animales, una casa... pero sin YPF, el pueblo entero seguía muriendo, y ya la plata no alcanzaba para nada. Cinco años después, con un nuevo gobierno provincial –el de Juan Carlos Romero, que profundizó las privatizaciones y el ajuste–, la gente empezó a organizarse para sobrevivir...

¿Cómo podían imaginar los responsables del saqueo que un pueblito tan alejado del centro del poder, del foco de las noticias, podía producir semejante resonancia en todo el país? Ni la misma población se lo esperaba. Cuenta Mario Andreani, un protagonista de aquellas puebladas en Tartagal durante 1997: “La idea era cortar la ruta, juntar 200, 300 personas, hacer ruido y visibilizar. Pensábamos ‘por ahí demoran 10 o 12 horas en sacarnos pero con eso ya logramos el impacto del corte de ruta’. Lo

cierto es que a las 24 horas teníamos 10 000 personas en la ruta, una adhesión unánime sin distinción de sectores sociales. Fue un fenómeno social impresionante. Aparecieron un montón de sectores, cada uno con su problemática”.

En Mosconi, la propia gente empezó a formar una organización que luego se llamará Unión de Trabajadores Desocupados (UTD). La primera acción fue tomar el Consejo Deliberante. Juan Nieva, ex trabajador de YPF, cuenta: “A ese Concejo Deliberante lo transformamos en un comedor para niños y ancianos. La gente del pueblo empezó a tomar coraje, confianza, y nos llevaba todo tipo de alimentos para hacer una olla popular. Después de 23 días logramos lo que pedíamos, hasta un acueducto de Campamento Vespucio hasta Coronel Cornejo. Logramos que esa población tenga agua potable”.

De a poquito, como se hacen las cosas que duran más, fueron logrando en la práctica un ejercicio del poder popular, una suerte de autogestión social, que iba a distinguir esta pueblada de las anteriores, a las puertas de una rebelión nacional. No iba a ser fácil. No iba a ser gratis.

MAYO DE 2000: LA VIOLENCIA DEL PODER

Esta vez, la chispa la habían encendido las mujeres del pueblo, que no cobraban el subsidio desde hacía dos meses. Le habían pedido ayuda a la ahora nutrida UTD y de manera conjunta habían cortado la ruta 34. El pueblo estaba calmo, pero alerta. Como todos los días, un grupo de chicos y chicas jugaba a “gendarmes y piqueteros”. Se repartían los roles. Jugaban a la represión.

Varios escuadrones de la Gendarmería y grupos antimotines, que sumaban cuatro millares de efectivos altamente preparados intentaron desalojar la ruta con armas de fuego. Ante cada golpe, nuevas columnas de pobladores se sumaban al aguante. Más de treinta mil personas forcejearon en la ruta y en las callecitas de los pueblos. Perros y caballos policiales quedaron sin vida a un

costado del camino. Las fuerzas de seguridad, rodeadas y reducidas, fueron obligadas a retirarse, pero se llevaron detenidos a líderes de la protesta e indígenas wichis. Las torturas sufridas por los prisioneros muestran la formación cruel y racista que recibía la policía local. Un enorme desprecio por las y los pobladores originarios y por las juventudes pobres, quienes fueron tratados como animales rumbo al matadero.

Carlos, un joven de 17 años, detenido a las 5 de la mañana cerca de la planta de Tec Petrol, declaró: “Me cargaron en una camioneta junto a otros changos. Nos pegaron durante una hora. Un policía gritaba que nos maten. Nos amenazaban con tirarnos en el monte. Cuando estaba amaneciendo nos trasladan a Cornejo y en el trayecto nos seguían golpeando, nos daban culatazos, palos y patadas. Nos pisaban la cabeza. A los muchachos que tenían la cabeza rota, algunos policías les echaban alcohol y los volvían a golpear. Nos amontonaron uno arriba de otro para seguir pegándonos. Yo me tapaba la cara con el brazo, pero me golpeaban en la nuca y en el cuerpo. A varios los quebraron. Nos ponían bolsas en la cabeza y simulaban que nos iban a matar a punta de pistola. También nos orinaban. Cuando nos golpeaban, los policías nos decían que teníamos que gritar que ellos se cogían a nuestras hermanas, que nuestras mujeres eran mujeres de los policías y que los policías son machos, y si no les decíamos eso nos pisaban la cabeza”.

La juventud de entonces sentía que las barricadas eran una forma de recuperar todo el poder y la esperanza perdidos por la falta de futuro. Así fueron Alejandro Matías Gómez, un pibe de 19 años, y Orlando Justiniano, un albañil de 20 años, machete en mano, acompañados por Luis y Jorge, a buscar más leña para los nuevos fogones de resistencia. A la altura del Aeroclub de Vespucio, se les cruzó una Trafic blanca. Bajaron cinco personas; uno de ellos, vestido de policía, tomó una escopeta y comenzó a disparar al aire. Luis logró escapar hacia el monte, pero recibió dos disparos en la cabeza. Quedó tendido pero con vida.

Alejandro, Orlando y Jorge fueron capturados y trasladados en su misma camioneta. Luego se culpará por haber huido: “tuve que correr, me dolía mucho cuando me voltearon, y no pude ayudar a mis compañeros”. Una bala le quedó alojada cerca de la vista, a la otra se la extrajeron, pero se la llevaron los policías mientras era atendido en el hospital. Cerca de la medianoche, el personal de la Comisaría de Yuto, en Jujuy, recibió un llamado por un supuesto accidente de tránsito en Arroyo Quemado. Allí encontraron muertos a Gómez y Justiniano, recostados en el asfalto, y al cuarto piquetero herido, con una lesión a la altura de la clavícula derecha.

Jacoba Olarte, la mamá de Alejandro, presentó pruebas que pusieron en duda la hipótesis del accidente de tránsito: “Tenía una pupila más dilatada que la otra, la boca abierta, las marcas de las esposas en la mano, le faltaban uñas, como si lo hubieran torturado”. Primitiva Justiniano, madre del otro chico, agregó: “Cuando identifiqué los cuerpos, a mi hijo le faltaban las uñas y los molares. El oficial que me mandó a identificar los cuerpos me dijo que había arrojado sangre líquida por los oídos, por la boca, coagulones, que eran del mismo golpe sufrido por las vueltas del vehículo. Me ha hecho entender que era una bolsa de huesos, que dio tres tundas y a la tercera arrojó los cuerpos. ¿Cómo se imaginan que vamos a creer eso en la forma en que estaban puestos los cuerpos sobre la ruta? Ellos se encargaron de acomodarlos. Tenían señas en las manos de la picana, en la cadera verdes moretones y huellas de los garrotazos”. El médico forense realizó un examen superficial de los cuerpos y consideró que no era necesario hacerles autopsia. Si bien el resultado de la alcoholemia dio negativo, se rechazó la hipótesis del asesinato.

Nuevas formas de represión, muy distintas a las de aquella lejana pueblada de Cutral Co y más cercanas a la masacre de Avellaneda, con apremios ilegales y fusilamientos, desembarcaban nuevamente en la Argentina post dictadura.

DICIEMBRE DE 1999: GUIRNALDAS Y GASES LACRIMÓGENOS

Las puertas de las casas de Mosconi exponían guirnaldas de todos los colores; es que faltaba muy poco para la Navidad. Pero el clima de festejo no era completo, ni mucho menos desprevenido. La bronca se traslucía intacta en cada adorno navideño.

Hacía un tiempo que las y los municipales de Tartagal estaban en huelga de hambre, y entonces la UTD pensó que podía presionar un poco más para apurar la resolución del conflicto mediante un corte en el acceso sur de General Mosconi, frente a los tanques de reserva de Refinor-Tec Petrol. Como eran pocos piqueteros y piqueteras, la represión no se hizo esperar. Nunca se demora cuando se trata de reestablecer las ganancias capitalistas. El olor a gas lacrimógeno fue tanto que llegó hasta Mosconi: el pueblo entero abrió sus puertas adornadas y se sumó a la resistencia de sus héroes y heroínas en la ruta. Ahora ya no alcanzaban las municiones. La policía se tuvo que replegar hasta 5 kilómetros y defenderse con piedras. Cinco de ellos se rindieron y fueron capturados por las vecinas y los vecinos. No se salvó ni el Comisario Gaspar, que fue liberado a las 20 horas, a cambio del dirigente de ATE Tartagal apresado al mediodía. Pepino Fernández, referente de la UTD, fue el encargado de la negociación popular durante esas horas de tensión. Estaba acostumbrado a pedir de todo. Y el gobierno y las empresas, a cumplirlo: “Conseguimos 120 puestos de trabajo. Yo trato de incorporar a muchos jóvenes. Empiezo a buscar gente de los barrios, empieza a ingresar gente y a haber estudiantes. Pido a las petroleras cursos de capacitación. También lo logramos y metimos casi 700 personas. Les hicimos hacer el curso durante 3 meses, de instrumentista, soldador, electricista y mecánico”.

NOVIEMBRE DE 2000: LA REBELIÓN DE UN PUEBLO ENTERO

Era de noche en la ruta de Mosconi. Fogones. Ollas populares. Tensión. El juez Cornejo se acercó para pedirles que se

calmaran, que todo se iba a resolver de forma pacífica. Siete horas después, con el sol apenas asomado por encima del monte, llegaron la Gendarmería y la policía. En la primera línea estaba Aníbal Verón, chofer de ómnibus, combativo. Siempre estuvo ahí. Le debían ocho meses de sueldo. Hábil con la gomera. Frente a él, a unos pocos metros, una columna de policías había empezado a disparar al aire. Uno de ellos se quitó el protector del casco, para distinguir a su objetivo, y disparó al frente con su arma corta. Verón cayó al piso con el rostro destruido. El pueblo se despertó nuevamente. Cada vez lo hacía con más rabia. La gente de Tartagal quemó la Comisaría, el diario *El Tribuno* (manejado por el gobernador Romero), la empresa Atahualpa (donde trabajaba Verón) y Edesa (cuyos trabajadores también estaban en conflicto). En Mosconi quemaron la municipalidad, Rentas, la comisaría y la casa del intendente. No se jode con este pueblo.

En ese momento, la abogada Mara Puntano presentó un detallado panorama de la situación: “Quedó imputado todo el pueblo. Desde el jefe de bomberos, porque activa la alarma para avisar de la represión, la gente del hospital, como los camilleros que levantan los heridos, el chofer de la ambulancia porque levanta los heridos civiles, el que trae el pan, el que trae la verdura, el que pone un poco de carne, todo el pueblo... Han detenido a 63 personas, de las cuales 57 han sido torturadas. Aparte de eso, hay gente con pedido de captura. A todos se les imputan causas como corte de ruta, sedición, asociación ilícita, abuso de armas, resistencia a la autoridad, distintas causas. Pero las más graves son a los cabezas: Pepino (Fernández), Piquete (Ruiz), Chiqui Peralta y Julio Figueroa”. Era esperable: los piquetes generaban pérdidas millonarias, y conseguían puestos de trabajo por convenio o insumos para proyectos productivos que se volcaban en obras para todo el pueblo. La abogada agregaba: “Si hay una calle asfaltada es porque la hicieron los desocupados. Esta tierra es tan rica y sin embargo los funcionarios no hicieron nada, se embolsaron

la guita de las empresas y listo. En cambio ellos quieren trabajo digno: ese es el pecado, ese es el delito”.

JUNIO DE 2001: LAS FORMAS SOLIDARIAS DE LUCHA CALLEJERA

Todo ocurrió el día del padre. Los obreros que trabajaban en la construcción del Hospital de Mosconi pedían un aumento de la paga diaria. Por una masiva movilización de la UTD consiguieron la promesa de duplicar su salario, pero la provincia se echó para atrás para evitar un efecto contagio. Cortaron la ruta y se tuvieron que enfrentar a una represión mejorada. La Gendarmería estrenó los gases de color mostaza, “vomitivos y paralizantes”. “Crucé las vías y me desmayé”, contó un protagonista. Estrenó también prácticas de guerra, como el uso de las balas “dun-dun”.

La resistencia duró tres días, como relató un piquetero: “Lo vimos al compañero Santillán caer con un balazo en la cabeza. Al verlo, se nos llenaron los ojos de lágrimas y de sangre... Gendarmería creía que volteando a uno o a dos le íbamos a tener miedo. Pero si tiene que quedar uno en Mosconi, va a quedar uno. Y seguíamos peleando, peleando. Como ellos deciden matar a nuestros compañeros, nosotros no los dejamos dormir ni descansar. Día y noche les peleábamos, hasta que decidió el jefe de Gendarmería hacer un comando y atacarnos por atrás y por el frente. Cuando nos dimos cuenta eran las cuatro de la madrugada... Estábamos al costado de la vía cuando nos ataca Gendarmería y ahí agarraron a unos cuantos compañeros. Ellos querían llevarse a Piquete, Chiqui y Pepino. No pudieron, se escaparon”.

Además de Carlos Santillán, fue asesinado Oscar “Changuito” Barrios, alcanzado por una bala de alta velocidad. La cacería fue similar a la que iba a suceder dos años después en Puente Pueyrredón, donde otro Santillán cayó por las balas policiales. Incluso, para evitar una investigación judicial incriminatoria, el gobierno y la policía provincial armaron un circo para culpar a las personas reprimidas. El propio secretario de Seguridad

Interior, Enrique Mathov, declaró que los piqueteros se habían matado entre ellos (una estrategia también utilizada en 2002 por el entonces Secretario general de la presidencia, Aníbal Fernández). Pero los organismos de derechos humanos demostraron lo contrario.

Edgar Cabrera, quien tenía una discapacidad motora, fue torturado para que acusara a integrantes de la UTD por tenencia de armas. Cabrera era analfabeto y nunca podría haber firmado la declaración que presentó Gendarmería. La abogada Puntano presentó un informe a organismos nacionales e internacionales en los que denunciaba torturas, simulación de ejecuciones, descargas eléctricas e incluso la violación de un poblador con un bastón antidisturbios. Todo esto aparece en el informe de Amnesty 2002.

En Mosconi pudieron verse claramente las formas solidarias de lucha callejera que surgen en toda pueblada: “Los compañeros vecinos abrieron las puertas de sus casas. Ellos dormían pero con las puertas abiertas, cosa que si atacaba Gendarmería de nuevo nos metíamos en la casa. Había familias que tenían perros y los ataban cosa que no tuviésemos ningún problema nosotros para disparar”. Otro vecino contó: “El tiempo pasa rápido, eso es todo. Mucha bronca que dura mucho tiempo, que se despierta en ese momento. Apagar gases o tirarlos lejos de donde está el grupo tuyo, porque te movés en grupo, siempre de 10 o 15 vagos. Se mueven para el mismo lado, buscando la manera de molestar más. Después otro grupo busca piedras para que puedas hondear. Otro grupo se organiza buscando agua o limones para los que se intoxican con gases”.

Las puebladas mostraron la compleja trama de las luchas provinciales, donde se entremezclan personas de distintos sectores y clases sociales, pero unidas en un espacio común: la plaza o la ruta. La pueblada unió al pueblo que estaba dividido. La acción colectiva venció sobre el individualismo de la época y las promesas vacías de los funcionarios locales.

Estas rebeliones despertaron lo mejor de las barriadas obreras del norte argentino. Cada grupo cumplía un rol en las tareas del piquete. El espíritu de grupo, la defensa del otro y la otra, la creatividad y la búsqueda de soluciones, la satisfacción por transitar un camino propio, las encendidas discusiones sobre el invisible límite entre la lucha y la negociación. La amistad forjada en las horas de compañerismo, al calor de un fogón.

Martín Azcurra



**La Mesa, Colectivo Urbomaquia
Córdoba, 24 de octubre de 2001**

En aquella época, las integrantes de Urbomaquia se propusieron mostrar las carencias alimentarias producidas por la crisis. Así fue que realizaron una instalación, frente a la Legislatura de la Ciudad de Córdoba, con una mesa de 55 metros de largo cubierta por un mantel blanco y 110 platos con marcadores repartidos a lo largo de ella. Impresos en el mantel, los versos de León Felipe: "Yo me pregunto, loqueros / Si no es ahora... / ¿cuándo se pierde el juicio?". Al final de la jornada, cientos de frases escritas por los transeúntes quedaron registradas en la instalación.



REBELDE, IRRECUPERABLE

La Negra Avendaño en Córdoba

Tres cubiertas arden al lado del camino. El viento norte lleva el humo negro para el lado de los policías, apenas un puñado. La ruta no está cortada pero el fuego se hace ver. Junto a las cubiertas hay unas pocas personas. Los camiones transitan con normalidad, pero la gente del lugar sabe que esa calma pronto se puede alterar. Si hay un lugar de la provincia de Córdoba donde los piquetes se hicieron sentir durante los noventa, es ese: la entrada a la ciudad de Cruz del Eje, en el cruce de la avenida Eva Perón y la ruta nacional 38. Algo más de 100 kilómetros al noroeste de la capital, como yendo para La Rioja o San Juan.

Es 5 de junio de 2000. Lunes, pasado el mediodía. Al enterarse de las gomas quemadas, se acercan algunos reporteros. Viviana Avendaño, la Negra, pasa por la ruta en su camioneta de trabajo. Ve fuego y baja.

-¿Qué pasa? -pregunta.

-Es que vienen los periodistas porque nosotros íbamos a cortar la ruta esta noche, y el señor que es el líder nuestro no está -le explica una de las assembleístas.

-Pero... ¿por qué huyen de esa forma? ¿No son de la Coordinadora de Desocupados? ¿No están preparados para hablar?

-No...

-¿Y qué quieren pedir ustedes?

-...

La Negra se planta ante las cámaras de la TV local e improvisa. Habla de las necesidades de la gente. Concluye:

–Nos mantenemos en estado de asamblea hasta nuevo aviso, porque ya vamos a ver qué decidimos esta noche con la Coordinadora.

Los manifestantes, que habían dejado el hueco que ella ocupó, ahora la rodean. Le piden que se presente.

–¿Cómo te llamás? Hablaste tanto que nos dejaste boquiabiertos, no sabíamos quién eras.

–Me llamo Viviana Avendaño. Hace poco que estoy viviendo en San Marcos y soy transportista de encomiendas. Cuando hagan reuniones, me gustaría venir y participar.

El diálogo, reconstruido por el periodista Alexis Oliva, quedó plasmado en su libro *Todo lo que el poder odia*, una biografía política de Avendaño. A partir de ese encuentro con las desocupadas y los desocupados, la Negra sumaría una mancha más a su cuero curtido de tigresa: era de origen pobre, mujer, morocha, exguerrillera, ex presa política, lesbiana y, ahora, agitadora piquetera.

Esa tarde de junio, mientras entraba en confianza con las vecinas y los vecinos de Cruz del Eje que no terminaban de decidir el corte de ruta, Viviana no tenía forma de saber que su vida se apagaría pocos días después, a la par de la agonía de la protesta.

“HACERNOS CONOCER, TRATAR DE COLECTIVIZAR”

“Acá las cosas andan más o menos”, escribe la Negra Avendaño en su computadora durante la mañana del día que sería el último de su vida. Es sábado 10 de junio de 2000. Los momentos más intensos de piquetes, asambleas, negociaciones tensas, aprietes y represión ya pasaron. Como buena militante, aprovecha el reflujó y se sienta a escribir un balance. No se trata de un frío documento político. Escribe una carta a *Clo*, según puede leerse en el encabezado. Se trata de Claudia Korol, compañera hasta hace un tiempo atrás en la juventud del Partido Comunista. Ya

no comparten militancia partidaria pero la Negra mantiene con ella lazos, proyectos de educación popular, complicidades, confianzas.

La carta no llegó a ser enviada porque aquella misma tarde Viviana encontraría la muerte. Claudia conocerá esas líneas dirigidas a ella años después. Fernando Avendaño, hermano de la Negra, había tenido la prevención de copiar en un viejo diskette el contenido de la computadora de Viviana antes de venderla. Un archivo de texto llevaba por nombre, simplemente: Corte. Allí la Negra cuenta lo sucedido durante la última pueblada cordobesa antes del 2001:

–Hace un tiempo que se vienen haciendo marchas, asambleas, y venía madurando una crisis. Como los días pasaron y en concreto no aparecía nada, se fueron haciendo reuniones de grupos bastante chicos, nosotras contactamos circunstancialmente pero no lográbamos llegar al núcleo que era el organizador. El lunes el grupo más activo (11 personas) decide armar una carpa a la orilla de la ruta, en medio del pueblo y genera un estado donde más o menos 200 o 300 personas votan el corte de ruta, no como política impulsada por los del corte, sino que salió bastante espontáneo. A los 40 minutos estaba lo peor de la poli provincial preparada para el desalojo de la ruta. El obispo vino a anunciar que había 384 puestos de trabajo y que estaban para empezar ya. Eso era más que los que estábamos allí, e inmediatamente desinfló la crisis, se desalojó la ruta pero nos quedamos en la carpa mientras una comisión fue a discutir con autoridades municipales y provinciales cómo era esto que ofrecían. Acá jugó mucho el cagazo, porque la presencia de los antimotines con toda la parafernalia, perros incluidos, era algo que la gente nunca había visto y no esperaba. Después de horas volvió la comisión y había solo *guitarreada*. Nosotras esa noche nos dedicamos a hacernos conocer, tratar de colectivizar la reflexión, porque no aparecía para nada clara la direccionalidad de lo que se estaba haciendo.

Cuando dice “nosotras”, se refiere a ella y a Laura, su pareja y compañera de militancia. La experiencia de Viviana, su olfato político, las orienta: están recién llegadas pero de inmediato buscan “al núcleo que era el organizador”. Ella va ganando referencia, hasta que:

–El jueves a las 10 había que volver a reunirse con el intendente, el obispo y un tipo de la Nación para que dijera cuáles eran los 384 puestos que había dicho el obispo. Algunos proponen que yo me sume a la comisión negociadora y allá fui. Después de cinco horas de reunión y sanata pasamos a cuarto intermedio y cuando volvemos a la asamblea (500 personas) se decide retirarnos de la mesa de negociación y marchar hacia el centro del pueblo por la ruta para buscar mayor apoyo de la gente y tratar de sostener el corte que ya sabíamos que iba a ser reprimido. Cuando estamos marchando los tipos se nos largan por la espalda y empiezan a tirar balas de goma, los cagamos a pedradas pero caen 5 chicos en cana y logran dispersarnos, nos logramos reagrupar porque en un momento aparece el obispo y hace que nos saquen los perros de encima. Ahí decidimos llamar a una asamblea de todo el pueblo para el viernes, que recibió la adhesión del Centro de Comercio, médicos, sindicatos, hospital, maestros, empleados públicos, Luz y Fuerza, jubilados, judiciales y mucha gente que estaba muy indignada por la represión. El viernes éramos 5000, esa asamblea decide volver a la ruta y cortamos con mucha gente y pocas gomas. Había mucha calentura, la gente quería devolver lo recibido la tarde anterior.

La Negra no solo es buena oradora y se gana la confianza de quienes se están manifestando, también demuestra una capacidad de análisis de la situación digna de su extensa trayectoria militante. Sabe lo que les espera como respuesta. Deberán tratar de ponerse firmes porque, a la hora de decidir el corte de ruta, “ya sabíamos que iba a ser reprimido”. De hecho, así sucede. El último tramo de su relato corona su fino sentido político:

–Por la tarde vino el ministro de Gobierno de la provincia y puso sobre la mesa 360 puestos y para el lunes toda la ayuda

social que se pida. Le dijimos que él se lo dijera a la asamblea, lo hizo y la mayoría estaba muy caliente en el momento pero cuando se propuso seguir el corte (o sea *hacernos cagar* con la cana) se empezaron a separar bastantes, y por otro lado nosotros sabíamos que teníamos por lo menos 100 tipos que venían a *darse* con la cana y dejábamos afuera al grueso de los desocupados que habían sostenido la lucha durante toda la semana. Fue difícil pero hubo que decidir y yo propuse tomar lo que nos daban, designar un núcleo que supervise lo prometido, declararnos en asamblea permanente, pasar a cuarto intermedio hasta el lunes y marchar hasta la comisaría a sacar a los presos. Ávila pensaba similar pero la *trucha* la tuve que poner yo, así que pagaré el costo si esto sale mal, pero allá fuimos, liberamos a los presos y el lunes a las 20 volvemos a juntarnos en asamblea.

¿Puede ser que no se le escape ningún detalle en un momento de tanta efervescencia, donde cualquier pequeña falla haría que todo se desmadrara? Puede, si se tiene una sólida experiencia militante. La Negra tenía, además, sensibilidad popular y lealtad hacia el conjunto social que representaba cada vez que hablaba en la asamblea. Entonces propone, a la hora de anunciar una conquista que seguramente iría a ser traicionada por los gobernantes, que sea el funcionario provincial quien se exponga ante la asamblea; evalúa que volver al corte implicaría “100 tipos” confrontando, pero también “dejar afuera al grueso de los desocupados”, y trata de evitar esa opción (de nuevo el cuidado por la gente, por la masividad). Propone aceptar la oferta, que una delegación popular supervise lo prometido por el gobierno y, por último, marchar a la comisaría hasta que liberen al último de los presos durante los días de represión. La libertad de los compañeros siempre debía ser prioridad, vaya si lo sabía la Negra, con tantos años de cárcel encima. El *Ralo* Ávila, el referente histórico del primer piquete de Cruz del Eje, la apoyaba pero dejaba que ella se expusiera. No había nada de ingenuidad de parte de la Negra en aceptar esa exposición: sabía que estaba jugando un rol

necesario en ese conflicto, y estaba dispuesta a pagar “el costo si esto sale mal”.

Los presos fueron liberados esa misma tarde. Para la asamblea del lunes 20 ella y su compañera Laura ya no estarán: las dos murieron el mismo día en que la Negra redactó esa carta, en un sospechoso choque fatal.

ECOS DE LA CIUDAD ROJA EN UNA CÓRDOBA DEVASTADA

Cruz del Eje supo ser ejemplo de prosperidad a raíz de la expansión ferroviaria. El dique, el embalse y el río comparten nombre y cercanía con la ciudad: un oasis en medio de una región seca, entre las sierras de Córdoba y las Salinas Grandes. Desde mediados del siglo XX se consolidó una población que llegó a contar con cerca de tres mil obreros ferroviarios, bien pagos y con antecedentes de combatividad. Las ideas anarquistas de las primeras asociaciones de trabajadores y la fortaleza del sindicalismo vinculado a las organizaciones revolucionarias hicieron que alguna vez Cruz del Eje fuera llamada “la Ciudad Roja”.

El desmantelamiento ferroviario comenzó durante la dictadura y se coronó en los noventa. La Coordinadora de Desocupados de Cruz del Eje comparte la particular distinción de ser reconocida como una de las primeras en el país. Surgió un poco antes que la de Cutral Co: en marzo de 1994 ya estaban realizando ollas populares en el centro de la ciudad. Los primeros integrantes eran ex trabajadores con experiencia gremial, algunos del Sindicato del Personal de Obras Sanitarias (Sipos). Pero pronto una multitud desbordó a la militancia inicial. Los medios locales llamaron “pueblada” a la jornada del 20 de septiembre de ese año. Fue inédito: todos los reclamos se aunaron en una asamblea de cerca de cuatro mil personas. Solo después de eso el gobierno provincial les prestó atención. Aquella asamblea se había hecho en el cruce de la avenida Eva Perón y ruta 38, el mismo lugar donde seis años después la Negra Avendaño se acercaría a participar.

Desde aquel temprano 1994, la organización y participación de la población tuvo altibajos, como suele suceder. En el caso de Cruz del Eje no eran solo desocupadas y desocupados: acompañaban las centrales sindicales de la provincia, el Movimiento de Organización y Acción Sindical, el Centro Comercial e Industrial, la Federación Agraria, la cámaras de empresarios olivícolas y apícolas y los centros de estudiantes. La crisis pegaba más fuerte a las y los de abajo, aunque amenazaba la supervivencia de toda la comunidad. “No queremos ser un pueblo fantasma”, exigía una pancarta presente en aquellas primeras asambleas.

Cruz del Eje era un botón de muestra, pero el ajuste sacudía a toda la provincia. Los ánimos de la protesta daban cuenta de la bronca creciente. En Córdoba capital, el 23 de junio de 1995 una masiva marcha reunió a todos los sindicatos y organizaciones sociales contra la falta de pago a trabajadores estatales y otras políticas antipopulares del gobernador de la Unión Cívica Radical, Eduardo Angeloz. La movilización terminó con piedrazos y el incendio de la Casa Radical, emblema del partido que llevaba doce años en el poder. Si bien los sindicatos mayoritarios tomaron distancia y desde los medios se señaló a un grupo minoritario de manifestantes como responsables del hecho, no pasaron más de dos semanas hasta que el gobernador debió renunciar.

Con los años, la desocupación fue tomando el lugar de reclamo central. Así llegó Cruz del Eje a la nueva revuelta, en 1997. Al igual que en Cutral Co y Plaza Huincol, de igual modo que en Jujuy y Tartagal, Córdoba tuvo su pueblada de cuatro días, abundante en cortes de ruta y asambleas. Era 27 de mayo y, ante las maniobras de ablande de quienes trataban de moderar la protesta, tomó la palabra Raúl, un maestro rural:

—A esos que se están *cagoneando*, les digo: ¡Lo único que nos falta es que vengan y le pongan una bomba al dique para que nos lleve el agua a la mierda! ¡Cortemos la ruta, carajo!

Y la ruta se cortó. Seis piquetes, a falta de uno. Días después el gobierno provincial cedió. La Gendarmería Nacional se tuvo que

aguantar sin intervenir. La pulseada se ganó: el pueblo no solo tenía razón, sino que esa razón le era públicamente reconocida. Las soluciones, en cambio, no llegarían. Los acuerdos serían traicionados.

En la capital de la provincia, mientras tanto, seguirían dándose luchas de fuerte impacto y repercusión nacional. La toma de la catedral por los Vecinos Autoconvocados, a mediados de 1999, fue un hecho novedoso y contundente: cerca de cuarenta desocupadas y desocupados tomaron la principal sede de la Iglesia Católica durante 45 días. Reclamaban una ley de emergencia social que contemplara a la vivienda única como inembargable, ante los juicios que estaban recibiendo por falta de pago de servicios e impuestos; exigían también la creación de un seguro de desempleo y puestos de trabajo. Más allá del escándalo por semejante hecho sacrílego en una provincia con sectores católicos conservadores de peso, lo que experimentaban al tomar la catedral no era muy distinto a lo que solían explicar cuando ocupaban alguna sede gubernamental.

–Los pobres nunca habían estado en la Catedral, entonces tomaban mate sentados en esos lugares tan, tan lujosos, desplegaban la alfombra roja y se cagaban de risa los chicos, jugaban ahí arriba –contó Enrique, referente de la agrupación Córdoba desde Abajo, a las investigadoras Leticia Molina y María José Franco. Un análisis más a fondo de aquella lucha quedó plasmado en el artículo “La protesta territorial en Córdoba, entre el auge y la crisis neoliberal”.

IRRECUPERABLE

Viviana y su hermana Juana del Carmen nacieron en Villa El Libertador, una de las barriadas más antiguas y populosas de Córdoba, en la periferia sudoeste de la capital. En los años sesenta, mientras las niñas Avendaño jugueteaban en la calle, los vecinos más grandes protagonizaban las luchas de su tiempo. La década

se coronará con el Cordobazo, en mayo de 1969, gestado en aquellas mismas calles. Viviana y Juana descubrieron su sensibilidad social con los curas tercermundistas de la parroquia Nuestra Señora del Trabajo. También juntas iniciaron su militancia en el Partido Revolucionario de los Trabajadores, el PRT. Eran casi adolescentes, por lo que les tocó activar desde la Juventud Guevarista, brazo juvenil del partido. Las dos fueron detenidas: Juana continúa desaparecida, Viviana se convirtió en la presa más joven de la dictadura en Córdoba. Fue torturada en el Departamento de Informaciones D2 y encerrada en el Pabellón 14 de la Unidad Penitenciaria N°1 para presas políticas.

La dictadura había ideado un cínico “Proyecto de Recuperación de Pensionistas” con el objetivo de quebrar a las presas y presos políticos y convertirlos en colaboradores del régimen. Con Viviana no tuvieron ninguna suerte. El informe que se conoció años después dice que la Negra había tenido más de 20 sanciones disciplinarias por promover desórdenes, resistir requisas y hasta cantar a viva voz: “Ha persistido en comportamientos que denotan su arraigado contenido ideológico, se la considera como un elemento estrechamente vinculado con los grupos extremistas”, puede leerse. Finalmente, el texto sentencia: “Irrecuperable”.

Como estuvo detenida de manera legal, pudo sobrevivir al genocidio. Salió de la cárcel en 1981, un par de años antes del fin de la dictadura, y se incorporó a la Liga Argentina por los Derechos del Hombre. Durante los primeros tiempos centró su actividad en averiguar el destino de su hermana. Después de 1983, tras el retiro de los militares, se integró al Partido Comunista y militó en su estructura juvenil, la Fedé. Era el momento del viraje autocrítico del partido, que abordaba por fin una reivindicación de las luchas revolucionarias en Argentina y Centroamérica.

En 1987 fue elegida para formarse en la Escuela Superior del Komsomol Leninista de Moscú. Mientras militó en la juventud comunista, trabajó en la imprenta de la organización. Vivió un

tiempo en Buenos Aires, participó en tareas en los barrios del conurbano bonaerense y fue parte del aparato de seguridad de las marchas. Con el tiempo comenzó a asumir con naturalidad su lesbianismo: reconoció públicamente esa condición y la convirtió en militancia a partir de la muerte de su pareja Marilén. “Nadie lo decía de frente, pero dentro del partido eso le generó costos”, explica Claudia Korol. Con ella, la Negra se sumó a las actividades de educación popular, primero en torno a la revista *América Libre* y después desde el Colectivo de Educadores Populares Juana Azurduy.

Se alejó del PC a fines de 1998 y regresó a su Córdoba natal. Esta vez eligió San Marcos Sierras. Allí se instaló con Laura. En esa comarca con reminiscencias hippies vivieron hasta sus últimos días. Viviana tenía una pequeña camioneta utilitaria con la que hacía fletes entre la capital provincial y los pueblos y ciudades aledañas a la ruta 38. De ese modo se vinculó con la pueblada de junio de 2000, que la tuvo como protagonista.

“LA METIÓ DENTRO DEL GRUPO DE POLICÍAS Y LA APURARON AHÍ”

El periodista Alexis Oliva recogió en Cruz del Eje los testimonios que ayudan a reconstruir los últimos días de Viviana y Laura. Para la mayoría de las vecinas y los vecinos, la presencia de “las chicas de San Marcos”, como las llamaban, era algo bueno para la lucha, les agradecían su aporte. Mary Isabel Ortiz, madre de 7 hijos, estaba en la protesta por trabajo y las recuerda en la asamblea del día 9:

–Creo que ella [por Viviana] habló esa mañana. Un grupo de gente decía: “Qué lindo sería que nos defiendan dos chicas así. No tanto los hombres, porque son más violentos y vienen los problemas”.

Solo algunos crusdelejanos más avezados en la militancia quisieron saber más. Cuenta el Ralo Ávila, quien había sido referente de las protestas anteriores y todavía rondaba por ahí:

–El jueves fui a desayunar con ellas. No habíamos tenido tiempo de hablar y yo no tenía sus referencias. Siempre fuimos cuidadosos del tema del infiltrado, porque tuvimos varias experiencias de esas con la policía. Ahí ella [por Viviana] me manifestó que había militado en el PC, pero hacía varios años que no estaba en el partido. Me dijo que estaba trabajando con la Coopi [Cooperativa Integral de Servicios de Villa Carlos Paz], en educación popular, y venía a ponerse a disposición, porque le parecía interesante lo que nosotros encarábamos y veníamos reclamando.

Además del Ralo Ávila, quienes también querían saber más eran los policías y los agentes de Inteligencia.

Julio Quevedo, el Pantera, frecuente orador de las asambleas, vio cómo durante la tarde del viernes 9, en las inmediaciones del puente carretero, en un momento de descuido “Iturri, el jefe de Policía, la llamó a Viviana, la metió dentro del grupo de policías y la apuraron ahí”. Por la tarde de ese mismo día la delegación popular aceptó ir a la municipalidad a negociar, pero a la Negra le negaron el paso, aunque era una de las delegadas electas por la asamblea. El informe policial de las protestas de ese día dice que “la asamblea popular convocada por el grupo disidente” tiene entre sus “principales oradores a Viviana Avendaño”. Es decir, ya la tenían identificada. Pantera Quevedo agrega que la noche anterior a la gran asamblea, Viviana y Laura se quedaron a dormir en Cruz del Eje; evitaron volver a su casa porque “la policía las perseguía por todos lados”, según ellas le habían contado.

Ralo Ávila se había enterado, además, de que al comienzo de aquella semana habían llegado desde la capital cordobesa integrantes de Inteligencia Criminal de la Policía provincial. Y que el jueves, un día antes del corte más multitudinario, en La Falda, a una hora de los piquetes, la Guardia de Infantería ya estaba lista para intervenir.

Años después, el comisario Iturri recordará que la Negra “los exacerba, los exalta... los conmina a ir de nuevo a la ruta. Entonces, cuando veo eso, yo vuelvo a pedir más refuerzos, porque se

ponía muy fea la cosa. La cuestión es que la chica dice: ‘Vamos a la ruta’. Y, a las cuatro de la tarde, Cruz del Eje tenía de tres a cinco mil personas en la ruta”.

¿Estaba asustada Viviana por esa marca de cerca, esos aprietes? Por lo que se ve, buscaba prevenirse, pero no aflojaba su compromiso. Después de todo, lo que relatamos hasta ahora son hechos de baja intensidad a la luz de otras represiones, persecuciones y asesinatos que a esa altura ya se habían cometido en las protestas de Cutral Co, Mosconi, Corrientes o Tartagal.

Sin embargo, esos incidentes menores cobrarán otro sentido un día después. Viviana perderá la vida y, junto a ella, su pareja, en un sospechoso accidente automovilístico. “Me inclino a conjeturar que la colisión que causó la muerte de Viviana Avendaño y Laura Lucero fue inducida, ya sea por un atentado planificado o por un intento de intimidarlas que se les fue de las manos”, concluye Alexis Oliva, después de años de investigación periodística. Sus fundamentos: no se hicieron las pericias técnicas elementales en el vehículo de las víctimas; Viviana fue seguida y amenazada los días previos a su muerte; la policía conocía su historia de militante revolucionaria y por eso la habían llamado “infiltrada”; durante la pueblada hubo agentes de Inteligencia y personal policial ajeno a la jurisdicción; las agendas de la Viviana y Laura fueron desglosadas en sede policial, según vio y contó el Ralo Ávila; hubo hechos extraños, como una motocicleta que rondaba el andar del vehículo de Viviana antes del accidente. Las sospechas son sólidas, pero la Justicia no investigó.

“EL AGRADECIMIENTO DE UN PUEBLO”

El homenaje que le hicieron a Viviana fue masivo. Empezó en el Polideportivo de Cruz del Eje y terminó en caravana hasta la casa de su madre en Córdoba capital. En el lugar donde murió, en la ruta, construyeron una ermita que mira a los barrios pobres de las afueras de la ciudad. Le dedicaron poemas y canciones. Las

movilizaciones que siguieron llevaron pancartas con su rostro. El Partido Comunista la despidió con una extensa nota épica, en la que resaltaba su militancia orgánica y obviaba las diferencias que la habían alejado del partido. El grupo de educación popular Juana Azurduy, del que la Negra se sintió parte hasta último momento, le dedicó unas tiernas palabras de despedida.

Hubo otras palabras, más modestas, que quedaron grabadas en un cartel en el Polideportivo de la ciudad y que nadie se animó a tocar. Las y los cruzdelejenses la habían conocido hacía no tanto tiempo pero, ya se sabe, unos pocos días de lucha pueden generar lazos más sólidos que muchos años de mera vecindad. Hay lealtades que se intuyen, y se consolidan, de inmediato.

Decía aquel cartel: “Gracias, Viviana, por la luz que nos dejaste; por tu grito de Justicia. No te vas, quedás en las miradas de nuestros niños, en el dolor de nuestras madres, en la esperanza de nuestros jóvenes, en el corazón de tus amigos y en el agradecimiento de un pueblo. Gracias por todo lo que nos diste”. Firmaban, simplemente, “Los desocupados”.

Pablo Solana



El corpiño, Las Chicas del Chancho y el Corpiño, 1995

El 13 de octubre de 1995, en una plazoleta contigua a la Casa Radical de la ciudad de Córdoba, se instaló un corpiño de ocho metros de largo, con un texto que decía: “¿Hasta cuándo hay que seguir poniendo el pecho?”. La eficaz ironía de Las Chicas del Chancho y el Corpiño aludía a las palabras que había pronunciado el gobernador de Córdoba, Ramón Mestre, cuando asumió su mandato: “Hay que ponerle el pecho a la crisis”.

DEL FEMINISMO INTUITIVO AL PUEBLO FEMINISTA

Ruth, la Checha y el protagonismo de las mujeres en las puebladas

Tirar de la cuerda para llegar al feminismo de los años noventa implica sacudirse la perspectiva que tenemos hoy. De un tiempo a esta parte, los feminismos son protagonistas en la lucha por los derechos en el país, Latinoamérica y el mundo y son, sin duda, el movimiento más revolucionario de los últimos tiempos. Pero en aquel incipiente cambio de siglo, las mujeres y las disidencias transitaban un “feminismo intuitivo”, como dice Cecilia Merchán o “la Checha” a secas. Ella viene de Córdoba y allí forjó su militancia territorial. Fue parte de las piqueteras que, mientras hacían ollas y realizaban todo el trabajo del cuidado de la incipiente organización, hablaban de las violencias y de los goces. Y aquí está Ruth Zurbriggen también, que desde Neuquén cuenta su participación como docente en las puebladas y en los piquetes que llevaron adelante. Pero también habla de la genealogía de la Colectiva feminista La Revuelta que, en el medio de tanto agite, empezaba a pensar y a autogestionar la decisión de los cuerpos de las mujeres y cuerpos gestantes. Se trata de recuperar todas las historias, porque cuanto más ancha es nuestra memoria más difícil será que la achiquen, que la borren.

“MIENTRAS PELÁBAMOS PAPAS... NOS ÍBAMOS ACOMPAÑANDO”

Los piquetes empezaban a sonar en el norte de Córdoba y las mujeres empezaban a tener un gran protagonismo, sin embargo

sus luchas todavía no estaban asociadas al feminismo. Cecilia Merchán empezó su militancia desde muy joven, en la organización Patria Libre. A los 21, ya era madre y tenía que dividir su vida entre la militancia y los pañales, cosa habitual entre sus compañeras, pero no entre los varones. Ahí fue cuando empezaron a notar una gran desigualdad...

Checha: –Empezamos a charlar entre nosotras y decidimos hacer un encuentro nacional de mujeres de Patria Libre para ver qué podíamos hacer, qué teníamos que discutir. Y lo que usamos para poner en debate fueron textos de las salvadoreñas y de las nicaragüenses, que no eran textos feministas, pero que sí ya eran un germen. O sí lo eran, en un sentido popular. Porque ellas iban marcando justamente estas dificultades, pero al mismo tiempo podían sostener la lucha. ¿Y qué pasó en ese encuentro?: estábamos todas las compañeras, pero los varones de la dirección decidieron que uno de sus responsables máximos tenía que participar de la reunión. Ahí noté el germen, por un lado el más fuerte, el colectivo, de poner en debate las desigualdades de género. Pero por otro, también, el de la resistencia de los varones.

No nos dábamos cuenta, al principio, de lo profundo que era, si bien algunas cosas se charlaban. Pero fue cuando empezamos a crear masivamente los comedores y merenderos, a fines de los noventa, ante esa crisis enorme, cuando nos dimos cuenta de que todas las mujeres sufríamos algún tipo de violencia. Porque mientras pelábamos papas, buscábamos las ollas y hacíamos nuestra tarea, íbamos charlando, y entonces ya una compañera contaba que el marido la golpeaba, otra contaba cosas extremas, cada una con su propia historia. Y ahí nos íbamos acompañando. Y en ese proceso también nos íbamos dando cuenta de que, quienes ponían la voz pública, quienes iban dirigiendo, eran varones. Pero creo que esa primera etapa de masividad de la participación de las mujeres en el proceso político y social de la Argentina, donde empieza esta etapa más disruptiva de los

movimientos sociales, lo más significativo es que empezamos a notar la necesidad de abordar las situaciones de violencia. También en ese contexto empezamos con talleres más masivos, de encuentros, de discusiones entre compañeras y compañeros, pero la mayoría éramos compañeras.

Una situación que me marcó fue en uno de los comedores, en Villa Libertador, donde invitamos a la Asociación de Mujeres Meretrices de Argentina (AMMAR) para hacer un taller de salud sexual. Nos explicaron cómo se usaba el preservativo y los anticonceptivos, la prevención de enfermedades, etc. Pero las compañeras empezaron a decir que les había parecido un bordio, que no servía para nada porque se habían imaginado que iban a hablar de posiciones, de cómo gozar. Y empezando a hablar de eso nos dimos cuenta de que muchas, por ejemplo, nunca habían tenido un orgasmo, de que otras siempre habían sido violentadas en su sexualidad. Y las compañeras de AMMAR, las “putas”, que pensábamos que eran las que gozaban, vinieron y contaron que cuando sus clientes, que eran los padres y maridos de las mujeres con las que estaban hablando, les pagaban, ellas tampoco gozaban.

Ese momento fue muy reflexivo para todas, porque nos dimos cuenta de que todas atravesábamos una situación de explotación, de poca posibilidad de disfrutar, y que eso también tenía que ver con la vida social y política. Fue un darnos cuenta de que había que abordar esto, además de los temas que tenían que ver con la pobreza, con el hambre, con la situación social que estábamos viviendo. Es importante tener en cuenta que, durante los noventa, en la Argentina particularmente, los que se autodenominaban feminismos eran los sectores académicos o de los grandes partidos más institucionalizados, y no de las organizaciones sociales, que estaban dando esta batalla. Y en ese sentido, iban como luchas paralelas. Por un lado las mujeres de los partidos, de algunos sindicatos y de la academia, que daban la batalla por el cupo, por ejemplo, y que lo lograban y

avanzaban en esa dirección. Y por otro lado, miles de mujeres que se iban empobreciendo y que no tenían idea de cómo esto se iba dando en otro ámbito.

“QUERÍAMOS ABRIR EL FEMINISMO A LA PROTESTA SOCIAL Y VOLVER FEMINISTA LA PROTESTA SOCIAL”

En marzo de 1997, la Asociación de Trabajadores de la Educación de Neuquén (ATEN) realizó una huelga que no logró doblegar al gobierno. Fue entonces que decidió la continuidad del paro por tiempo indeterminado y, por primera vez en su historia, el corte del puente que une Neuquén con Río Negro. “Una pedagogía de las resistencias empieza a desplegarse, una pedagogía donde se mixturán formas de lucha no experimentadas hasta entonces en el sindicato”, relata Ruth, docente y activista sindical. A pesar de la represión, la llama siguió encendida, y unas semanas después se desató la segunda pueblada en las comarcas petroleras de Plaza Huincul y Cutral Co. Allí fue asesinada, el 12 de abril, Teresa Rodríguez, y ese día el gobierno convocó al sindicato para negociar la salida al conflicto. El feminismo neuquino surgió de esa mixtura entre docentes y piqueteras, que logró tomar forma en una colectiva llamada La Revuelta.

Ruth: –La figura de “la maestra piquetera” es el símbolo de ese tiempo, hace escuela y se extiende en los siguientes conflictos protagonizados por el sindicato, pero además, pone en foco la politización de nuestro trabajo docente. Las calles y las aulas como espacios de disputa. Incluso a veces las fronteras entre un espacio y otro se desdibujan. En el imaginario social aparece con fuerza ese desdibujamiento. Tengo muchos recuerdos de testimonios de estudiantes del Instituto Superior de Formación Docente N° 12, donde trabajé por 10 años, que relataban acerca de los cuestionamientos de sus familias por haber elegido esa carrera y ese lugar para estudiar: “Ahí vas a hacerte piquetera”, “ahí te enseñan a cortar rutas”, “¿ya te enseñaron cómo hacer un

piquete o eso es en segundo año?”. Y en esos cruces de luchas y disputas por otras existencias, el reclamo violento de parejas varones por el instituto como un lugar donde “te llenan la cabeza”; más aún, el instituto como un territorio habitado por profesoras lesbianas: “¿otra vez te vas a ese instituto lleno de lesbianas que te llenan la cabeza?”. Tantas anécdotas se agolpan alrededor del trabajo docente y las pedagogías colectivas que armamos para afirmar que sí, que nuestro trabajo es político, tan político que también nos ocupamos de entrar enteras a las aulas, parafraseando a bell hooks¹.

–**¿Cómo surgió La Revuelta, en medio de ese proceso?**

Ruth: – En gran medida nos gusta decir que somos deudas de las rebeliones del 2001. Esos procesos que se expresan con el surgimiento de las asambleas y movilizaciones, que logran echar a un presidente que nos sumía en la peor crisis económica y social jamás vista en el país, pero que se venía conjurando desde varios años antes y con diferentes expresiones.

Surge del deseo de transformarlo todo. Barajar y dar de nuevo. Cuestionar todo tipo de jerarquías y autoritarismos. También los saberes de la academia.

Nos impulsó el deseo de actuar, de intervenir. Tres docentes dimos inicio a esta aventura política. Val Flores, Graciela Alonso y yo. Queríamos abrir el feminismo a la protesta social y volver feminista la protesta social. “Somos oportunistas, queremos llevar el feminismo a todos lados” fue parte de nuestros rimbombantes anuncios. La vocación de actuar, de intervenir es lo que nos juntará. Y nos transformará para generar alborotos, inquietudes, sobresaltos, sediciones, desobediencias. Val Flores estuvo en La Revuelta hasta 2004, cuando decidió armar una colectiva de activismo lésbico: Fugitivas del desierto.

1. Esta expresión se toma de un trabajo de bell hooks, titulado “Eros, Erotismo y Proceso Pedagógico”. El escrito fue publicado por Lopes Louro, G. (organizadora) (2000). *O Corpo Educado. Pedagogias da sexualidade*. Belo Horizonte: Autêntica.

Hago memoria y no tengo dudas de que no éramos muy conscientes de lo que estábamos armando ni provocando con la decisión y el impulso político de crear La Revuelta. En gran medida era un año de ensayos, de expansión de movimientos sociales creando el germen de “otra cosa”, los ensayos de otras formas de hacer y de pensar la política toda... a ese laboratorio nos sumábamos como revueltas feministas, a ese impulso deseante de querer transformarlo todo.

Con Graciela Alonso desplegamos un camino intenso. Fuimos incansables cómplices, nuestras diferencias (que las hubo y muchas) las tramitábamos en la praxis política, las poníamos a prueba y nos reconocíamos volviéndolas a pensar. Nos unió una amistad y una relación posibilitadora de expansiones mutuas, personales y colectivas.

“ESTAR SIENDO” FEMINISTA

Según Graciela Di Marco, los feminismos surgen, o se gestan, desde una lógica opuesta a las formas de construir tradicionales, desde la multiplicidad, desde las voces y los cuerpos entrelazados: “El movimiento no tiene jefas ni dueñas, no sigue una concepción canónica feminista ni del gender mainstreaming de los organismos internacionales. Al contrario, tiene autonomía y capacidad política para elegir sus luchas, los momentos y estrategias para llevarlas adelante”². Así van abrazando la causa nuestras protagonistas...

Checha: –Mi experiencia personal empieza desde muy chica, en un feminismo intuitivo, cuando empiezo la escuela y le pido ayuda a mi abuela –que era la persona más grossa del mundo, muy inteligente y fuerte y nos daba bola en tooodo lo que nosotros queríamos– y me dice que no puede porque ella nunca fue a la escuela. Yo no podía creer que una persona tan inteligente nunca

2. Graciela Di Marco, “La pueblada feminista”, *Revista Anfibia*.

hubiera ido a la escuela. Y cuando le pregunté por qué, me dijo: “porque soy pobre, del campo y mujer”. Y creo que eso fue muy claro y muy contundente. Porque mi abuela, si bien no tenía un pelo de feminista, resumió en esa frase lo que hoy llamamos interseccionalidad, y todas las formas de opresión: el lugar donde naciste, el sector social donde naciste y el ser mujer, que le daba a ella una diferencia total, una desigualdad muy grande con respecto a sus hermanos.

También me marcó mi vida personal: ser hija de una mujer que crió sus tres hijos con su madre, mi abuela, en condiciones muy dificultosas, y que pudo terminar la universidad y que fue la mujer que realmente le puso el hombro a todo. Y fue también la mujer que, cuando yo de adolescente le empiezo a preguntar sobre feminismo, marxismo, socialismo, peronismo, ella me traía libros de todos los ismos. Pero paralelamente empecé a alfabetizar, hacer títeres con una amiga y a participar del Ateneo Arturo Jauretche en Villa María. Esa experiencia de estar entre mujeres que van marcando el pulso de la vida, ese lugar donde una se cría, pero también aquellas con las que compartía esa alfabetización, que es muy llamativo que en su mayoría eran mujeres, y eso me iba inquietando, me generaba que para ese lado era donde estaba mi lugar, nuestro lugar; eso lo sentí siempre. Ese feminismo intuitivo que se le llama a veces, muy presente en mi vida y en la de muchas.

Ya a los 18 años tuve una experiencia que me marcó. En mis primeras relaciones sexuales quedé embarazada y decidí abortar, pero lo decidí con mucha dificultad, por el mandato de pueblo, de que ser madre era el único camino cuando una estaba embarazada. Pero ese aborto fue un desastre: terminé internada, casi me muero, pero por suerte no me morí, porque había muchas redes, de mi mamá y gente que pudo ayudarme a encontrar buenos hospitales. Y al mismo tiempo murió, por la misma causa, la hija de una mujer que yo alfabetizaba, y para mí esa desigualdad que vivíamos las mujeres fue otro crack muy grande que hizo que

también mire desde otro lugar mi propia militancia y que te pone a prueba en lo personal.

–**¿Qué sucedió en 2001? ¿Cómo impregnó los feminismos?**

Ruth: –Qué difícil pensar 20 años para atrás y qué importante no dejar de pensarlo también, para insistir en cómo vamos siendo lo que somos en un continuum de andanzas, irreverencias, rebeldías, resistencias, promesas, afectos y esperanzas para sobrevivir en un mundo edificado con sistemas que se empeñan en alienarnos y expropiarnos nuestras potencias creativas.

El 2001 dejó marcas indelebles en el país y esas marcas se encarnan en los cuerpos y en los territorios, en la vida toda. Reconozco que ese año fue un acontecimiento vital que marcó otro pulso, otras pasiones, otros deseos a mi existencia.

Implicó la posibilidad de empezar a pergeñar nuevos destinos para mi vida personal, que es política como sabemos, implicó empezar a desandar conscientemente una relación con la política partidaria en la que me había formado como activista docente desde los inicios de mi llegada a Neuquén hacia finales de los ochenta.

Milité por casi 10 años en el MAS (Movimiento al Socialismo) desde 1988 a 1998. Mi salida de ese partido tuvo que ver con la vivencia de enormes incomodidades, frustraciones, y diferencias que ya no estaba dispuesta a soportar. Apenas me fui del MAS empecé a estudiar el Profesorado en Ciencias de la Educación, en la Universidad del Comahue. A la vez, daba clases en escuelas primarias públicas de Neuquén. Los primeros años de la carrera me vincularon de lleno con las pedagogías críticas de educación y con los primeros estudios sobre feminismos (por entonces pocas docentes incluían en sus programas los aportes de las teorías feministas). Y también con Graciela Alonso, una de mis profesoras en áreas de investigación educativa y con quien nos dispondríamos a armar la colectiva feminista La Revuelta, luego de encontrarnos también en talleres de los llamados Encuentros Nacionales de Mujeres, hoy Encuentros Plurinacionales de Mujeres, Lesbianas, Travestis, Trans y No Binaries.

El 2001 fue una bisagra, el inicio de otro programa de acción, pura ebullición, puro alboroto, pura desobediencia colectiva.

Actualmente los feminismos son movimientos ineludibles. En Argentina, masividad y radicalidad son dos marcas de su potencia interpeladora. No obstante, siempre nos gustó referenciar-nos como un “estar siendo feministas”. Mónica Reynoso señaló al respecto: “Estar siendo rebate el destino manifiesto, impugna el esencialismo y revela una conciencia lúcida del poder de las palabras para fundar realidad. Esa construcción de un verboide más otro remite a lo precario, lo provisorio, lo eventual, quizás lo efímero, lo sutil, pero es más seguro que esté hablando de posibilidad, de nomadismos, de deseos al acecho”.

Checha: –El 2001 es un acontecimiento histórico en la Argentina que marca un antes y un después muy fuerte, la voluntad de un pueblo de decir “basta” de manera disruptiva, y esa manera de decir de los pueblos conmueve a todas las instituciones. Pero también conmueve, transforma y pasa por encima a las mismas instituciones que intentaban transformar la realidad. En esa oportunidad, habíamos hecho un plebiscito enorme en todo el país, desde el Frente Nacional contra la Pobreza (Frenapo), juntamos millones de firmas, hicimos un montón de movilizaciones y acciones, pero ninguna de las cientos de organizaciones que participaban de ese frente vio venir el 2001. Fue un antes y un después muy fundamental para todo lo que vino, superando todo lo organizado y lo que se había hecho en los noventa. Pero también es importante recuperar los noventa, porque si no hubiéramos generado todo lo que generamos en todo el país, tantos grupos y grupitos, a veces en mucha soledad, en total marginalidad, muy por fuera de todo sistema electoral y político clásico, si no hubiéramos generado el Frenapo, cuando logramos terminar con estos gobiernos, no hubiéramos tenido un gobierno como el de Néstor Kirchner, que asumió la necesidad de la Asignación Universal, programas sociales para dar respuesta a sectores que pasaban hambre, etc. Y todo eso tuvo que

ver con esa construcción previa. Y recordemos que en 2002 se crea por primera vez un plan social que lleva en su propio título el lenguaje inclusivo, que fue el Jefes y Jefas de Hogar, y eso habla también de la participación enorme de las mujeres durante todo ese período.

En el 2001, las piqueteras habíamos participado del Foro Social Mundial en Porto Alegre. Ahí, las compañeras del Movimiento Sin Tierra (MST), que eran una gran referencia, me dieron vuelta la cabeza, así como antes lo hicieron las salvadoreñas. Pero esta vez, hablaban de los feminismos, se autodefinían como feministas, y usaban términos que no entendíamos. Ahí me di cuenta de que, en Brasil, el feminismo y los movimientos populares eran una misma cosa, no había una distancia, y eso me ayudó a ver el proceso nuestro de otra manera.

Y ya en 2003, en el Encuentro Nacional de Mujeres de Rosario, participamos por primera vez miles de mujeres del movimiento piquetero. En ese encuentro pasaron cosas increíbles que nos hicieron notar que ya estábamos yendo para ese lugar. Hay un libro que se llama *Pueblo Feminista*, de Graciela Di Marco, que analiza cómo en ese evento se cruzan por primera vez los distintos feminismos. Hasta ese momento, estaban las que se decían “feministas” y nosotras éramos el “movimiento de mujeres”; lo diferenciaban. A partir de ahí se cruza todo y es donde nace la Campaña Nacional por el Aborto Seguro, Legal y Gratuito. Y además, en esa época pedíamos la libertad de Romina Tejerina, pero no conseguíamos adhesión de nuestras propias compañeras del barrio, porque consideraban que tenía que estar presa por haber matado a su hijo. En el acto final del Encuentro se leyó una carta sobre Romina, y todas, pero todas, lloraron, y todas entendieron a Romina. Y por otra parte, estaba Martha Rosenberg, una mujer de la Capital, muy intelectual, que convocaba a un encuentro para hablar del aborto, y fuimos con las compañeras que todavía no estaban de acuerdo. Ahí mismo, por primera vez, mujeres de los sectores populares contaron públicamente sus propios

abortos, y en ese momento cuajaron todos los feminismos. Por eso, Graciela Di Marco señala que ahí el pueblo, en el concepto de (Ernesto) Laclau, distintas clases sociales y generaciones, encuentran un objetivo común: en contra de la violencia, por terminar con las brechas y la legalización del aborto. Lo único que diferenciaba de Laclau es que, si en los pueblos hay un liderazgo fuerte, en el feminismo hay muchísimos liderazgos, que crecen de manera rizomática. Ser parte de estas experiencias marca muy a fuego una forma de construcción política, le da sentido, le da concepto a una práctica que en mi vida, de una u otra manera, ya venía desde hace mucho tiempo.

Nadia Fink y Martín Azcurra

“UNA ORGANIZACIÓN POPULAR NO PUEDE TENER UNA RELIGIÓN O UN PARTIDO POLÍTICO QUE LA CIERRE”

Neka, Jorge y el “cura” Alberto

Como en tantos rincones del país, también en San Francisco Solano, Quilmes, a una hora y media de la ciudad de Buenos Aires, hay un barrio llamado San Martín. Allí, a mediados de los noventa, la mayoría de las calles eran de tierra y las casas de las familias obreras se asentaban sobre terrenos fiscales. Frente a la placita del barrio San Martín todavía se encuentra la parroquia Nuestra Señora de las Lágrimas, una modesta construcción a tono con las viviendas que la rodean. Durante aquellos tiempos turbulentos, esa fue la sede de uno de los principales focos de organización comunitaria, referencia inevitable del movimiento piquetero: el Movimiento de Trabajadores Desocupados, MTD, de San Francisco Solano.

Alberto Spagnolo era un joven sacerdote de treintaipico, recién recibido, cuando fue enviado a esa parroquia en 1996. Debía reemplazar a un cura conservador, ajeno a la labor social.

Al poco tiempo llegó a Solano Neka Jara, una educadora popular que compartía con el nuevo cura el enfoque social y otros gustos generacionales: tenían prácticamente la misma edad. Neka trabajaba por ese entonces en el obispado, aunque pronto dejaría esas tareas para concentrarse en la militancia de base.

En Florencio Varela, el municipio de al lado, estaba militando Jorge, el hermano de Neka. Era parte de una organización guevarista que venía impulsando piquetes para reclamar los planes de trabajo de manera directa, sin la intermediación de los políticos

locales. Protagonizaban cortes de ruta masivos: llegaban a ser más de mil personas, familias enteras. A veces debían quedarse más de un día hasta que les dieran respuestas. Sin embargo, aun con dificultades, venían logrando lo que se proponían. A Jorge lo invitaron a conversar con la comunidad de la iglesia. En poco tiempo, San Francisco Solano también tuvo su propio MTD, con sede en la parroquia.

De ahí en más siguió una historia que abundó en piquetes, movilizaciones, proyectos autogestivos y replanteos del sentido de la religiosidad popular. Los métodos de la asamblea y la acción directa ya se habían vuelto costumbre. Tanto, que ni siquiera la ultrajerárquica Iglesia Católica quedó al margen.

“EL PANORAMA ERA DESOLADOR”

Neka: –Yo tengo en mi imagen de entonces mucha gente acercándose con problemas, mujeres con pibes, y la miseria alrededor de la parroquia; la gente que iba a juntar cosas en el basural para vender después en la Feria de Solano. Doña Rosa, que ya no está físicamente, fue la primera que se nos acercó. Don López vino y nos dijo que en la delegación municipal les cobraban dinero para anotarse en los planes, y a nosotros nos resonaba lo de Cutral Co, lo de Mosconi, y lo de Florencio Varela, donde ya habían empezado a organizarse. Me acuerdo de los grupos de catequesis... Donde se armaban grupos saltaban conflictos, y nosotros trabajábamos a partir de esos conflictos. Pero, unido a eso, estaba el hambre, estaba la imposibilidad de curar algunas enfermedades; o sea, la violencia y la angustia que surgían en el seno de una familia por el desempleo, por la desocupación.

Alberto: –Había sido ordenado sacerdote en el 95 y me tocó como primera parroquia San Francisco Solano. Ahí había un amigo, Horacio, que me dijo: “Alberto, te invito a ir de shopping esta noche”. Yo digo: “¿dónde habrá un shopping acá?”, me pareció

raro. Horacio era albañil y andaba changueando. “¿De dónde sacó plata este para ir al shopping?”, pensé. Me avisó: “Bueno, traete una gorra y un buzo, porque hace frío, es al aire libre”. Yo dije: “Ah, bue, este me va a llevar a algo distinto”. Y me llevó a la tosquera. El impacto fue fuerte, porque iban familias enteras. Venían camiones de los supermercados y tiraban latas, las cosas que se estaban por vender. La tosquera era un lugar de relleno. Con Horacio nos pusimos a juntar. Llevaban buzo y gorra por la cuestión de cubrirse el rostro porque da vergüenza, ¿no? Eso a mí me impactó muchísimo, porque era mucha gente. El panorama era desolador, de una Argentina que se caía sin ningún tipo de cobertura. Todo estaba pasando por un colapso social que se agudizaba. Entonces, ahí comenzamos...

Jorge: –Yo venía de construir en Florencio Varela, con los compañeros, el Movimiento de Trabajadores Desocupados, el MTD Teresa Rodríguez. Pero recuerdo, antes de eso, todo lo que fue la movida en Cutral Co, la revuelta del Perro Santillán en el norte. En la organización en la que yo estaba militando habíamos escrito una revista de circulación interna que en la primera carilla decía: “Bienvenida República de Cutral Co”, porque empezamos a ver que la desocupación venía para quedarse. Ese era el análisis político. Empezamos a pensar: “Bueno, loco, acá tenemos que ver cómo organizamos a los compañeros desocupados, olvidémonos de los sindicatos”. No estaba muy claro si íbamos a ser peronistas, nacionalistas, marxistas, leninistas o autonomistas. Eso se fue decantando en el caminar y cada compañero según su matriz fue diciendo: “el camino va por acá”, “nosotros vamos por acá” y otros: “vamos a tomar el poder y vamos a construir la revolución”. Pero no estaba muy claro eso.

“¿POR QUÉ NO VIENEN A MISA?”

En Quilmes había una tradición de lucha desde los años ochenta, cuando se habían hecho las tomas de tierras que resultaron

siendo muchos de los barrios de esa localidad. Aquel proceso había sido acompañado por las comunidades eclesiales de base, conformadas por jóvenes que se vincularon con la Iglesia. Uno de los símbolos de esa etapa fue Agustín Ramírez, un pibe cristiano que se destacó durante aquellas luchas por la vivienda y fue asesinado en un confuso hecho en el que se sospechó de la policía. Después de eso, la Iglesia dio marcha atrás con el compromiso pastoral.

De la mano de Alberto y Neka, la parroquia fue recuperando la orientación social. Las vecinas y los vecinos tenían memoria de aquellas luchas. Una cantidad cada vez más grande de feligreses acompañó, desde entonces, cada propuesta de asamblea, cada posibilidad de ir a un piquete a reclamar. Los jerarcas de la Iglesia Católica, en cambio, se encargaron de hacerles saber su oposición: ya no querían que la institución se viera involucrada en conflictos sociales.

Alberto: –Yo llegué a esta parroquia en Quilmes por la dimensión social que tenía, con la idea de que no hay que aceptar la realidad como algo del plano de la divinidad, sino para ser transformada. Eso era, para mí, la liberación. Venía con una búsqueda en ese sentido y fue semejante crisis encontrarme con una Iglesia que decía: “para los pobres está Cáritas”. La parroquia estaba con gente muy tradicional. De 30, 35 personas que integraban el Concejo Pastoral, como 14 eran militantes duhaldistas. Son ellos los primeros que van a comenzar a hacerme denuncias. Decían que la gente venía a reuniones políticas en la parroquia. “¿Por qué no vienen a misa?”, era el cuestionamiento. En este momento comenzaron ya a instalar rumores, diciendo que yo era un cura raro, que estaba haciendo una práctica que no correspondía.

–**¿Raro?**

Alberto: –Raro en el sentido de que no respetaba el Concejo Pastoral. Entonces, ahí surgió el primer conflicto, porque en las asambleas que íbamos realizando con el barrio comenzamos a decir que una organización popular no puede tener una religión

o un partido político que la cierre. Una organización popular tiene que estar abierta absolutamente a todo el mundo porque la necesidad no tiene color, decíamos, no tiene religión. “Estamos todos en la misma situación, tenemos que luchar juntos, que nada nos divida”, decíamos. Fue una discusión fuerte con el viejo Farrell [el obispo de entonces], porque él decía que el delito no podía convertirse en algo de la Iglesia. ¿El delito? “Vaya usted al barrio y vea cómo muere la gente, vaya al hospital y vea, vaya a la noche a la tosquera, métase. ¿Usted me habla de delito por una ley de tránsito, por cortar rutas? ¿De qué estamos hablando?”, le preguntaba. Fue fuerte la discusión. En ese momento la rebelión nuestra era contra los partidos políticos del sistema, contra la Iglesia del sistema...

Neka: –Se fue gestando una distancia enorme entre una forma de iglesia que se había vuelto más ortodoxa, y lo que quedaba de aquellas experiencias más de base.

Jorge: –Por eso es bueno rescatar la imagen de Agustín Ramírez y la impronta que él dejó marcada en todo lo que es la zona de Solano y alrededores. Hay que tener en cuenta por qué lo mataron: él no solo tomó tierras con las comunidades de base de los ochenta, con [el cura] Raúl Berardo y todos aquellos compañeros; fue además uno de los primeros objetores de conciencia, formó la organización en contra de la colimba [Servicio Militar Obligatorio]. Cuando año tras año se siguió reivindicando la lucha de Agustín, eso fue calando en la subjetividad de los vecinos. Esa rebeldía fue, para nosotros, un fermento más que importante.

“ME ORDENABAN QUE ME ENFRENTARA A LA COMUNIDAD”

Con los años, Alberto llegaría a la conclusión de que el entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires, Eduardo Duhalde, había presionado al obispo de Quilmes para que impidiera la participación de las desocupadas y los desocupados en la parroquia bajo pena de quitarle los subsidios estatales a la

Iglesia. La jerarquía eclesial dependía de ese dinero: así sostenía otra forma menos problemática de atender la crisis, la caridad. Menos problemática, pero a todas luces insuficiente: ante la tragedia humanitaria que se vivía por aquellos años, no había caridad que diera abasto. El condicionamiento del gobierno era, apenas, una forma de disimular el abandono. Ambas jerarquías, la de los políticos y la de la Iglesia, prefirieron cerrar los ojos y mantener ese camino de complicidad.

Por el contrario, Alberto y Neka se involucraban cada vez más en la organización de la comunidad y en el movimiento de desocupados. Una asamblea decidió que se diera cobijo a seis familias sin techo en la parroquia. Al obispado también eso le pareció mal. El conflicto devino en desacato. El 11 de marzo de 1998, Nuestra Señora de las Lágrimas quedó ocupada por la comunidad.

Alberto: –Entonces me dieron la orden de sacar a los desocupados de la parroquia. Lo planteé en una asamblea... Era un domingo de Ramos, hicimos asamblea para discutir qué hacer con lo que ordenaba el obispo –Alberto sonríe; no es una mueca burlona, sino una sonrisa amable, de conformidad con algo que él está convencido que hizo bien–. Puse en consideración de toda la asamblea el tema, y la comunidad decidió: “que venga el obispo y nos diga por qué tenemos que echar a las familias, por qué no tenemos que organizarnos”.

Neka: –Yo creo que quedaba esa experiencia fuerte de las comunidades de base en muchísima gente. Lo que se sentía ahí era que nadie se arrepentía de la ocupación de la iglesia, sino que lo veían como algo legítimo después de todo lo que se había caminado, construido. Escuchabas a unas viejas que venían de años ahí, en la comunidad, y sostenían eso.

Jorge: –Me acuerdo de la compañera Rosa Ortigas, que hace el discurso inaugural cuando tomamos la parroquia. Entre toda la arenga que hace de rebeldía, de dignidad, exige a viva voz que el obispo venga a dar explicaciones: “Porque tenemos derecho,

porque el pueblo es dueño de la Iglesia”, “nosotros somos la Iglesia” y “que le quede claro a ese pastor que este rebaño ya no va a obedecer, porque se quedó sin carnero”. ¡Así, eh!

Alberto: –Si yo ejecutaba la orden de sacar a las familias de la parroquia hubiera terminado quebrado. Con ese abuso de autoridad me estaban presionando en mi conciencia, me ordenaban que me enfrentara a la comunidad. Aparte, sinceramente, yo ya venía viendo las distintas crisis que se habían producido en otros momentos de la historia. El que me puso la estola cuando me hicieron sacerdote fue Vicente Adamo, un cura que había estado exiliado en Uruguay durante la dictadura, un activista. Yo ya sabía los conflictos de la historia por estas causas... Es la elección que uno hace, y la volvería a hacer, sin dudas.

–¿Tuviste reclamos por tu decisión de parte de amistades o familiares cercanos?

Alberto: –No, de la familia recibí completo apoyo. Sí de parte de algunos que fueron mis compañeros de estudio. Algunos religiosos, religiosas, me decían: “obedecé, hay que obedecer”. “No, pará, no es cualquier obediencia, no es obediencia ciega”, les respondía...

Neka: –El que faltó a su palabra, el que desobedeció, fue el obispo, no la comunidad. Esa certeza nos daba un poder tremendo, lo que se sentía era eso. En ningún momento hubo esa cosa de forzar a que la gente tomara esa decisión. Yo creo que la gente sentía que esa era la decisión correcta: defender la iglesia, que era parte de la comunidad. No importaba el templo, me parece, lo que importaba era ese vínculo comunitario fuerte que existía ahí. Creo que eso fue lo que también le dio mucha visión de poder a la idea de construir el MTD con esa trama. El poder no es algo que baja de un plato volador, es algo que se va construyendo. El MTD cobró esa fuerza y, bueno, después vino todo lo demás...

Sostener la toma no fue problema: muchas vecinas y vecinos sabían de resistencias desde las ocupaciones de tierras que

habían dado origen a sus barrios, y pibes y pibas más jóvenes venían ejercitando la acción directa en los piquetes por trabajo. A partir de entonces, realizaron actividades de todo tipo. “La parroquia se desacralizó totalmente, porque funcionaba como espacio de encuentro, no solo de misa, de bautizar, sino también para jugar al fútbol”, recuerda Neka. “¡Y para recitales de rock!”, agrega Jorge. Había catecismo, pero también cine revolucionario y educación sexual. La iconografía eclesiástica había cambiado con el uso: una escultura de San Cayetano de tamaño real había sido recharacterizada como San Piquete. El rostro santo había sido cubierto con un pañuelo de los que se usan en las barricadas; una simpática herejía. El frente de la parroquia había sido revestido con un imponente mural, en el que un Cristo más flaco que de costumbre abría sus brazos para recibir a quienes se acercaran, flanqueado por una movilización y una consigna: “El hambre no se tolera, la dignidad no se negocia”. Alberto era reconocido en los canales de televisión como “el cura piquetero”.

Todo fue celebración de la rebeldía y la auto organización hasta el 22 de junio de 2000. Más de un año después de iniciada la toma, la acción de desalojo llegó de parte de la Guardia de Infantería de la policía provincial. Un nuevo cura, el enviado por el obispado para reemplazar a Alberto, esperaba impaciente que la policía sacara a las seis familias que habitaban el templo y al puñado de piqueteras y piqueteros que las acompañaban. Del otro lado de las vallas, Hebe de Bonafini, en representación de las Madres de Plaza de Mayo, les gritaba a los desalojadores: “¡Saquen a la policía! ¡No tienen vergüenza, no ven que hay criaturas!”.

La relación con la Iglesia quedó definitivamente quebrada. Pero la comunidad cristiana del barrio San Martín, junto al Movimiento de Trabajadores Desocupados, ya había encontrado la forma de recrear su fe y de reimpulsar la lucha por la justicia social. La organización se extendió a cada barrio de Solano. El movimiento de desocupados multiplicó las asambleas, así como Jesús había multiplicado el pan.

“NUNCA HABÍA ESTADO EN ASAMBLEAS GIGANTES”

A principios de 2000 diversos grupos que se organizaban en los municipios del conurbano bonaerense, y también en otras provincias, empezaron a coordinar sus luchas de manera más firme. De ese modo lograron más fuerza para desafiar al gobierno nacional: De la Rúa, el que huiría en helicóptero el 20 de diciembre de 2001, había profundizado las políticas de ajuste y de represión desde el primer día de su mandato. Como resultado de esa unidad en la lucha surgió la Coordinadora de Trabajadores Desocupados “Aníbal Verón”. El nombre rendía homenaje a un trabajador desocupado que había resistido en la primera línea de barricadas de los piquetes salteños, y que había caído asesinado por las fuerzas de seguridad. La coordinadora heredó los principios políticos que la mayoría de los movimientos ya venía poniendo en práctica: la democracia de base, la independencia de los partidos y del Estado, la lucha en las calles y la abstención electoral. En los breves tiempos de calma entre piquete y piquete, debatían nociones como el autonomismo, el espontaneísmo y la necesidad de la organización. En poco tiempo, durante los meses previos al estallido y hasta la Masacre de Avellaneda del 26 de junio de 2002, la Verón –como se conoció popularmente a la coordinadora de desocupados– fue una de las referencias más importantes de la lucha popular, por su masividad y su combatividad.

Neka: –La estructura de la Iglesia tenía esas cosas opresoras que no nos permitían ser abiertos en el barrio. La horizontalidad fue una cosa muy discutida, muy pensada, como modo de circulación de las decisiones, de las palabras, los modos de relación... todo eso lo fuimos descubriendo ahí. No es que fuimos con el librito de la autonomía y la horizontalidad. No conocíamos la historia del autonomismo en Italia, por ejemplo. Empezamos a llamarle “autonomía” más bien por no depender del municipio. Autonomía de las estructuras partidarias, de un montón de

cosas que no nos permitían organizarnos. Así cada territorio se fue conformando a partir de la relación con el otro, de lo que aportaban los de Florencio Varela... Algunas cosas prendían; otras cosas, recreábamos. Lo mismo con lo que aportaban los compas de Lanús, después surgió el MTD en Almirante Brown y así. Llegamos a la Aníbal Verón, que fue, en mi vida, una de las experiencias más fuertes, como organización política, como organización transformadora, ¿no? Fuimos ensayando, creo que eso es lo importante.

–¿En qué sentido decís que la Verón fue una de las experiencias más fuertes en tu vida?

Neka: –Creo que fue experimentar una organización política que surgió de la vida de los territorios. Para mí fue muy groso eso. Nunca había estado en asambleas gigantes, en el medio de un asentamiento, en el medio de una villa. Hasta ahí había transitado espacios de militancia, pero con militantes y con grupos ya organizados. Acá era como un amasar, podía pasar cualquier cosa. O sea, no decías: “Vamos a organizar a las mujeres”, no. Era tomar toda la realidad de ese barrio y aparecía lo que aparecía. En otro plano, creo que fue la coordinación de una diversidad tan potente, tan fuerte, tan rica que yo nunca la había experimentado. Conocía, por ahí, organizaciones más hegemónicas. La heterogeneidad que tuvo la Verón yo no la viví en ninguna otra parte. Todo lo que fue surgiendo después en otros espacios, qué sé yo, el feminismo hoy, por ejemplo... Yo estoy a full con el feminismo, pero la impronta que siento que puedo desplegar en estos espacios yo la traigo de ahí, de la época de la Verón. Para mí, eso es muy fuerte. El 2001 fue para mí una Verón ampliada, lo viví así.

Jorge: –A mí la experiencia del MTD, de la Aníbal Verón, me partió la cabeza en mil pedazos, en todo lo que es estructura, los conceptos con los que había empezado a militar, lo que quería construir. Yo era súper *revolú*, quería hacer la emancipación de los pueblos, construir el poder popular, la instauración de los

soviets y tomar el poder; todo lo que conocemos de memoria. El otro día estaba recordando una situación que pone de manifiesto lo que decía Neka. Como era súper *revolú*, siempre tenía los discursos a flor de piel, el *Manifiesto...* te lo recitaba en cualquier lado. Me acuerdo de que en una asamblea hice una arenga revolucionaria por la unidad de los trabajadores, a favor del proletariado: “compañeros, tenemos que unirnos y bla, bla, bla”. Cuando termino, una señora del fondo levanta la mano. Yo digo: “¡Ah! Una compañera que se sintió identificada y va a opinar”. “Sí, compañera”, le digo y dice: “No, yo quería saber si estoy anotada para cobrar el plan social”. –Alberto y Neka ríen, asienten, celebran la anécdota–. Esa lección de vida y de política me partió la cabeza, fue increíble, un bofetazo. Teníamos que poder empezar a pensar de qué quería hablar la gente y, desde ahí, empezar a construir.

Alberto: –La Aníbal Verón, de alguna manera, fue salir del cerco. A nuestra primera asamblea vinieron trescientas personas. Salió el corte de ruta porque el municipio se había burlado de un campamento, de una primera medida que había sido considerada suave y pasamos al primer corte de ruta. Elegimos el cruce de la avenida Belgrano y la 12 de octubre, porque ahí había una Shell, que era el símbolo de una transnacional. Estaba la villa cerca, la cual veíamos como un aliado ante una represión y dijimos: “esto explota”, porque hay necesidad, una situación que va a explotar. Ese fue el primer piñazo en la jeta, como dice Jorge, de las ideas que a veces no... porque ni explotó la villa, y de los 300 que teníamos que ir al corte de ruta habremos ido unos 100 que, en toda una semana de lluvia y hambre, terminamos siendo 14 heroicos...

–*¿Esa fue la vez que los sacó la policía?*

Alberto: Sí, afortunadamente –ríe–. Porque ya nos teníamos que ir, no dábamos más.

“COMUNISMO PRIMITIVO”

El crecimiento de los movimientos de desocupados fue exponencial. Fueron parte organizada del estallido del 2001, multiplicaron asambleas y crearon proyectos autogestivos. Sin embargo, con los años, el MTD de San Francisco Solano se fue deshilachando en distintas experiencias descentralizadas, ya sin la aspiración de ser parte de un movimiento nacional. Hoy Neka, Alberto y Jorge viven en un predio al que llaman La Comarca, una “eco comunidad autosustentable” en las afueras de La Plata, que crearon desde cero, junto a otras compañeras y otros compañeros, con sus propias manos. Neka sigue impulsando prácticas de salud comunitaria; su última experiencia a gran escala fue en la toma de tierras de Guernica. De allí se trajo la consigna “Tierra para vivir, feminismo para habitar”. Jorge ya está pensando en los nuevos desafíos: iniciar un trabajo similar a La Comarca en tierras de Mercedes o Luján. Alberto, que será parte de la movida, lo ve como una reafirmación de los principios:

–Hay una visión del cristianismo muy linda, que está en su origen: la comunión de bienes, poner las cosas en común. O sea, la práctica de un comunismo primitivo. Esa idea siempre nos va a guiar.

Pablo Solana y Martín Azcurra

LUISA Y EL CAMINO DE LAS BRUJAS PIQUETERAS

“Yo siempre me quejo de que hay tres o cuatro libros ya salidos y mi foto no está. Está dónde se empezó, me nombran a veces, pero una foto no... y yo siempre les reclamo. Y ahora hicieron un par de dibujos de piqueteras de todos lados y me sacaron una mejor foto para hacer un mural en Roca Negra. Y el otro día fui y dije: todavía no estoy muerta, ¿no? El mural va a estar al lado del de Darío”.

Luisa

Luisa Canteros, del barrio La Fe. La de la casa abierta para las asambleas y las reuniones, la que no arrugó a pesar de los aprietes, la del termo amarillo, la infaltable a los Encuentros de Mujeres, la lesbiana, la feminista, la de seguridad, la parrillera; nuestra Luisa. Como le sucedió a tantas compañeras, estar organizada y luchar le cambió su mirada sobre la realidad y lo que proyectaba para el futuro. Entonces, empezó a soñar con una sociedad mejor. Fue la primera en hacer visible su existencia lesbiana en el Movimiento de Trabajadores Desocupados de Lanús (MTD). Eso modificó su subjetividad, la imagen de sí misma, la del colectivo de mujeres y la de la comunidad LGTTBIQ+, y nos fortaleció a todes. Sin embargo, esa dimensión profundamente política de su decisión muchas veces queda invisibilizada en la romantización o en la expresión simpática de “la doña” del barrio. Luisa, Martina, Ramona, Evelia, Graciela, Mirta, Silvia pueden ser “doñas” pero son, sobre todo, militantes políticas que ponen el cuerpo y el alma para transformar la sociedad.

¿Qué es ser militante político? ¿A quiénes se reivindica como luchadores y luchadoras? ¿De qué forma valoramos las acciones concretas y el compromiso? Ante situaciones injustas y una realidad muy dura, ¿qué hacemos para transformarla?

Eran los finales de la década del noventa y las organizaciones barriales intentaban mejorar la vida de otras, vecinas y

compañeres. La idea era construir una experiencia en pequeño, que motivara a otras a organizarse. Elles siempre supieron que recibir un plan social no cambia la vida, pero organizarse y luchar juntas sí. Ser piqueteras sí nos cambió la vida.

Luisa Canteros fue orgullosamente bruja piquetera. Su trato era relajado y jodón. Su militancia dejó huellas que hoy intentamos rescatar, armando este rompecabezas.

Luisa empezó a participar del MTD de su barrio, La Fe, en el sur del conurbano bonaerense, y su compromiso fue fundante. Era 1999, la Argentina estaba por prenderse fuego y allí se estaban dando los primeros pasos de lo que sería el movimiento piquetero en la zona: los nacientes cortes de ruta de desocupadas y desocupados de Florencio Varela, las ollas populares y las actividades en Villa Corina, Avellaneda; y la toma de una parroquia en San Francisco Solano, Quilmes. En el conurbano mirábamos las puebladas que se habían dado antes en Cutral Co, Neuquén; en Mosconi y Tartagal, en Salta y en Corrientes. Por esas referencias, varios de nuestros movimientos tomaron los nombres de las personas que fueron víctimas en esas luchas: Teresa Rodríguez, Aníbal Verón, Oscar Barrios o Víctor Choque.

En ese momento también usábamos el masculino genérico para nombrarnos: “trabajadores desocupados”. Hoy, después de veinte años y con un movimiento feminista masivo en nuestro país, nos preguntamos: ¿Dónde estaban y quiénes eran las “desocupadas”? ¿Realmente lo eran o seguían “ocupadas” en trabajos menos valorados y no reconocidos? En los movimientos, el nombre siguió en masculino genérico mucho tiempo más. Pero, de a poco, allí también empezó a gestarse un feminismo popular y piquetero del que Luisa Canteros fue pionera.

LA CASA Y EL BARRIO DONDE EMPEZÓ TODO

Luisa Canteros nació el 17 de julio de 1957 en Monte Chingolo, Lanús. Su papá era bailarín y transformista. En un portarretrato

que hoy está en su casa, se lo puede ver caracterizado al estilo de Miguel de Molina, un cantautor andaluz marica de moda en aquellos años. Luisa pasó su infancia en Villa Gonnet, uno de los barrios de Monte Chingolo. Cuando tenía treinta años, la madrina de su hija le cedió un lote en esa misma localidad, en el naciente barrio La Fe, resultado de la ocupación de unas tierras deshabitadas que se habían convertido en un basural. Allí empezó a construir la casa donde viviría hasta sus últimos días, en la misma cuadra donde el MTD tuvo su primera sede. Algunos veranos, Luisa se iba a Mar del Plata a trabajar de fileteadora de pescados durante la temporada y aprovechaba para visitar a una amiga; esa era su forma de vacacionar.

En ese lote, en el que durante algún tiempo solo pudo construir una pieza, empezó a organizar fiestas que duraban varios días y que aún se recuerdan en el barrio. Porque, como decía siempre: “que no falten la alegría y la joda”, aun en los malos momentos.

Tuvo seis hijos, de quienes se ocupó sin presencias paternas, aunque nunca faltaron las amigas para compartir crianzas. Vivió con el dolor de perder a Gastón, su hijo mayor, que se suicidó en las primeras épocas de organización del MTD en 2003. En 2020, unos meses antes de que Luisa falleciera, también murió su hija Marcela, de una enfermedad curable. Esa angustia deterioró su salud y, tal vez, aceleró su partida. En la cocina-comedor de la casa de Luisa, donde conversamos con William, su hijo menor, y su pareja Johana, todavía está el altar profano, abortero y piquetero de Luisa. Sobre un mueble, hay muchas fotos de sus amores, sus hijos y familiares, la foto de Marcela se apoya sobre un fondo multicolor símbolo del colectivo LGTTBIQ+, también cuelga en primer plano el infaltable pañuelo verde, fotos de Luisa en encuentros y campamentos militantes, alguna foto de Darío Santillán, una placa de cerámica realizada en Fasinpat, ex Zanon –recuerdo del Encuentro de Mujeres de 2008 en Neuquén–, flores de plástico, alguna botella vacía, y el bastón de seguridad

que usaba en las marchas, regalado y firmado por compañeras de otros movimientos. Más allá, sobre una repisa, está su eterno termo amarillo. Imágenes, objetos y recuerdos que marcaron y le dieron sentido a su vida.

Pero volvamos a esos inicios. El barrio La Fe se fue armando sobre tierras fiscales que pertenecían al Programa Arraigo. El Estado las dejó sin urbanizar para el trazo de una autopista que nunca se hizo y en 1985 fueron tomadas por vecinos ante la necesidad de un pedazo de tierra donde vivir. La Fe se fue conformando como uno de los tantos asentamientos bonaerenses donde se inundan con frecuencia las calles de tierra, los pasillos y las zanjas que están al aire libre. Uno de esos barrios donde los remises no te quieren llevar y las ambulancias tardan en llegar. No todas las calles se pueden transitar en auto y algunas no tienen salida a las avenidas principales, por eso se ve como una zona delimitada. En aquellos años, había zanjas abiertas en todas las cuadras, donde desagotaban parte de las aguas servidas. Dentro del barrio había una chatarrera, un depósito de autos viejos municipal, que agudizaba la situación de insalubridad. Al día de hoy, nadie tiene título de propiedad.

Ahí mismo nació el MTD de Lanús, donde vecinas y vecinos se sintieron convocados a participar de una nueva organización. Comenzamos con algunas actividades como apoyo escolar y ollas populares, y luego nos organizamos en las asambleas. En esos primeros pasos del movimiento, se sumó Luisa. En el patio de la entrada de su casa empezamos a acuerparnos. En ese patiecito con techo y rejas sin paredes laterales fue donde empezó a latir el espíritu de la organización. En una entrevista que le hicieron en 2011, Luisa contó que apenas le propusieron hacer las reuniones en su casa, solo lo pensó dos minutos. ¿Qué certezas la habrán llevado a decir que sí tan rápido?

La Comisión de Desocupados del barrio La Fe empezó a coordinar acciones con otros barrios del conurbano, de Almirante Brown, San Francisco Solano y Florencio Varela. De esas

primeras asambleas que tuvimos en el barrio surgieron los delegados que iban a las reuniones de la coordinadora de zona sur. El hecho de saber que había otros grupos organizándose en distintos lugares, nos dio fortaleza para afrontar los aprietes que se vendrían.

Unos meses después de ese 1999, otra vecina que vivía en la esquina de Luisa cedió parte de su terreno para hacer un taller de costura. Era un galponcito de chapa y madera pegada a su casa, y usaba su máquina de coser. Fue allí donde se hicieron algunos almohadones para empezar con los proyectos productivos. Así llamábamos a los grupos de trabajo donde hacíamos productos para vender. Al principio no teníamos nada; habría que seguir la lucha bastante tiempo más para conseguir herramientas y maquinarias más importantes.

La vida de estas mujeres estaba atravesada por violencias, injusticias y desilusiones. ¿Qué certezas y necesidades las movían para destinar parte de su casa, sencilla e incluso precaria, para empezar actividades comunitarias? ¿Por qué estas acciones no son valoradas, aún hoy, como acciones políticas?

DE LA MANO PARA CONSEGUIR MUCHO MÁS

En diciembre de 1999 hicimos una de las primeras marchas al Ministerio de Trabajo de la Nación, en la Capital. De Monte Chingolo salimos un puñado de vecines a tomar el colectivo y luego el subte. Entrar al subte era divertido, siempre nos reíamos cuando algún compa no se animaba a subir o se tambaleaba en las escaleras mecánicas; era una risa que mezclaba nervios con complicidad. Cuando llegamos al ministerio nos encontramos con una gran marcha donde había muchos otros movimientos y nos sumamos con entusiasmo. Esta incipiente coordinación nos permitió conseguir los primeros planes sociales. La solidaridad de otro grupo también nos facilitó organizar el trabajo que debíamos hacer en forma directa, sin intervención del municipio

de Lanús. En ese momento el control político sobre los recursos en Lanús era muy fuerte y estaba centralizado en la figura del intendente Manuel Quindimil, que gobernó durante veintitrés años. Un ejemplo de la política asistencialista que desplegaba era que entregaban solo cinco pañales a cada “mamá”, y algunas mujeres del barrio tenían que caminar más de una hora hasta la sede municipal para poder recibirlos. Por eso ese proyecto de doce planes sociales con el que iniciamos el trabajo comunitario del MTD fue realmente novedoso, y las autoridades del partido tomaron nota de la incipiente organización.

En ese primer grupo de trabajo estaban Luisa, Marcela, Piter, Norma y otras vecinas que todavía no podían creer que habíamos conseguido un pequeño ingreso sin tener que rogarle a un puntero del barrio. Mantener la autonomía, organizar el trabajo comunitario y productivo según nuestras necesidades y reflexionar sobre el trabajo era importante en ese momento.

Por supuesto, los aprietes desde el municipio no tardaron en llegar y se fueron agudizando con el paso del tiempo. De hecho, amenazaron a un compañero con tirarlo a una zanja y también trataron de convencer a algunas compañeras de que era mejor “arreglar” con ellos. Pero Luisa no dudó en seguir prestando su casa y comprometerse con la organización. Luisa y tantas y tantos más: el querido Cholo, Martina, Marcelo, Ramona, Don Ciro. Vecinas desocupadas que soportaban tantas desigualdades y violencias. Algunos se habían quedado sin trabajo antes de poder jubilarse, como Don Ciro, o Antonio, que había trabajado en la empresa de alimentos Molinos hasta que lo echaron. Ellos eran los primeros en llegar al grupo de trabajo comunitario, incluso antes de horario; era la dinámica de años de trabajo en la fábrica que tenían.

EL SUEÑO DE LA TIERRA Y LA CASA PROPIAS

En esas mañanas de lecturas y trabajo, compartimos mates con la Pitu, una travesti amiga que venía a refugiarse en casa de Luisa después de largas noches de salir a buscar el mango en las calles de Chingolo. La casa estaba abierta para todo el mundo. La Pitu participaba de nuestros debates políticos. Aportaba desde su experiencia de lidiar con los policías bonaerenses en las noches, por eso los odiaba. También sentía una fuerte desconfianza hacia la clase política: “no se puede esperar nada de ellos”, decía. De alguna manera, se anticipó al que “se vayan todos” y a los tiempos de rebelión popular que estallarían el 19 y 20 de diciembre de 2001, que ya se estaba gestando. A nosotres nos reforzaba la idea de que había que organizarse y salir a las calles a reclamar por nuestros derechos.

Uno de los temas que más fuerte surgió, ya desde las primeras asambleas, fue el de la falta de vivienda y la presencia de terrenos desocupados en una parte del barrio. Después de debates y estrategias, empezaron las movidas. Primero se ocupó el terreno para la sede del movimiento, a la que llamamos la Guardería, porque había un cartel oxidado que decía “guardería en construcción” y que, por supuesto, nunca se había hecho. Este terreno estaba a unos metros de la casa de Luisa, en la misma cuadra, por eso ella muchas veces asumía el rol de cuidar el espacio conquistado.

La toma de la Guardería fue en noviembre de 2000 y quedó como el cumpleaños del MTD. Más adelante se organizó la lucha por los otros terrenos. Siguieron una serie de acciones y actividades: marchas, intentos de toma y una Carpa de la Dignidad. La organización cambió la configuración del barrio y también la vida de muchas personas: allí estaban Martina y su familia, un hijo de Luisa, Marcelo y sus hijas, el Negro Luis... compas que pudieron tener su terreno. Lo que seguía era construir las viviendas y ahora empezaba otra lucha. En la segunda tanda de terrenos ocupados participó Darío Santillán, pero esa ya es otra historia.

ELLAS EN TODOS LADOS

Mientras tanto, había compañeras, como Ramona y Martina, que tenían una capacidad de trabajo que parecía infinita. En ellas se veía lo que ahora llamamos doble o triple jornada laboral, que realizamos las mujeres durante toda nuestra vida: trabajamos afuera y hacemos las tareas domésticas; pero a veces pareciera que también tenemos que resolverles la vida a todes. En nombre del amor, ya sea de madre, hacia la pareja o hacia los adultos mayores de la familia, se da por sentado que somos las únicas que podemos acompañar, cuidar y llevar adelante la vida cotidiana. Martina y Ramona eran de esas mujeres que parecen que lo pueden todo: estaban en el comedor, en la copa de leche y en los proyectos productivos. Y si había que organizar algo más o acompañar a alguien, ahí estaban también.

También en la casa de Luisa empezamos a leer noticias del diario, en voz alta para algunes compas que no sabían leer, como ella misma. Con esas lecturas empezamos a debatir la situación del país y algunes también practicaban lectoescritura. La idea de ir construyendo las decisiones entre todes implicaba lo que llamamos formación de base y educación popular. Y también allí empezamos a reflexionar sobre cómo era el trabajo bajo patrón y cómo queríamos organizarlo allí. Con el tiempo desarrollamos la idea del trabajo libre y compartido, y pudimos pensar y charlar cómo soñábamos trabajar y producir. Les compañeres de MTD de San Francisco Solano fueron quienes primero compartieron su experiencia en este tema, sobre todo Neka, que se venía a Monte Chingolo para acompañar los primeros talleres de educación popular.

Otro de esos días agitados de 2001, cuando el MTD ya estaba más organizado, se acercó una vecina para pedir un poco de leche. Hacía tres días que no podía amamantar a su bebé de dos meses y le estaba dando mate cocido, porque en la salita no había leche en polvo. Cuando hablamos de desigualdades, hablamos de

esto: situaciones muy difíciles donde se ponía en juego la supervivencia. Pero también la decisión de pelearla se sentía fuerte. Por eso, aparte de darle la leche en polvo que teníamos, salió un grupo para reclamar al municipio por este tema.

Los reclamos por trabajo y alimentos se iban mezclando con muchos aspectos de la vida cotidiana. La consigna principal del MTD era: trabajo, dignidad y cambio social. Al trabajo comunitario se sumaban los cortes de rutas de dos o tres días, donde compartíamos todas las actividades diarias: cocina, cuidado de niños, limpieza del lugar, las negociaciones para lograr lo que íbamos peleando. Estábamos cerca del barrio y también teníamos que estar atentas a la organización de la casa, llevar a los chicos y chicas a la escuela, cuidar vecines que no podían venir... En las asambleas se debatía todo: las preocupaciones y las posibles soluciones colectivas a cada problema. Por eso empezamos a organizar las fiestas de fin de año, los festejos del día del niño, cumpleaños; circularon amistades, compañerismo y amores. En el MTD se fue construyendo algo más que luchas gremiales. En el gremialismo tradicional se busca mejorar las condiciones de trabajo y el salario, el varón asalariado es el principal protagonista y la lucha parece encapsulada porque no se mezcla con lo que pasa en las casas, en los barrios y en las camas. ¿Dónde quedan, en ese imaginario, las tareas de reproducción de la vida, las tareas domésticas, el cuidado de hijos y personas mayores, el sostenimiento emocional del que hablamos más arriba? La forma en que se conjugaron las luchas reivindicativas con todos los aspectos de la vida cotidiana en las organizaciones barriales facilitó que surgieran las primeras preguntas feministas. Esa integralidad comunitaria nos alentó a buscar respuestas y organizarnos como mujeres. ¿Será por esta desvinculación entre las luchas gremiales y la vida cotidiana que el sindicalismo y los feminismos parecen tan alejados?

UN FEMINISMO COCINADO AL CALOR DE LAS OLLAS Y LOS FUEGOS PIQUETEROS

“Estoy satisfecha conmigo misma. Me daba mucha vergüenza hablar, pero aprendí, aprendí a ser yo. Me ayudó mucho ir a la Mesa de Responsables, ahora voy y discuto y hablo. Me tienen que decir mis compañeros que me calle, porque no me callo tampoco. Soy muy tímida, me da vergüenza todo, y me da vergüenza equivocarme, porque nos podemos equivocar cuando hablamos. Pero ahora no. Me parece que uno tiene que empezar a ser uno mismo, y decir lo que piensa y lo que realmente uno siente”.

Ramona

¿Cuánto significó para estas mujeres tomar la palabra y tomar las calles? En las asambleas seguían surgiendo temas. Y así empezamos a decir en voz alta “lo personal es político”. Aunque todavía no comprendíamos todo lo que implicaba esta idea, comenzamos a preguntarnos: ¿Por qué no hablamos en las asambleas? ¿Por qué cargamos con mucho más trabajo que nuestros compañeros? ¿Por qué los voceros eran varones y éramos tantas bancando la olla y los cortes? ¿Decidimos ser madres? En ese torbellino de piquetes y asambleas, en ese proceso de toma de conciencia de clase, también parimos nuestra identidad feminista; parimos nuestro feminismo popular y piquetero. Luisa y Ramona fueron parte de este torbellino. Luisa, la de la casa abierta, fue muy receptiva y luego activista del feminismo popular.

Como todo lo que nos inquietaba era motivo de debates colectivos, realizamos la primera asamblea de mujeres de la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón en septiembre de 2003, cuando el movimiento piquetero era masivo y su reclamo se hacía escuchar fuerte. Ya habíamos pasado por la represión y el asesinato de nuestros compañeros Darío y Maxi. Esa primera asamblea ya era feminista, aunque todavía no lo sabíamos. La hicimos en la parte más alta del Puente Pueyrredón, nuestra ruta, nuestro puente; para que nadie se quedara sin vernos, para dejar de ser invisibles. No éramos solo las doñas que hacíamos la comida y bancábamos la olla; éramos militantes políticas y nos

habíamos ganado nuestro lugar en la lucha. Por eso debatíamos, cortábamos el puente y también bailábamos y cantábamos una de nuestras primeras canciones:

*Para que el mundo se entere
que somos brujas piqueteras
que ponemos mucho ovario,
enfrentamos la opresión,
cuando una mujer avanza,
ningún hombre retrocede
y crece la organización.*

Cada vez nos abrazábamos más y nos hacíamos más fuertes. En 2005 fuimos juntas a Mar del Plata, al Encuentro Nacional de Mujeres. Conocer el mar, luchar y movilizarnos fue una premonición de la fuerza que íbamos a tener las compañeras de los feminismos populares.

Por ese tiempo Luisa empezó a ser también “la del termo amarillo”, como la llamaban muchas compañeras. El termo amarillo no era un termo común, era más grande y siempre cargaba alguna bebida festiva para compartir. Por eso se transformó en el símbolo de alegría, de pasarla bien juntas en la lucha, así como siempre lo fueron las fiestas en su casa en otros tiempos. Esos Encuentros fueron para Luisa un lugar donde descubrir referencias, reafirmar su identidad y conocer a muchas compañeras de otras provincias: con ella fuimos a Jujuy, Neuquén, Córdoba, San Juan y a tantos otros lugares. Sin embargo, el Encuentro de Mar del Plata fue importante porque fue el primero al que fuimos muchas, y también el primero al que llegamos las piqueteras. Para la mayoría de las compañeras de La Fe y de otros barrios de Monte Chingolo fue la posibilidad de ver el mar por primera vez, así como en Bariloche disfrutaron paisajes que, hasta entonces, solo habían conocido en fotos.

El sentido que fueron tomando estos viajes fue muy significativo: eran momentos de oportunidades, de crecimiento y

descubrimientos. Algunas se empoderaron con su identidad de lesbiana, como Luisa, que lo asumió con fuerza y orgullo. Otras volvían y ponían los puntos en su casa, y también ocurrió alguna bienvenida separación de parejas violentas o que ya no funcionaban. Uno de esos recuerdos más entrañables fue el Encuentro de 2006 en Jujuy: hacia allá fuimos en un micro escolar sin aire acondicionado. Pasamos por Tucumán a saludar a las compas de allí y dormimos en el centro comunitario. Durante todo el largo viaje comimos pizza fría que habían hecho algunas compas, y cuando llegamos a Tucumán, con todo cariño nos esperaron con... ¡pizza! ¡Cómo nos reímos! Pero estábamos felices de seguir compartiendo.

Salir del barrio, dejar la rutina familiar –muchas veces agobiante–, nos permitió conocer a feministas de otros sectores: docentes, universitarias, trabajadoras que iban con su sindicato, mujeres de movimientos campesinos y muchas de otros países latinoamericanos.

Marchar y visibilizarnos en cada ciudad era una vivencia colectiva fuerte y potente. Cuando volvíamos ya no éramos iguales: modificamos nuestras subjetividades, nos fortalecimos como mujeres, como disidencias, como militantes. El viaje era una vez al año, pero implicaba mucho trabajo organizativo previo: había que contratar micros, armar los itinerarios y juntar la plata. También realizábamos debates previos. Eran los preencuentros, donde nos reuníamos a debatir los temas candentes de los feminismos o los que nos tocaban más de cerca. Además, seguíamos haciendo todo lo que implicaba la organización de nuestro espacio: plenarios, encuentros de formación y asambleas.

A Luisa lo que más le gustaba eran los cantos y la mística feminista: usaba su pechera orgullosa, estar rodeada de mujeres la confortaba. Desde el principio estuvo en la organización de los viajes y se fue transformando en una presencia infaltable. Como parrillera en la venta de choripanes era en un clásico. ¡Cuánta esperanza se traía para transformar esa realidad tan hostil,

pensando en el futuro de las juventudes y de las niñeces, su gran preocupación!

El carácter festivo de algunos momentos no le quitaba nada de profundidad ni de confrontación con el poder patriarcal; al contrario, nos fortalecía: era también una forma de expresar rebeldía, demostrar que, a pesar de todo, la pasamos bien, disfrutamos, *placereamos*, otra palabra que inventamos y que circulaba por los Encuentros.

Cuando le preguntaban a Luisa por qué no participada de gestiones o reuniones con funcionarios, decía que era por no saber leer ni escribir. Eso le pesaba y le generaba inseguridad, la hacía sentir más vulnerable. Tal vez por eso le encantaba estar en la seguridad, cuidando que a nadie le pasara nada, un rol que en un principio pretendían ocupar solo los varones. Cubría, a su manera, un lugar de cuidadora, que también se conjugaba con su expresión disidente. Le gustaba provocar y mostrarse en los lugares que socialmente se espera que ocupen los varones: era parrillera y estaba en seguridad. Mostraba orgullosa el bastón de madera ese que hoy descansa en su altarcito.

Ya más consolidado el grupo como un espacio de mujeres, y con más formación y decisión, ante una situación de violencia patriarcal muy difícil, Luisa se comprometió protegiendo a una compañera. Era en el mismo barrio donde vivía, así que asumió todas las responsabilidades legales, las consecuencias de enfrentarse a los agresores, y abrió una vez más las puertas de su cálida casa.

Luisa fue una compañera de pocas palabras. No daba discursos políticos, pero ¡cuánto decía con sus gestos y acciones concretas! A veces se puede hablar mucho, hablar bien, pero ¿hasta qué punto una está dispuesta a jugarse por otra persona?

Ante esta pregunta, es difícil no pensar en Darío Santillán, que decidió quedarse con Maxi a pesar de la represión el 26 de junio de 2002. Esa actitud marcó la vida de Luisa y de tantas y tantos compas más. El gesto de Darío, una y mil veces reivindicado, es un legado para las nuevas generaciones de militantes

populares, sin duda. Pero estos gestos no son una excepción sí, tal vez, son su trascendencia. El compromiso diario y consecuente ante situaciones tan adversas como las que atravesó Luisa se vuelven imprescindibles para sostener, y darle sentido, a gestos como el de Darío.

Volviendo a la pregunta del inicio: ¿Qué es ser militante? Militantes son también las imprescindibles de las que habla Bertolt Brecht. Aunque su poema tan difundido en la militancia popular diga “hay hombres que luchan toda la vida, esos son los imprescindibles”, y seguramente durante años lo leímos pensando en un varón militante y no pensando en algunas compañeras tan imprescindibles como Luisa.

En la carta de despedida a sus hijos cuando se fue de Cuba, el Che escribió: “Sobre todo, sean siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo. Es la cualidad más linda de un revolucionario”. Darío tenía esta idea siempre presente, tal vez incluso se sintiera hijo del Che. La escribía en los márgenes de los cuadernos de apuntes como un mandato amoroso y revolucionario, tanto que nos quedó fijada a su memoria. Luisa no podía leer esa frase, pero seguro la escuchó en boca de Darío. Ella, sin leerlo o escribirlo, ya sentía cualquier injusticia en lo más hondo.

Luisa se fue a otros mundos el 17 de septiembre de 2020 y su vacío será eterno. No dejó testimonio escrito, esa forma en la que, creímos siempre, se construye la historia. Pero su vida y su ejemplo ya trascendieron. Por eso, como dejó escrito Marcella Expósito en su Facebook, “contaremos tu historia para jamás resignar la construcción de poder popular feminista y piquetero”. Marce, otra compa que ya no está, y que andará brindando con Luisa por ahí, cargando juntas el termo amarillo, le dedicó unas palabras que queremos compartir para que no se corte el hilo rojo de la historia popular: “No sabías leer libros, pero eras sabia. Tu sabiduría amasada en las cocinas piqueteras, en las calles de barro, en los pactos de sangre con las luchas, esas que te

fortalecen para siempre... Vos leías los corazones. Y por eso, tan inmensa y sabia bruja, no podemos no homenajearte. Te fuiste y no puedo saludarte. Ya volaste, compañera. Tu nombre, lo prometemos, estará en nuestros territorios y ondeará como bandera de dignidad. Prohibido olvidarte. Luisa querida, vos no te moriste, vos te multiplicaste. Contaremos tu historia para jamás resignar la construcción de poder popular feminista y piquetero. Y hoy bailaremos cumbia, aunque lloremos sin consuelo. Hasta la victoria siempre, que tu partida nos duela y que los fuegos no se apaguen. Luisa, Luisa, Luisa corazón, tu siembra es poderosa”.

Florencia Vespignani

Gracias, Luisa Canteros, tu vida y tu memoria me interpelaron y me alentaron a destrabar mis temores y a animarme a escribir.



Puede no haber banderas, Fernando Traverso, 2001

Mural: Arte x Libertad, Mono Saavedra, Fernando Traverso
"Plaza Pocho Lepratti", Rosario

Un día de 1976, durante la dictadura, Fernando debía encontrarse con un compañero de militancia. A pocos pasos vio a su camarada dejar su bicicleta y seguir camino, una acción anormal que indicaba peligro. No se saludaron ni miraron. Inmediatamente esa persona fue secuestrada y permanece desaparecida. En 2001, Fernando empezó a plasmar la bicicleta en estencil tamaño real por la ciudad de Rosario.

"Una red de hormigas puede más que un elefante", solía decir Pocho Lepratti, en relación al trabajo de todos los días en las barriadas. La hormiga es el símbolo que se reproduce desde entonces para recordarlo, como el Pocho hormiga pintado por el Mono Saavedra. Y también es San Pocho de Ludueña, como lo plasmó Tomi Muller o, como en esta imagen, es "el ángel de la bicicleta", en referencia a la canción de León Gieco.

Ausencias que se entrecruzan en imágenes que reúne Arte x Libertad y se multiplican en las paredes de la ciudad.

TODAS LAS MILITANCIAS DEL POCHO LEPRATTI

Diciembre de 1997 terminaba rojo en la ciudad cuna del guerrillero heroico. La efeméride predisponía: en octubre se habían cumplido 30 años de la caída en combate del rosarino más famoso. A la vez, el contexto social reclamaba combatividad: se multiplicaban los despidos y en los cortes de ruta se hacían oír potentes gritos contra el hambre.

La multisectorial de Rosario mantenía en primer plano el espíritu guevarista. “Por una Latinoamérica libre, digna y revolucionaria”, podía leerse entre las banderas que decoraban el patio de la escuela Santa Lucía, donde se realizaba el plenario de fin de año. Allí estaban todas las organizaciones políticas de izquierda, pero también delegaciones de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) y del Congreso de Trabajadores de la Argentina (CTA).

Se acercaba otro fin de año caliente y la multisectorial debía decidir acciones de lucha contra los despidos y la falta de respuestas a la crisis social. En el plenario, las mociones subían de tono: paro por 24 horas, que no, que eso sería reformista, que por tiempo indeterminado...

Entonces pidió la palabra otro trabajador estatal. Un flaco de melena descuidada y hablar pausado al que le decían Pocho.

–Nosotros queremos invitarlos a un pesebre. Ya hay una comisión organizadora, queremos que sea en el barrio Ludueña, a principios de enero, para el día de Reyes.

Se hizo un silencio más marcado que cuando hablaban las demás personas. Tal vez por lo disruptivo del planteo, tal vez por

curiosidad, lo escucharon con atención. El flaco expuso una interpretación peculiar de aquel hecho bíblico:

–María y José fueron inmigrantes, perseguidos, exiliados, una familia de trabajo, unos sin techo. Por eso la propuesta es representar un pesebre internacionalista, a favor de los oprimidos, por la justicia social.

Así, con su forma amable de contar, el Pocho se ganó no solo la atención de toda la militancia, sino también un sostenido aplauso.

POCHO BALTASAR

Claudio Lepratti, el Pocho, para ese entonces tenía algo más de 30 años. Había trabajado desde 1991 en un lugar al que llamaban la Cocina Centralizada, donde se preparaban treinta mil raciones de almuerzos y sesenta mil meriendas para todas las escuelas de la ciudad. En 1996 lo habían despedido, pero él, sus compañeras y compañeros de ATE protagonizaron una pelea que se volvió emblemática: montaron una carpa de resistencia y, tras días de aguante y pulseada con los funcionarios, lograron ser reincorporados. Hasta ese momento tenían contratos inestables, precarios, a pesar de que venían haciendo un trabajo esencial desde hacía muchos años; a partir de entonces los pasaron a la planta permanente de empleados del Estado. El Pocho pasó a trabajar como auxiliar docente en la cocina de la escuela 756 del barrio Las Flores, no muy lejos de donde vivía.

En enero de 1998, finalmente, se realizó el pesebre que él había propuesto en aquel encuentro multisectorial. Fue en Luddueña, su barrio. La plaza donde se hizo no tenía nombre, se la identificaba con el de la escuela que estaba ahí nomás. Un puñado de militantes de las organizaciones de izquierda se acercó a colaborar. Sus compañeras y compañeros tuvieron que gastar mucho corcho quemado para caracterizarlo: el Pocho, tan gringo, rubio, eligió ser el rey mago negro, Baltasar.

VOTOS DE POBREZA, CASTIDAD Y DE DESOBEDIENCIA

Todo empezó en su ciudad natal, Concepción del Uruguay, en la provincia de Entre Ríos. Claudio Lepratti fue el mayor de seis hermanos y hermanas. Hizo sus estudios secundarios en el Instituto Santa Teresita, perteneciente a la orden salesiana de la iglesia católica. Hugo Obispo, compañero del colegio, recuerda que ya por entonces tenía actitudes de delegado: “Solía jugarse por cualquiera de nosotros. Le gustaba que le digamos Pocho por el trasfondo de ideales. Porque él venía de una familia campesina, muy trabajadora, entonces le caía bien la figura de Perón”.

Apenas terminó el colegio se mudó a Funes, en Santa Fe, para formarse como seminarista en el instituto Ceferino Namuncurá. Estudió para ser hermano coadjuntor, un “salesiano laico, en mangas de camisa”, como ellos mismos se definen; para lo que debía completar la carrera y hacer los votos de pobreza, castidad y obediencia, al igual que cualquier cura.

Sus superiores le decían que debía concentrarse en la fe, que ya tendría tiempo para lo demás. Él desconfiaba de ese mandato, sentía que esa premisa lo alejaba de la gente. Quería estar con el pueblo que sufre, no se conformaba con la idea de dejar la labor social para más tarde. No estaba dispuesto a contener sus convicciones entre cuatro paredes: “El hambre es ahora, mi compromiso tiene que ser ahora”, se dijo. A cuatro años de haber ingresado al seminario, decidió desobedecer.

Abandonó el instituto y se fue a Rosario. Allí se sumó a las comunidades de base del barrio Ludueña. Se había rebelado contra la institución, no contra el ideario cristiano. “La iglesia es acá”, solía repetir cada vez que le mencionaban el tema. “Acá” podía ser la placita del barrio, la cocina donde trabajaba, la carpa de la resistencia, el fogón o la reunión sindical. Donde estuvieran las personas organizándose para hacer el bien, para él estaba la fe. Esa era toda la iglesia que necesitaba.

Mantener los votos de pobreza le fue fácil. El sueldo de trabajador estatal no le dejaba margen para gastos superfluos, pero, además, estaba convencido de sostener el estilo de vida modesto de un verdadero franciscano. La castidad también la sostuvo con entereza, algo que podría resultar extraño para un muchacho enérgico y simpático como era él. Al no ser sacerdote, no tenía obligación.

El Pocho impulsó la creación de una decena de grupos juveniles de base: desde la Coordinadora Juvenil de la Vicaría Sagrado Corazón del Barrio Ludueña, hasta agrupaciones más silvestres como Los Piqueteros de Lourdes, Los Ropes o Los Gatos. La que más duró fue La Vagancia. La revista del barrio que promovió se llamó *Ángel de Lata*. También fue parte de la Murga de los Trapos. Bautizó de manera creativa a las comunidades eclesiales de base: desde el Pie, Poriahú (pobre o sin tierra, en guaraní). El Movimiento Nacional de los Chicos del Pueblo, vinculado a la CTA, encontró en Rosario un excelente caldo de cultivo en tanta organización juvenil. El Pocho era una figura indisoluble de todo ese proceso.

DEL TRABAJO AL BARRIO: UN NUEVO MODELO SINDICAL

Lo que se conoce como *la* CTA (Central de Trabajadores de la Argentina) nació como *el* CTA: la C de la sigla significaba Congreso, no Central. Así fue hasta 2006, cuando ese sector logró reconocimiento oficial. Hasta entonces, funcionó como una corriente autónoma respecto de la central histórica. Con el menemismo, algunos gremios se habían distanciado de la CGT (Confederación General del Trabajo) por su complicidad con el ajuste y su pasividad ante los despidos masivos.

El Pocho siguió de cerca el nacimiento de aquel espacio novedoso: entró a trabajar en la Cocina Centralizada justo cuando en ATE (Asociación de Trabajadores del Estado) se discutía la ruptura con la CGT para dar vida a la nueva experiencia sindical.

Más allá de las siglas, al Pocho le generaba curiosidad que se convocara a un congreso de trabajadoras y trabajadores al que se debía participar según los mandatos de base.

Otro aspecto de la CTA que le resultaba afín era la consigna “la fábrica es el barrio”, con la que sintetizaban la nueva realidad social de los noventa. De ese modo sencillo y contundente, buscaban dar cuenta de la situación de los despidos, las mujeres que sacaban adelante hogares sin ingresos, la juventud impedida de conseguir un primer empleo: las y los excluidos, quienes estaban fuera del sistema. Esa línea política fue un acierto: le permitió a la CTA lograr predicamento en los barrios populares y ofrecer a la juventud la posibilidad de organizarse de la mano de las personas aún en actividad.

Para el Pocho el barrio era más que una segunda opción. Aun como trabajador del Estado, su principal dedicación estuvo, desde siempre, en organizar y brindar espacios de contención para las pibas y los pibes que andaban por los márgenes, con riesgo cierto de caerse.

Se mostraba conforme con un espacio sindical, social y político amplio que contenía sus ideas cristianas de liberación. Fue delegado ante ATE y congresal de la CTA. Los dos aspectos que mejor lo identificaban con esa corriente sindical, el trabajo de base y la organización barrial, ya los traía incorporados de su participación anterior en la Iglesia. A partir de entonces, para el Pocho, religiosidad y militancia fueron de la mano.

LA HOZ Y EL HAZ

En un taller de formación política, él y su compañero de ATE y la CTA, Gustavo Martínez, debían establecer un santo y seña que les permitiera reconocerse en cualquier circunstancia, aun si se dejaran de ver durante mucho tiempo. Era un juego, un recurso pedagógico a tono con los conceptos de la educación popular de Paulo Freire, tan afines a las comunidades eclesiales de base y

a los nuevos movimientos sociales. Entonces el Pocho propuso la frase que su compañero debía reconocer: “Con un callo por anillo”. Se trata de una estrofa de la “Canción de la hoz y el haz” de Pedro Casaldáliga, un obispo, teólogo de la liberación y poeta:

Con un callo por anillo
monseñor cortaba arroz
¿Monseñor “martillo y hoz”?
Me llamarán subversivo.
Y yo les diré: lo soy.
Por mi pueblo en lucha vivo.
Con mi pueblo en marcha voy.
Tengo fe de guerrillero
y amor de revolución.
Y entre Evangelio y canción
sufro y digo lo que quiero.
Si escandalizo primero
quemé el propio corazón
al fuego de esta pasión
cruz de su mismo madero.
Incito a la subversión
contra el poder y el dinero.
Quiero subvertir la ley
que pervierte al pueblo en grey
y al gobierno en carnicero.

El cruce entre la formación religiosa y la militancia política fue azaroso, en principio, para el Pocho, pero en seguida encontró el cauce. Cristina Martínez, por entonces una piba de su edad, lo conoció recién llegado, cuando era uno más de la banda de Ludueña. Recuerda: “Quienes asistíamos a esas reuniones sufríamos un problema de identidad, cosa bastante habitual en los cristianos cuando caemos en cuenta de que nuestro trabajo es más político que pastoral”.

Entre las posibilidades que ponía a su alcance la CTA y su apostolado barrial surgieron iniciativas como los talleres de prevención del VIH y el proyecto Mundo del Trabajo, que coordinó durante más de un año.

El Padre Edgardo Montaldo, un salesiano con fuerte vocación social que mantuvo vivas las comunidades de base en el barrio Ludueña por más de 30 años, fue su maestro. Al Pocho lo inspiraron las lecturas de los brasileños Casaldáliga y Helder Cámara, llamado el Obispo Rojo; del ecuatoriano Samuel Proaño y de Samuel Ruiz, acompañante de la rebelión indígena en Chiapas.

La iglesia que Pocho reivindicaba tenía referentes a quienes seguir, no solo en el plano de las ideas o del compromiso individual. A principios de 2001 pudo conocer de cerca al Movimiento de los Sin Tierra (el MST) en Brasil, orientado por seguidores de la Teología de la Liberación de ese país; allí también conoció a zapatistas de México, y a las cristianas y los cristianos del Centro Martin Luther King de La Habana, Cuba. A su regreso de Brasil solía contar, con admiración y entusiasmo, sobre todas esas experiencias latinoamericanas que habían reafirmado su militancia y su fe.

Sus múltiples dedicaciones solidarias no le impidieron seguir estudiando: se anotó en el Instituto San Juan Bosco donde se graduó, poco tiempo antes de la rebelión de 2001, de Profesor de Filosofía y Ciencias de la Educación.

“Éramos demasiado zurdos para la Iglesia y demasiado reformistas para nuestros compañeros de izquierda. Estábamos siempre por los bordes”, recuerda Cristina sobre aquellos tiempos.

DEL PESEBRE AL CARNAVAL

Con el Pocho pasa algo parecido a lo que sucede con Darío Santillán. Es tan potente la dignidad de sus últimos gestos que se hace difícil tomar distancia de esas imágenes grabadas a fuego en el ideario popular, convertidas en íconos. Darío sosteniendo

la mano del compañero caído en la lucha, abatido por la represión; Pocho sosteniendo el almuerzo de las pibas y los pibes caídos del sistema, empujados por el hambre. Frente a ellos, sus matadores: personeros del poder apagando esas *vidas sostén* a fuerza de disparos. Tras la tragedia, también en ambos casos, la multiplicación del ejemplo comprometido, la reivindicación de la solidaridad extrema.

Es conocida la forma en la que mataron al Pocho, aquel disparo certero a su garganta cuando el 19 de diciembre de 2001 gritó a la patrulla policial: “¡Bajen las armas, aquí solo hay pibes comiendo!”.

Hoy su ejemplo se sigue replicando: hay bibliotecas, agrupaciones sindicales y espacios públicos que lo homenajean. En aquella plaza donde se hizo el pesebre que lo tuvo como el rey mago Baltazar, cada 27 de febrero –la fecha de su cumpleaños– se hacen actividades y festejos que se agrupan bajo la leyenda “El carnaval del Pocho”. La plaza, que en aquellos tiempos era conocida por el nombre de la escuela cercana, ahora se llama Claudio Pocho Lepratti. El nombre puede leerse en cada esquina y en las paredes de las calles aledañas, en carteles y murales que se multiplican por toda la ciudad.

Pablo Solana

DEVENIRES

***Ecos de un fuego
que no se apaga***



DE LA FÁBRICA AL PARLAMENTO Y A LA FÁBRICA OTRA VEZ

Raúl Godoy, obrero de Zanon

El debate en la legislatura neuquina ya se había puesto bravo cuando el diputado Luis Escobar alertó: “¡Presidenta, tiene una bomba molotov! ¿Dónde está el Comisario de Cámara? ¡Tiene una bomba molotov!”. Más de un distraído miró de pronto hacia el extremo izquierdo de la sala, donde tenía su banca el obrero Raúl Godoy, uno de los protagonistas de la discusión. Pero no era él quien portaba la bomba casera, sino su contrincante en la pelea parlamentaria, el representante del Movimiento Popular Neuquino, Claudio Domínguez. El revuelo parecía sobredimensionado: nadie creía que Domínguez iría a arrojar la molotov. Era apenas un recurso histriónico para denunciar a su adversario de izquierda: “Sí, es una bomba molotov”, reconoció el diputado. “Así venían preparados para interrumpir el ejercicio de la democracia, ¡pero la sociedad sabe que la violencia no es el camino!”, gritó. Godoy no se quedó atrás: “¡Tirá la bomba! ¡Tirá la bomba, dale! ¡Patotero! ¡Cagón!”. El escándalo y los insultos quedaron registrados con detalle en la versión taquigráfica de aquella caótica sesión.

Era el 28 de agosto de 2013. El diputado provincial Raúl Godoy vestía la camisa de trabajo de la fábrica Zanon, que por entonces ya se llamaba FaSinPat, Fábrica Sin Patrón. La mayoría de las veces se lo podía ver en el recinto así: el único con pinta de laburante entre tanto saco y corbata y vestidos de salón. Había asumido en nombre del Frente de Izquierda pocos meses antes.

Al igual que el diputado de la molotov, en esa sesión también él tenía elementos que graficaban su denuncia. Sobre su banca había puesto unos cartuchos de escopeta que la policía había disparado unas horas antes. Ese día, desde temprano, una multitud se había dirigido a la legislatura provincial para reclamar lo mismo que él exigía dentro del recinto: que no se aprobara un acuerdo entre la petrolera estatal y la multinacional de origen norteamericano Chevron. Hubo disparos policiales contra los manifestantes. Un proyectil dio en el cuerpo del maestro Rodrigo Barreiro. Sobrevivió, pero el plomo le quedó alojado en el pecho. “No se puede sesionar con un herido de bala en el medio”, afirmó Godoy. La Central de Trabajadores de la Argentina –CTA– y la Asociación de Trabajadores de la Educación de Neuquén –ATEN– anunciaron un paro bajo la consigna “Abajo el acuerdo YPF-Chevron, basta de represión”.

La gresca en el recinto duró un rato hasta que la presidenta de la Cámara logró someter a votación la continuidad de la sesión. La izquierda quedó en minoría. Fue entonces cuando Godoy hizo el gesto que, convertido en foto, recorrería los diarios del país: sacó de un bolso una bandera yanqui, la desplegó y les dijo a las diputadas y los diputados dispuestos a votar el acuerdo petrolero en beneficio de la multinacional: “Sigan con ésta, bajen la bandera argentina de ahí y sigan votando bajo esta bandera”. Abandonó la sala. Se sumó a quienes se manifestaban afuera. Los diputados oficialistas denunciaron que lo habían visto entre los trabajadores, tirando piedras contra la legislatura. Pero esa versión no pasó de ser una chicana. Aunque a algunas personas les resultara verosímil, nadie la pudo verificar.

CIUDAD ZANON

Zanon era un verdadero gigante: llegó a ser la fábrica más importante de porcelanato de América Latina, con 650 trabajadores y trabajadoras. En su predio, de varias hectáreas, cabe práctica-

mente una ciudad. Los espacios cubiertos abarcan 74.000 metros cuadrados, el equivalente a cuatro canchas de fútbol. Administrar el lugar implica más que garantizar la producción, aunque solo eso ya es bastante: además de las líneas de cerámicas y porcelanatos hay talleres de matricería, tornería, bobinado de motores, electrónica, mantenimiento, y laboratorios de arcilla y esmaltados. En otra nave están el comedor y la enfermería. Más cerca del perímetro, el salón de ventas y las garitas de seguridad. Después de la ocupación obreros y obreras sumaron una escuela y una biblioteca; el playón al aire libre albergó recitales solidarios a los que acudieron decenas de miles de personas.

Cuando decidieron poner en funcionamiento los hornos y retomar la producción al margen de la patronal, en marzo de 2002, la disputa por el destino de la fábrica llevaba ya un largo proceso. 2001, el año del estallido, fue determinante. En abril Luigi Zanon, el dueño de la empresa, intentó suspender al personal. Le respondieron con una huelga que duró 34 días. Al calor de esa lucha, que finalmente se ganó, votaron una nueva comisión interna: la corriente de Godoy ganó representatividad y se fortaleció la organización sindical. En septiembre la patronal volvió a anunciar despidos masivos; los obreros y obreras ocuparon la fábrica e impidieron el ingreso de los gerentes. En noviembre marcharon a la Casa de Gobierno, donde fueron reprimidos con violencia. Pero eso no doblegó sus voluntades: se sumaron a otros sindicatos, corrientes estudiantiles y partidos de izquierda para conformar la Coordinadora del Alto Valle, un espacio de unidad para defender todas las luchas que se extendió hasta la ciudad de Cipolletti, en la vecina provincia de Río Negro.

Zanon se hizo fuerte y el ejemplo del control obrero se irradió hacia todo el país: fueron cientos las empresas tomadas y puestas a funcionar por los trabajadores y las trabajadoras ante los intentos de vaciamiento de las patronales.

TROTSKISMO, IGLESIA, FÚTBOL

El nombre de Raúl Godoy es inseparable de esas luchas. También lo es el del Partido de los Trabajadores Socialistas, el PTS, de ideología trotskista, donde Raúl es dirigente. Allí militan, también, obreros y obreras de la fábrica que siguieron su ejemplo. Su trabajo de base y la vasta experiencia sindical le brindaron una apertura de miras poco habitual en la izquierda más dogmática.

–Para mí la fábrica es fundamental, es el verdadero termómetro, el lugar donde yo rindo cuentas –explica Godoy. –En el partido también, ahí estamos los que compartimos un programa. Pero entre los compañeros de trabajo está el sentido común que hay que saber escuchar. Si no, uno podría seguir un programa como una biblia, y no es así la cosa.

Su forma de ser también le debe mucho a su historia personal antes de llegar a la izquierda.

–Mi primera militancia fue en la iglesia –rememora–. Yo soy nacido y criado en Centenario, una localidad acá cerquita de Neuquén; mi mamá me llevaba a la iglesia de pibe. Yo veía las reuniones que hacían ahí los obreros de la UOCRA [Unión Obrera de la Construcción] durante la dictadura. La iglesia del obispo Jaime de Nevares tenía bastante militancia barrial. Estaba la pastoral migrante, había gente chilena también. Mi procedencia es un poco de ahí. Desde los 12 hasta los 16 años daba catecismo, teníamos grupos juveniles. Esa tradición fue quedando en la memoria histórica de la vanguardia neuquina.

A los veintipico se fue a estudiar Medicina a La Plata. Quería ser médico, pero trabajó de lo que pudo. Consiguió que lo emplearan como albañil en la Dirección de Escuelas hasta que lo echaron: promediaban los noventa, eran tiempos de ajuste del Estado. Con su compañera y sus dos pequeñas hijas, Lucía y Natalia, decidieron volver a Neuquén. La crisis terminal del Movimiento al Socialismo –conocido con los años como *el viejo MAS*– lo sorprendió militando en la capital bonaerense. Allí fue parte de la

fundación del PTS, la apuesta que hicieron para seguir adelante después de la ruptura. Llegó a Neuquén con la tarea de construir el partido en la provincia: “Éramos apenas seis, y yo tenía la posibilidad de entrar a trabajar en Zanon. Eso era bueno porque nos proponíamos estructurarnos en el movimiento obrero”.

Empezó a trabajar en la fábrica en febrero de 1994, a poco de cumplir 30 años.

–Tenía que andar tapadísimo. Al principio tenía que callarme, no podía decir que era militante porque me echaban. Eso es lo que pasa en muchos lugares de trabajo, donde para los trabajadores no hay democracia.

Durante mucho tiempo debió mantener una doble identidad. En la fábrica era Raúl Godoy; solo quienes compartían su filiación política lo llamaban con el apodo que traía de La Plata, con el que se lo conocía en los círculos partidarios: el Pájaro.

Durante la segunda mitad de los noventa se profundizaron los problemas laborales, pero la empresa prohibía a los trabajadores hacer asambleas. Entonces a Raúl se le ocurrió una forma ingeniosa de empezar a organizarse con sus compañeros:

–Hicimos un torneo de fútbol durante todo un año. La metodología del campeonato era un equipo por sector y cada equipo tenía un representante, o sea, un delegado. Así pudimos entablar relación con todos los sectores de la fábrica. Entrábamos en confianza en las charlas, después de cada partido, cuando íbamos a tomar una cerveza.

“ACÁ TAMBIÉN SE LA VAMOS A BATALLAR”

Desde que en 2011 las trabajadoras y los trabajadores de Zanon decidieron autorizar a sus dirigentes para presentarse en las elecciones parlamentarias, en la legislatura neuquina pasaron situaciones nunca vistas. Primero fue la asunción de Alejandro López, exsecretario general del sindicato ceramista. El Frente de Izquierda había logrado más de 10.000 votos, por lo que le

tocaba una banca. Era la primera vez que un trabajador de una fábrica bajo gestión obrera llegaba al parlamento provincial. Como el Frente estaba integrado por Zanon y tres partidos políticos, decidieron que el espacio sería ocupado de manera rotativa. El obrero ceramista Alejandro López estuvo el primer año, hasta diciembre de 2012. Después fue el turno de Raúl Godoy, propuesto por su partido, el PTS. Le seguirían, en los dos años restantes, la docente Angélica Lagunas, de Izquierda Socialista, y la trabajadora de la salud Gabriela Suppich, del Partido Obrero.

Cuando le tocó asumir, Godoy fue a la legislatura en mangas de camisa, con la ropa de trabajo de todos los días. Llevaba la gorra con el logo de Zanon colgando del bolsillo trasero del pantalón. Se acercó al estrado donde lo esperaba la presidenta de la Cámara. Juró “por la patria, la lucha internacional de la clase obrera y sus mártires, los pueblos oprimidos del mundo y la memoria de los 30.000 desaparecidos”.

Mientras el resto de las diputadas y los diputados le daban el saludo de bienvenida que marca el protocolo, desde las tribunas la barra del PTS entonaba: “Todos esos diputados son de los capitalistas, pero nuestros diputados son obreros y socialistas”; “Somos de la gloriosa clase obrera argentina... no nos corre el gobierno, no nos corre la yuta, no nos corre ninguno de esos hijos de yuta”; y advertían: “Ya van a ver, ya van a ver, la clase obrera en el poder”. Godoy cumplió los formalismos y salió de la cámara. Dedicó unas palabras a sus compañeros y compañeras que aún estaban dentro del edificio de la Legislatura. Señaló hacia el recinto y dijo:

–Esta es una tribuna, algo circunstancial, una trincherita donde todo va a ser más hostil. La militancia es nuestra fortaleza. Lo que *jetoneemos* acá se lo tenemos que hacer pagar en la calle, porque esa es la posta. Acá podemos hablar mejor, peor o más o menos, pero nuestra fuerza está en la militancia. Necesitamos una corriente política revolucionaria, poderosa, en los sindicatos. Un partido de trabajadores sin patrones. Estamos acá para

terminar con esto. Para que todo el mundo tenga derecho a una vivienda, acceso a la salud, a vivir dignamente, y se terminen en Neuquén, como en todo el país, las casillas de cartón. Esto no es lo nuestro, pero acá también se la vamos a batallar.

Su gestión parlamentaria dejó, además de la denuncia a Chevron –bandera yanqui incluida–, un proyecto inédito en la vida política argentina, que después sería replicado por el Frente de Izquierda a nivel nacional.

“LO MISMO QUE UNA MAESTRA”

El proyecto de ley proponía equiparar las dietas de las personas con cargo político con los sueldos de docentes.

–La propuesta de que los diputados cobren lo mismo que una maestra empalma con un sentimiento profundo en los trabajadores y el pueblo –declaró Godoy al momento de hacer la presentación–. Es una desigualdad aleposa que haya funcionarios ricos mientras enormes sectores de la población tienen que remar día a día para llegar a fin de mes.

La iniciativa entró por mesa de entradas el 21 de febrero de 2013, acompañada por la firma del secretario general del gremio docente. El proyecto fue resistido por legisladoras y legisladores de las demás fuerzas políticas, que defendieron sus ingresos seis o siete veces por encima del salario promedio de la población trabajadora. Pero eso no impidió que el Frente de Izquierda predicara con el ejemplo: Godoy, y quienes lo siguieron en la banca, solo cobraron lo que propusieron. Donaron, cada mes, el resto de la dieta a fondos de huelga y causas solidarias.

Un año después, el diputado Nicolás Del Caño presentó un proyecto similar en el Congreso Nacional. Los partidos mayoritarios no acompañaron la iniciativa. Sin embargo, aquella idea que nació en Neuquén de la mano de un obrero sentó un precedente que naturalizó una sana costumbre para quienes llegan al parlamento desde la izquierda. Desde entonces nadie, en ese espacio,

incumple con el criterio de cobrar lo mismo que una maestra a la hora de ocupar un cargo legislativo en cualquier jurisdicción, sea nacional o provincial.

DE VUELTA A LA FÁBRICA

Aquella gestión legislativa fue breve: en diciembre de 2013, a solo un año de haber asumido, dejó su lugar para que lo ocupara otra representante del Frente de Izquierda. Honraba así el compromiso de rotar la banca. Satisfecho por la labor cumplida, Godoy anunció: “Yo me vuelvo a trabajar a la fábrica”. Y así fue. Retomó su puesto en la línea de esmaltado de cerámicas. Desde su lugar de trabajo, y desde el activismo gremial, acompañó la formación de nuevas camadas de delegados obreros.

En 2015 sus compañeros y compañeras lo propusieron nuevamente como candidato a la legislatura provincial. Fue electo hasta 2019. En ese tiempo presentó cerca de 200 proyectos. Propuso la prohibición de despidos y la ampliación de derechos de las mujeres, la juventud y los pueblos mapuche; hizo pedidos de investigación sobre hechos represivos; no dejó aspectos del programa de la izquierda sin abordar.

Después de esa nueva gestión parlamentaria, volvió a la línea de producción una vez más. Otro trabajador de Zanon, Andrés Blanco, Chaplin, asumió una banca tras el buen resultado del Frente de Izquierda en las elecciones de 2019.

–Ahora estoy laburando de nuevo en la fábrica –cuenta Godoy–. No tengo cargo ni en la cooperativa, ni en el sindicato ni en ningún lugar. Estoy haciendo militancia fuerte desde abajo, está bueno. Creo que volví justo en un momento importante, por la pandemia. Estuvimos unos meses tecleando mal porque no nos entraba un mango, así que tuvimos que organizar la resistencia desde el fondo del mar. Me alegro de haber podido estar en la fábrica en este momento.

20 AÑOS: “UN AVANCE PARA NUESTRA CLASE”

–El 2001 nos marcó mucho, a varias generaciones –reflexiona Godoy–. El método de la acción directa, de la asamblea, persiste. Ahora, hasta el burócrata más podrido tiene que hablar de asamblea para legitimarse. Las fábricas y empresas recuperadas seguimos siendo una pequeña trinchera de lucha. Hasta el día de hoy, cuando hay conflictos grandes, cierres de fábricas, el fantasma de la ocupación y puesta en producción por parte de los trabajadores sobrevuela automáticamente. Aquí se pusieron bajo control obrero Cerámica Stefanoni en Cutral Co, Cerámica Neuquén, Textil Neuquén. Cuatro fábricas en gestión obrera, inspiradas por Zanon. Y casi una quinta, una maderera, pero hubo un desalojo.

–Y más allá de la experiencia sindical, en el plano político, ¿qué rescatás?

–La izquierda logró más visibilidad. En todos esos años era la izquierda del “cero coma”, era visible en conflictos pero no tenía voz política, no había una voz disonante, anticapitalista, en ningún diario, salvo en la sección Policiales. Ahora hay una visibilidad, hay una franja de gente que empatiza con una izquierda más radicalizada, no adaptada a lo que quiere el régimen. Eso es un avance para nuestra clase. Hay una izquierda trotskista que es un punto de referencia. Se consolidó un espacio muy de vanguardia, pequeño, pero que no lograron doblegar con esas ideas del *malmenorismo*. Cada vez más gente dice que no, que vamos por otra... Del 2001 a esta parte esa mayor representación política, incluso parlamentaria, ha sido importante para visibilizar la voz de los procesos más profundos.

Zanon –en rigor FaSinPat, la cooperativa Fábrica Sin Patrón– cumple 20 años bajo gestión obrera. Es un hito difícil de igualar en las luchas anticapitalistas a nivel mundial. Raúl Godoy sabe que, junto con sus compañeros y compañeras, todo este tiempo estuvieron haciendo historia. Se arremanga la misma camisa con

la que pasó por el parlamento, la que llevó a seminarios internacionales, la que transpiró en más de una represión, y se vuelve a concentrar en la línea de producción. Sigue trabajando. Aún faltan varias horas para que se cumpla su jornada laboral.

Pablo Solana

“SOMOS FEMINISMO CAMPESINO, ESA ES NUESTRA IDENTIDAD”

Deolinda Carrizo, del territorio a la gestión pública

Deolinda se crió en Quimilí, junto a las mujeres de su familia, y es parte del Movimiento Campesino de Santiago del Estero (Mocase). Eso nos cuenta: “Mi madre ha tenido siete hijos: cinco chinitas y dos changos. Mi mami estaba más con mi abuela. Mi abuela nos ha atendido un tiempo a nosotras y se ha ido al comedor de los curas y mi mami también, para matar el tiempo y el hambre nuestro. Nosotros estudiábamos, yo era una *rebelde way*, muy atrevida con mi mami, te va a decir ella (*risas*). Mi tía una vez me ha llamado determinada. Y a mis compañeros les gusta esa clasificación. Así había sido. Ella me lo decía despectivamente, ¡pero era así!”.

Y desde esos orígenes donde no sobraba mucho, hasta hoy, cuando a todo ese tejido familiar se le sumaron compas, luchas y sueños, y lo colectivo fue tiñendo cada paso y cada acción; Deolinda rescata caminos: “Recién ahora creo que tenemos concreción de sueños propios; hemos terminado de hacernos el rancho. Y tengo unas vacas, de un proyecto que hemos hecho cinco mujeres y mi tío, se llamaba Género y Producción. Todavía tenemos algunos zapallos, calabazas y los hemos compartido con el merendero que, en estos tiempos, después del macrismo y con la pandemia, en la provincia hemos hecho un montón. Porque empezamos a trabajar con barrios populares. Y ahí vamos... compartiendo, porque de alguna manera el territorio no es solamente para la familia, sino compartir lo que se tiene y fortalecer los mercados locales con nuestra producción”.

“EMPEZAMOS A TENER ESA CONCIENCIA DE QUE NADIE IBA A HACER NADA SI NO ÉRAMOS NOSOTRAS, NOSOTROS”

Deolinda es hoy la Directora de Género de la Secretaría de Agricultura Familiar de la Nación, pero forma parte del Mocase desde sus inicios, cuando tenía apenas 7 años. “Me acuerdo del 4 de agosto del noventa, cuando se ha hecho la reunión esa. Había ahí una semejante parrilla con asado para celebrar la constitución del Mocase. Habían de todos lados, muchas personas que han venido para celebrar ese acontecimiento histórico en la provincia”.

Tres años después, allí tuvo lugar la primera pueblada del país contra el modelo neoliberal: El Santiagueñazo, un levantamiento popular que logró echar del poder al gobernador Carlos Mujica. Desde Roma, el entonces presidente Carlos Menem ordenó la intervención federal y la provincia se encontró sitiada por la Gendarmería Nacional. Pero lo que vino después fue peor: en 1995, un viejo caudillo que había sido gobernador en tres oportunidades, Carlos Juárez, volvió al poder para favorecer a los grandes capitales sojeros de la zona, que intentaban apropiarse de las tierras abandonadas por la industria forestal de los sesenta, recuperadas por las familias campesinas de origen ancestral. Su arma más efectiva fue el Departamento de Informaciones Policiales D-2, un aparato de espionaje, represión y encubrimiento al mando del ex miembro de la Triple A, Antonio Musa Azar. Frente a esto, el Mocase no se quedó de brazos cruzados, inició una campaña de denuncias y una serie de marchas contra los desalojos y la persecución, que le dieron una visibilidad nacional.

–¿En aquella época, cómo hicieron para organizar a todas las comunidades y cooperativas de la provincia y enfrentar el asedio del juarismo?

–En julio de 1996, en Quimilí, se hizo la primera marcha por la tierra, la Marcha del Cencerro, que coincidió con la movida

que estaba habiendo por los desalojos silenciosos que estaban ocurriendo en la zona. Después han seguido las marchas. Ese año también los compañeros de la comunidad de Pozo del Toba, de la familia del Paulo Aranda, uno de los referentes de la organización, habían sido acollarados y los habían llevado al calabozo. A ellos los querían sacar de la tierra y llevaban tiempo luchando. Después de esa vez, era andarse con cuidado siempre. A pesar de haberse dado el Santiagueñazo, el juarismo seguía vivo, más vivo que nunca, y era una cosa muy peligrosa.

Ese proceso, del 96 al 98, fue clave. Porque en el 97 nos habíamos incorporado a la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC) y a la Vía Campesina.

Y así, el movimiento campesino ha empezado a tener visibilidad, y a evitar, por la unidad y la fortaleza de las comunidades, esos intentos de desaparición. Juárez había puesto el artículo 182 bis del Código penal de la provincia para facilitar los desalojos, y nosotros logramos, en 2008, que se diera de baja. Hemos hecho presentaciones de informes, en la Cámara de Diputados, de las situaciones de violación a los derechos de las familias campesinas indígenas. También nos juntamos con la Mesa de la Tierra, una propuesta de la Pastoral Social del Obispado de Santiago, cuando estaba el monseñor (Gerardo) Sueldo, que después misteriosamente ha fallecido en un accidente. Ese mismo año elevamos un informe a las Naciones Unidas, para que hubiera veedores nacionales e internacionales, para que se visibilizara la vida campesina indígena en riesgo de desaparecer, por el avance de la frontera agropecuaria, el modelo del agronegocio que estaba implementándose en toda Latinoamérica.

–Vos eras muy joven entonces, ¿cómo te fuiste involucrando en las tareas organizativas?

–En el 98 me he ido un mes al curso de militante de base, que era en el Movimiento de Trabajadores Sin Tierra (MST) de Brasil. Y cuando se reafirmó la convocatoria para hacer nuestro primer Congreso Provincial, en 1999, todo el tiempo ha sido salir a

predicar, y así se llegaba con más de 500 delegados. Me acuerdo de que ahí sí yo había participado, porque estaba mi hermana mayor en el área de jóvenes y comunicación. Había distintos grupos de compañeros que salían a toda la provincia en sulky, algunos en camioneta, otros haciendo dedo. Yo era una de las que estaban en la recibida de las personas, la Nelly, Lobito y yo. Éramos como el trío para la fotografía.

–Entre los desalojos y la crisis económica, ¿cómo hacer para construir un movimiento de nuevo tipo?

–Como organización se había promovido la cooperativización. Y así se ha fundado, en 1996, la Cooperativa de Servicios Agropecuarios y Vivienda. Y eso ha significado una cuestión muy importante para la economía familiar, porque se sacaba un intermedio que, normalmente, se quedaba con toda la ganancia del trabajo de las familias que producían algodón. Y después de esa ola de privatizaciones del menemismo, ha venido, obviamente, la quita del crédito del salario algodonerero, que para muchas familias era una cosa importantísima. Y, paralelamente, se había empezado a dar ese desalojo cada vez más grande, más brutal. Esos íconos, como el Grito de los Juríes (1986) o la Carpa Negra de la Simona (1998), las movilizaciones que se han ido dando, eran como dice una canción de Raly Barrionuevo: “El miedo ha muerto en el monte y en el corazón de los atrasados, para parir un mundo nuevo”. Y eso es lo que se estaba haciendo, pariéndose un mundo nuevo y gestado, justamente, de ahí, de esa tierra que siempre había sido pisoteada por La Forestal, por el juarismo, por esos modelos donde se pensaba que el campesinado era mano de obra barata. Nos organizamos, nos formamos y empezamos a tener esa conciencia de que nadie iba a hacer nada si no éramos nosotras y nosotros. Estábamos saliendo de ese Congreso de 1999 con cosas que para esa época eran súper novedosas: la comercialización, el medioambiente, la sustentabilidad, la reforma agraria, los medios de comunicación propios, pero estábamos hablando de la producción campesina indígena agroecológica.

No había comisión de mujeres, no había Secretaría de Mujeres, sino que, en todas esas áreas que íbamos a conformar, teníamos que estar las mujeres, en todas ellas. Porque así, además, lo venían trabajando a nivel continental e internacional en la CLOC y en la Vía Campesina. Después, claro, ha empezado a crecer el movimiento y se armó un proceso de articulación, en ese momento, con la Eleonora y el Miguel, que eran de la organización Servicio a la Cultura Popular (Sercupo), de Buenos Aires. Cuando han venido los changos a visitarnos empezamos a soñar, a ponerle fecha a los encuentros. Como el primer Encuentro de Jóvenes del Campo y la Ciudad, en 2000, en Pinto. Justamente, un lugar donde, también, estaba surgiendo una organización comandada por mujeres. Por la Cristina, por la Lidia, por la Beata o la Gregoria; mujeres del pueblo Sanavirón que, con el proceso y el tiempo, fueron reconocidas. Y ese encuentro fue preparatorio del Encuentro Latinoamericano de 2001 en la Simona. Así que, imagínate, era toda esa previa...

–Así que 2001 les agarra con organización y propuestas...

–Sí, a puro ritmo total, de encuentro, de intercambio, de hablar de la reforma agraria. Venían mil jóvenes de todos lados, del Uruguay, de Brasil, de todas las provincias. No era un encuentro solo de estudiantes, era de los barrios, de las comunidades campesinas. Ahí hemos empezado a hablar de la vuelta al campo, de las *quedantías*, que después lo hemos hecho. No sé si fuimos visionarios o qué, pero empezábamos a andar y eso nos ha llevado, después, a realizar el encuentro en Buenos Aires, en Roca Negra (Lanús), con el MTD Aníbal Verón. Así que salíamos de Santiago, de Córdoba y de otras provincias.

“CUANDO LEVANTÁS LAS SEMILLAS, HAY COSAS QUE VUELAN CON EL VIENTO”

Si algo nos enseñó el 2001 es que los procesos populares no son lineales. De esa manera es como fue tomando forma (o mejor dicho: germinando) el Movimiento Nacional Campesino Indígena

(MNCI), en conjunto con otras organizaciones populares como la Unión de Trabajadores Sin Tierra (UST) de Mendoza, el Movimiento Campesino de Córdoba (MCC), la Red Puna y Quebrada de Jujuy, GIROS de Santa Fe, Sercupo de Buenos Aires y Encuentro Calchaquí de Salta, entre muchas otras, que aglutinan a más de veinte mil familias de todo el país. Si bien arrancó en 1998, fue varios años después, a partir de una convocatoria del Mercosur para conformar una Mesa Nacional de Productores Familiares, que fue teniendo una forma más organizada: “Querían encontrarnos un lugarcito para decir que estaban haciendo algo, ¿no? Para ellos, esa mesa era para que vendamos lo que producíamos; y nosotros decíamos que no podíamos vender nada si antes no resolvíamos lo central, que es la tenencia de la tierra. No podemos salir a exportar nada si aquí el pueblo se está cagando de hambre”.

—¿Fue difícil la articulación nacional en un contexto de crisis?

—¿Has visto que cuando vos vas a levantar las semillas hay cosas que vuelan con el viento? Bueno, hay mucha gente que no quería estar en esa Mesa, porque realmente no coincidían con los planteos de que primero estaban la tierra, el acceso al agua y esas cuestiones centrales, antes de salir a vender carne empaquetada de no sé qué... Así que se ha ido la Federación Agraria Argentina (FAA) y después el Movimiento Agrario Misionero (MAM). Tampoco estaban de acuerdo en que estén incluidos los movimientos populares urbanos. La cuestión es que, cuando constituimos el movimiento, ahí estaban las organizaciones que también participaban en la lucha por la tierra, por un espacio para construirse su techo, para tener una vivienda digna y, obviamente, la vuelta al campo, que era uno de los ejes centrales que nos encuentra con toda esta changada. Y bueno, hasta el 2005, hemos constituido este movimiento, que veníamos teniendo desde 1998.

“LA CHAPITA ES LO NUEVO, PERO DESPUÉS ME ANIMO A DECIR COSAS COMO SOY”

Las puebladas no solo nos dejaron nuevas formas de construir, basadas en la crítica a las instituciones vacías y alejadas del pueblo, sino también el desafío de llenar esos espacios institucionales con las propuestas por las que luchamos. ¿Cómo animarse a la gestión pública sin abandonar esas formas de construcción que se fueron adquiriendo colectivamente? Así, la apuesta del Mocase por ocupar un espacio en la Secretaría de Agricultura Familiar habla de la inserción en las comunidades de la provincia desde hace décadas y del espacio que fueron ganando cada vez más las juventudes y las mujeres campesinas.

–¿Cuál es ese recorrido previo que te sitúa en la Secretaría de Agricultura familiar?

–Hoy por hoy, a 31 años de la organización provincial, podemos decir que estamos presentes en 25 departamentos de los 27 en Santiago del Estero. Hemos construido también un espacio de formación para la juventud, que ha servido para romper el éxodo de la juventud hacia la ciudad.

En los noventa, doña Mirta, una de las fundadoras del Mocase, que hace unos días ha fallecido, ha promovido el Fondo Rotatorio Caprino, que era para entregar cabras a las mujeres. Esas mismas mujeres, en el 94, abrieron una fábrica de productos regionales, que despertó el interés de cómo creamos sistemas propios para la transformación de nuestra materia prima para la comercialización. Y se empezó a dar la construcción de las carnicerías comunitarias, que actualmente hay seis en la provincia, y las fábricas de productos regionales. Entonces, la juventud también ha empezado a involucrarse. Hemos tenido la Escuela de Agroecología desde 2007, y eso nos ha dado un semillero de jóvenes que hoy están siendo... no el relevo, porque nadie releva a uno, sino que ahí nos estamos multiplicando y siendo parte de esta distribución de las tareas colectivas que tenemos. Con los años, hemos ido haciendo la Universidad Campesina, porque no

alcanza con la multiplicación en la práctica, sino que también hace falta la construcción e intercambio de conocimiento. Quizás, el día de mañana, estemos en otra forma de gobernanza del país y tengamos que estar preparadas y preparados. Pero también, no hubiésemos podido estar en los 25 departamentos si no nos hubiésemos arriesgado a romper con esa estructura verticalista, con la cual ha nacido el movimiento. Porque si ha nacido con esa estructura es porque es la que se conocía y la que, en ese momento, tenía que salir. Las voces del zapatismo nos han llegado también. El hecho de ese acontecimiento en Chiapas nos reafirma que nuestro funcionamiento como organización tiene que replicarse en las formas en que, también, estábamos viviendo en las comunidades, en las fiestas, en todo lo que fuera. Siempre había ese sistema de convivencia, no solamente con la naturaleza, con la tierra, el monte, sino con nuestra economía y nuestra integración como familias. Siempre había momentos comunes de esto, de compartir. Creo que esas cosas que hemos ido rescatando como organización nos ha permitido eso. Y esa delegación de tareas nos ha llevado, bueno, a que me deleguen en asamblea a esto, al cargo donde hoy estoy.

–¿Y cómo es ser funcionaria hoy desde el mismo lugar que construiste siempre y desde esa historia de resistencia?

–La novedad es que yo acá estoy diciendo: “hola, estoy aquí, soy directora”. Eso nomás. La chapita es lo nuevo pero, después, me animo a decir cosas como soy. Y tampoco era decir “bueno, asumimos y hacemos la dirección desde Buenos Aires”. No, no era eso. Era la posibilidad de seguir andando en los lugares donde podíamos acercar la palabra de la experiencia, de la organización. Encontrarnos en la demanda común de la soberanía alimentaria, de la agroecología, de esa lucha que se sigue dando contra los monopolios o el sistema de las trasnacionales, que siguen con esa matriz de saqueo. Así que yo, como directora, les bato esas cosas. Porque nosotros también, sin estar en puestos institucionales, gobernamos el monte, porque es ahí donde también se decide

quedarse o morir... bueno, quedarse. Definitivamente es lo que estamos haciendo. Estar en el territorio es gobernar. La discusión que nos hemos dado tiene que ver con “quién”: quién está donde está. No es la primera vez que tenemos la propuesta y la responsabilidad de estar en una Secretaría de Agricultura Familiar. Nos hemos nutrido de discusiones que nos trae nuestra América, nuestra Patria Grande, la experiencia de Bolivia, de que haya estado un indio, un campesino, un sindicalista, gobernando el país y que haya campesinos y campesinas administrando el ministerio. ¿Por qué tienen que ser los “mano blanda” los que tengan que estar ahí? Nosotros le decíamos así a compañeros de procedencia universitaria y que se sumaban a la lucha en el territorio. Porque nosotros nos hacemos de la experiencia y tenemos las capacidades. O te ponés o te haces a un costadito... porque, si no, es como seguir reproduciendo lo que, en definitiva, estamos criticando. Hablamos contra el capitalismo o contra el patriarcado, contra un sistema de gobernanza impuesto por el colonialismo, pero después, a la hora de la repartija de esos lugares ¿quién va? Los movimientos populares en la Argentina venimos dando esa discusión, esa tarea y esa responsabilidad. Así que, bueno, ahí estamos. En esa. Para ir rompiendo, también, cuestiones que no nos hagan crecer.

“LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES HA SIDO UNO DE LOS PRINCIPIOS POLÍTICOS DE LA ORGANIZACIÓN DESDE UN INICIO”

En 2006, mientras se desarrollaba un encuentro provincial de mujeres en Quimilí, la policía santiagueña realizó un allanamiento en el cual detuvo a los dirigentes varones y clausuró la FM del Monte. Cerraron el predio y un policía se acercó a las mujeres: “Dónde está el jefe”, preguntó. Las 200 compañeras los rodearon. No había varones. El policía no entendió y se alejaron, aún sorprendidos. Acostumbradas a poner el cuerpo en la construcción cotidiana, fueron aprendiendo a ponerlo también para la confrontación y la disputa política.

–Suponemos que el feminismo te habrá llegado, o les habrá llegado, a cada quien de una manera distinta. Y lo mismo con la autonomía, ¿cómo les fue llegando?

–Para nosotras, la participación de las mujeres ha sido uno de los principios políticos de la organización desde un inicio. No hay comisiones de mujeres, pero eso no excluía que tuviéramos nuestro espacio de mujeres, un encuentro, ya sea en el marco del 8 de marzo o el 25 de noviembre.

Y cuando había reunión siempre iban un compañero y una compañera, y siempre un nuevo y un viejo. Era varón, mujer, y uno con experiencia y otro que no. En la zona de Pinto, en 2003, había toda una resistencia comandada por mujeres. De hecho, la Cristina Loaiza ha estado detenida, presa, con su hijo de once meses... Después, en la zona norte, en La Armonía, las mujeres también han sido protagonistas. La Rosa, la María Elena, la Pichona, la Marta, la Silvia... Ellas han sabido encarar, hacerles frente a los problemas en el territorio. Y después tenían que salir a predicar la palabra de la lucha y la experiencia. Después vino todo ese boom a nivel nacional y latinoamericano, y surgió la discusión, en el seno de la organización, sobre el tema del feminismo. En ese tiempo, las ONG han mandado el tema género “tá tá tá” y era lo que garpaba en ese momento. Nosotras decíamos: “el feminismo es de Europa, váyanse de aquí”. Ahora estamos en lo mismo, diciendo “el feminismo pim pam pum y pá”. Pero la realidad es que las mujeres hemos estado siendo siempre protagonistas de la lucha, de la resistencia y también de la coordinación de las decisiones políticas. A veces nos teníamos que putear con los changos y decíamos altas puteadas, y esas puteadas significaban que, más o menos, te hagan la cruz y que seas una atrevida, una boca sucia. Como que te decían: “yo puedo decir chupame el pingo”, pero vos no podías decir “chupame la ura”. Eras vos la atrevida y el otro no. Yo, desde que me conozco, o me he empezado a conocer, no tengo pelos en la lengua. Pero, bueno, cuido los modales, soy muy diplomática y soy directora ahora... (*Risas*).

Ahora más o menos hemos ido generado en las comunidades ciertas condiciones que nos permiten estar organizadas. Porque cuando se accedía a un programa o a un crédito, eran varones los titulares. Entonces, así como hicimos con el crédito rotativo de cabra del 94, hemos empezado a hacer que sean las mujeres las que puedan ser las beneficiarias, entre comillas, directas, y lo hemos mantenido. Claro que hubo compañeras que decían: “¡no somos feministas, porque las feministas andan en tetas!”... y sí, a veces han ido algunas compañeras de monte adentro al Encuentro Nacional de Mujeres y, bueno, yo qué sé, era... “¡Pa’ todos, pa’ todas, pa’ todes!”... Imagínate las compañeras, algunas ya medio veteranas, que vivieron más o menos en un sistema hecho así y ellas, claro, era una cosa, “¡ohh, madre mía”, escandalosa de que anduvieran en tetas. Por eso, también, el hecho de que varias generaciones hayamos sido partícipes del proceso organizativo nos permite darnos estas discusiones. Somos feministas porque luchamos contra un sistema patriarcal y contra el capitalismo, que es el que garantiza ese sistema de dominación. Y ese sistema atraviesa a las pobres, a las ricas, del campo y de la ciudad. Listo, vamos pa’ delante. Somos feminismo campesino porque es nuestra identidad, de donde venimos nosotras: del monte, de la llanura, de esa tierra donde producimos alimento para el pueblo. Y es popular porque también es un feminismo de clase, de la clase trabajadora, de la lucha por ese pueblo que se quiere liberar del imperialismo. Y somos comunitarias porque, justamente, ligado al campesinado, es comunitario ese sistema o forma de vida. Ahí hemos ido conciliando, poniéndole nombres, apellidos y apodos, si se quiere, a ese feminismo, para que dentro de esa gran ola feminista estemos también las mujeres de la tierra. Y eso es parte de ese proceso, sin duda, de discusión, de encuentro y de masticarla, de rumiarla.

Nadia Fink y Martín Azcurra

“KIRCHNER NOS ABRIÓ EL CAMINO A LA INSTITUCIONALIZACIÓN”

Ivanna, el Gringo y el sindicato de la economía popular

En los últimos años, el sector de la Economía Popular irrumpió como actor protagónico en la política del país. Pero su desarrollo viene de lejos: ya antes de 2001 habían surgido cooperativas y talleres autogestivos al calor de las luchas piqueteras, con el eje puesto en reinventar el trabajo perdido. Esas iniciativas ganaron fuerza y lograron una masividad pocas veces vista. La militancia orientó el proceso a la creación de una nueva expresión sindical, la Unión de Trabajadorxs de la Economía Popular, UTEP: un sindicato que va en camino a ser el más numeroso del país. Ese proceso fue de la mano de un mayor acceso de militantes populares a distintas áreas del Estado. ¿Hay herencias del 2001 en esa opción, o se trata de la institucionalización de la protesta social?

Esteban Castro, el Gringo, es un laburante de unos cincuentaipico, “de cuna peronista; transmisión de mis viejos, mis abuelos, todo”. Vive en el oeste del conurbano bonaerense, reconoce “un componente basista muy fuerte” en su militancia y es un ferviente seguidor del Papa Francisco. Empezó trabajando en el taller de soldadura de su padre, hasta que en los ochenta se fundió. En 2001 fue preceptor de un colegio y vendedor ambulante al mismo tiempo. Cuando lo sorprendió la rebelión popular era un peronista más, sin partido. En 2007 fue concejal por el kirchnerismo, aunque asegura que no repetiría una experiencia política de ese tipo. Hoy integra el Movimiento Evita y está al frente de la UTEP como secretario general.

Ivanna Rezano es más joven, era una piba cuando estalló el 2001. Estudió periodismo y militó en la corriente Patria Libre, en el sur del conurbano. Se formó bajo las banderas del Che y Evita, por fuera del peronismo. Resistió los años de crisis desde la militancia y el rock: durante los noventa fue parte de una de las primeras bandas punk compuesta solo por mujeres. En 2007, al igual que el Gringo, tuvo la oportunidad de dar el salto a la política institucional y fue concejala en el municipio de Almirante Brown. Allí, ahora, es subsecretaria de la Economía Social. También participa de la UTEP pero, como es funcionaria pública, no puede ocupar un cargo en la organización gremial.

Con el Gringo conversamos en la sede de la UTEP del barrio de Constitución. A Ivanna fuimos a visitarla a Almirante Brown. Al igual que sus trayectorias militantes, sus testimonios se complementan, dialogan entre sí.

-¿Qué marca dejó en las organizaciones populares la rebelión del 2001?

Ivanna: -Yo siempre uso la frase de Fidel que dice “toda generación tiene su Moncada”. Nuestro Moncada fue el 20 de diciembre de 2001. Fue un antes y un después. Si bien yo militaba hacía varios años, ya nada fue igual. Fue nuestra prueba de fuego, nuestra cercanía más concreta con la lucha popular enfrentando a un sistema que puso toda la represión en la calle. Después tuvimos otro hito como generación, el 26 de junio, en el Puente Pueyrredón. Todo es parte de una misma etapa de un Estado neoliberal que se resistía a morir. Antes del 2001 todavía éramos una minoría. No creíamos que la política iba a volver a ser tenida en cuenta masivamente, como una herramienta de transformación. Mucha gente, hasta nuestros amigos y amigas, nuestra familia, nos decían: “Nah, dejate de joder”. Éramos bichos raros, los tirapiedra. Pero después del 2001 alguien dijo: “¿Vieron que teníamos razón?”. De repente nos llamaban de una radio y nos hacían entrevistas. Después del Puente Pueyrredón también, fuimos esa generación... generación Darío y Maxi. Ya en ese momento

había surgido lo que fue la organización social de Patria Libre, que era Barrios de pie. Llegamos al Puente Pueyrredón en junio de 2002, dentro del Bloque Piquetero, con los Movimientos de Trabajadores Desocupados que eran experiencias más nuevas, y las expresiones territoriales de la izquierda troska. Y nosotros, como expresión del nacionalismo popular. Luego, con las luchas populares, más la ruptura del bloque de poder que encarnó Néstor Kirchner, ahí terminó de cambiar la etapa. Pero no fue solo una cosa ni solo la otra. Kirchner, claramente, no venía de estar tirando piedras en el 2001, era parte del sistema político y de poder de la Argentina. Pero sin él no hubiera sido posible el cambio de etapa, que empieza, a mi criterio, a partir de 2003. Otra de las marcas que nos quedaron como generación fue el contacto con los vecinos y vecinas de los barrios populares, sobre todo con las mujeres. Hasta el día de hoy me siento parte de ellas, a pesar de que tenemos experiencias distintas. Para mí, fue ver cómo una vecina, una mujer, que por ahí era un poquito más grande que yo, criaba a tres, cuatro, cinco, seis pibes con nada, con dos paquetes de fideos, un bolsón que recibían y un plan social. Fue ver muchas situaciones de violencia de género. En ese momento no había políticas públicas, para nada. Tenían que arreglárselas como podían. Ellas sobrevivieron a todo. Nosotras solo tuvimos que aprender.

Gringo: –Nosotros éramos de clase media baja y durante el menemismo la decisión fue ir a los barrios, estar al lado de los pobres y pelearla desde ahí. Nunca tuve una posición muy vanguardista, pero vas con cierta actitud de vanguardia, ¿no?, de creer que vos sabés más que los otros, aunque en el barrio te dan vuelta enseguida. Fue toda una experiencia de unos cuantos años. Antes me movilizaba con el peronismo. Pero en los noventa llegó un momento que te costaba, decías “soy peronista” y tenías que andar explicando de qué peronismo eras. La verdad que era muy triste para nosotros. No quería saber nada con nadie. Mi lugar era la zona de Moreno, Cuartel V, donde vivíamos con mi

compañera Mariel. Empezamos en una casillita, un centro cultural. Todo un desarrollo que se denominaba “frente de masas territorial”, donde fui teniendo espacios de formación política. Ahí empezamos a hacer apoyo escolar, traer algunos docentes de otros lados, algún pibe que estaba estudiando para docente, pero que era de los sectores populares. Hicimos un caminito. Ya más cerca del 2001 empezamos a hacer una murga, que después terminó cortando la ruta por necesidad. Para un peronista, en este país, que haya hambre es un despropósito absoluto. Nosotros vivimos un país de pleno empleo, yo era muy pibe, pero no tenía a nadie en la cuadra que no laborara. Y bueno, empezamos a hacer movilizaciones, cortes, pero el 2001 no nos encuentra organizados.

-¿Qué recordás de esos dos días, el 19 y 20?

Gringo: –Mi preocupación eran los pibes míos, los del barrio, que no me los mataran en el saqueo. Estuve los dos días, primero convenciéndolos de que no fueran, que era peligroso, que ya le íbamos a buscar la vuelta, que no nos dejáramos llevar. Porque lo del saqueo es... Una cosa es ir a Plaza de Mayo; ahora, lo del saqueo lo arman y te matan a los tuyos que no los tenés formados, que van a un saqueo por hambre o por necesidad. Por eso me tiró más quedarme, ir viendo. Y sí, a algunos pibes, que no eran los que militaban conmigo, los mataron. Nunca supimos si los mató la policía, era el descontrol. Yo no hago una valoración negativa del saqueo, pero en ese momento, yo como peronista... Los peronistas tenemos una conducta bastante paternalista. Al que milita con nosotros tratamos de cuidarlo, así que lo que me salió fue eso. Después intentamos acercarnos, pero cuando no estás organizado, llegás hasta ahí. Eso fue un punto de inflexión para nuestra organización territorial y para todo lo que vino después. Siempre las crisis fuertes son transformadoras. El 17 de octubre... no hubo represión ese día, se cagaron los milicos, le tuvieron miedo al pueblo, gracias a Dios. Pero son momentos de avance popular y de crisis, de ruptura. El 17 de octubre

el movimiento obrero tuvo el protagonismo y a partir de ahí fue el protagonista de la política. Nosotros eso no lo logramos en el 2001, siempre quedamos a la cola.

“CUANDO NÉSTOR CONVOCA A LA JUVENTUD DEL 2001 REIVINDICA ESAS LUCHAS”

–¿Cómo fue el paso a la política institucional?

Ivanna: –Fue a partir de 2003, cuando Kirchner se planta en la ONU y dice: “Somos los hijos de las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo”. Nos hizo un clic. Nosotros no teníamos nada que ver con el PJ [Partido Justicialista] ni con el peronismo. Cuando él va como candidato, nosotros, la corriente Patria Libre, no lo votamos. Decíamos que era el Chirólita de Duhalde. Sin embargo, el mensaje a los pocos días de asumir, el 25 de mayo de 2003, y todo su accionar posterior, a muchos nos voló la cabeza. Hubo una convocatoria de él en persona, como dirigente, como presidente electo, hacia los movimientos sociales y hacia los sectores populares que nunca habíamos visto desde el poder. Lo único que habíamos recibido era ninguneo o represión. Y cuando Néstor convoca a la juventud que habíamos puesto el cuerpo en el 2001, de alguna manera, reivindica esas luchas. Con lo de la represión en el Puente Pueyrredón, siempre dentro de las prácticas del peronismo, nunca tuvo una posición, pero se fue sacando de encima a Duhalde. Así que la convocatoria de Néstor Kirchner en persona fue el camino hacia esa institucionalización. Yo me sumo a un espacio institucional recién en 2007, porque acá en el municipio de Almirante Brown hasta esa fecha gobernaba el duhaldismo. Recién en ese año fui concejala por primera vez. Cuando Néstor nos empieza a dar espacios en el gobierno nacional, nos da la Coordinación General del Programa de Fortalecimiento de los Derechos de las Mujeres. Era un programita, pero para nosotras fue muy importante. Ahí formamos a muchas de las compañeras que venían de revolver la olla para hacer los merenderos en los barrios. Se transformaron en promotoras territoriales de

género y nos llamábamos Las Juanas, por Juana Azurduy. Eso fue de 2004 a 2008, y esa fue nuestra herramienta de batalla. Llevamos adelante el registro de promotoras territoriales Tejiendo Matria, que entregaba unos cuadernillos de formación. En 15 años tuvimos un recorrido primero de resistencia, después de una primera experiencia institucional donde éramos las primeras que planteábamos estas cosas, a tener hoy un Ministerio de las Mujeres y Diversidades, donde se sigue llevando adelante aquel registro, con todo el impulso, a nivel nacional.

Gringo: –Lo que vino después del 2001 fue todo un período de lucha y organización cada vez más creciente, que nos hizo pensar. Armamos tres organizaciones: el Movimiento Barrial 17 de Octubre, una cosa entre nosotros. Con eso, después, lo fuimos a visitar a Emilio [Pérsico, dirigente del Movimiento Evita]. Ya estaba el kirchnerismo. Dos de esas organizaciones quedamos adentro de lo que era el MTD [Movimiento de Trabajadores Desocupados] Evita. Todo eso fue un aprendizaje. Desde lo personal, mi conducta es que no podés estar lejos de los pobres. Tengo un componente basista muy fuerte que, en algún punto, es una desviación. Aunque yo te diría que no se puede de otra manera. Cada vez estoy más convencido de que de otra manera te entra el liberalismo. Cuando te empieza a gustar más la reunión y la rosca, es imposible. Tenés que estar muy firme para que eso no te entre en el bocho. Ya estaba Néstor y además de la movilización pretendíamos algún tipo de acuerdo. Yo en 2007 fui concejal por cuatro años, cosa que no se volvió a repetir ni se volverá a repetir jamás –ríe. Hace una pausa y retoma–. Fue la entrada de los movimientos populares al Concejo Deliberante. Al estar muy parado en la base más pobre, por más que seas peronista y qué sé yo, y tener un componente de clase media que te hace llegar con cierto puritanismo, me parece que todo eso ayuda e influye para que yo me haya sentido mucho más incómodo de lo que se sentían otros compañeros. Porque yo ahí no negociaba nada, no es que me decían: “tomá y levantá la mano para votar”. Mi vida

siguió igual. En el barrio, con un autito hecho mierda, todo igual. Eso te va generando una conducta de no transar que está bien, pero a veces te quedás afuera de la discusión. Después entró mi compañera e hizo una gestión mucho mejor. Ya en 2011 los compañeros dicen: “¿A quién ponemos al frente de la CTEP [Central de Trabajadorxs de la Economía Popular, como se denominaba antes de integrar a más sectores y convertirse en UTEP]?”.

–Y desde entonces te sentiste más cómodo en lo social, lo gremial, que en la política institucional...

Gringo: –Sí, pero igual quiero que sean los trabajadores los que tengan poder institucional, no alguien que no sé de dónde viene. ¿Qué es lo que más rescato siempre del peronismo? El protagonismo de los trabajadores en las decisiones políticas que hay que tomar para cambiar esto. Los compañeros míos se sienten parte de la clase trabajadora, son trabajadores. Ahora estoy dentro del Evita, a veces con funciones y otras no tanto, porque tengo la responsabilidad de la UTEP.

UNA “ORGANIZACIÓN SINDICAL DE NUEVO TIPO, INÉDITA EN EL MUNDO”

–¿El surgimiento de la UTEP tiene relación con el 2001?

Ivanna: –La UTEP venía armándose en grupos de compañeros y compañeras que venimos de aquella generación del 2001. La base social y económica donde se asienta son los sectores excluidos, los vecinos y vecinas de los barrios populares. Lo que el capitalismo no quiere, no necesita y no va a usar nunca más como mano de obra para seguir creciendo y acumulando ganancia, porque ya no necesita a casi la mitad de la población, o más. Entonces, ¿qué hacemos con esos sectores? A partir del 2001, se vienen organizando, vienen generando expresiones políticas, cuadros políticos. Se da esta organización sindical de nuevo tipo, totalmente inédita en el mundo. No existen otras experiencias como la que se dio acá en tan pocos años. Si bien durante los cuatro años de macrismo no se obtuvo la personería, se resistió.

Fue un momento de mucha visibilidad, se generaron movilizaciones enormes, se generaron leyes como la Ley de Emergencia Social, que dio lugar al Salario Social Complementario que luego se transformó en el Programa Potenciar Trabajo. Hay una disputa económica, política, pero también simbólica, de discursos. Hay muchos sectores del gobierno que te dicen “son trabajadores informales”. ¿Qué informales? Las compañeras que trabajan en centros de desarrollo infantil, que contienen a cientos de pibes y pibas en los barrios, no son informales, nunca van a estar empleadas. Hay un sector de la dirigencia que piensa que en algún momento vamos a tener ese pleno empleo, que tampoco existió mucho tiempo. Todas esas son aristas de un fenómeno social y económico muy crudo y muy difícil de explicar. Otro de los ejes es la paridad de género, porque es un sindicato de uno y una. No puede haber representatividad en la UTEP que no sea un compañero, una compañera y una compañera. Porque también hay en la Secretaría Nacional una persona trans.

En 2021, a una década de haber nacido con otra sigla pero con el mismo objetivo, la UTEP logró el reconocimiento del Estado: le fue entregada la personería social. Ese es el paso previo a la aceptación legal como sindicato. El funcionamiento interno responde a los acuerdos políticos entre las distintas organizaciones que la impulsaron. “Por ahora” no hacen elecciones internas porque “la UTEP recién está empezando”. Desde que se creó, el Gringo sigue siendo su secretario general.

Gringo: –Este año, cuando organizamos el secretariado, yo ya no quería ser más secretario general. Para mí tienen que ser pibes más jóvenes, de 40, 40 y pico de años. Voy a seguir para sostener, lógicamente, el sindicato. Necesitamos construir otra figura de consenso, pero hay que trabajar para que yo sea reemplazado. Tendría que haber sido esta vuelta, pero todos dijeron: “No, pará, va a salir el sindicato, tenés que seguir vos”. El capitalismo más perverso... bah, el capitalismo siempre es perverso, pero el más

perverso, necesita fragmentación; si es posible, va a fragmentarte a vos al medio. Y nosotros tenemos que hacer un trabajo muy fuerte para la unidad. Para mí la unidad de los movimientos populares en la UTEP es un aporte enorme. Porque vos te quedaste sin trabajo, no tenés más patrón, si buscás un patrón que te contrate no lo conseguís. Sin embargo, organizás un gremio. O, por lo menos, intentás organizar lo más parecido a un sindicato. El eje mío siempre fue la unidad. Siempre. Sin esa unidad no hay transformación posible. Muchos dicen: “no, pero ¿cómo me voy a unir con este, con aquel, con el otro?”. Y bueno, no sé, fijate; tené paciencia, qué sé yo. Somos parte de un... no es un nuevo sujeto, del mismo sujeto fragmentado que nosotros queremos unir. Ahora, ¿cuál es el problema en la práctica política del poder? Que vos mirás las cosas desde el poder, desde arriba. Entonces, hablar con el de abajo... yo tengo una impronta católica, y para el que quiere, hay un cura amigo y viene y leemos un rato la Biblia. Media hora, no es que somos estudiosos de la Biblia, leemos un rato. Después comemos algo, compartimos un poco, son momentos de felicidad que se arman. Lo que querés es hablar, contar los problemas que tenés. Todo ese proceso te lo perdés si solamente mirás la política del poder. Los funcionarios del gobierno tienen que ir a agradecerles a mis compañeras. No sacarse fotos y hacer carteles; andá, sentate a comer algo y agradeceles lo que hicieron. Y que sea después un boca a boca: “che, acá vino el ministro tal”. Para mí, no hay forma de sanar todas las heridas que tenemos, si no hay un encuentro. Tenés que ir y escuchar y tratar de sacarte un poquito el... iba a decir el cassette, pero queda muy viejo...

EMPODERAMIENTO DE LAS MUJERES

“Y EL QUE SE TENGA QUE CORRER, QUE SE CORRA”

A principios de julio de 2021 salió a la luz un fuerte contrapunto entre el principal dirigente del Movimiento Evita, Emilio Pérsico, y las corrientes feministas. En un encuentro con la

Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresas, Pésico habló en tono despectivo del rol de las mujeres en los barrios pobres, responsabilizándolas por la falta de trabajo de los hombres y hasta el incremento del delito: “Quien tiene las tarjetas de ayuda social en el barrio es la mujer; eso destruyó, hizo que la mayoría de las familias sean matriarcales. Si la que conduce es la mujer, la única forma que tiene el hombre para volver a su casa es agarrar cinco giles y llevarse cinco celulares a cinco mil pesos cada celular o vender droga y caer en las enfermedades sociales”, dijo el dirigente. El repudio le llegó desde distintos sectores y algunas respuestas se destacaron de las demás porque provinieron de su propio espacio político. Ivanna fue una de las compañeras que se manifestó en ese sentido.

—¿Cómo tomaste aquellas declaraciones de Emilio Pésico?

Ivanna: —Yo escribí algo en su momento. No lo satanizo. Aprendimos mucho de él, pero tampoco barramos la basura abajo de la alfombra. Tenemos que dar debate, y la respuesta más clara fue la que dieron sus propias compañeras. Tuvieron varios encuentros, varias reuniones para hablar del tema. Y no terminó el debate, está abierto. A mí me encanta que se dé, porque muchas nos llenamos la boca hablando del empoderamiento de las mujeres, pero después cuando habla un compañero varón nos callamos. Hay un empoderamiento de nuestras compañeras. Hay dirigentas como Mariel Fernández, que hoy es una intendenta del conurbano bonaerense. Para nosotras como generación, los intendentes siguen siendo los *barones* del conurbano. Queremos ser más mujeres, *baronas* del conurbano. Cuando tenemos una, que es nuestra, no lo minimizamos. Porque si la propia *orga* le baja el precio, imaginémonos el resto; nos pasan por arriba. Así que ahí yo creo que hay un debate abierto. Hoy las candidatas de las organizaciones populares, mayoritariamente, somos mujeres.

El Gringo Castro no se refiere a aquella polémica, pero sabe de qué se trata: entre quienes respondieron a Emilio Pésico

estuvo en primera línea Mariel Fernández, intendenta de Moreno, su compañera. También él reconoce que a veces los varones en la militancia “no dejamos que surjan” más mujeres en roles protagónicos.

Gringo: –Ya en aquellos años veíamos que las mujeres tenían una política de unidad al interior del barrio, como si fuera un “feminismo comunitario”... el nombre se lo robé a Mariel, mi compañera. Nada sale de un repollo, este es un proceso que hace que hoy, por ejemplo, en el momento más angustiante de la pandemia, sean ellas quienes lo campearon. Las mujeres capitanearon todo. Es más, a mí me tendría que reemplazar una compañera o ya me tendría que haber reemplazado una compañera, pero, por cómo es la dinámica nuestra, no dejamos que surjan. Hay un problema que es el machismo, que llaman patriarcado, que es, en algún aspecto, la base de sustentación del capitalismo.

Ivanna: –Hay que seguir dando el debate, con respeto. En eso somos nacionales, populares y peronistas, en el sentido de no romper. Yo no creo que haya que romper las organizaciones por una cuestión de género. Pero sí hay que dar el debate y el que se tenga que correr, que se corra. Y si no... se tendrán que correr igual.

Pablo Solana y Martín Azcurra



Murga Los Muertos de Hambre, 2006

La acción se realizó a 30 años del Golpe de Estado cívico militar para denunciar las políticas de hambre, impunidad y represión. A partir de la convocatoria del área de cultura del Frente Popular Darío Santillán, varios grupos artísticos, políticos y culturales se sumaron a la pregunta “¿Nunca Más?”. Con pecheras de esqueletos, pancartas, globos y cantos, denunciaron la continuidad del modelo económico y social impuesto por la dictadura. Participaron los colectivos Taller Popular de Serigrafía, Arde!, Libres del Sur, Grupo de Estudiantes del IUNA, El amasijo y 30.000 razones.



“LO QUE CAMBIÓ ES LA VOCACIÓN DE PODER”

Nahuel, Rosalía y la organización de quienes trabajan la tierra

La Unión de Trabajadores y Trabajadoras de la Tierra, UTT, es una de las organizaciones populares que más creció en los últimos años y, además, de las más creativas para dar a conocer sus reclamos. Nació en 2010, pero no tiene una fecha definida de creación. “Tendríamos que hacer un poco de esfuerzo para acordarnos... o inventarlo”, reconocen, con humor. Tal vez les cueste identificar un hecho fundacional porque la UTT es la continuidad de un proceso previo que se remonta a casi dos décadas atrás. Las brasas del 2001 todavía ardían cuando empezó a concebirse la organización de los pequeños productores de la periferia rural del conurbano bonaerense. A poco tiempo de andar, la UTT se extendió a todo el país.

Rosalía Pellegrini y Nahuel Levaggi fueron los fundadores de la organización. Hoy ella está al frente de la Secretaría de Géneros de la UTT y es su principal vocera. Él es el coordinador nacional y, además, presidente del Mercado Central de Buenos Aires, con el mandato de la UTT, que le delegó la tarea de ocupar ese importante cargo ejecutivo. En el camino de la militancia desarrollaron un vínculo de amor doble: a la causa y entre sí. Construyeron, con sus propias manos, una casa rural donde vivir y se pusieron a trabajar junto a las quinteras y los quinteros que pretendían organizar; tuvieron dos hijes y, aunque hoy ya no mantienen la relación de pareja, en la militancia siguen siendo dos que caminan y comparten a la par. Con cuarenta y pico de

años, son parte de la generación que empezó a militar en el contexto de la rebelión del “que se vayan todos”.

Nahuel: –¿Cómo empezó todo? Empezó hace años y años. Para mí es como una continuidad, desde haber vivido en la Villa 20 en Lugano. En diciembre de 2001 yo estaba ahí, en la villa de Lugano, y decía: “La salida no es hacer el decimonoveno piso de un metro cuadrado en la villa, es salir de acá”. La respuesta iba a ser con la vida en el campo, con una propuesta concreta: producir los alimentos.

Rosalía: –Nos preguntábamos: ¿Qué hacemos con las desigualdades, con esos territorios, incluso urbanos, hechos pelota, sin perspectiva de laburo, de vida digna?

–¿Y por qué decidieron irse de la ciudad, buscar esas respuestas en el campo?

Rosalía: –Hay algo personal que nos lleva a elegir. Porque, con el mismo compromiso, podríamos haber hecho esto en cualquier lado. No sé, en una fábrica, en el barrio. Pero a mí siempre me tiró el campo. Mi mamá es de La Pampa y yo siempre iba allá, a quedarme. Aparte era la época del auge del Movimiento Nacional Campesino Indígena, Raly Barrionuevo... Había un romanticismo en la construcción rural que a mí me re pegaba. O hacíamos esto o me iba al Mocase (Movimiento Campesino de Santiago del Estero), era por ahí. Yo estudiaba en la Facultad de Ciencias Políticas y habíamos empezado a trabajar en la red Tacurú, ahí nos conocimos con *Nahu*. La posibilidad de desarrollar mi vida en el campo me tiraba un montón. De alguna manera lo que hicimos, o lo que yo hice (voy a hablar en primera persona) en ese momento fue lo más radical: dejé la facultad y me fui a vivir al campo. Nos levantábamos a las seis de la mañana e íbamos en bicicleta a trabajar en la huerta; cagados de frío, las manos se nos partían.

En ese entonces tenía 23, 24 años, porque después tuvimos a Aluén. Había mucho heroísmo, mucha entrega en lo que hacíamos. Y desclasamiento también... igualmente yo laboraba, siempre laboré, desde los 17 años. Mi vieja se fundió en Haedo, soy del

Oeste, y tuve que laburar para pagar las cuentas. Pero vivía con mi hermano en Capital, estudiaba, tenía una vida urbana. Entonces hubo ese proceso de desclasamiento hacia el campo. Ahora, casi la mitad de mi vida hace que vivo en el campo, entonces ya forma parte de mi identidad, con sus carencias y sus virtudes.

Nahuel: –Mis abuelos tenían un campo en Saladillo, te estoy hablando de muy chiquito. Siempre tuve una vinculación muy fuerte con la naturaleza, la vida silvestre. Laburé de guía en la Reserva Ecológica de la Costanera Sur, hacía viajes con grupos de colegios secundarios, íbamos a comunidades mapuches. Soy feliz en la naturaleza. Después decidí ir a vivir a la Villa 20 de Lugano, ahí laburé siete años, por una cuestión de compromiso casi cristiano en ese momento. Dedicar mi vida al bien, esa era la premisa. Cuando dejo Lugano estoy un tiempo en algunos barrios de Capital y después viví un año en el local Semillita, del Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Lanús. Dormía ahí porque no tenía casa, un año entero.

“ACÁ MÁS DEL 90% DE LA POBLACIÓN VIVE EN LA CIUDAD”

–En otra entrevista para este libro, Neka Jara dice que la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón le cambió la vida. Ustedes también fueron parte de esa organización, ¿qué les pasó en su caso?

Nahuel: –A mí también me cambió la vida la Verón. Porque encontré el método, el direccionamiento. Cuando yo vivía en Lugano, mi compromiso era una cuestión individual. Vivía en un pasillo, lloraba a la noche porque sufría con mi vida; eso fue todo un proceso. Fueron tres años de fracaso, fracaso, fracaso, fracaso. Toda mi vida metida en eso, pero nada... Hasta que me sumé al movimiento.

–Y te diste cuenta de que no estabas tan loco...

Nahuel: –No, no de que no estaba tan loco. Ahí encuentro el método, sobre todo. La propuesta, el proyecto. Eso me cambió la

vida. Después, la Central de Trabajadores de la Economía Popular, la CTEP, también fue un cambio. Fueron *clicks* que nos marcaron. La relación con el movimiento campesino de Santiago del Estero, también.

Rosalía: –Entre el Frente Popular Darío Santillán, que vino después de la Verón, y el movimiento campesino, estaba la vanguardia de la lucha, ¿no? Después conocimos al Movimiento de Trabajadores Excluidos, el MTE [*que era parte de la CTEP que mencionó Nahuel*]. Fue importante para nosotros conocer ese laburo masivo, gremial... Eran miles, yo decía: “¡Son cuatro mil cartoneros organizados!”. Y tenían todos obra social. Eso nos terminó de convencer de construir una herramienta gremial, amplia, que lograra tener acceso a la salud, por ejemplo.

–Entonces, después de participar del movimiento de desocupados decidieron pasar al trabajo rural...

Rosalía: –Sí, llegamos a la UTT con esta idea de construir lo mismo que se pensaba desde el Frente Popular Darío Santillán: trabajo digno, un cambio social, pero aquí y ahora, construir trabajo a partir de la tierra y de la producción de alimentos. Primero lo hicimos desde la CTR [Coordinadora de Trabajadores Rurales] de San Vicente, al sur de la provincia de Buenos Aires. El de los pequeños productores es un sector que produce toneladas de alimentos y, sin embargo, no tiene derechos básicos como una casa digna, acceso a la tierra. Teníamos la referencia del Movimiento Sin Tierra de Brasil, el MST, queríamos construir algo así en Argentina. Era raro, porque acá más del 90% de la población vive en la ciudad. Entonces era buscarle la vuelta al cómo. Eso llevó un tiempo. Siempre con el método de organización, de construcción de poder popular en el territorio, con la asamblea. Eso nunca lo dejamos.

Nahuel: –Hicimos unas primeras reuniones a la vuelta del encuentro con el MST de Brasil, y así surgió la CTR en San Vicente. Pero no había un sujeto campesino ahí, hacíamos un laburo de producción agraria hermoso, que sostuvimos un año y medio;

trabajamos en un tambo que nos quedaba lejísimo. Nos íbamos una semana uno, otra semana otro, caminando seis kilómetros con los quesos que producíamos. A la ida llevábamos comida y a la vuelta traíamos los quesos.

Rosalía: –Todas las verduras, los quesos, los llevábamos en tren desde San Vicente hasta Capital, una locura. Fue muy duro todo, muy difícil, arañando y dejando la vida ahí, pero fue una experiencia muy formativa que, si bien no acumuló en un proceso de organización en ese momento, en lo personal nos sirvió mucho.

Nahuel: –Si nosotros no hacíamos todo eso en ese momento, hoy no estábamos acá. Después armamos un encuentro y vinieron quinteros. Nosotros siempre estábamos con esto de armar, organizar, armar, organizar, siempre con la idea clara, con un camino claro. Con muchísima disciplina y sacrificio. Con momentos de victorias y de fracasos también, de derrotas.

Rosalía: –Yo cuando cuento la historia de la UTT, cuento lo que pasó en la primera asamblea. “Necesitamos un tractor”, dijo alguien. Bueno, tuvimos que luchar dos años para tener ese tractor. El origen siempre es concreto. Después eso reivindicativo se fue transformando en propuestas de política pública. Esa es la maduración que hicimos y que veo que también hicieron otros. Empezamos a pensar las respuestas para el sector de los pequeños productores en general, no solo para nuestros compañeros. Y si son para el sector, no son para la *orga*. Entonces eso nos llevó a pensar en políticas públicas. En una de las tomas de tierras, en el acampe al costado de la autopista, éramos no más de cien compañeros y compañeras. Sin embargo, al pedido “queremos tierra” lo transformamos en un Programa de Colonias Agrícolas y Crecimiento Urbano, así con un nombre careta y todo. Y eso antes de ser miles, por una cuestión de vocación.

LOS AZOS: “EL MÉTODO DE LUCHA CAMBIÓ UN MONTÓN”

Nahuel: –La particularidad que tenemos es que materializamos las propuestas. A veces lo prefigurativo, lo real, y la propuesta política masiva están disociados. Podés decir: “Lo chiquitito, acá, lo prefigurativo somos nosotros”, pero no tenés propuesta para el conjunto de la sociedad. O, al revés, podés hablar de *bla bla bla* y no tenés ni dos tomates... algo real, sean dos tomates o dos panes. El pueblo necesita las dos cosas: transformar su realidad inmediata y vivir en un mundo que sea distinto. Y para eso necesitamos construir cuestiones reales que transformen, no el chamuyo discursivo. No nos podemos quedar contentos diciendo: “¡Mirá qué linda la colonia agrícola que tenemos nosotros en Luján!”... No, hay miles y millones que necesitan otro mundo, y la mejor manera de lograr eso es transformándolo todos los días desde lo prefigurativo. Hoy una herramienta es el Estado, las propuestas son las políticas públicas, programas y leyes. Y la discusión con la sociedad, la disputa del sentido común de la sociedad.

Rosalía: –Sí, ganar los corazones, como decía Manuel Suárez. Esa frase la tenemos grabada a fuego.

–Mencionaron que hoy el Estado es la herramienta. ¿Cómo redefinieron esa relación, del “que se vayan todos” a hoy?

Rosalía: –Todo el período del surgimiento de la UTT es justamente de retirada del auge de los movimientos sociales. Estaba el riesgo de quedar siendo los más lindos, los más buenos, pero ser cinco gatos locos. La pregunta era: ¿Cómo construimos una correlación de fuerzas favorable para los sectores populares? Era el momento del kirchnerismo. El Estado tomó la batuta. Por un lado, había habido un proceso de cooptación muy grande, pero por otro lado hubo sectores que se quedaron diciendo: “¿Y ahora qué hacemos?”, mientras el Estado avanzaba haciendo política a pleno, en el mejor sentido también, ¿no?

Ahora uno puede analizar el kirchnerismo desde otro lugar, pero en ese momento era: “¡Los odio!”, estaba todo mal. Para

nosotros era: “Los mejores, los únicos, los métodos piqueteros”. Pero vino Néstor, bajó el cuadro y todo eso empezó a desinflarse en los territorios. También las asambleas se empezaron a desinflar. El sector que aglutinaba el movimiento piquetero comenzó a conseguir mejores condiciones económicas o de vida que se las garantizaba el Estado, no el movimiento. En ese proceso de reflujo nosotros seguimos buscándole la vuelta: si esto no va más, hay que construir otra cosa. En la UTT siempre tuvimos la convicción de que había que construir una herramienta masiva que pudiera interpelar no a la burbuja que somos, la militancia, sino a todo el resto, tanto para proponer políticas públicas como para pensar en la estrategia de lucha. Era un período de agotamiento del corte de ruta... Los primeros años de la UTT también hacíamos cortes de ruta, y hoy en día si es necesario vamos a cortar la ruta también...

Nahuel: –Eso todavía está: pasa algo, se corta la luz, y cortamos la ruta.

Rosalía: –Claro, pero el método de lucha también cambió un montón. Hoy por hoy tenés que analizar el grado de simpatía que pueda tener la medida. De hecho, los “azos” que instalamos a partir de los *verdurazos* ya son parte de la lucha del pueblo. *Verdurazo*, *panazo*, cualquiera hace un “azo” hoy. Hicimos esta lectura: hay que salir con el tractor, hay que salir con la verdura y la verdura hay que regalarla. La sociedad tenía la imagen del campo rico tirando la leche para protestar... ¡no! Nuestra medida de lucha no puede ser antipopular. Te tenés que ganar a la gente. Entonces, por ahí, cortar la calle y que todos los trabajadores estén mal, quizás... lo bancamos, pero quizás no es la medida para la Argentina de estos últimos años.

UN GREMIO “TOSKO-ANARCO-PERONISTA-GUEVARISTA”

En los últimos años, la UTT tuvo un crecimiento exponencial que le permite estar presente en 18 provincias del país y organizar a una base social que estiman en más de veinte mil familias.

Hasta ahora Rosalía y Nahuel mencionaron el carácter gremial de la UTT, pero también fueron dando claras definiciones estratégicas. Los materiales de formación que utilizan plantean, de manera didáctica y clara, el problema estructural que condiciona los derechos de quienes integran la organización: las y los pequeños productores generan más del 60% de los alimentos que consumimos, pero poseen apenas el 13% de la tierra, mientras el 1% de las empresas agrarias concentran el 36% de la tierra cultivable de nuestro país.

¿Cómo se define ideológicamente la UTT? 2001 puso en cuestión, también, las identidades políticas tradicionales. ¿Son de izquierda, kirchneristas, autonomistas, progresistas? La primera respuesta le quita solemnidad al asunto: “La UTT es trosko-anarco-peronista”, dice Rosalía, y su sonrisa nos invita a repreguntar. Amplía: “Siempre nos identificamos con cosas del peronismo, cosas del anarquismo muy fuertes como la forma de vivir, y la lectura de clase del trotskismo”. Piensa un instante más: “¡Y Guevarista! Trosko-anarco-peronista-guevarista, eso somos”, dice y retoma la sonrisa. Nahuel completa, más serio: “Igual, si en el campo nos preguntan, contestamos: ‘Esto es un gremio’. Queremos a todos adentro. Después sí, claro que tenemos nuestra política”.

Nahuel: –Hay muchas UTT conviviendo al mismo tiempo. Una es el gremio en el territorio, porque hay un sujeto productivo que ya existe. Los compañeros trabajan, producen, venden, y necesitamos mejorar esas condiciones. Hay un laburo que no es el que más se ve de la UTT, el laburo de ir y conseguir nylon, mercadería, un plan social, soluciones ante una casa que se quema. La UTT gremial es lo que somos todos los días. Nos deslomamos resolviendo problemas de base todos los días para dar respuestas concretas. Toda esa UTT es la masiva y es sobre la que después construimos la propuesta para la clase media, sobre todo de la mano de la comercialización. En la imagen de un almacén, o de un *verdura*, lo que une todo, lo que queda en el centro de la escena, es el alimento. A partir de ahí proponemos la alternativa, porque el

modelo productivo es esclavizante para nuestros compañeros. La propuesta política transformadora sobre el modelo agroalimentario termina también siendo una respuesta gremial inmediata a los compañeros, que con la agroecología viven mejor. No porque cobran más caro, o porque vendan en Palermo, no, no: porque no se envenenan, usan bioinsumos y no producen a precio dólar.

Rosalía: –Claro, al principio toda esta cosa que se transforma en moda a nosotros mismos nos impacta. Pero, ¿quieres venir a la UTT? No es todo lindo, no es todo romántico. Los compañeros tienen necesidades concretas.

“HAY DOS PALABRITAS QUE SIGUEN SIENDO CLAVES: LA AUTONOMÍA Y LA ACCIÓN DIRECTA”

–Los cambios respecto a los métodos de lucha, las instituciones y el Estado que se dieron durante los últimos veinte años parecen importantes... ¿qué se mantiene, entonces, del 2001?

Rosalía: –Para mí hay dos palabritas que siguen siendo claves: la autonomía y la acción directa. Esas dos cosas son claves, y creo que en este momento hay que recuperarlas, reforzarlas cada vez más. La capacidad de seguir manteniendo la autonomía es clave. El “que se vayan todos” por ahí suena irresponsable hoy, pero a su vez tiene algo que es muy positivo: nosotros, el pueblo organizado, tenemos que definir cuál es el norte de nuestras vidas y de nuestras estrategias. Después, la acción directa. Nosotros estamos con la ley de acceso a la tierra que no avanza, y cuando estamos engrampados nos preguntamos: ¿qué mierda hacemos con todo este desafío en lo institucional, en el Mercado Central? Y nos respondemos: acción directa. Eso nos clarifica un montón el horizonte. Esas dos cosas, la autonomía y la acción directa, nos vienen de esa época.

Nahuel: –Hoy estamos en un momento en el que hay que empezar a golpear un poco. Esa es la discusión que se está dando

ahora. Pero hay un movimiento popular que se institucionalizó mucho. Hubo expectativa con que “ahora somos gobierno” y tenés a todas las *orgas* en alguna instancia del Estado, de la política. Nosotros también, estamos en el Mercado Central, pero con la definición que decía Rosalía. La UTT es 100% autonomía.

Rosalía: –La UTT sigue teniendo el mismo esquema de democracia de base, incluso de regionales, que tenían los Movimientos de Trabajadores Desocupados. Yo siento que en ese plano seguimos haciendo lo mismo que hacíamos antes. Lo que cambió es una vocación de poder más masiva, de interpelación a lo institucional. Hacer política no solo para nuestros compañeros y compañeras, sino para el pueblo. De pensar cómo presentamos un proyecto productivo, a presentar una propuesta de ley. Eso también es algo que cambiamos de la militancia.

“TODO FUE CRECIENDO AL CALOR DEL FEMINISMO”

En Argentina –y en el continente y en el mundo, también– el feminismo vino a transformarlo todo. Su crecimiento de los últimos años sumó una perspectiva necesaria (y, aún, muy resistida) sobre el nacimiento y desarrollo de todas las construcciones y, por supuesto, también de las organizaciones políticas y sociales. Cambiar el punto de vista con perspectiva de géneros va haciendo que mujeres y disidencias reconozcan los lugares protagónicos que ocuparon históricamente, pero que no se valoraban como tales. Y para las trabajadoras y trabajadores de la tierra esto no es una excepción, “porque el feminismo explota en Argentina y se mete en cada pueblo rural”, como cuenta Rosalía. Por eso la UTT se construyó, también, al calor de ese feminismo popular que se viene trazando desde hace muchos años.

Rosalía: –Otra cosa que nos impactó es el tema del feminismo. En la vida nuestra, en la militancia de la UTT, muy desde abajo. Desde los primeros años de la UTT nosotros empezamos con grupos de mujeres, que ya hacíamos desde el Frente Popular

Darío Santillán. En ese sentido, del feminismo popular, el Frente fue vanguardia.

Nahuel: –La asamblea de mujeres que se hacía en el Puente Pueyrredón.

Rosalía: –Claro, yo vengo de eso. Me acuerdo de las primeras banderas que hicimos. Siempre llevamos a las compañeras, al Puente, a articular con otras compas, desde el inicio. Todo fue creciendo al calor del feminismo, porque el feminismo explota en Argentina y se mete en cada pueblo rural. Las jóvenes de Tucumán o las de Fraile Pintado, en Jujuy, participaron del *Ni Una Menos*, tienen un pañuelo. El grupo de mujeres después se transforma en la secretaría de género de la UTT. Además, las compañeras son líderes, somos líderes de la organización. En el encuentro plurinacional no solamente hablamos, también hicimos talleres de defensa personal, tejido, plantas medicinales, teatro, masajes, todo. Dijimos: “Vamos a hacer un verdurazo feminista en la plaza, vamos a marchar con el tractor”, fue histórico. En este feminismo que construimos desde la UTT, nosotras nos relacionamos con todas, buscamos trascender cualquier rosca. Transformamos la vida de un montón de compañeras, de vecinas que están viajando por todas las provincias dando talleres, haciendo laburo de base. Eran mujeres que habían vivido situaciones pesadas de abuso sexual en la infancia, violencia doméstica, todo.

“HAY QUE CONSTRUIR LAS CONDICIONES PARA UNA REFORMA AGRARIA INTEGRAL EN LA ARGENTINA”

–Lo que están contando es muy “2001”, atreverse, hacer sin pedir permiso. ¿Cuáles creen que serán los nuevos atrevimientos que vendrán?

Nahuel: –El acceso masivo a la tierra, estamos convencidos: tiene que haber colonias agrícolas por todos lados, compañeros accediendo a tierras del Estado por medio de la ley de acceso

a la tierra, de créditos... El cambio del modelo productivo, del agronegocio a la agroecología, y el acceso a la tierra, esos son dos atrevimientos que te firmo con sangre. Igual que hace un montón de años dije, en una entrevista, “firmo con sangre que vamos a hacer un movimiento”, ahora te firmamos con sangre que va a haber miles de hectáreas de tierra en función de los pequeños productores y miles de hectáreas de tierras de agroecología. Para lograr eso, quiero reforzar lo siguiente: el laburo de base disciplinado, metódico, transformador. Eso es lo que permite que todo lo otro suceda, y es lo que por ahí desde afuera no se ve.

Rosalía: –Sí, y lo del atrevimiento, tomar las riendas de nuestra vida, que no es lo mismo que decir: “Bueno, si te metés como concejal lo hablamos con fulano y...”; y es lo de siempre, pensar que las respuestas van a venir siempre de arriba y lo único que tenemos que hacer es pedir. No, no, vamos a organizarnos nosotros. Tomemos las riendas. Hay que construir las condiciones para una reforma agraria integral en la Argentina. La historia de este país se fundó a partir del genocidio y el acaparamiento de tierras. Somos una corriente que viene a transformar esa situación de poder de los sectores dominantes vinculados al modelo agroexportador. Todo eso no lo vamos a poder hacer solos, no es solo la UTT. Esto tiene que ver con una estrategia del campo popular en su conjunto. Seguramente nos llevará toda la vida, y la vida de otros, pero bueno, estamos en ese camino.

Nadia Fink y Pablo Solana

CARLOS
 SANTILLAN
 ANIBAL OSCAR
 VERON BARRIOS
 WALTER
 GRACIELA ACOSTA CAMPOS
 CRISTIAN IBANEZ CUELLAR
 LUIS FERNANDEZ
 MAURO OJEDA
 JAVIER BARRIONUEVO RAMON
 JUAN TORRES FRANCISCO AKA PI
 RUBEN PEREYRA ESCOBAR
 ELOISA
 JUAN CLAUDIO PANIAGUA
 DELGADO PRATTI ADRIAN
 CHRISTIAN GOMEZ MATASSA
 MAXIMILIANO TASCIA
 EDUARDO LEGEMBE
 DIEGO LAMAGNA
 CARLOS ALMIRON
 ALBERTO MARQUEZ
 YANINA MARCELO PASINI
 DAVID GASTON
 GARCIA MORENO RIVA
 RUBEN DARIO AREDES
 MAXIMILIANO KOSTEKI
 DARIO SANTILLAN
 GUSTAVO BENEDETTO
 ERNESTO CARDENAS
 SERGIO FERREYRA
 DANIEL RODRIGUEZ
 RICARDO ALVAREZ
 ROMINA ITUKAIN
 RICARDO VILLALBA
 MARIELA ROSALES
 VICTOR ENRIQUE
 DIEGO AVILA
 JULIO FLORES
 ARIEL SALAS
 ELVIRA BACA
 TERESA
 RODRIGUEZ
 ROBERTO
 GRAMAJO
 DAMIAN
 RAMIREZ
 PABLO
 GUIAS
 VICTOR
 CHOQUE

**ELLOS
 VIVEN
 EN NUESTRA
 LUCHA**

Ellos viven en nuestra lucha, TPS (Taller Popular de Serigrafía), 20 de diciembre de 2002.

UN PUEBLO QUE HACE BANDERAS DE SU DOLOR

Memorias y luchas por justicia

Los relatos de este libro celebran historias de compromiso y lucha social, potentes energías vitales de nuestro pueblo. Elegimos poner la lupa en el activismo, las emociones, las ideas y los empujes.

Pero hay otras historias que también merecen ser tenidas en cuenta cuando se habla del 2001, y del período más amplio que lo abarcó: las de quienes solo conocimos a partir de que la represión les arrebató la vida.

¿Quiénes eran, a qué se dedicaban las personas que fueron asesinadas por manifestarse o por reclamar un plato de comida? ¿Por qué hay niñas y niños entre las víctimas de la represión? ¿Por qué resulta tan difícil saber la verdad, lograr que se investigue?

Reclamos de familiares y organizaciones sociales; murales por doquier; espacios públicos rebautizados con los nombres de quienes fueron asesinados o asesinadas por el Estado; banderas en las movilizaciones con sus rostros: son múltiples y creativas las formas que toma la lucha contra la impunidad. Más allá de las dificultades para lograr justicia, hay un acumulado social, un rechazo ante hechos represivos que, con los años, se convirtió en impedimento –o al menos en freno provisorio– para quienes tienen como política reprimir la protesta social.

Somos un pueblo con memoria, en eso reside parte de nuestra fuerza. Por eso, sigue siendo necesario alimentar los reclamos de justicia. Claro que solo habrá verdadera justicia cuando,

siguiendo los versos del poeta nicaragüense Luis Enrique Mejía Godoy, podemos decir: “¡buenos días! sin mendigos en las calles”.

Mientras tanto, también desde este libro queremos hacer nuestro aporte. Para ello preparamos un anexo virtual en el que repasamos las historias de quienes cayeron el 19 y 20 en todo el país, pero también de quienes fueron asesinadas y asesinados en las puebladas y represiones previas, sin olvidar a quienes resultaron víctimas de la continuidad represiva después de la rebelión. A las historias de vida sumamos el estado de las luchas por justicia de acuerdo con los informes recientes de los organismos de Derechos Humanos.

[Los relatos y los registros completos pueden consultarse acá](#)

Esperamos que estas historias nos devuelvan la necesaria indignación para gritar ¡basta! ante cualquier intento de represión de la protesta social. La reivindicación de quienes perdieron sus vidas luchando por sus derechos será, siempre, un insumo fundamental para las peleas que vendrán.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a quienes brindaron sus testimonios y a quienes colaboraron de diversos modos:

Marco Díaz Muñoz (Salta); José Luis Bonifacio, Mauricio Vidal y Javier Lombardo (Neuquén); Martín el Negro (Cipolletti); Juan Herrero, Alexis Oliva y Carlos Ferreyra (Córdoba); Esteban Fridman, Berenice Moulin, Gustavo Martínez y Tato Díaz (Rosario); Emiliano Gullo y los talleres del Sindicato de Prensa de Buenos Aires, Sipleba; Manuel Palacios y FM La Tribu; Lito Borello, Gerardo Szalkowicz, Luis Hessel, Tomás Eliashev, Mariana Galvani, Ezequiel Adamovsky, Fabián Olivetto, Cristóbal Cervera, Sebastián Hacher, Gabriela Mitidieri, Eleonora Pedot, Laura Giussani, Hernán López Echagüe, Roxana Loarte, Miguel Mazzeo, Maro Skliar, Sergio Zeta, Carlos Eichelbaum, Rodolfo González Arzac, Hernán Ouviaña, Cherco Smietniavsky, Juan Mascaró, Romina Vermelha, Ariel Borenstein, Octavio Crivaro, Alejandro Pérez, Valeria Acuña, Natalia Vinelli, Fernando Esteche, Alberto Santillán, Leo Santillán, Pablo Llonto, Marta Korn, Camila Parodi, Laura Salomé y Julieta Lopresto.

A Daniela Lauria, por su mirada precisa, sus correcciones y sugerencias.

BIBLIOGRAFÍA Y LECTURAS RECOMENDADAS

- *2001. Relatos de la crisis que cambió la Argentina.* Manuel Barrientos y Walter Isaía. Ed. Patria Grande. Bs. As., 2011.
- *Orden, represión y muerte. Diario de la criminalización de la protesta social en Salta (1995-2005).* Marco Díaz Muñoz. Editorial Tierra del Sur y Colectivo La Rabia, 2005.
- *Docentes y piqueteros: de la huelga de ATEN a la pueblada de Cutral Có.* Ariel Petrucelli. Ediciones El cielo por asalto, 2005.
- *Piqueteros Mosconi. Cortando las rutas del petróleo.* Claudia Korol y Equipo de Educación Popular “Pañuelos en Rebeldía” (comp). Ediciones Mardres de Plaza de Mayo y América Libre, 2006.
- *Protesta y organización. Los trabajadores desocupados de la provincia de Neuquén.* José Luis Bonifacio. Editorial El Colectivo, 2011.
- *La Comuna de Buenos Aires.* María Moreno. Ed. Capital Intelectual, Bs. As., 2011.
- *Las asambleas barriales y la construcción de lo “público no estatal”.* Hernán Ouviaña. CLACSO. 2002.
- *¡Pocho vive!* Autores varios. Ed. Biblioteca Popular Pocho Lepratti, Rosario, 2003.
- *La protesta social en la Argentina (1990-2004).* Guillermo Amleyra. Ediciones Continente - Peña Lillo, 2004.
- *El pueblo feminista: movimientos sociales y lucha de las mujeres.* Graciela Di Marco. Editorial Biblos, 2011.

- *Colectiva Feminista La Revuelta. Una biogenealogía.* Editorial Herramienta, 2011.
- *Darío y Maxi, dignidad piquetera. El gobierno de Duhalde y la planificación criminal de la masacre del 26 de junio en Avellaneda* (3a. Ed.). Editorial El Colectivo y Frente Popular Darío Santillán. 2012.
- *De Cutral Co a Puente Pueyrredón. Una genealogía de los Movimientos de Trabajadores Desocupados.* Mariano Pacheco. Ed. El Colectivo, Bs. As., 2010.
- *Todo lo que el poder odia. Una biografía de Viviana Avendaño (1958 - 2000).* Alexis Oliva. Ed. Recovecos, Córdoba, 2005.
- *La protesta territorial en Córdoba entre el auge y la crisis neoliberal.* Leticia Medina y María José Franco. Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Bs. As., 2011.
- *Origen y trayectoria de MTD Lanús a través de las voces de sus militantes.* Gabriela Fernández. XI Encuentro Nacional de Historia Oral y V Congreso Internacional de Historia Oral de la República Argentina, Córdoba, 2014.
- *Zanon, fábrica militante sin patrones. El rol de los trotskistas.* Raúl Godoy. Ediciones IPS, Bs. As., 2020.
- *Organización y economía popular.* Juan Grabois y Emilio Pérsico. CTEP, Bs. As., 2015.
- *Los de la tierra: de las ligas agrarias a los movimientos campesinos.* Francisco Ferrara. Ed. Tinta Limón, Bs. As., 2006.

Notas

- “Norma Pla, la jubilada que fue lucha y hoy vuelve a la calla con mil nombres”. Tali Goldman. Nota de LATFEM, 22/07/2019.
- “No llore Sr. Ministro”, video del ciclo *De memoria somos*, Cap. VI, Temporada II. Cultura Lomas, 15/07/2021.